

Escucha

—Papás solteros, libro 5—

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

RJ SCOTT

ESCUCHA

Papás solteros

Libro 5

RJ SCOTT

Traducción de

TANIA DARDÓN

Love Lane Books

Escucha, serie Papás solteros, libro n.º5, copyright © 2026 RJ Scott

Traducción de Tania Dardón

Título original: *Listen*, copyright © 2022 RJ Scott

Diseño de cubierta por Meredith Russell

Publicado por Love Lane Books Ltd

ISBN: 9781785648908

Esta obra literaria no puede ser reproducida ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo la reproducción electrónica o fotográfica, en su totalidad o en parte, sin autorización expresa por escrito. Este libro no puede copiarse en ningún formato, venderse ni transferirse de su ordenador a otro mediante la carga a un programa de intercambio de archivos P2P, de forma gratuita u onerosa. Tal acción es ilegal e infringe la Ley de Derechos de Autor.

Todos los personajes y acontecimientos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales vivas o muertas es mera coincidencia. Todas las marcas registradas pertenecen a sus respectivos propietarios.

Índice

Serie Papás solteros
Escucha
Dedicatoria

Escucha

1. Elliot
2. Nick
3. Nick
4. Elliot
5. Nick
6. Elliot
7. Elliot
8. Nick
9. Elliot
10. Nick
11. Elliot
12. Nick
13. Nick
14. Elliot
15. Nick
16. Elliot
17. Nick
18. Nick
19. Elliot
20. Nick
21. Nick
22. Elliot
23. Nick
24. Nick
25. Elliot
26. Epílogo - Nick
27. ¿Qué sigue en Papás solteros?

28. Boletín de noticias

Sin título

29. Títulos de RJ Scott en español
30. Conoce a RJ Scott

¿Qué sigue en Papás solteros?
Títulos de RJ Scott en español
Boletín de noticias
Conoce a RJ Scott

Serie Papás solteros

1. Soltero – Asher y Sean
2. Hoy – Eric y Brady
3. Promise – Leo y Jason
4. Siempre – Adam y Cameron
5. Escucha – Nick y Elliot
6. *Orgullo – Gray y Logan*
7. *Milagro – Arlo y Jax*

Escucha

Lo único que él quería era darle a su nueva hija un hogar, jamás imaginó que se enamoraría del hombre que podría quitársela.

Seis años después de la pérdida de su marido, Nick piensa que nunca volverá a abrir su corazón. Hasta que conoce a Teegan, una niña sorda de nacimiento que tras dos procesos de adopción fallidos, necesita un hogar fijo y amoroso. Y aunque Nick está decidido a ser el padre que ella se merece, comprender sus necesidades no es cosa fácil, así que le pide ayuda a Elliot, un atractivo y apasionado maestro que lo saca de quicio.

Elliot es muy protector de Teegan y duda que Nick esté listo para asumir la responsabilidad de su cuidado. Está determinado a pelear por lo que es mejor para la niña, pero en el intento, ocurre algo inesperado: se enamora del padre devoto que hay detrás de la riqueza y el privilegio. A medida que el amor crece entre ellos, Elliot debe decidir si se interpondrá en el camino de Nick o si apostará por la familia que jamás vio venir.

Escucha *es un romance sincero entre un padre soltero viudo que está aprendiendo a amar otra vez y un feroz defensor. Una historia que incluye a una niña adorable y la promesa de un «para siempre».*

Dedicatoria

Siempre para mi familia.

Escucha

RJ SCOTT

UNO

Elliot

El padre de uno de mis alumnos me traía loco. Y no era bonito.

Nick Horner alimentaba mis fantasías más íntimas y no había nada que pudiera hacer al respecto. Era mi amor platónico, con ese pelo oscuro, ojos color avellana, la espalda ancha y musculosa y el culo bien parado. Podría pasar días alabando su cara perfecta, adornada con una sonrisa preciosa, hoyuelos, pómulos pronunciados y labios carnosos, tan rositas que casi podía saborearlos. Estaba tan bueno que me robaba el aliento. Y lo quería debajo de mí, arriba de mí, dentro de mí, conmigo en su interior, como fuera. Le tenía muchísimas ganas.

Por desgracia, su hija, Hannah, estaba en mi clase de Lengua.

No decía «por desgracia» porque la niña fuera una mala alumna. Para nada. De hecho, era un soplo de aire fresco en una clase llena de niños ricos y privilegiados en el colegio St. Josephs. Entre tantas preocupaciones, de ella solo tenía puras cosas buenas que decir. Pero, por desgracia, al ser mi alumna, su padre era intocable para mí. Pese a que era mi idea de la perfección.

Mis pensamientos lujuriosos empezaron en la recaudación pasada de fondos de Alianza queer-hetero, cuando conectamos gracias a la pizza con piña. Mejor dicho, no conectamos, aunque sí terminamos picándonos el uno al otro. La postura de Nick fue que

era lo peor del mundo, mientras que la mía fue que era la mejor pizza. Aquello había ocurrido unos cuantos meses atrás, cuando Hannah apenas se había incorporado a mi clase, y aquel momento fue una forma de entretenerme diez minutos, pero nada más. Le coqueteé. Él como que me devolvió el coqueteo, o eso creía. Y de allí no iba a pasar.

—La piña no tiene lugar en la pizza —me había dicho casi al oído, de sopetón.

Me giré tan rápido que un aperitivo de champiñón salió volando de mi plato y por poco le da en la cara. Según yo, le contesté, pero como no había más que un zumbido en mi cabeza, tardé en darme cuenta de que me miraba con el ceño fruncido.

Luego, perdí el hilo de la conversación por completo, bromeé sobre que deberíamos añadir un seminario para AQH acerca de «cómo revelarle a tu horrorizada familia que te gusta la pizza con piña». Nick soltó un resoplido de la risa. Era como si tuviera un superpoder que solo funcionaba con él, pues yo no hacía reír a la gente. Decían que era demasiado serio, demasiado intenso y demás. Lo había oído todo.

Sin embargo, Nick se rio conmigo, no de mí, y por un segundo, con la mitad de un camarón en la mano, creí haber visto que la indiferencia omnipresente en él se desvaneció al tiempo que me miraba con una intensidad que jamás había experimentado. Entonces se marchó, lo que me dejó con la sensación de que había hecho algo mal, que a lo mejor no debería haber admitido que la pizza con piña sabía rica.

Después de aquella vez, nos topamos en un par de eventos escolares, y juraría que había algo allí, algo indefinible que era una combinación de atracción, cautela y mucha torpeza, aunque nunca pasamos de compartir una conversación, que siempre terminaba con un apretón de manos antes de que cada uno tomara caminos separados.

Pero en ese momento, por primera vez, me reuniría con Nick de forma oficial como el maestro de Hannah. Era nuestra primera reunión del año entre padre y maestro y estaba emocionado, nervioso y un poquito triste porque no podría activar mi modo galán.

Tenía que comentarle cosas importantes sobre Hannah, por lo que debía permanecer cien por ciento profesional y no andar imaginando a Nick Horner desnudo, desde luego.

Por quedarme escribiendo los reportes de las reuniones del día anterior, no había salido a comer, así que saqué un rollo de canela de mi bolso —siempre llevaba raciones de comida de emergencia por si acaso—. Alcancé a terminármelo, ya que Nick todavía no llegaba, el reloj marcando los minutos mientras agregaba unas notas más a mi lista.

Estaba tan perdido en las palabras y quitándole las migajas a la hoja en la que escribía que el firme golpe en la puerta casi me mata del susto.

—Adelante —anuncié.

Con cara de culpa, Nick asomó la cabeza por el umbral.

—Perdón por llegar tarde —murmuró.

Esa era una de las cosas que me gustaba de él, que a pesar de su dinero y de ser una celebridad, no era ningún creído e incluso consideraba disculparse. En ese colegio privado, el más caro de San Diego, no era costumbre tener a padres humildes capaces de ofrecer disculpas por llegar tarde.

—No pasa nada, adelante. —Le señalé las sillas.

Nick se sentó en una, de cara a mí, lo que me permitió apreciar al hombre que vivía gratis en mis pensamientos. No era como lo recordaba: alegre y despierto. Se lo veía agotado, con arrugas en las esquinas de sus ojos avellana, que por lo regular le brillaban, pero que en ese momento los tenía apagados. No llevaba traje, sino *jeans*, una camiseta y una gorra, que le ocultaba el pelo oscuro. Pese a que Nick era alto, se encontraba encorvado.

Algo andaba mal.

—¿Todo está bien? —Mi voz detonaba preocupación, lo sabía.

—Sí, claro. Perdón otra vez, lo que pasó es que me atoré… me atoré —masculló, luego se aclaró la garganta y se arrimó al respaldo de la silla para sentarse derecho.

—Tranquilo, no pasa nada —lo apacigüé.

—Ha sido uno de esos días. Desde hace semanas. —Le restó importancia a sus palabras con un gesto de la mano, sin mirarme a

los ojos—. Entonces, este… ¿me va a decir cómo va Hannah?

Abrí el fólder y abarqué todas las cuestiones de siempre: sus logros académicos en mi clase, que en su mayoría eran ejemplares. Si bien Nick mantuvo una sonrisa pequeña casi en todo momento, me dio la impresión de que le costaba que no se le cayera; además, seguía sin mirarme. El hombre parecía distraído, por lo que me pregunté si estaría durmiendo bien o durmiendo siquiera. Quizás se hallaba muy metido trabajando en un nuevo documental y no tenía descanso. Quién sabe.

Con un repentino estallido de interés, me escuchó hablar del desempeño de Hannah en la clase, incluso me preguntó cómo podía ayudarla en casa. Después, durante un buen rato, fue como si estuviera en la luna.

¿Sería ese día el mejor momento para hablar seriamente con él?

—Tengo algunas preocupaciones —dije.

Nick me miró al fin. Su lenguaje corporal anunciaba que estaba a la defensiva y exhausto. Titubeé solo un instante antes de informarle mis observaciones porque su aspecto era el de alguien muy frágil. Ignoraba lo que le ocurría, pero él no era el Nick que conocía.

—¿Preocupaciones? ¿De mi Hannah? —Sonaba confundido. Atónito, diría yo.

¿Cómo le explicaba que las cosas no andaban del todo bien? Si bien llevaba tres años enseñando en St. Joseph y un semestre dándole clases al grupo de Hannah, seguía siendo un maestro nuevo y en algunas ocasiones se me dificultaba explicar cosas que podía respaldar con notas de pruebas o estadísticas. Hannah destacaba en razonamiento verbal. Su inteligencia la colocaba como la mejor de mi clase, pero se desconcentraba con facilidad, y sus tareas no eran consistentes. Cuando intenté hablar con sus demás maestros, me dedicaron una mirada que indicaba que debería comprender que el padre de la niña era una celebridad y que, tal vez, debería dejar las cosas como estaban para seguir recibiendo sus donaciones.

Como se notaba que no me conocían bien; yo era el abanderado de los desamparados. Y Hannah presentaba problemas.

—Quería preguntarle si todo está bien en casa.

Su lenguaje corporal cambió, pasó de un estado atónito a uno cerrado y frustrado. Bajé la vista a mis apuntes. Puede que mi pregunta no fuera la mejor para abrir el tema. Verlo como estaba me agarró desprevenido y ser testigo de su estrés me hizo pensar que lo que sucedía con Hannah era algo más grande.

—Todo está bien —defendió con rapidez, como si esperara que dijera algo y hubiera ensayado lo que diría.

Sentí una opresión en el pecho ante la gelidez en la sala.

—Lo pregunto porque Hannah no entregó una tarea a tiempo este semestre y he notado un patrón en ella, no se concentra en clase…

—Acaba de decir literalmente que es una de sus mejores alumnas —me interrumpió.

—Es una de las que más participa, siempre argumenta sus comentarios de forma detallada; pero, a mi parecer, su progreso escolar no está a la par de lo que espero de ella. Los colegios que reciben fondos de forma pública cuentan con protocolos para ayudar a los estudiantes, pero dado que solo me he topado con pared en St. Joseph, decidí tratar el asunto directamente con usted, su padre.

Nick alzó una ceja y me dio la sensación de que tenía una mala opinión de mis expectativas y mi comentario sobre el funcionamiento exclusivo del colegio. No estaba seguro de lo que intentaba transmitir con su expresión, así que proseguí.

—A veces participa de más en la clase, casi de forma obsesiva, y otras su atención se dispersa. Creo que quizás le vendría bien una evaluación profesional de lo que yo creo que puede ser déficit de atención.

—¿Cómo? ¿Habla de TDAH?

—No sé con precisión…

—No necesito que la gente me diga lo que es mejor para mis hijos.

—Señor Horner…

—Sé que ha estado abstraída, pero ¿acaso ha considerado que a lo mejor el problema es su manera de enseñar? —Se cruzó de brazos—. Es un maestro nuevo.

—No. Llevo tres años enseñando…

—O sea, nada.

—Estoy de acuerdo, puede que el tema sean mis métodos de enseñanza —empecé a dialogar con diplomacia.

Yo jamás aseguré que era el mejor maestro de todo el mundo, pero conocía a mis niños, y la situación de Hannah no tenía que ver con la docencia, al menos eso creía. Lo que me desconcertaba era que Nick parecía no respetar mi opinión, y a mí siempre me dio la impresión de que él respetaba a los demás.

Una impresión que no sabía de dónde venía, ¿tal vez de ver sus documentales? ¿O sería de la vez que no se burló ni me pidió que me alejara tras enterarse de que me gustaba la pizza?

—Si no fuera eso, ¿por qué sus demás maestros no me han buscado?

Estupendo. Tenía que tocar justo ese tema.

—Soy el único que en este momento considera que hay un problema.

—Ahí está —zanjó, su tono seco—. No le doy miles de dólares a este maldito colegio para que un maestro inexperto saque conclusiones precipitadas. Hannah está cansada debido a tener que asumir la responsabilidad de todas las cosas por mi culpa, porque no paro de defraudar a la gente. Mi hija está lidiando con demasiado, eso es todo.

Nick se levantó de la silla y empezó a caminar de un lado al otro; la agitación era evidente en su cuerpo. El tipo elocuente e impoluto había desaparecido y, en su lugar, se encontraba un hombre con los nervios a flor de piel.

Quedarme sentado en la silla me dejaba en una posición de desventaja, por lo que me puse de pie y extendí una mano para que se detuviera. A pesar de que mi intención no era tocarlo, Nick chocó con mi mano. Hizo una mueca y se tropezó hacia atrás antes de equilibrarse. Acto seguido, se enderezó por completo, sacándome unos buenos quince centímetros.

«No me intimida. Aunque, por otro lado, ¿debería llamar a seguridad?».

—Señor Horner —empecé a decir con tono uniforme—. Creo que nos estamos cruzando con los temas. No estoy sacando conclusiones

precipitadas, yo me preocupo mucho por los éxitos y fracasos de mis estudiantes.

—Mi hija no es ningún fracaso —espetó.

—No debería haber usado esa palabra, perdón. Pero nunca dije que lo fuera. —Levanté una mano otra vez—. Empecemos de nuevo. Llevo tiempo observando a Hannah y me he dado cuenta de que su grupo de amistades parece estar alejándose de ella. También he notado que casi no habla y cada vez participa menos en mi clase. Una de mis observaciones es preguntarle si ha considerado la idea de llevarla a que le hagan una evaluación de déficit de atención. Las niñas son, por mucho, mejores disfrazando el TDAH que los niños, y es un espectro muy amplio, que abarca una variedad de…

—Hemos pasado por mucho. —Qué bien se le daba interrumpirme—. Sí sabe que perdió a su otro padre, ¿verdad?

—Sí, lo sé, hace unos años. —Deseé no haber contestado eso cuando vi la ira resplandecer en sus ojos.

—¿Acaso está insinuando que hay un tiempo definido para el duelo?

—¿Cómo? No, claro que no. —La conversación se nos estaba yendo de las manos—. No dije nada por el estilo; perder a un padre nunca se supera. Comprendo que…

—Hannah está bien.

Solo quería que me dejara hablar.

—Pensé que…

No se quedó a escuchar lo que le decía, abandonó la sala azotando la puerta tan fuerte que la pared se cimbró.

Me quedé mirando el espacio que Nick había estado ocupando, como si allí fuera a encontrar todas las respuestas. Cinco minutos. Ese era el tiempo que había durado la reunión. Nunca había sido testigo de semejante abanico de emociones. No sabía cuánto tiempo permanecí con la mirada fija en el mismo punto, pero me bastó para concluir que Nick Horner había perdido los estribos de una manera espectacular.

Junté las hojas del reporte de Hannah, perdido en mis pensamientos, cuando la puerta se abrió de golpe. Nick volvió a

entrar. Cerró la puerta detrás de él y se apoyó contra esta, la barbilla pegada al pecho.

—Por Dios —murmuró antes de presionarse la frente con los dedos.

—¿Señor Horner? —pregunté cauteloso, sin querer dar pie a nada raro. Nos separaban, quizás, unos cinco pasos; la cercanía me permitió notar la humedad de sus ojos. Lo que sentí no fue miedo, sino compasión—. ¿Nick?

Al llamarlo por su nombre, frunció el gesto. ¿Me habría pasado de confianzudo? ¿O se trataba de algo más?

—¿Hay baño?

Le señalé el fondo de la sala de juntas y se dirigió allí. Lo seguí durante unos cuantos pasos, preguntándome si necesitaba algo y confundido a más no poder. Nick no cerró la puerta. Lo vi pararse delante del lavabo y echarse agua en la cara.

Lo esperé en la entrada para hablar.

—¿Necesita que llame a alguien? —le pregunté.

Volteó a mirarme tan rápido que retrocedí un paso.

—No… Sé que algo ocurre con mi hija. —Se llevó una mano mojada al pecho, donde dejó una marca húmeda—. Lo siento aquí, que le estoy fallando porque soy incapaz de centrarme y está llevando una carga que debería ser mía. —Tiró de varias toallas de papel, se fregó la cara con ellas y luego las tiró a la basura—. Volví para disculparme, pero… —Presionó los dedos contra sus sienes e hizo una mueca de dolor.

—Hannah es una alumna excepcional, yo solo busco lo mejor para ella.

—Sé que estoy fallándole, pero si la gente se entera de que algo le pasa, ¿cómo crees que lo verán? —me preguntó con cansancio, apoyando su pecho en el lavabo.

¿Cómo? ¿Qué? ¿El hombre estaba alterado porque no quería que la gente supiera que su hija estaba presentando dificultades en la escuela?

—¿Perdón? —Fue mi turno de estar enojado. No pude evitarlo, y mi lado irracional se le fue encima—. ¿Está diciendo que le importa más su imagen que su hija?

—¿Qué? ¡No! —Su cara era de horror—. Eso no fue lo que quise decir. Por supuesto que no pienso así.

—¿En serio?

—¡No! ¡Sí! No lo entiendes. Hay gente que cree que me conoce y me juzga por cada maldito movimiento que hace mi familia.

El enojo lo abandonó y, en su lugar, la vulnerabilidad se apoderó de él. Tan en carne viva que di un paso adelante y alcé una mano. No sabía para qué, si para tocarlo a modo de consuelo, darle palmaditas o un golpe por gritarme. Sabrá Dios. Nick me confundía a más no poder.

—¡Tú no sabes lo que es que todo el mundo te esté vigilando todo el tiempo! —exclamó y el cuerpo se le aguadó por completo.

La compasión brotó en mi interior. Estiré la mano y, por un segundo, me la cubrió con la suya. De pronto, ensanchó los ojos como si hubiera recordado algo horrible. No entendía cómo era que Nick había pasado de estar encabronado a necesitar ternura.

—Si necesita hablar con alguien, soy todo oídos.

Nick me miró fijamente en silencio y, acto seguido, me acunó la mejilla izquierda con una de sus palmas. Su piel cálida.

—Piña —musitó—. Me lanzaste un champiñón y me hiciste sonreír. Tus ojos me hicieron pensar… Desde que Danny se fue, eres el único que me ha…

—¿Eh?

—Mierda. Perdón. —La disculpa se sintió cruda.

Coloqué una mano sobre la suya en mi cara.

—No pasa nada, señor Horner.

—Nick. Me llamo Nick.

—Lo sé.

—No sé ni lo que digo. —Eran las palabras de un hombre roto y enfurecido, aunque parecía que consigo mismo—. La estoy cagando y no estoy listo. Es tu culpa. No, no es cierto. Es la mía. No creo que sea apropiado hacerlo, pero me pueden las ganas.

Nos miramos el uno al otro en silencio. Nos hallábamos tan cerca que si él se moviera dos centímetros hacia delante, nos estaríamos besando. Debería haber retrocedido, pero Nick soltó un improperio, que salió desde lo más profundo de su ser y que desprendía dolor.

Me arrastró a sus brazos y nos besamos. Más que besarnos, nos devoramos, apoderándonos el uno del otro. Tras un instante de pánico al caer en cuenta de lo que hacíamos, me aferré a su camiseta y le devolví a Nick lo que me daba con la misma intensidad.

Me desprendí de todo, menos del sabor de Nick y de la forma en que tiró de mí para meterme en el baño, cerrando la puerta detrás de mí, antes de cargarme —car-gar-me— y sentarme en el lavabo. Se posicionó entre mis piernas, ambos erectos. El beso lo era todo.

Desesperado por tocarlo, le rodeé el cuello con los brazos y entrelacé los dedos. Alguien gimoteó.

Yo.

—Dime que pare, por favor —me suplicó.

Afiancé mi agarre.

—Más. —Fue lo único que me salió, y continuamos besándonos como adolescentes bajo las gradas de la explanada de la escuela.

Éramos un revoltijo de manos y labios descoordinados.

—Sabes a canela —soltó Nick a la vez que recuperaba el aliento.

—Rollo. —No era coherente.

Lo volví a besar, nuestras lenguas enredándose, su agarre firme alrededor de mi espalda. Luego, tan rápido como todo empezó, se acabó.

Nick me soltó y se tambaleó hacia atrás; su espalda golpeó la pared al tiempo que se limpiaba la boca. Abrió los ojos como platos.

—Puta madre, perdón —susurró.

—No pasa nada.

—Sí pasa. Lo siento, ¡esto debería ser sobre Hannah! —Se apretujó el pelo como si fuera a tirar de él desde la raíz.

—Entonces, hablemos.

—Es demasiado tarde. Esto me supera. —Parecía destruido—. Ni siquiera soy capaz de mirarte a los ojos.

Auch, eso dolió. Me sentí expuesto e insultado, con los labios todavía mojados por sus besos.

Quería gritarle, pero antes de que pudiera decir algo, Nick tiró de la puerta con brusquedad y salió del baño. Lo seguí por la sala mientras él se dirigía hacia la puerta principal. Aunque no la azotó, el

final de la reunión fue definitivo. Cruzamos varias líneas y nada de lo que había ocurrido tenía el más mínimo sentido.

¿Qué era peor? ¿Que me enfureciera que hubiera negado que algo andaba mal con Hannah o que deseara que volviera.

«Por favor, regresa».

DOS

Nick

DOS AÑOS DESPUÉS

De toda la gente que podría haber visto a través del cristal de la puerta, tenía que ser Elliot Curtis.

Una vergüenza familiar se me atascó en la garganta. Me detuve en seco antes de retroceder dos pasos de vuelta al pasillo, chocando con un carrito de limpieza. Me disculpé con él al tiempo que caía en cuenta de que el objeto inanimado no necesitaba mis disculpas.

Cada vez que veía a Elliot en un evento escolar, me golpeaba la indecisión —fingir que nada había sucedido en la sala de juntas durante una reunión de padre-maestro y acercarme a hablar con él —, lo que ocasionaba que, siempre que me lo cruzaba, me quedara paralizado y sin la capacidad de formar las frases más básicas de conversación. Para ser alguien que era capaz de encarar a la persona más mala que existía, como parte de mi trabajo diario, y de convertir las palabras en armas, no sabía qué decirle al guapísimo e inalcanzable hombre que no fuera un galimatías. Era horrible.

Allí mismo, estaba tan magnético y hermoso como siempre. Vestido con traje y corbata, llevaba audífonos puestos y anteojos, que le daban un aspecto nerd. Se me aguadaron las piernas y toda

la emoción y energía mental relacionadas con el sexo me empapó con la intensidad de un maremoto. Me transporté a aquel día cuando lo toqué, cuando lo agarré de la chaqueta para evitar que se moviera mientras nos besábamos, mientras lo presionaba contra el lavamanos y me abandonaba al momento. Lo tenía todo grabado a fuego en el cerebro; no se me olvidaban los sonidos que Nick había hecho, la necesidad que me mostró al entrelazar las manos en mi nuca y, al afianzar su agarre, ni lo poco que me importó si alguien entraba y nos veía debido a las locas ganas que había sentido de besarlo.

Tenía suerte de que no me hubiera acusado de agredirlo sexualmente. Si bien me devolvió el beso, fui yo quien le gritoneó. Tras abandonar la sala de juntas, había ido directo a la oficina del director y le conté lo que había hecho, le confesé que había perdido la cabeza. La respuesta del hombre fue preguntarme si *yo* quería presentar una queja contra el señor Curtis. Por supuesto que no. No obstante, el pendejo no paró de centrarse en aquello. Tuve que ofrecerle una donación al colegio con tal de evitar que lo cazara y lo despidiera para demostrarme que era un director increíble. Nunca fui tan feliz como el día que anunció que se jubilaría al final de aquel año escolar, en especial porque se reveló que había estado robándole fondos al colegio. Fue gracias a la investigación que Gray y yo hicimos que aquella información valiosa salió a la luz, lo que adelantó su salida.

No quitaba que hubiera metido la pata hasta el fondo con Elliot. Es que había que verme; en ese momento estaba escondido en un pasillo.

Cuando ocurrió lo de la explosión de lujuria en el baño, me encontraba en muy mal estado. Producto de la pena más profunda y horrible, del aislamiento agonizante que conllevaba ser viudo. Del dolor de saber que algo andaba mal con Hannah y, aun así, apoyarme en ella para que me ayudara con sus hermanos mientras yo, egoístamente, vivía mi propia crisis. Ya sabía que estaba teniendo problemas, pero es que había días en los que me costaba la vida levantarme de la cama, ya no digamos ayudarla.

La había cagado a lo grande.

Solo unos cuantos pasos me separaban de Elliot, que leía un libro a la vez que su pie marcaba en el suelo el ritmo de lo que fuera que estuviera escuchando.

Aún recordaba su olor, la sensación de él en mis manos y la desesperación de nuestros besos. Eran recuerdos que jamás me abandonarían porque había pasado muchísimo tiempo evitando al hombre y, al final, había terminado en mi regazo en una escuela vacía. A pesar de que Elliot tenía razones de sobra para odiarme, nunca dejamos de tratarnos con cortesía en las reuniones escolares, incluidas las que vinieron después de que a Hannah la diagnosticaron con TDAH. Durante las cuales ni una sola vez me dijo «se lo dije». Le debía miles de disculpas al hombre. Aunque ya había hecho un par de intentos tristes para arreglar las cosas. Le había enviado una canasta con regalos, flores y hasta un mensaje largo e inconexo, pero la cosa era que ya era demasiado tarde.

«Ni siquiera soy capaz de mirarte a los ojos».

Un calor me consumió mientras la vergüenza y el horror libraban una batalla dentro de mí para ver cuál se coronaba como la emoción predominante por lo que le había soltado. Cada vez que rememoraba aquel día terrible, oscuro, lleno de ira y frustración, y lo sucedido entre nosotros, revivía más que solo el miedo.

Era el horror por estar defraudando a mis hijos. El terror de perder el control de los pensamientos más básicos y el pavor de que estuviera engañando a Danny. La oscuridad obsesiva, depresiva y dolorosa que me había devorado no era más que una vorágine de autodesprecio y miedo ante el hecho de que Elliot era la primera persona en la que me había fijado desde que mi amado Danny falleció.

Habían transcurrido seis años desde aquel espantoso día en el que cerró sus ojos por última vez, y parte de ese tiempo lo pasé anestesiado. Pero, en mi peor momento, por algún motivo, Elliot Curtis atravesó las barreras que yo mismo había erigido a fin de mantenerme cuerdo. Elliot, que me fastidiaba y frustraba, que era obstinado, apasionado y sexi, que me retaba de formas que jamás creí posibles —desde la piña en pizza hasta el TDAH de Hannah—, al parecer era el único hombre en el que quería pensar. Quién lo diría.

Había hecho bien en confrontarme.

Como siempre, en el instante en que me le acercaba, la vergüenza hizo su aparición, quemándome la cara. Respiré hondo varias veces. No podía quedarme parado en el pasillo toda la vida, no cuando lo que necesitaba podría encontrarse detrás de la puerta de la nueva directora.

«Aguántate, Nick. Elliot es solo un hombre. Tú puedes con esto. Es por Teegan».

Conocía a la nueva directora, Venetia, socialmente hablando —era la tía de mi socio, Gray—, y era consciente de que ella era la definición de la autoexigencia; se la vivía en la escuela veinticuatro horas a la semana. El claro ejemplo de ello era que me hallaba en el colegio después del horario escolar. La mujer me había informado que había encontrado a alguien capaz de ayudarme con mi situación de esos momentos.

«No puede tratarse de él. Debe estar aquí por otra razón».

Elliot debía de estar esperando verse con Venetia por un tema ajeno, que nada tenía que ver conmigo. No había forma de que el universo me lo hubiera puesto en el camino porque estaba conectado a mi proceso de adopción. ¿Verdad? Me sentí mejor al racionalizar todo y concluir que: sí, tenía que entrar a la sala de espera; no, Elliot no estaba allí para nada que tuviera que ver conmigo; y, sí, debería intentar no decir nada tonto y fingir no sentir vergüenza cuando me mirara, ya que estábamos.

Con los hombros cuadrados, empujé la puerta y entré tranquilo, como si no me hubiera pasado los últimos minutos parado en el pasillo como un tarado.

—Señor Curtis. —Usé mi mejor tono cortés, el que me aportaba una apariencia de persona inteligente en las entrevistas y que erigía un muro entre la persona con la que hablaba y yo. Llevaba puesta la máscara de comunicador; no saldría a relucir nada del verdadero Nick. Esa noche mi vulnerabilidad entera se quedaría encerrada en lo más recóndito de mi ser.

Elliot no me oyó, los audífonos formaban una barrera contra todo. Al cabo de unos segundos, por el rabillo del ojo, advirtió que

estaba parado allí. Alzó la vista, se tensó y se sacó los audífonos de los oídos.

—Señor Curtis —repetí con una inclinación de la cabeza.

—Señor Horner —murmuró Elliot, quien volvió a su libro.

Por un instante, me pareció vislumbrar la confusión en su expresión, aunque era evidente que no quería preguntarme el motivo de mi presencia.

—Tengo una cita —comenté a modo de llenar el silencio.

Levantó la vista con esa expresión impasible que detestaba, tan diferente a la amabilidad vivaz —y a la lujuria— que había visto antes, o a la sonrisa que me regaló en nuestro debate sobre la piña en la pizza.

—Yo también —me ofreció tras una pausa.

Bueno, al menos no dijo que se encontraba allí para reunirse conmigo. Una preocupación menos.

—Genial.

«¿Genial? Carajo, Nick».

Agarré una revista, listo y decidido a fingir que Elliot no estaba allí durante todo el tiempo que fuera necesario, y sin lugar a dudas no iba a iniciar una discusión sobre mis hijos.

Había una barricada entre nosotros. Me avergonzaba de varias cosas que le había gritado. Me culpaba a mí mismo por lo que Hannah había pasado, por no haber logrado retomar del todo el ritmo de las cosas después de la muerte de Danny, por no ser el padre que ella necesitaba hasta que casi fue demasiado tarde.

—¿Señor Curtis? —Esperé a que hiciera contacto visual—. Quería decirle que a Hannah le está yendo muy bien ahora, gracias a su intervención.

—Qué bueno —dijo y regresó a su lectura.

—Caleb también…, es mi segundo hijo, él también está contento con el colegio —comenté al cabo de unos momentos porque quería que Elliot hablara conmigo—. Siempre supe que encajaría en un lugar que se centra de forma rigurosa en el éxito académico, debido a sus pensamientos profundos y su habilidad para discutir problemas muy avanzados para su edad.

«Cierra el pico, Nick. El hombre no quiere escuchar tu tesis sobre el orgullo que sientes por tus hijos».

Hannah era la poeta dispersa, la artista; Mason, el menor, era un deportista en ciernes, al contrario que Caleb, cuyo mundo giraba en torno a los libros.

Y a los videojuegos. Pero ¿qué preadolescente no era igual?

—Sé quién es Caleb y soy muy consciente de lo que está logrando —ofreció Elliot después de un momento—. Y sí, a Hannah le está yendo bien.

Quería que me dijera que, pese a mi estupidez, llevaba un seguimiento del progreso de mi hija y que no me odiaba por lo que había ocurrido. De sopetón, caí en cuenta de que era probable que Elliot estuviera al tanto de ellos porque estaba esperando a que metiera la pata.

—¿Está al pendiente de ellos porque está esperando a que fallen bajo mi supervisión?

Frunció el ceño y, acto seguido, cerró su libro, como si hubiera considerado su respuesta. Aguardé con el alma en un hilo mientras un sinnúmero de emociones desfilaba por su cara.

—No. Es un colegio pequeño en comparación con otros y todos los maestros conocen datos generales de la mayoría de los estudiantes de St. Joseph.

Me lo quedé mirando y Elliot entornó la mirada, sus labios apretados en una fina línea. Reculé y centré mi atención en el brillante boletín escolar. Una vez que lo leí de principio a fin, fingiendo que era la cosa más interesante de todo el mundo, me quedé sin nada qué hacer, salvo vigilar la puerta cerrada frente a nosotros, sobre la que se leía la palabra «directora» grabada en una placa que debía de ser oro puro, dada la cantidad de dinero que gastaba en colegiaturas y demás.

«Piensa en otras cosas. Piensa en tu futuro ahora que estás cambiándolo todo. Piensa en los niños. Piensa en la adopción y en Teegan».

Como mi mente era cabrona y terca, se centró en el beso. Había intentado por todos los medios disculparme con Elliot, pero continuaba evitándome la mirada cada vez que nos cruzábamos. No

lo culpaba porque, aunque el beso fue recíproco, todo recaía en mí. La peor parte era que, mientras se daba, no había sentido otra cosa sino culpa. Mi atracción hacia él, sumada a mis preocupaciones por Hannah, ocasionó que afrontara cosas que no había querido afrontar, por lo que terminé reaccionando como un idiota. Era como si Elliot me hubiera puesto un espejo delante, mostrándome la persona que era y los errores que estaba cometiendo. Debería haberme puesto de rodillas para agradecerle.

«De rodillas. Por él. Mierda».

Me vinieron destellos del beso y la cara se me puso caliente. También alteraron mi miembro, que oscilaba entre querer endurecerse y arrugarse de la vergüenza.

Quizás habría que aclarar las cosas, sacar lo que traíamos atorado en el pecho y discutirlo de una forma más racional. A lo mejor podríamos ir a una cafetería y hablar una vez que cada uno finalizara con su respectiva reunión con Venetia. Éramos dos hombres adultos; el acto de ignorarnos era ridículo, sin mencionar que también incómodo. Aunque, por lo visto, la vergüenza solo venía de mí, ya que Elliot volvió a retomar su lectura como si nada hubiera pasado.

—¿Señor Curtis? —lo llamé, y volteó a verme con cara de exasperación, pero la ignoré—. A lo mejor un día podríamos ir a tomarnos un café.

Me miró, escandalizado.

—No lo creo. —Su tono estaba envuelto en una capa de escarcha, que a su vez cubría una capa de nieve, que a su vez cubría una capa de hielo sólido.

A la mierda con los rodeos.

—Quedaron cosas pendientes entre nosotros y está claro que todas mis disculpas le parecieron insuficientes.

—No hay nada más conmovedor que las canastas genéricas de regalos para pedir perdón —murmuró Elliot y negó con la cabeza—. Lo que sucedió entre nosotros solo fue un arrebato de ira y tantán. Si bien fue muy poco profesional de mi parte, todo acabó en cuestión de minutos. No hay más; no hace falta que hablemos y,

dado que de eso ya pasaron dos años, yo creo que ya podemos olvidarnos del asunto, señor Horner.

«¿Y si yo no quiero?».

—No si no me dirige la palabra, si se toma tantas molestias para evitarme y, sobre todo, no si afecta su forma de tratar a mis hijos.

Los ojos de Elliot se ensancharon, lo que me hizo pensar que tal vez me levantaría la voz; pero, como de costumbre, se mantuvo sereno y reservado, con su camisa abotonada y sus anteojos de maestro. Tan sexi. Tan lindo. Tan perfecto para darle besos.

—Como usted sabe, no soy maestro de sus hijos. —Se le arrugó la frente—. Aunque me gustaría que Hannah asumiera un papel en la obra de teatro, que se presentará al cierre del ciclo escolar. Hizo audición para un papel secundario, el cual es probable que se lo quede otra estudiante porque yo sé que Hannah sería estupenda para interpretar a Julieta.

Mi hija me había contado que el maestro encargado de las audiciones le había dicho que no le habían dado el papel de Lady Capuleto. Si bien no la vi preocupada, yo le agarré un poco de coraje al maestro de teatro, que no tenía idea de quién era. Apenas me iba enterando de que era Elliot Curtis. Y que no la descartó y ya, sino que quería que hiciera una audición para otro papel.

¿Hannah me lo había explicado? ¿Acaso no le había prestado atención?

Mis inseguridades asomaron sus feas cabezas al tiempo que me cayó la ficha de que Elliot había dicho que Hannah sería estupenda para interpretar a Julieta.

—¿De veras lo cree?

—¿Usted no?

—Por supuesto que sí.

A mis ojos, mis hijos eran perfectos, y cada uno podría terminar dominando el mundo porque eran increíbles. *Hashtag* #sesgado.

No despegué la mirada del hombre. Que dijera que pensaba cosas buenas de mi hermosa hija provocó que me derritiera por dentro, y mientras bajaba mis defensas, un recuerdo repentino de aquel beso hizo acto de presencia. Ojalá ya no me acordara, pero es

que esos malditos lentes, la forma de su boca y el calor en sus ojos prometían algo totalmente distinto.

Había bastado una sola sesión de besos frenética, tonta e inapropiada para que Elliot dejara su marca en mí cual hierro caliente. Después de Danny, nunca besé a nadie con semejante intensidad, ni con una pasión ni una necesidad que sentía hasta en las venas y que me dejó…

Mis pensamientos de clasificación R se vieron interrumpidos cuando la directora Hargreaves abrió la puerta de forma teatral.

—¡Hola! ¡Hola! —saludó con un tono cordial y positivo, como si vernos a Elliot y a mí sentados en la sala de espera fuera lo mejor del mundo.

—Qué gusto volver a verte, Nick. —Venetia me zangoloteó la mano con tanta efusividad que me pregunté si recuperaría la sensación en mi extremidad.

—Venetia —la saludé, afectuoso.

Me caía bien. Gray nos presentó en una cena, durante la que habló con entusiasmo de mis documentales antes de convencerme de hacer una donación a una causa que en aquel momento ella apoyaba.

Sabía que St. Joseph estaba lleno de niños que venían de familias ricas; allí el dinero no faltaba. Sin embargo, Venetia tenía un don para conseguir que los padres donaran y que se alcanzaran las metas de fondos a un ritmo alarmantemente rápido. Eso sí, yo me aseguraba de que por cada centavo que daba, se apoyaran otras áreas, como la iniciativa de acogimiento familiar de la que era parte junto con mis amigos, o las organizaciones benéficas contra el cáncer, a las que siempre donaba en nombre de Danny.

—Adelante —dijo con una sonrisa, y me hizo señas para que la siguiera a su amplio despacho, que contaba con una pared repleta de diplomas y el olor de pintura recién aplicada. El director anterior lo había decorado con colores oscuros y madera, mientras que Venetia era más partidaria del metal y el cristal—. Vi la continuación que hiciste sobre el incendio de los Apartamentos Luz del Sol. A Don y a mí nos encantó. —Don era su esposo, un hombre estrafalario que usaba corbatas de moño y se sabía todos los episodios de

Doctor Who. Era alguien que disfrutaba de sus pasiones al máximo y que era feliz hablando de ellas durante horas. Si bien yo no era fan del programa, me fui de aquella cena en la que nos conocimos pensando en que le echaría un ojo a la serie.

No lo había hecho, es que con mi carrera y los niños no tenía tiempo para otra cosa.

—Ojalá hubiéramos conseguido un mejor cierre para las familias de las víctimas —murmuré.

—Bueno, fue maravilloso lo que hicieron con el documental.

—Gracias, le pasaré el mensaje a Gray.

Venetia me tocó el brazo.

—Mi sobrino ya sabe lo orgullosos que estamos de él. Y de ti.

Gray no solo era mi socio en Grupo Grick, sino uno de mis amigos más cercanos. Yo era el que se ponía delante de la cámara, el que entraba en los hogares de los televidentes y que, inevitablemente, aparecía en todas las redes sociales, ya fuera por una razón o la otra, mientras que Gray trabajaba tras la cámara. Y me encantaba que la gente reconociera su trabajo. Por esa razón, una parte de mí quería pedirle a la mujer que me diera todos sus comentarios, pero si bien mi estado de celebridad me abría puertas, el motivo de nuestra reunión era en favor de Teegan y no para que me entregara un informe de espectador.

—Elliot, acompáñanos, por favor.

«Mierda. ¿Para qué nos va a acompañar?».

—¿Perdón? —Lo oí responder de una forma muy impropia de él, por lo que me giré para mirarlo.

No se había levantado de la silla, y su cara era de perplejidad, que luego pasó a ser estupor. Al cabo de unos segundos, toda expresión desapareció de su rostro, aunque masculló:

«No puede ser».

TRES

Nick

—Mil disculpas por el retraso, caballeros —empezó diciendo Venetia —. Sé lo ocupado que estás, Nick. Pero me imagino que hablaste con el señor Curtis mientras esperaban. —Nos señaló con la mano.

Por un horrible y largo instante creí que sabía todo lo que había pasado entre los dos. Desde luego, ella lo sabría si el director anterior hubiera pensado que lo acontecido en la reunión entre padre y maestro fuera importante. Era probable que estuviera registrado en alguna parte. De pronto, se me vino a la mente que lo habían añadido al historial de Elliot, cuando él no había hecho nada malo. Necesitaba enmendarlo.

—¿Hablar de qué? —pregunté.

—Hablar de cómo pueden ayudarse el uno al otro —respondió.

—¿Perdón? —soltó Elliot.

Venetia frunció los labios y se lo quedó mirando por encima de sus anteojos; al fin y al cabo, ella era la directora y su jefa.

La semana anterior, durante una parrillada, le había contado de manera general a la mujer acerca del apuro en el que me encontraba en esos momentos y ella me había afirmado que tenía una solución. Di por hecho que me pasaría el contacto de alguien en la misma situación que yo para que me aconsejara, o de alguien experto. Jamás pensé que tal contacto sería el hombre al que quería

evitar. No había forma de que Elliot fuera el experto que necesitaba, porque el universo no sería tan cruel. Con él o conmigo. ¿Verdad?

«Lo hago por Teegan. Lo hago por *Teegan*».

Elliot exudaba incredulidad, o tal vez era yo y rebotaba en él. Ya no distinguía nada.

Venetia procedió a presentarnos, como si eso fuera a reducir la conmoción.

—Nicholas Horner, te presento a Elliot Curtis.

—Hemos coincidido en varias ocasiones, algo que está anotado en mis reportes.

Su jefa no lo reprendió por su franqueza, pero sí agitó las pestañas con aire inocente, como si no tuviera ningún conocimiento previo de él y yo.

«No entiendo por qué está aquí».

Debí de haberlo dicho en voz alta, porque tanto Venetia como Elliot voltearon a verme.

—Pues es que el señor Curtis, Elliot, tiene experiencia usando lengua de señas. —Agitó las manos frente a ella. Me dio la impresión de que intentaba gesticular algo, a lo mejor una Z, no sabría decirlo —. Y él es HUMS. No, ¿cuál era la palabra?

—HOPS. H-O-P-S —la corrigió Elliot.

—Me recuerda qué significa, por favor.

—Hijo Oyente de Padres Sordos —respondí.

Elliot también contestó lo mismo, pero con tono tenso.

—Así es —dijo Venetia, que asintió con entusiasmo—. Y por ese motivo, es un experto en Lengua de Señas y en el tema.

—No es por eso que soy un exper…

—No se trata solo de la lengua de señas…

De nuevo, hablamos al mismo tiempo, y la directora estaba empecinada en no dejarnos hablar.

—Son la combinación perfecta —dijo por encima de nosotros antes de aplaudir como si hubiera proclamado una orden ejecutiva.

—Un momento, me estoy perdiendo algo. —Elliot alzó una mano para evitar que Venetia continuara hablando y se giró hacia mí—. ¿Qué hago aquí?

Debería decir algo, explicar la situación con detalle, pero seguía choqueado tras enterarme de que Elliot era la persona con la que Venetia quería que me viera. Y no en el sentido carnal, era más una cosa de «enséñeme todo lo que sabe, maestro Yoda».

No emití palabra porque el hombre me fulminaba con la mirada y, al parecer, su mirada gélida pudo conmigo. Fui incapaz de encontrar mi voz, pero Venetia se encontraba justo allí. No me iba a zafar.

—El señor Horner es amigo mío. Un día se me acercó para pedirme un consejo, ya que necesita apoyo privado y respetuoso de *alguien* dispuesto a firmar un acuerdo de confidencialidad para trabajar con él durante los próximos tres meses. Y me acordé de que usted da clases privadas para financiar el centro de su familia; además, cuando le pregunté ayer si le interesaría, dijo que estaría encantado de ayudar a cualquiera que quisiera aprender lengua de señas.

Elliot se quedó boquiabierto, aunque nunca apartó la mirada de la mía, y en esos ojos claros e intrigantes, advertí un estupor idéntico al mío. Sabía lo que el maestro quería decir: «Ni siquiera me cae bien». La idea absurda de que él le encontrara sentido a algo que a mí me costaba mucho concebir causó que me entraran ganas de salir corriendo de allí.

Estaba entre la espada y la pared. Quería recibir ayuda para Teegan, pero sin que mis hijos se vieran envueltos en un nuevo círculo vicioso de chismes hirientes y sin exponerlos a más dolor del que ya habían sufrido.

«Concéntrate, Nick. Lo estás haciendo por Teegan».

—Lo siento, no estoy disponible. —Elliot se llevó el libro al pecho y retrocedió un paso hacia la puerta con la intención de escapar.

Venetia fijó la mirada en él y, con un brillo calculador en los ojos, me señaló.

—Ayudar al señor Horner le ofrecería al colegio una muy buena publicidad, así como a su carrera. Y quizás hasta le sirva para recaudar fondos para el voluntariado extracurricular en el que participa.

Miré de reojo a Elliot, que hizo una mueca y luego abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo. Que el programa fuera

extracurricular implicaba que formaba parte de algo que la escuela le permitía ser, aparte de la docencia.

Era consciente del papel que se suponía que debía interpretar. Era un padre —adinerado—, sin mencionar que el hecho de que fuera una figura mediática reconocida bastaba para que a St. Joseph se le percibiera con buenos ojos. No obstante, mi lado público no era la cuestión, sino mi familia. Trabajaría con Elliot si fuera necesario, pero quería que ocurriera en un ambiente tranquilo y estable, no en uno en el que tuviéramos que andarnos con pies de plomo por una situación vergonzosa que nunca debería haber sucedido.

—Mi «carrera» va a estar bien y mi «voluntariado extracurricular» no necesita fondos —murmuró Elliot, aunque en un tono resignado, lo que me hizo pensar que quizás mentía sobre el dinero.

Venetia no dejaba morir el asunto.

—Pero no le vendría mal…

—En este momento mi carga de trabajo es muchísima —la interrumpió.

Me echó un vistazo rápido y lo vi afligido; la preocupación había alcanzado sus hermosos ojos.

«Deja de pensar en sus ojos».

Mientras tanto, Venetia seguía dándole a lo mismo, hablando sin parar como si ya hubiéramos cerrado el trato.

—… Estoy dispuesta a reasignar las horas de sus clases y hacer que sus compañeros lo suplan.

Elliot ni siquiera hizo el intento de alegar. Parecía estar entre la espada y la pared. No quería estar en su lugar. Puta, si no fuera por Teegan, me habría ido de allí antes de que la vergüenza me volviera más torpe, con tal de sacarlo del apuro.

De algún modo, Elliot era la persona que se suponía que me iba a sacar del enorme hoyo que en esos momentos era mi vida, el que me guiaría y apoyaría, el *experto* que Venetia me había jurado que sería el indicado para el trabajo. Sin embargo, tras superar la conmoción inicial, me planteé la posibilidad de trabajar con él pese a nuestras diferencias… «Pero dice que está ocupado».

Me urgía que se dieran las cosas, pero en secreto, mantener a Teegan fuera del foco mediático y que lo que le había hecho a Elliot

no viera la luz del día. El hombre tenía principios en lo que respectaba a la educación. ¿Verdad?

No me cabía duda de que el maestro aguantaría mi presencia unas cuantas horas si yo ponía el dinero suficiente. Necesitaba su ayuda. Sobre todo, Teegan. De ahí que activara mi modo reportero.

—¿De qué va el centro? ¿De qué es el voluntariado?

Me dedicaba al periodismo de investigación y se me daba muy bien; no se me había escapado nada de lo que había dicho Venetia.

—Es irrelevante —contestó, aunque parecía en conflicto.

—Donaré una suma de dinero en tu nombre —solté.

Elliot me dio una mirada que me perforó un hoyo en la psique y que me hizo sentir que medía medio metro.

—No puedes comprarlo todo —murmuró.

Venetia inspiró aire por la boca.

—Señor Curtis, por favor. —Retrocedió llevándose una mano al cuello.

Me pregunté si se desplomaría del horror al oír la manera tan directa en que uno de sus maestros le hablaba a un padre.

—Una donación considerable —le dije sin rodeos a la directora, no tenía ningún reparo en usar mi dinero para las cosas que me eran importantes—. Diez mil —ofrecí. Nadie se inmutó—. Veinte —anuncié con una nota desesperada en mi voz.

Elliot entrecerró los ojos a la vez que se cruzaba de brazos, el libro que había estado leyendo —un ejemplar maltratado de las obras completas de Shakespeare— apretado contra su pecho. Me lanzó semejante mirada asesina que me preparé por si acaso se avecinaba otro comentario mordaz.

—¿Veinte mil dólares? —Parecía que buscaba una confirmación.

—Sí, veinte mil a lo que sea que quieras destinarlo y sin condiciones, pero esto, tanto el trato como mi situación, no sale de aquí —agregué. Necesitaba que ambos me dijeran que mis asuntos personales no se divulgarían por todo el colegio, convirtiendo algo que debería ser privado en un evento mediático.

«Periodista considerado inteligente necesita de un asistente para comprender el mundo de su nueva hija. Busca ayuda y se reúne con

el hombre a quien agravió y que nunca debió haber besado. Hace el ridículo».

—Claro, desde luego, el acuerdo de confidencialidad y todo eso —dijo Venetia entusiasmada. Entonces, como si considerara que la reunión había terminado, abrió la puerta para que nos marcháramos. Elliot escapó de inmediato mientras yo me veía atrapado por los besos en el aire de la directora. De una forma no muy sutil me recordó—: Espero con ansias tus comentarios sobre mi propuesta de financiación para el equipo de baloncesto.

—Por supuesto.

No recordaba haber dicho que financiaría un equipo de deportes. Preferiría destinar mi dinero a Ciencias, un área donde Caleb destacaba; o a Lengua, algo que a Hannah se le daba muy bien. Patrocinaría y financiaría el equipo cuando inscribiera a Mason en el colegio, dado que era un deportista en ciernes.

Me liberé del modo más educado posible y me apresuré hacia el pasillo, pero ya no había rastro de Elliot, lo que fue la cereza del maldito pastel.

Carajo.

CUATRO

Elliot

Nick Horner no. Carajo. Mierda. ¡No!

Caminaba tan rápido que era como si a mis pies les hubieran salido alas. Acababa de llegar al estacionamiento de los maestros y evitaba a toda costa sufrir un colapso mental. Era incapaz de pensar.

Me apresuré a sacar mis llaves y, en el proceso, se cayeron al suelo. Me urgía largarme de allí.

—¡Elliot!

«Mierda. No. Déjame en paz. No quiero tener nada que ver contigo».

Sí, cómo no. Le había exigido una donación. Y aunque al centro le hacía muchísima falta, no me veía capaz de pasar tiempo con Nick otra vez. Carajo, si me había tomado bastante tiempo extinguir el chispazo de ira y vergüenza cada vez que pensaba en lo que había ocurrido entre nosotros. Le había devuelto el beso y ni siquiera sabía por qué nos besábamos. Aun así, nos comimos la boca con tanta brusquedad que noté el sabor de la sangre. Fue allí que ansié un beso más suave. A pesar de que ya habían pasado dos años de aquello, recordaba a la perfección la forma en que suavizó el beso y que yo había estado a nada de anhelar mucho más.

A la mierda él y su pelo oscuro con canas en las sienes, su sonrisa perfecta y sus ojos color avellana.

Ni siquiera los veinte mil dólares lo valían. Sin ir más lejos, no le impartía ninguna clase a Caleb porque yo me había asegurado de que así fuera al sobornar al de la oficina administrativa con pasteles. La mera idea de tener que interactuar con el padre de Hannah y Caleb después de lo sucedido me horrorizaba. Le había devuelto el beso a Nick cuando en realidad lo que necesitaba era que actuara de manera profesional y me mostrara comprensivo.

—¡Elliot! ¡Espera! —gritó mi nombre otra vez. Su voz sonaba más fuerte porque se acercaba cada vez más.

Al fin metí la llave en la cerradura, pero no la giré porque, ¿qué diablos hacía yo tratando de marcharme cuando ya tenía al hombre respirándome en la nuca?

«¿Y si lo beso? ¿Y si digo o hago algo que provoque que vuelva a perder la cabeza?».

Si de por sí ya era bastante grave que hubiera grabado todos sus documentales y pasado muchísimo tiempo viéndolos más de una vez, que hablara con él cara a cara era llevar las cosas demasiado lejos.

Me permití una última respiración frenética y, adoptando una expresión de indiferencia, me giré para encararlo. Nick cruzaba el estacionamiento a paso de trote; la americana que llevaba ondeaba con cada paso. Era la celebridad sexi que me convertía en papilla el cerebro y en gelatina las piernas y que me hacía cruzar líneas a las que no debería ni acercarme.

Alcé todos mis escudos, me subí los anteojos por el puente de la nariz y me pegué el libro al pecho con la sensación de que todo mi mundo estaba a punto de sufrir un cambio, que no sabía cómo evitar.

—¿Qué? —pregunté en mi mejor tono aburrido. Era lo primero en mi lista de mecanismos de defensa: fingir que la persona con la que hablo no me afecta y hacer como que nada me preocupaba.

—¿Podemos hablar?

—¿Como por qué querríamos hablar de esa noche?

«No me hagas hablar del momento más horripilante, espantoso y humillante de mi vida, te lo pido por favor».

Nick se mostró perplejo, luego la confusión se esfumó.

—Sobre eso no. Créeme que entiendo que no quieras recordar mi cagada de ese día. —Se pasó la mano por el pelo.

Si fuera yo, el pelo me habría quedado parado en todas direcciones; no como el de él, que volvió a caer en su lugar, acomodándose en capas perfectas.

Me giré hacia mi coche y abrí la puerta porque «cagada» era la definición correcta de lo que fue ese día, pero no recaía solo en él, sino en ambos. Además de que necesitaba que se alejara de mí antes de que perdiera la cabeza de nuevo.

—¿Te vas? —Su voz destilaba incredulidad.

—Sip.

—¿No vas a hablar conmigo?

—Mándeme un correo para agendar una cita.

—No puedo esperar más. Necesito tu ayuda ya.

—¿Así como cuando necesitaba mi ayuda con Hannah?

No sabía de dónde había salido eso, a lo mejor de alguna parte oscura de mi alma que detestaba ver que un niño presentara dificultades. Nick se había comportado como si no le importara que su hija tuviera un problema que pudiera frenarla en su aprendizaje y se había cerrado más rápido de lo que un auditor de seguridad alimentaria cerraba una cocina infestada de ratas.

En su defensa, el hombre sí terminó haciendo lo que le había sugerido, y Hannah recibió la ayuda que necesitaba, pero esa no era la cuestión.

—Me lo merezco. Tal vez sí necesitemos aclarar las cosas. No estaba pasando por mi mejor momento en ese entonces, me tienes que entender.

Esa vez no me hizo falta mirarlo para saber que, de nuevo, no la estaba pasando bien. ¿Tendría que ver con lo que había ocurrido entre nosotros? ¿O con Hannah? El silencio en el que nos sumimos duró horrores, por lo que me volví a girar hacia él. No se trataba de un padre esquivo, sino de un hombre al que parecía que le habían puesto todo su mundo patas arriba.

—¿Por qué el hecho de que yo sea HOPS es importante y qué pasa con la lengua de señas? ¿Es para un documental?

Maldito sea mi cerebro curioso y maldita sea su cara toda guapa y perfecta. Maldito sea su pelo oscuro bien acomodado y estilizado y también el hecho de que me sacara quince centímetros. Malditos sean esos ridículos hombros anchos. Maldito sea su aroma y él por no devolverme la mirada del todo.

—¿Puedes al menos recomendarme…? —Arrugó la nariz antes de resoplar de forma exagerada. Echó un vistazo a nuestro alrededor y bajó la voz—. ¿Qué tal si te invito un café? En un sitio donde podamos hablar en privado. No se trata de un documental. —Metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono. Abrí la puerta del coche, por lo que se vio obligado a retroceder—. ¡Mira! —Estiró el brazo por encima de la puerta y me puso el celular en la cara, tan cerca que era imposible ver lo que me mostraba. Eché la cabeza atrás para evitar que me aplastara la nariz.

—Por Dios.

—Tú te preocupas por los niños. Yo lo sé. Mira, anda.

—Nick…

—¡Ella es Teegan! —Agitó el teléfono una vez más.

No había forma de enfocar la vista, así que le agarré la muñeca para que dejara de moverse. Se tensó ante el contacto, mirando de mi mano a mi cara y mi mano otra vez. Lo solté tan rápido que Nick se tambaleó hacia atrás. El mero hecho de tocarlo causó que me acordara de cuando lo besé, que me debilitara. No podía hacerme eso a mí mismo. Ya me había expuesto una vez, no más.

—Deja de agitarme esa cosa en la cara. —Estabilizó la muñeca y miré la pantalla, que mostraba una niña de quizás unos tres años más o menos, no sabría decirlo. Su pelo y ojos eran de un tono oscuro y tenía una sonrisa preciosa—. Me estás mostrando esta foto porque…

—Es Teegan, se escribe con dos es, en lugar de… Equis, no hace falta que sepas eso. Ella… Mira, necesito ayuda.

—¿Quién? ¿Y por qué la directora Hargreaves mencionó que crecí con padres sordos?

—¿Será que podemos esperar para hablar? Es que no traigo un contrato de confidencialidad conmigo.

Clavé la mirada en la suya y Nick se sonrojó.

—¿Lo necesitas solo para hablar? ¿A qué viene tanto secretismo?

Aunque mencionó que no se trataba de un documental, irradiaba intensidad.

Volvió a mirar a nuestro alrededor, como si esperara toparse con los paparazzi en el estacionamiento exclusivo del personal de St. Joseph. No encontraría a nadie; el lugar contaba con seguridad, no podía ser de otra forma dada la cantidad de niños de familias adineradas que asistían al colegio.

Ignoraba lo que le pasaba por la cabeza, pero por su expresión deduje que se hallaba enlistando los pros y contras de responderme. Al final sacudió la cabeza y la tensión en sus hombros se despejó.

—Teegan es mi hija. —La preocupación de Nick se transformó en una sonrisa cariñosa—. Bueno, oficialmente faltan tres meses como máximo, que será cuando el acta de adopción se firme, pero en mi corazón ella ya es mi hija. —Miró la foto y se le agrandó la sonrisa. Entonces se llevó una mano al pecho y una más de mis neuronas faltas de sueño murió a causa de la enfermedad de Nick.

—Es sorda, nació con SAF.

Síndrome de alcoholismo fetal. Puta madre. Algunas mujeres bebían durante el embarazo, quizás hasta el exceso, sin importarles el bebé. Entendía el tema de las adicciones a un nivel básico, pero el hecho de ser responsable de un bebé y no curarte… Me mataba cada vez que escuchaba una historia similar.

—Mierda. —Fue lo único que me salió.

—Sí, y tengo muchas cosas que aprender, y debido a que quiero que todo ocurra con discreción para no exponerla al circo mediático, necesito recibir ayuda en secreto. Entonces, ¿podemos ir por un café y conversar?

Un momento. Me cayó la ficha de que Nick había *coleccionado* otra hija, ¿después de que había pegado el grito en el cielo al verse obligado a apoyar a los que ya tenía? Y esta era sorda, además. ¿Qué desmadre era ese?

—¿Qué hiciste?

—¿A qué te refieres?

—¿La compraste? —solté.

Ay, Dios. Acababa de sonar como un puto idiota, pero es que había crecido viendo a niños con muchísimos problemas, igual que a la que Nick tenía la intención de adoptar. No pretendía reaccionar fatal, pero, carajo; algo de la situación me daba mala espina.

Se le borró la sonrisa y el *shock* se le instaló en el rostro.

—No. No la compré. Jamás he comprado un niño. —Nick pestañeó, los ojos le brillaban por la emoción. Otra vez sentí culpa por reaccionar tan mal, pero es que me fue inevitable—. Voy a adoptar a Teegan.

—Pero metiste la pata hasta el fondo con Hannah. Te negaste a reconocer que uno de tus hijos presentaba problemas, hasta dijiste que no querías que tu reputación se viera afectada…

—No, yo no me refe…

—Prácticamente la dejaste a su suerte y…

—Algo de lo que me arrepiento…

—¿Y ahora vas a adoptar a otra niña con dificultades específicas? Una infante. Una infante sorda.

Ya había visto esa situación antes: una familia que adoptaba a un niño que necesitaba que lo cuidaran de una forma distinta a la que habían contemplado. Me había tocado cargar en brazos a niños mientras lloraban porque sus «familias» los habían rechazado o les habían hecho la vida imposible. ¿Quién decía que Nick no haría lo mismo?

Ambos respirábamos de forma agitada; yo por la confusión y el dolor de revivir experiencias pasadas, él porque estaba en negación.

Se guardó el celular en el bolsillo de su pantalón y, acto seguido, alzó la barbilla, mostrándome la misma vena terca que le veía en sus documentales.

—A ver, todo esto suena peor porque tienes una muy mala opinión de mí. Por favor, déjame que te invite un café, así podemos…

—Yo solito me puedo pagar mi propio café.

—Me refería…

—Ya sé.

—Vayamos, entonces.

—¿Cómo? No. Nunca dije que iría, lo que dije fue…

«Puta madre, me trae hecho un lío».

Nick frunció la cara.

—Sé que metí la pata, pero tenía razones, y ahí estabas tú, tuvimos una conexión y en lo único que pensaba era que quería besarte. De verdad que lo siento. ¿Te sirve?

Quería alegar. Mi nueva opinión sobre el tipo de padre que Nick era seguía siendo la misma: anteponía el dinero y su orgullo por encima de sus hijos. Sin mencionar lo inserto que yo estaba en el problema. Sabía que mi forma de reaccionar era exagerada, pero es que no comprendía qué diablos pasaba.

—Intentaste hacer que me despidieran. —Era menos riesgoso hablar de eso que de la adopción.

—No es verdad, lo que buscaba era sincerarme con el director respecto al hecho de que te había agredido, la cosa fue que me dijo que tuve que haber sido provocado y…

—Por el amor de Dios, cómo va a ser agresión si yo te devolví el beso. —Solté un bufido. «Me aferré a ti y te pedí que siguieras».

Estupendo. Mis emociones empezaron a oscilar hacia la posibilidad de ofrecerle una disculpa. ¿Qué hacía todavía parado allí? Había conocido a tantos padres potenciales de niños sordos que se echaban para atrás a la última hora. Había visto demasiado mal en el mundo. ¿Por qué Nick sería diferente?

—Por favor, Elliot. Es solo un café —me pidió, más bajito esa vez —. Para hablar de Teegan.

La idea de sentarme con él en un contexto social como ir a beber café fue suficiente para que quisiera salir huyendo. Ya me encontraba poniéndome en el lugar de la pequeña y preguntándome qué tipo de vida tendría si se fuera a vivir con Nick. ¿Mostraría este la misma impaciencia que con Hannah? ¿Cómo iba a ser capaz el hombre de abogar por Teegan? ¿Sería posible para mí detener la adopción? Era experto en lengua de señas y había vivido como aliado de la comunidad sorda toda mi vida.

—Es solo un café —repitió.

—¿Y si hablamos aquí?

Retrocedió un paso y luego otro, hasta que quedó apoyado contra el coche estacionado junto al mío, un hermoso Porsche que

sabía que era suyo, al lado de mi confiable Toyota de ocho años con kilometraje alto.

Por un instante, Nick pareció agobiado por una preocupación invisible antes de enderezarse.

—Es de carácter delicado. No puedo hablar del tema en un estacionamiento así como así. —Se pasó una mano por esa cabellera perfecta—. Es personal. ¿Podemos juntarnos para hablar, por favor?

—Déjame pensarlo —le ofrecí tras una pausa.

Volvió a sacar su teléfono.

—Llámame, ¿va? ¿Por favor? Te voy a mandar un mensaje para que tengas mi número y me llames. —Tipeó algo en el celular.

—No tienes mi número —le recordé al tiempo que daba un respingo; el teléfono me acababa de vibrar en el bolsillo.

—Si te acuerdas que me dedico al periodismo de investigación, ¿verdad?

—¿Eso no es intrusión?

—Era una broma. —Nick me dedicó una media sonrisa—. Solo supuse que tienes el mismo número al que te escribí

—¿El que le sacaste a base de artimañas a la oficina administrativa? —Para enviarme una inconexa disculpa que no decía nada, la misma que había leído y borrado, recuperado y vuelto a borrar.

Hizo una mueca.

—Sí. —Me ofreció la mano y no me quedó otra que estrechársela por eso de los modales y demás.

No fue hasta que su Porsche desapareció del estacionamiento que revisé el mensaje.

Cabrón.

Nick me había enviado una foto de la pequeña Teegan, toda tierna con una sonrisa de oreja a oreja y unos ojos brillantes, acompañada de dos palabras:

Por favor.

CINCO

Nick

¿Qué era lo que seguía?

Había transcurrido un día entero desde la reunión con la directora, y Elliot todavía no me llamaba. Aunque necesitaba que me ayudara, no lo presionaría de más. Tenía la sensación de que él se daba su tiempo para tomar decisiones.

Recogí un arbolito de la esquina de la maqueta de Mason, que tenía como tema los dinosaurios, con la que lo estaba ayudando. Me acordé de cuando hice el mismo tipo de diorama para una clase a los ocho años. De lo que no tenía recuerdo era de mis padres ayudándome; mi madre era cirujana y mi padre se pasaba el día trabajando para hacer más dinero del que necesitaba, o jugando al golf. Imaginaba que la niñera era la que me ayudaba, pero con tantas cosas en la mente, a duras penas podía recordar cuál niñera era. Iban y venían dependiendo de lo mucho que mi padre se interesara en llevárselas a la cama.

«¡Alguien se está haciendo la víctima por aquí!».

—¿Estás bien, papá? ¿Otra vez estás pensando en Teegan?

Mason tenía la barbilla apoyada en las manos, se le quedó mirando al arbolito que sostenía y luego me miró a mí, con tanta compasión que me dieron ganas de llorar.

No, si bien estaba pensando en la negativa de Elliot a ayudarme, en que me sentía como pez fuera del agua porque Teegan llegaría pronto, en la muerte de mi amado esposo y en el hecho de que había quemado la cena; más que nada, estaba cansado de sentirme tan perdido.

—Te ves algo preocupado —señaló Caleb—. ¿Es por Teegan?

—Todavía viene, ¿verdad? —me preguntó Mason en tono alarmado.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿por qué te ves…? —Caleb se señaló la cara antes de fruncir el ceño y añadir una pose dramática, que posiblemente fuera una aproximación exacta de mi expresión.

No les iba a revelar mis miedos porque mi papel como padre era protegerlos de las cosas que residían en mi cabeza y no volver a permitir que se apoderaran de mi vida.

Los tres habían reaccionado de forma positiva a la adopción de Teegan, me apoyaban al cien por ciento en la idea de abrirle la casa a alguien que necesitaba una familia, y les emocionaba tener una nueva hermana. Mason y Caleb le habían armado la cama en la recámara de invitados y la movieron de un lado a otro hasta que consideraron que estaba en el sitio perfecto. Hannah, por su parte, me había ayudado a montar cajoneras, y después los cuatro pasamos horas sentados en la isla de la cocina decidiendo la paleta de colores para la habitación y comprando demasiados peluches.

Teegan no tardaría mucho en llegar, de ahí mi desesperación por recibir consejos que me ayudaran a hacer las cosas bien. Pensé que me daría tiempo de comprender todo, pero todas mis inseguridades sobre las cosas importantes seguían sin abandonarme y la fecha de la llegada de Teegan estaba a la vuelta de la esquina. Yo era de agarrarle rápido el rollo a las cosas. Sin ir más lejos, me había llevado solo una hora entender cómo funcionaba mi nueva y reluciente cafetera. Sin embargo, la lengua de señas no se me pegaba. No solo eso, sino que cuanto más leía sobre las dificultades de Teegan y de su mundo, menos entendía mi papel en todo el asunto.

Danny habría sabido qué hacer. Él había nacido para ser padre, un alma dulce que mantenía la familia intacta.

Ojalá Elliot me hubiera contestado de inmediato con un sí cuando me jugué mi última carta al mandarle una foto de la niña. Que el hombre defendiera con uñas y dientes que Hannah presentaba problemas en el colegio me había dado esperanza de que su juramento como maestro pesara más que la incomodidad que yo le provocaba.

¿Los maestros hacían juramentos?

Puta madre.

No me quedaba otra que confiar en él.

—Creo que la cafetera se descompuso —mentí adoptando una expresión apesadumbrada.

Ambos pusieron los ojos en blanco e intercambiaron una mirada.

—¿Presionaste el botón rojo? —me preguntó Mason—. Porque siempre se te olvida esa parte.

Me di un sape en la frente y los niños se rieron entre dientes.

—¡Se me olvidó el botón rojo!

Era una broma recurrente entre nosotros: si no tomaba café, me ponía de malas, tanto que olvidaba presionar el botón rojo, que iniciaba la preparación. A los niños les encantaba molestarme con eso; Caleb pasaba el brazo por un costado de mí y lo presionaba. Todo el rollo de la cafetera era algo familiar que liberaba cualquier tensión. Incluido el hecho de que yo estuviera sentado allí con pegamento en los dedos y, al parecer, afligido.

—A la cama —les dije una vez que dejaron de burlarse; subieron las escaleras rezongando.

Inquieto y angustiado, agarré una botella de agua y luego me dirigí hacia el comedor. Allí me quedé mirando el diorama. Entonces me invadió una desesperación por hacer algo para matar el tiempo —porque Elliot seguía sin llamar—, así que me dispuse a arreglar el arbolito, ya que ocuparme en algo conseguía que dejara de pensar en el hombre que tenía mi futura comprensión de Teegan en sus manos.

—Necesitas más pegamento —le informé al arbolito. Enrollé el tubo antes de darme cuenta de que estaba vacío—. Pegamento —

dije reflexivo, y se me prendió el foco—. El cajón de cachivaches —anuncié y me regresé a la cocina.

Todas las casas tenían un cajón de cachivaches. Cuando Danny, los niños —Hannah tenía seis años, Caleb, cuatro; y Mason, dos— y yo recién nos mudamos a esa hermosa casa, la cocina la había diseñado el arquitecto al inicio de la construcción de la vivienda. Estaba hecha de cristal y acero inoxidable, justo como queríamos que fuera. Era un atractivo deslumbrante, que daba al área del comedor y a otro rincón con sofás lisos, por eso de que también había una enorme sala de juegos, que estaba equipada con una piscina de pelotas, una estructura para trepar e incluso un tobogán en forma de espiral. Además de un espacio abierto que permitía jugar con trenes y muñecas y colorear. Danny y yo fuimos ingenuos al pensar que la cocina perduraría como el atractivo, puesto que no tardó nada en convertirse en el corazón de la casa. Habíamos planeado la sala de juegos y hablado largo y tendido de que allí jugaríamos con los niños, les enseñaríamos todo lo que sabíamos. En esa estancia nos tomamos de la mano y compartimos besos, unidos por el más fuerte de los amores. Los cinco éramos una familia.

Resulta que hasta los planes mejor trazados para la sala de juegos perfecta salían mal.

Un poco como la vida.

Luego de que Caleb vomitara en la piscina de pelotas, la sacamos y la reemplazamos con pufs y libreros. El área pronto se volvió el sitio favorito de Mason cuando necesitaba leer en silencio. Los trenes abandonaron la sala para hacerse con la cocina, la planta de arriba y los baños. Lo que para mí y Danny había comenzado como nuestra casa soñada, de repente se convirtió en nuestro hogar soñado. La cantidad de veces que los cinco terminamos en la cocina comiendo bocadillos, tirados en los sofás leyendo o sentados en el enorme comedor haciendo tarea o investigando.

El cajón de cachivaches, que en un inicio era para guardar baterías y una linterna, pasó a ser el rincón donde todos los tesoros de la casa iban a parar para morir.

Yo sabía que había pegamento. Así, poco a poco empecé a sacar objetos que había dado por perdidos hacía años. El primer tesoro que encontré fue un juguete de extraterrestre, que Caleb había buscado por todos lados durante tres años. La figurita nos había eludido al enrollarse entre dos cargadores viejos de teléfono.

¿Por qué los seguía guardando? Juraría que uno era del teléfono viejo que se doblaba de Danny, de aquella época en la que creíamos estar a la vanguardia. Algo de hacía muchos años y, sin embargo, el cable estaba allí.

Lo desenredé para poder sacar al extraterrestre. Cuando coloqué la figura en la encimera, me invadió una sensación de logro. A Caleb todavía le gustaban los Lego, aunque en esos momentos lo suyo era crear rascacielos enormes para ver qué tan altos los podía armar antes de que la estructura completa se derrumbara. Apenas el día anterior, en su habitación, me planté al lado de su última creación, que habría medido unos tres metros de altura. Aguantó en pie por pura fuerza de voluntad y gracias a la ayuda de un palo de hockey, que Caleb había encontrado entre las cosas viejas de Danny.

Conservaba ese objeto en específico porque era un recuerdo de que me había enamorado de un canadiense que vivía por el hockey cuando yo era un playero californiano con mala actitud. Me gustaba pensar que a Danny le habría encantado ver que el palo se usaba para bien y no como un arma junto a la puerta principal, donde yo quería ponerlo, para atacar a posibles invasores. La vez que le mencioné la idea, me señaló que vivíamos en una zona residencial privada con seguridad incluida y que cualquiera que lograra pasar probablemente era digno de una entrevista para uno de mis documentales debido a sus habilidades de traspaso y allanamiento de morada.

Lo recordaba todo con cariño. No hacía falta que la pena me hundiera para rememorar solo el final de nuestra vida juntos.

«¿Por qué tengo los ojos húmedos, entonces?».

El palo de hockey lo había guardado en el pequeño vestidor adjunto a nuestra recámara, al fondo del armario, junto con cajas de objetos que no me atreví a tirar tras la muerte de Danny. Libros de notas que había usado, fotografías de cuando era joven, talones de

boletos y, lo peor, el historial médico de cuando lo diagnosticaron con cáncer y el obituario que apareció en el periódico *San Diego Union-Tribune*.

La tristeza me golpeó, como en ocasiones ocurría, pero respiré a través del dolor, conté del cincuenta al uno e hice todas las cosas que mi terapeuta me había enseñado, hasta que la pena se convirtió en algo pequeñito que era capaz de acunar en el pecho. Pese a que habían pasado seis años desde su partida, en mis momentos de mucha debilidad, la angustia me tomaba por sorpresa y hacía que pareciera que Danny había fallecido el día anterior.

«Sentir la pena de un duelo no te vuelve débil. Es un proceso que no siempre es oscuro, a veces es una luz brillante en sueños que muestran el camino hacia delante».

Durante las sesiones de terapia familiar, hablé sobre la necesidad desmesurada y feroz que sentía de querer proteger a mis seres queridos, hasta el punto de defenderlos a la enésima potencia si me parecía que alguien los estaba atacando. Eso, sumado a la muerte de Danny, a mi estado de viudo y al terror que me daba pensar en el futuro y mi lugar en este, provocó que la depresión me consumiera. No había un día en el que no sintiera pena, era un murmullo traicionero en mis pensamientos subrayando cada decisión que tomaba, pero en su mayor parte, la tenía bajo control, o por lo menos se había suavizado con el tiempo. Llevaba dos años sin tener días negros, y mi lugar feliz era mi trabajo y mi familia.

«Te extraño, Danny».

Con manos trémulas por la emoción, tiré el cable desenredado a la basura, pero al instante lo saqué. ¿Y si el celular de Danny apareciera por allí? ¿Y si diera con él y no tuviera forma de cargarlo? ¿Y si hubiera una forma de volver a oír su voz?

—Tonto —murmuré y tiré el cable otra vez a la basura antes de cerrar de golpe la tapa.

—Cielos, ¿qué mal te hizo la basura, papá?

Solté un gritito. Estaba tan perdido en mi cabeza que el hecho de que Hannah apareciera en la cocina me metió tremendo susto. Mi hija era de hacer entradas dramáticas, pero ni siquiera la había oído bajar las escaleras.

Fue directa al refrigerador.

—Estaba en mi mundo —le ofrecí una vez que se me estabilizó el corazón. A mi edad, ya no podía llevarme ese tipo de sorpresas. «¿Por qué hablas como si chochearas? Tienes treinta y nueve. Eres joven»—. ¿Estás bien?

Masculló algo al tiempo que alcanzaba la manija del refri.

—¿Me puedo comer lo que quedó de la pasta?

—Claro.

De darles a elegir, Caleb y Mason jamás escogerían las opciones saludables frente a deliciosos postres; sin embargo, Hannah siempre hacía las cosas a su manera.

—¿Cómo te fue en la reunión?

Se sentó en un taburete de la isla y, acto seguido, metió un tenedor en el tazón de las sobras de la pasta de pollo que había cocinado el día anterior. No era el mejor cocinero, ese fue Danny, pero me defendía, y los niños nunca pasaban hambre.

Además, sabía cómo pedir comida a domicilio.

—¿Cuál?

Ladeó la cabeza y fue como ver a Danny. Se parecía tanto a él que me dieron ganas de llorar y sonreír y volver a llorar.

—¿Acaso tuviste dos reuniones superimportantes ayer?

—Listilla —dije afectuoso y le revolví el cabello.

—El pelo no —se quejó y se llevó otro bocado de pasta, que masticó con aire pensativo—. Por el ceño fruncido en tu cara, supongo que te fue mal, ¿verdad?

—La directora me proporcionó información útil. —Agarré mi taza de café, que de caliente ya no tenía nada, y me senté delante de Hannah.

—Papá.

—¿Qué?

—No contestaste lo que te pregunté.

—Ah. Pues resulta que ella conoce a una persona que podría ayudarme, ayudarnos, pero tal persona dijo que me va a avisar si decide hacerlo. Como que no… quería. —Me estaba quedando corto.

—¿Quién es? ¿Quieres que los chicos y yo tengamos una charla con esta persona? —dijo en un acento británico todo raro, algo que

empezó a hacer después de ver *Downton Abbey*.

—Por chicos, ¿te refieres a tus hermanos? ¿Caleb, el pacifista; y Mason, que solo piensa en futbol?

Hannah me sonrió y negó con la cabeza.

—Lo haré yo sola, entonces. Nadie es capaz de decirle que no a esto. —Juntó las manos bajo la barbilla e hizo ojitos.

Esa era mi hija, centrada en la familia y dedicada a trabajar como mi mano derecha en todo. A pesar de que la terapeuta nos explicó que su afán de ayudar era sano, aun así deseaba que el vacío que Danny había dejado no fuera tan grande para que Hannah no sintiera la responsabilidad de llenarlo.

—Puede que ya no quieras hacerlo cuando te diga quién es.

—Mmm, qué intriga —expresó, de un modo que la hizo parecer mayor a sus quince.

—Es el señor Curtis.

Arrugó la frente y, al cabo de unos segundos, la comprensión se instaló en su expresión. Asintió despacio.

—Ah —murmuró luego de una pausa—. Tú y Carita Curtis, ¿eh?

Obvié el hecho de que lo llamara «carita» porque, para mí, Elliot no era guapo. Estaba buenísimo, era sexi, frustrante y el faro de mi vergüenza. Pero no iba a ponerme a pensar en eso. Hannah no sabía la mitad de lo ocurrido entre nosotros, y no iba a discutir lo del beso con ella, ni loco.

—Ajá.

—¿Y cómo va a ayudar? Ah, espera, su hermano es sordo, ¿no?

No lo sabía. De hecho, lo que sabía de Elliot era porque él me lo había contado.

En la institución encargada de mi trámite de adopción me sugirieron que se le enseñara lengua de señas a Teegan de manera formal porque, aunque había aprendido algunas señas de sus padres de acogida, estaba atrasada en comparación con sus pares. No hacía falta que me dijeran que el lenguaje enmarcaba la vida de todos, del modo que se produjera, o que ella carecía de semántica y pragmática, pero me lo dijeron. También agregaron que debía arrancar a toda marcha, por lo que empecé a aprender lengua de señas, cosa que les pareció suficiente. Sin embargo, ya no faltaba

mucho para que Teegan llegara y, como con cada día que pasaba me sentía más como pez fuera del agua, necesitaba un experto que me guiara porque quería lo mejor para Teegan.

—No lo sabía, pero dice que tiene experiencia de primera mano en lenguaje de señas y en todas las demás cosas que jamás voy a comprender bien por mi cuenta. ¿Qué pasa si resulta que su recámara no está bien acondicionada? ¿Qué pasa si Teegan se espanta y yo no me doy cuenta? ¿Qué pasa si…?

—¡Papá! Basta. —Hannah me tocó el brazo—. ¿Necesitas hablar con alguien? No caigas en una espiral.

Pestañeé mirando a mi hermosa hija y odié que supiera el significado de esa expresión.

—No va a pasar, tranquila. Solo estaba pensando en voz alta. Estoy bien, te lo juro. —Ella sabía que seguía yendo a terapia una vez al mes y que me medicaron cuando caí en depresión. Hannah estaba al tanto de todo, algo que deseaba que no fuera así. No era mi cuidadora; yo era el que tenía que ver por ella. «Cambia de tema»—. En fin, el señor Curtis me dijo que quiere que hagas audición para el papel de Julieta.

—¿En serio hablaste con él de mí?

—Claro. —Le revolví el cabello—. Estoy orgulloso de ti.

Se encogió de hombros como si no fuera nada, pero vi la forma en que los labios se le curvaron hacia arriba en una sonrisa leve.

—Pues sí, me dijo que sería buena para el papel, pero no creo que vaya a hacer la audición.

—¿Por qué no?

Se dio unos golpecitos en la cabeza con el dedo índice.

—Tengo abejas en la cabeza, papá.

Así era como ella describía su TDAH, aunque se las arreglaba gracias a estrategias de superación y a la medicación. No podría estar más orgulloso de ella.

—Puedes hacer lo que sea que te propongas —observé.

—Si tú lo dices. —Me sonrió y todo mi mundo volvió a estar en paz.

Me encarrilé de nuevo al asunto importante.

—Cuando me contaste que no te dieron el papel de Lady Capuleto, nunca mencionaste que el Sr. Curtis quería que hicieras audición para Julieta. Es más, ni siquiera mencionaste al maestro.

Por un instante, pareció confundida.

—Pues es que, primero, no tenía caso que te lo comentara si no iba a hacer la audición; y, segundo, cada vez que mencionaba al Sr. Curtis, ponías cara de limón chupado.

—¿De qué?

—Esta. —Hannah frunció la cara como si hubiera comido algo ácido.

—Yo no pongo esa cara.

No dijo nada, se limitó a darme esa mirada que todos los adolescentes dominaban cuando se trataba de evidenciar a sus padres.

Quería continuar hablando, alentarla un poco más, pero alguien más entró en la cocina antes de que pudiera expresarme.

—¿Papá? —Encorvado y frotándose los ojos, Caleb bostezó—. Creo que tuve una pesadilla.

Caminó directo a mis brazos. Lo abracé a la vez que inhalaba el aroma de su pelo mojado, que no se había molestado en secar tras la ducha y del cual se quejaría en la mañana porque parecía un nido de pájaros. Se ensimismaba tanto en el mundo de los libros que su apariencia era la última de sus preocupaciones, a diferencia de mi Mason, quien era un apasionado de la moda.

—¿Crees que tuviste una pesadilla?

Me vino el recuerdo de que, mientras yo perdía la cabeza, Hannah estaba teniendo pesadillas. Debería haberles prestado más atención. No volvería a cometer el mismo error.

—Mi torre me cayó encima —murmuró y se enterró más en mi abrazo.

—¿Lo soñaste?

—No —contestó, aunque muy apenas lo oí.

—Entonces, ¿lo que estás diciendo es que no fue una pesadilla, sino que tu torre de Lego se cayó de verdad?

Echó la cabeza hacia atrás para mirarme, los labios se le contraían en su intento de aparentar inocencia.

—Puede que sí.

Me mordí el labio para evitar sonreír.

—¿Sobre tu cama?

—Sip.

—¿Quieres que te ayude a quitar las piezas?

—¿Puedo comerme una galleta primero?

—Conoces las reglas. —Traté de mantenerme firme.

—No se comen galletas después de las ocho de la noche —recitó antes de exhalar un suspiro exagerado. Acto seguido, me hizo ojitos.

Terminé ocupándome de los bloquecitos de plástico tirados en la alfombra, descalzo y mientras Caleb y yo comíamos galletas.

¿Qué tenía de malo? Total, era viernes por la noche; al día siguiente no habría escuela. Y las galletas formaban parte de una dieta básica, ¿no?

Después de pisar bloquecitos y aguantarme los improperios dos veces, dejamos los Legos bien apilados y Caleb volvió a la cama. Pasé a ver a Mason, que estaba en el quinto sueño y desparramado en el colchón. Lo tapé con el cobertor antes de salir de la habitación. En el pasillo me crucé con Hannah, quien iba de camino a acostarse. Lo abracé y le di un beso en la coronilla.

—Te amo, papá —dijo al tiempo que entraba en su habitación.

—Te amo, Hannah Bana —murmuré.

Me fulminó con la mirada y luego cerró la puerta. No pude evitar sonreír. El apodo se lo había puesto Danny, y se le quedó. Era la versión corta de Hannah Banana.

Regresé a la cocina y encontré diez mensajes nuevos en mi celular. ¿Estaba mal que me emocionara por pensar que a lo mejor Elliot me había llamado? Los revisé: cinco eran de Gray; cuatro, de mi mejor amigo, Cameron, que nos invitaba a una parrillada sorpresa por el cumpleaños de su pareja, Adam. Y allí estaba, justo al final, el nombre de Elliot.

VEÁMONOS MAÑANA (SÁBADO) *a las 10:00.*

AÑADIÓ la dirección de una cafetería en City Heights que no conocía. Esperaba que no estuviera a rebosar de gente. Suponía que no tenía elección respecto al lugar del encuentro, y era tanta mi desesperación que si Elliot me hubiera hecho reunirme con él frente a cámaras transmitiendo en vivo, probablemente habría aceptado.

No me quedaba otra que confiar en el hombre que me había mostrado el fracaso que yo era.

La única persona, aparte de Danny, que había vislumbrado al Nick verdadero.

SEIS

Elliot

Marianne Curtis no solo era mi madre, sino también una mujer extraordinaria, que dejaba muy claros sus sentires cuando se trataba de su familia.

No se rebajó a expresar su ira con signos, pero la veía ardiendo en sus ojos y se notaba en la forma protectora que se cernía sobre mí. Ella sabía gran parte de lo sucedido dos años atrás con Nick, y acababa de terminar de contarle el resto de la historia triste de esa noche, incluidas mis frustraciones respecto a que le iban a entregar una niña que necesitaba un tipo de padre en específico al mismo hombre que había perdido los papeles por la situación de su hija. Desde luego, nunca le dije lo del beso, pero las mamás tenían superpoderes que nunca entendería. Y hacía dos años había comentado algo de un corazón roto, que volvió a mencionar en ese momento. La cosa no iba de mis sentimientos heridos, sino de Teegan.

<¿Vas a investigar más sobre la niña? ¿Y comprobar que él es el indicado para cuidarla?>.

Mamá fue directa al núcleo de mis preocupaciones. Si tomaba mis experiencias con Nick al pie de la letra y las comparaba, eran contradictorias. Tanto que el hecho me producía mareo. Por un lado, había rechazado mi preocupación por Hannah, pero después me

enteré de que la inscribió a clases de tutorías, contrató a un orientador y buscó la ayuda de un médico. Además, me había mandado un mensaje de texto inconexo y una cesta de regalos grandísima como disculpa. A pesar de mi tono irónico cuando mencioné la canasta, lo cierto era que intentó disculparse. Eso sí, nunca me buscó en persona; nunca se plantó delante de mí con esos ojos oscuros llenos de remordimiento, pero al menos me había hecho caso.

<Ya le pedí a Zach que me llame>, anuncié, y ella asintió.

Zach Seeley era el amigovio de mi madre, si es que ese era el término adecuado para alguien que cortejaba a la antigüita. Se había jubilado hacía cinco años tras trabajar en el gobierno de su localidad y prestar sus servicios a la atención infantil. Lo sabía todo sobre el sistema en el que muchos niños se veían atrapados. Tenía contactos con contactos y, aunque solo le había proporcionado los nombres de Teegan y Nick, no me cabía duda de que, por mí, Zach sería capaz de ojear los documentos oficiales de la adopción, lo que me serviría para darme una idea de la situación. Él no era de los que iban por allí violando la confidencialidad de la gente, sino un hombre de instinto. Respetaba a Zach. A Teegan probablemente le habrían asignado una familia de acogida, aunque a los niños sordos casi nunca los mandaban a casas con personas sordas, lo que ocasionaba que se sumieran en sus propios miedos y no crecieran dentro de una comunidad. Me había tocado ver a muchísimos niños rezagarse porque nadie los entendía, por lo que odiaba la idea de que esa fuera la historia de la niña que iría a parar con Nick.

Si el hombre ni siquiera se ocupaba de los problemas de Hannah, ¿cómo diablos iba a lidiar con una niña sorda? No era que la sordera fuera peor, pero… Dios, con todo el asunto, la cabeza me daba vueltas, en ese momento no estaba para ponerme a analizar.

Mi madre maldijo, algo muy inusual, y dejó salir un suspiro profundo.

Marianne tenía dos hijos: yo, que nací primero y con audición; y mi hermano, Joel, que era sordo. Ambos éramos hijos de padres sordos, así que crecí entendiendo y respetando la comunidad sorda. Había sido testigo de todas las dificultades a las que se enfrentaban

durante todas las etapas de su vida. Desde niños que pasaban de una familia de acogida a otra, adultos jóvenes que batallaban con su mundo y hasta padres que buscaban ayuda de verdad o soluciones mágicas. En ocasiones, el dolor de todo aquello era suficiente para hundirme en la miseria, pero al menos sabía que mi familia y yo compartíamos los mismos pensamientos.

<¿Qué es lo que hará cuando por fin tenga a la niña en su casa? >, me preguntó mi madre.

Negué con la cabeza.

<¿Grabar uno de sus documentales vanguardistas acerca del gran acto de caridad que está haciendo al adoptar una niña sorda? >.

Algo que tenía la lengua de señas era la facilidad para usar la ironía, que se manifestó con intensidad en cada movimiento de mis manos.

¿Estaba siendo muy severo? Es que si Nick había descartado mis sugerencias con Hannah, ¿por qué sería diferente con Teegan? Tampoco es que me hubiera buscado a mí específicamente, lo que quería era ayuda. ¿Debería ser más paciente con él, entonces? ¿Pero y los niños asignados a familias caóticas, los rechazados y los jóvenes adultos sin ningún apoyo? Mis experiencias pasadas no me permitirían pasar por alto lo que Nick hacía.

«¿Quería acaso pasarlo por alto?». Las experiencias me hacían ser quien era: un hombre afortunado que había nacido dentro de una familia amorosa y que empatizaba.

No todos los niños corrían con la misma suerte.

Mamá me tiró del brazo.

<Todo va a estar bien. Teegan te tiene de su lado ahora>. De seguro había visto la preocupación en mi expresión frustrada. Me dio un abrazo de lado.

No teníamos que decirnos nada para entendernos, ya que como familia teníamos una profunda conexión, lo mismo que quería para cada niño sordo allá fuera.

A lo mejor pecaba de ingenuo, pero quería proteger a todos los niños que vivían en un mundo distinto al de la mayoría.

Le devolví el abrazo antes de retroceder.

<Te amo, mamá>.

Depositó un beso en mi frente y dejó la cesta de ropa limpia a mi lado.

Mi madre y yo teníamos un acuerdo: yo me encargaba de hacer la jardinería y ella me lavaba la ropa. Algo conveniente para los dos y que duraría mientras siguiera viviendo en una de las cabañas de la propiedad familiar. Mi hermano y yo vivíamos en el extenso terreno, en cabañas separadas; Joel con su esposa e hija, y yo con mi… colección de libros. De momento eso era lo más parecido que tenía a la compañía.

El dinero que me sobraba iba a parar al Centro Florecer, un club extraescolar, un centro a pequeña escala dedicado a la educación, un grupo de apoyo y, sobre todo, un espacio seguro. Se llevaba a cabo en un establo en la propiedad de mi mamá, que cuatro años atrás había sobrevivido a un incendio forestal intenso por medio kilómetro y que brindaba un paraíso de paz a familias, algo que parecía no concordar con el silencio percibido de alguien sordo. La sobrecarga sensorial era real y en Florecer no solo procurábamos ayudar con eso, sino con todo. Un día, nos expandiríamos y nuestro centro educativo llegaría a más personas. Eran donaciones como la de Nick las que hacían la diferencia.

<Le dije que me vería con él, pero no le aceptaré el dinero si me da malas vibras>. Aunque sabía que mi madre lo entendería, tenía que mencionarlo.

Asintió.

<Estoy orgullosa de ti por plantarte>.

Con un dedo, le dio golpecitos a su reloj y arqueó una ceja perfecta.

Solté un suspiro fuerte. No quería ver a Nick, pero tras darle un abrazo a mi madre y recoger el correo que ella quería que enviara, recorrí los treinta y dos kilómetros que tomaba llegar a la ciudad.

Una vez allí, busqué un sitio donde estacionarme que estuviera lo más cerca posible de La Sala del Vapor. La cafetería era mi lugar feliz. Servían el mejor café y, sin lugar a dudas, el pastel más delicioso, además, tenían los sofás más cómodos. Después de los de

mi cabaña, claro. El bullicio nunca faltaba porque siempre estaba concurrido, y quedaba a solo diez minutos del colegio.

Por lo regular, me hacía bolita en el sofá de la esquina, junto a la cocina, con bastante café para sobrevivir la corrección de los ensayos de mis alumnos. Desde luego, siempre había un estudiante que destacaba sobre la pila de trabajos plagiados, por lo que era mi responsabilidad hacer que dieran la talla… Algunos necesitaban más ayuda que otros.

Así como Nick con la pequeña Teegan, una niña que iba a adoptar, sabrá Dios por qué motivos, pero era probable que fuera porque tenía el dinero para comprar lo que se le diera la gana.

Acallé la voz interior que no le daba tregua a Nick, puesto que esa reunión se trataba de la niña y de mis preocupaciones, más que válidas, acerca del tipo de padre que Teegan obtendría tras la adopción. No era tonto, sabía que no todos los niños sordos podían o debían irse con familias sordas sin excepción. ¿Pero era Nick Horner una buena opción? El hombre hacía uso de su influencia para conseguir cosas, aunque la había pasado mal mentalmente dos años atrás. Me preocupaba que la pena, que aún residía en su corazón, fuera suficiente para llevarlo al límite.

Todo niño necesitaba un padre o tutor de corazón fuerte, bueno y positivo.

Como mis padres, dos personas con el corazón más grande del mundo que cuidaron a sus hijos. Lo eran todo para mí y Joel, a pesar de que papá falleció, mamá seguía allí para nosotros. Teegan merecía algo igual.

Cuando tomé la decisión de llevar a cabo la reunión de ese día, fue pensando en la pequeña. Aun sin conocerla, sentía un fuerte apego por la niña de ojos oscuros porque, hasta cierto punto, entendía sus necesidades. Pelearía por ella y Nick no iba a detenerme. Si para obtener suficiente información a fin de bloquear el trámite de la adopción tenía que pasar tiempo con él, entonces, eso era lo que iba a hacer. O, quizás, me mostrara que estaba haciendo las cosas bien.

No perdería los estribos esa vez. Me mantendría firme; de ninguna manera cedería en lo que respectaba a Teegan. No me

dejaría engatusar por el lado gruñón de Nick ni recordaría como en sus documentales parecía pelear por los desamparados. Era pura actuación de todos modos.

La puerta principal de la cafetería se abrió y Nick entró buscándome. Al ubicarme, asintió. Llevaba una gorra y lentes oscuros y caminaba encorvado. Supuse que era un intento por pasar desapercibido. Con señas me preguntó si quería algo de beber, así que alcé mi vaso, lo que hizo que volviera a asentir.

Me fue imposible no rastrear sus movimientos hacia el mostrador, el andar relajado de alguien que no quería sobresalir y el chequeo cauteloso del sitio, como si fuera un agente secreto.

Un agente secreto sexi, que no había abandonado mis pensamientos desde la reunión en el despacho de la directora. Cuando rememoraba el beso, la ira que le precedió y la frialdad que le siguió a la ira, volvía a sentir cada emoción: aversión, enojo, frustración, tristeza, lujuria y decepción. Todas libraban una batalla en mi cabeza para hacerse con la victoria, lo que provocaba que me sintiera fuera de control. Era débil. Si Nick llegaba a insinuar que quería que nos besáramos de nuevo, me vería obligado a salir corriendo en dirección contraria, si no, me pondría patas arriba y le mostraría la panza. O los labios. O el miembro. Lo que fuera que él quisiera.

Sujetando una bandeja con tazas, crema de café y dos rebanadas de pastel, se enfiló hacia el sofá donde yo estaba sentado. Avanzaba con tanta concentración que se mordía el labio inferior.

«No es sexi. Nick. No. Es. Sexi».

—Elsa dice que te gusta el café con sabor a avellana, así que te pedí uno —anunció mientras colocaba con cuidado la bandeja en la mesa de centro.

—¿Conoces a Elsa?

—No, lo que pasa es que la soborné con un autógrafo y le prometí una selfi para su muro de la fama. —Se rio, un sonido discreto que no parecía encajar con el hombre que conocía.

—¿Cómo supiste que podías preguntarle? ¿Y si esta hubiera sido la primera vez que venía a esta cafetería?

Nick me señaló.

—Me basé en tu lenguaje corporal. Estás en ese sofá sentado a lo indio, así que supuse: o bien entras en confianza con mucha facilidad en lugares nuevos, lo que no se ajusta al perfil mental que tengo de ti, o bien vienes muy seguido.

Diablos. Había olvidado lo observador que debía ser un periodista de investigación. ¿Y a qué se refería con que no entraba en confianza con facilidad? Si yo era confianzudo. Tanto que me sentía como en casa.

—¿Me hiciste un perfil?

¿Mi cara desprendería el mismo asombro que mi voz?

—No, no en plan… no… Es una palabra que uso para explicar cómo veo a las personas. En fin —cambió de tema—, traje café y pastel. Elsa se negó a informarme tus gustos respecto al pastel, dijo que tenía que adivinar. Se me ocurrió que podrías ser fan de lo dulce, pero luego me acordé del regusto a canela en tu boca cuando… —Nick enmudeció y carraspeó al tiempo que la cara se le ponía escarlata—. En fin, te compré un rollo de canela y también una pieza de todo lo demás. Anda, come.

Una parte de mí quería decirle que no me interesaba que me comprara con postres. Ignoré el rollo de canela glaseado y, en su lugar, agarré un *muffin* de frambuesa con chocolate blanco porque sí. Nick eligió una galleta de mantequilla cubierta de tofe y chocolate y le dio una buena mordida. Masticó despacio, como si saboreara el vino de mayor calidad.

—Siempre he creído que el indicador de una buena cafetería son sus postres. —Se giró un poco en su asiento y alzó los pulgares en dirección a Elsa, que le sonrió.

¿Qué onda con Nick y su facilidad para hacer amigos? Elsa era mi barista y amiga, una abuela de siete, copropietaria del local y una panadera experimentada. ¡Ella era mía!

De seguro el hombre ya sabía todo eso. A pesar de que él no llevaba cinco años viniendo a esa cafetería como yo.

«Andamos un poco posesivos, ¿no, Elliot?».

Me llevé un pedazo de *muffin* a la boca y se me deshizo en la lengua, soltando toda su deliciosidad con sabor a chocolate y

frambuesa. Volví a centrar la vista en Nick, quien tenía una expresión rara en la cara, una que era incapaz de descifrar.

Me miró con ojos intensos unos instantes, sin titubear, antes de aclararse la garganta.

—¿Esos *muffins* sí te gustan, entonces? —me preguntó al tiempo que se cruzaba de piernas en el sofá diagonalmente opuesto al mío.

—Sip. ¿De qué querías hablar conmigo?

—Ah. De acuerdo. Pensé que podríamos charlar un poco.

—No hace falta.

—Bueno, creo que lo primero es aclarar las cosas; hablar de lo que sucedió hace dos años.

—No es necesario. Vine para hablar de Teegan y nada más.

—Pero dije cosas que…

—Fuimos los dos.

—Te besé…

¡Ah, no! Nanay. No íbamos a tocar ese tema.

—Nos besamos. Ahora, concentrémonos en lo que dices que necesitas. Cuéntame de Teegan y de cómo siquiera… —Hice una pausa porque lo que quería decir saldría junto con todas mis preocupaciones y miedos—… no, de cómo quieres que… eso.

Lamentable.

Me dio la impresión de que Nick me preguntaría qué iba a decir, o peor, que descargaría más de su angustia. No obstante, su expresión se redujo a un ceño fruncido. No me quedaría sentado a escuchar como enlistaba miles de razones por las que se había comportado como lo hizo en aquella sala de juntas, puesto que me vería obligado a responder, a explicar y justificar por qué pensé que besarlo era una buena idea.

Y ni loco iba a ponerme a examinar los fantasmas de mi pasado en un futuro cercano. Deberíamos considerarlo una anécdota y dejar el tema por la paz. Era una decisión tomada. Estaba allí para investigar el bienestar de una niña sorda y evaluar a Nick en el papel de padre adoptivo.

—De acuerdo. Me ceñiré a los hechos. —Titubeó antes de proseguir—. Para darte el panorama completo, tengo que revelar mucha información que no pienso comentar aquí con esta gente. —

Agitó una mano hacia los diez clientes, que no nos prestaban nadita de atención.

Puede que Nick fuera una persona famosa, pero en ese momento no se parecía en nada al entrevistador persuasivo que era capaz de hacer llorar al tipo más malote. Sentado allí, con *jeans* y una camiseta de Nirvana, el pelo oscuro escondido bajo una gorra y la cabeza gacha girada hacia mí, podría pasar por otro hombre más. No aparentaba tener casi cuarenta años.

Conocía su edad debido a un reportaje sobre el bufete de abogados de sus padres. En él mencionaron que Nick era hijo único, y me acordaba de que el entrevistador había hablado de lo orgullosos que los padres estaban de su hijo. Sin embargo, durante el último semestre que le impartí clases a Hannah, esta escribió un ensayo sobre la familia disfuncional, en el que explicaba que nunca veía a sus abuelos. Desconocía las razones detrás, pero tal vez eso de que se sentían orgullosos era forzado.

Me vi todo el reportaje porque me resultó interesante, no estaba obsesionado con Nick Horner ni nada por el estilo. Aunque lo único que quería hacer era contemplar sus fotos. ¿Y qué si sabía que era trece años, seis meses y tres días mayor que yo?

—¿Te preocupa que los *paparazzi* te encuentren?

Hizo una mueca. Era muy dado a torcer el gesto.

—Hay veces en las que… —Calló y negó con la cabeza—. Olvídalo. Hablemos de Teegan y tal vez un poco del problema. Mira, por lo regular, se me dan muy bien las cosas; pero cuando se trata de la lengua de señas, adaptar la casa para ella y pasarme todo el maldito día preocupado, no doy una. Quiero que llegue a un ambiente en el que se críe bien y sea feliz y, para eso, necesito saberlo todo. Literalmente es a lo que me dedico. Busco toda la información posible para tener el control.

—Pero no se puede controlar a un niño —le advertí.

Nick pestañeó.

—Eso no fue lo que quise decir. Cuando soy incapaz de comprender lo básico… —Exhaló con aspereza. Acto seguido, empujó a un lado su galleta, como si necesitara hacer espacio para

lo que se avecinaba. Me lanzó una mirada cargada de nervios—. Aquí va.

SIETE

Elliot

Nick empezó a formar figuras con las manos. Sus movimientos eran erráticos y muy pausados, y… No podía ser. Estaba intentando decir algo con señas.

—¿Te lo repito? —me preguntó cuando me quedé callado—. Te lo voy a repetir —se contestó a sí mismo. Esa vez, formó las señas al mismo tiempo que pronunciaba las palabras de una manera exagerada—: Hola, me llamo Nick y me gusta comer plátanos.

La seña para plátano tenía que verse como si se estuviera pelando dicha fruta. Lo que él hacía no era ni un poquito correcto. Debería estar usando su mano no dominante para formar un puño con el índice apuntando hacia arriba, pero Nick había usado la otra mano para simular el plátano. Y no solo eso, su manera de «pelar» daba a entender algo completamente distinto.

—Di algo —me pidió, abatido. Nunca había oído tal vulnerabilidad en su tono, era evidente que se encontraba fuera de su zona de confort—. ¿Elliot?

De acuerdo. Necesitaba hablar.

—¿Qué diablos fue eso? —atiné a decir.

—Me anoté, de forma anónima, a unas clases con un tal Ian Stokes. ¿Lo conoces? Enseña lengua de señas.

—No.

—¿Seguro?

—No todos los que usan la lengua de señas se conocen.

—Mi error. —Nick se rio, de ese modo autocrítico y malhumorado muy propio de él—. Supongo que es igual que ser gay, ¿no? Me refiero a que siempre me preguntan si conozco a fulano o a mengano solo porque creen que nos conocemos entre todos, como si fuéramos un club o qué sé yo. —Agitó una mano—. En fin. —Bajó la voz y se inclinó hacia mí—. Después de mi primera clase con el Ian este, recibí un email casi nada sutil en el que me hacía todo tipo de preguntas que no estaba listo para responder; preguntas acerca de Teegan y de mis otros hijos, y sugirió que podría ser buena idea que le pagara por adelantado por su confidencialidad.

«¿Qué carajos?».

—¿Intentó extorsionarte? —Puede que hubiera soltado la pregunta con mucha brusquedad, porque los ojos de Nick se ensancharon.

—Sí. Me gustaría decir que estoy acostumbrado, pero cada vez que me pasa, me doy cuenta de que no lo estoy ni un poco.

—Lo denunciaste, ¿verdad?

—No podía… Si involucraba a la policía, terminaría exponiendo a mis hijos, y me niego a hacer eso. De ahí que le sugiriera que podía protagonizar mi siguiente documental sobre revelaciones y que le preguntara si alguna vez se había planteado la idea de mudarse a otra ciudad. Jamás vi a alguien rajarse tan rápido. —Nick dejó salir una risa, un sonido tenso y triste.

Debía de ser una mierda no tener en quién confiar, pero como tenía dinero, era imposible que fuera la primera vez que intentaran joderlo. Había crecido rodeado de privilegios, tenido una vida cómoda. Y aun así…

«Un momento. ¿Eso que siento es una punzada de compasión?».

—Alertaré al centro, en caso de que les ofrezca su forma de ayudar a otros en la misma posición que tú.

—Pero sin mencionar mi nombre, ¿verdad?

—Sí. Ahora, muéstrame esas señas otra vez —le exigí.

Puso cara de sorpresa antes de gesticular.

—Hola, me llamo Nick y me gusta comer plátanos —repitió. Desganado, hizo la seña para «plátano».

La expresión en su rostro transmitía tanta impotencia que, si no se encontrara al otro lado de la brecha social y estuviera forrado de dinero y lujos, hasta podría sentir lástima por él.

—¿Por qué plátanos? —le pregunté intentando no reírme.

—Porque me gustan, y es que había un frutero junto a mí cuando investigué las señas. Además… Te estás riendo de mí.

—No es cierto.

El hombre alzó la barbilla.

—¿Qué tienen de divertido los plátanos?

—Nick. —Me mordí el labio—. Con las señas que hiciste no me dijiste, ni de cerca, que te llamas Nick y que te gustan los plátanos.

—Mierda. ¿Qué fue lo que dije? —Se vio las manos como si estas fueran una entidad maligna que había que destruir.

La cosa es que sus manos no eran el problema, sino las palabras en su cabeza que se habían perdido en la traducción.

—No quieres saber.

—No solo es la lengua de señas, para la que, claramente, soy un inútil. Tengo una lista larguísima de las cosas que necesito solucionar para poder darle a Teegan el mejor hogar.

El recordatorio del porqué estábamos allí consiguió que me pusiera un poco más serio.

Nick me tendió un libro de notas abierto en la primera página, que mostraba una lista de cosas enumeradas. Algunas hasta tenían subdivisiones. Ya había tachado «instalar timbre con cámara» y «mejorar sistema de seguridad», aspectos que eran una prioridad, dada su posición. Intenté no esponjarme demasiado al ver que las necesidades de la niña se hallaban debajo de la cuestión de la seguridad, pues no sabía cómo era su vida y tampoco podía comentar al respecto. Lo siguiente en el listado era: «recámara», que también estaba tachado; «lengua de señas», seguido de dos signos de exclamación de cierre; y luego una oración sobre apoyar a Teegan en casa, con varias subdivisiones, en una se leía «educación».

La lista abarcaba tres hojas en total, y muy pocas cosas estaban tachadas. Los últimos treinta y tantos puntos eran un revoltijo de preocupaciones encerradas en signos de interrogación. Y una vez más, sentí una punzada de compasión.

—Qué listota.

—Quiero que todo sea perfecto. El tiempo se me pasó volando porque el trabajo me traía de arriba abajo, pero cuando me di cuenta de que necesitaba solucionarlo, lo hice, así que apenas estoy viendo la luz. —Dejó salir un suspiro profundo—. Perdón, no tienes por qué saber todo esto.

—Bueno…

—Pero la persona que enseña lengua de señas en YouTube mencionó que necesitaba…

—¡¿Cómo?! ¿Estás aprendiendo solo con videos? —lo interrumpí porque me pudo el horror.

Si bien YouTube podía servir como un apoyo, había *influencers* en todas las redes sociales soltando cualquier información. Y existían programas de aprendizaje aprobados, que la gente debería seguir.

—No tengo opción. Me siento como pez fuera del agua, como si no tuviera el control. —Clavó los ojos en los míos y carraspeó—. Teegan se mudará conmigo dentro de unos tres meses o menos y… estoy desesperado.

Me dio la impresión de que había desenterrado esa admisión desde las profundidades de donde fuera que escondiera las cosas que jamás había dicho.

En un intento por aligerar la atmósfera, dije:

—Si me buscaste es porque debes estarlo.

Solo que lo que pretendía no pasó, pues el hombre pasó de estar preocupado a ponerse serio.

—En realidad no te busqué, sabía que sería ponerte en una posición incómoda. Fue Venetia la que…

—Da igual, Nick. Era un comentario de pasada.

Me negaba a sentirme herido ante el hecho de que él sabía que era capaz de ayudarlo, pero no quería lidiar conmigo. De pronto, me entró la confusión. Para empezar, ¿cómo por qué me sentiría herido?

A mí me debería importar un pepino. Además, él acababa de insinuar que había estado pensando en mí.

—Ah.

—Soy muy de hacer eso —le advertí—. Aplicar la ironía es mi superpoder.

—Y también verte sexi en pantalones de mezclilla desgastados y una sudadera de universidad —dijo antes de ponerse colorado y mascullar algo que no logré distinguir.

Ese hombre no era el que me había besado, ni el que se había molestado conmigo, ni el que había ignorado las necesidades de su hija. Ese hombre buscaba ayuda desesperadamente y era claro que había perdido el control de su filtro cerebro-boca.

Se me quedó mirando y vi algo en sus ojos además de la desesperación: esperanza. Nick buscaba que yo lo ayudara y, en ese instante, me cayó la ficha de que si lo hacía, conocería a Teegan y abogaría por ella sin que él se diera cuenta. En caso de que descubriera algo terrible o creyera por un momento que no era el padre indicado para la niña, sabiendo lo que sabía de los problemas a los que podría enfrentarse, entonces, sería sincero y se lo diría. Quizás lo guiara. No tenía por qué oponerme a Nick, a no ser que algo me diera mala espina.

—¿Elliot? ¿Dime algo?

Tomé una decisión en el acto.

—Tus veinte mil dólares deberías donarlos a un lugar que se llama Centro Florecer. Aquí tengo la información. —Le tendí una tarjeta en forma de flor de color rosa, que tenía el nombre estampado en tinta negra y una imagen, la cual había que escanear para poder donar.

Nuestros padres nos habían dado a Joel y a mí una caja de tarjetas cuando se les ocurrió la idea de crear un centro dedicado a las familias como la nuestra: hijos y padres sordos. Un espacio para que cualquier persona de la comunidad sorda se sintiera como en casa. Habíamos construido un rinconcito que valía la pena a base de educación, clubes y donaciones, y habría estado dispuesto a entregarle mi alma al diablo para mantenerlo abierto. Incluso si el

diablo tuviera el pelo oscuro, estuviera forrado, me acelerara el corazón y provocara que se me elevara la libido.

—Gracias. —Nick se enderezó, como si se le hubiera levantado todo el peso encima.

—No me agradezcas todavía —le advertí. Entonces decidí que debía ser cien por ciento sincero, pues así era como yo me manejaba—. Voy a abogar por Teegan.

—Por supuesto. Quiero lo mejor para ella. —Escaneó la tarjeta y luego tocó la pantalla para ir a la página de donación—. Listo.

¿Qué se sentiría transferir dinero como si no fuera nada? Aunque quería resentir el hecho de que Nick podía despilfarrar dinero, elegí centrarme en el bien que traería. Necesitábamos terminar la salita de lectura, pero había un montón de otras mejoras que debían completarse: trabajos de construcción, jardinería, invitar a otro maestro que trabajara durante unas cuantas horas al mes. No era tan tonto como para no entender que todo ayudaba y que a caballo regalado no se le miran los dientes.

—De antemano, gracias.

—No es nada. Puedo deducir donaciones. —Me tranquilizó. Luego sacudió la cabeza cual perro mojado antes de tirar de la banda elástica de la lucha contra el cáncer, que llevaba en la muñeca, y soltarla contra su piel. Me dio la sensación de que era un tic nervioso —. Tengo que dejar de hacer eso. Gray me… Es sobrino de Venetia, digo, la directora del colegio. Dice que desestimo ese tipo de donaciones como si fueran poca cosa, pero cada centavo que dono lo hago de corazón. Te lo juro. Tal vez me puedas platicar más acerca de tu fundación, ¿cuándo terminemos de hablar? —Tenía una expresión rara, como si se hallara navegando territorio desconocido.

Debía afrontar el hecho de que no había esperado que mostrara interés.

—Y Gray es…

—Ah, sí, perdón. Es mi socio en Grupo Grick. «Gr» de Gray e «Ick» de Nick. Ick suena raro, pero es que si quitas la N, es lo que te queda.

—Lo entiendo. —Era lindo, de una forma extraña.

—En fin, Gray es un buen hombre, es papá soltero igual que yo… Y tú no necesitas saber eso. Él es la voz interior que me dice que debo ser dueño de mis buenas acciones. —Me regaló otra de sus sonrisas con hoyuelos y se sonrojó—. Y como corrí con la suerte de contar con dos personas que me toleran, tengo a mi otro mejor amigo, Cameron, que dice que soy una buena persona y que debería asumir mi bondad. O algo así. Pero solo lo dice porque lo ayudé con una situación peliaguda y…

—Épale, señor Horper. —Alcé una mano para detenerlo—. No hace falta que me cuente su historia de vida.

Me volvió a sonreír.

—Nick, al fin y al cabo, ya nos… Eso.

Me llevó un segundo darme cuenta de lo que iba a decir y, cuando al fin lo capté, la rara afinidad que había sentido entre nosotros se esfumó. Tenía que mostrarme profesional, apoyar a Teegan y descubrir qué diablos hacía Nick Horner adoptando otro niño, en particular uno con necesidades especiales.

—De acuerdo, hablemos —dije.

Hizo una mueca.

—¿Aquí?

—Solo es hablar; nadie nos va a prestar atención.

Barrió el lugar con la mirada, ese recelo una vez más en los ojos.

—¿Qué tal si movemos la conversación a otro lugar? Al colegio, tal vez. ¿O a tu casa? ¿La mía? Hablemos donde sea, menos en una cafetería.

—Lo que tengo que decirte no va a tomar tiempo. Tengo que dejarte clara una cosa antes de que continuemos con esto.

—Adelante.

—No estoy aquí solo para ayudarte.

—Está bien, lo entiendo.

—Más que nada, estoy aquí para conocer a Teegan.

—Me parece bien, quiero saber cuál es la mejor forma de ayudarla.

—Y también para saber si tú eres la persona adecuada para eso.

—Lo soy —respondió Nick con firmeza. Acto seguido, suspiró—. Sé que lo soy.

OCHO

Nick

Estaba decidido a ser el padre correcto para Teegan, por lo que empecé a hablar en señas otra vez, pero Elliot me agarró la mano.

—No hagas señas con gente alrededor, necesitas ayuda urgente y para eso donaste a Florecer. Empecemos con unas clases básicas de lengua de señas.

—¿Aquí? ¿Ya?

—¿En la cafetería que crees que tiene miles de cámaras enfocándote? No, espera.

Elliot se acercó al mostrador, se apoyó contra este y se puso a charlar con Elsa. Luego volvió con una llave colgándole del dedo y más café.

—Al almacén —anunció—. Yo me llevo la bandeja. —Colocó todo de nuevo en esta, incluido el café que recién trajo, y se enfiló hacia el pasillo que daba a los baños. Al llegar al final, se me quedó mirando, expectante—. ¿Vienes?

Lo seguí dedicándole un saludo con la mano a mi nueva amiga *barista*, que nos observaba con una sonrisa. Quién sabe qué pensaba que haríamos en su almacén, pero estaba seguro de que no justificaba una sonrisa. Elliot quiso hacer malabares con la bandeja y la llave, y como no pudo, al final yo se la quité y abrí la puerta. El aroma a granos de café y a té asaltó nuestros sentidos. La

habitación estaba abarrotada de cajas de todo tipo y en un costado había una mesita y tres sillas, que de seguro funcionaban como una salita de descanso. O por lo menos eso creía.

Elliot me tendió una taza de café antes de agarrar otra galleta, a la que le dio una buena mordida. Cerró los ojos extasiado.

—Qué bien sabeeen —murmuró.

Ojalá le parara a lo de ponerse todo orgásmico por los postres, porque mi cerebro no tardó en pensar en sexo, y en mi mente, él ya había pasado de ser un conocido a alguien a quien quería volver a besar. Expulsé el pensamiento de mi cabeza con una impiedad que desconocía que poseía. Nos encontrábamos allí por Teegan, no para meterme mano con un hombre en el almacén de una cafetería.

—De acuerdo. Manos a la obra —empezó diciendo en un tono firme que no admitía tonterías de ningún tipo—. Repasemos lo básico.

—Ya me sé algunas señas básicas.

—Sí, ya las vi —dijo socarrón—. Hay que empezar desde el principio.

—Muy bien. Estoy listo, profe.

Me sacudí la parte delantera de la camisa para deshacerme de las migajas y luego me senté en una de las sillas, mirándolo con expectación.

«Ya has hecho esto antes. Ignora el hecho de que Elliot está ahí parado y concéntrate en lo que sabes».

Elliot carraspeó.

—Antes de iniciar, hay cinco puntos muy importantes al momento de aprender las señas. Tienes que conocer la forma de la mano, la orientación, el movimiento y la ubicación de la palma, así como los componentes no manuales de cada seña que hagas.

—Espera.

Saqué un libro de notas de mi bolso y anoté los cinco puntos mientras Elliot me los repetía a un ritmo más despacio. Era consciente de que escribir las cosas no me serviría de explicación, pero al menos de ese modo tendría cómo refrescarme la memoria si me hacía falta.

—La comunicación a través de señas consiste en el aprendizaje práctico y comprender que los cinco elementos forman una sintaxis lógica. Tomemos, por ejemplo, la seña para decir «yo».

Me emocioné

—¡Ah! Esa me la sé. —Presioné el pulgar en mi pecho—. Yo.

—No.

—Yo. —Repetí el gesto.

—No.

Me inundó la decepción. ¿Cómo era posible que no me saliera?

—¿Qué estoy haciendo mal?

—Primero que nada, no estás usando la mano correcta. Eres diestro, ¿no?

—Ajá.

—Entonces, tienes que usar el índice de tu mano dominante. Alarga el dedo. La forma que resulta de una seña se le conoce como forma de la mano.

—¿Y eso importa?

—Tanto como el hecho de que gesticules «verga» en lugar de «plátano».

Se me cayó la mandíbula al suelo de la conmoción y la vergüenza.

—¿Llevo todo este tiempo diciendo «verga»?

—Tal cual no, aunque sin duda estuviste insinuando que querías una mamada.

—Me lleva la que me trajo.

Se me calentó el cuerpo y fulminé mi mano con la mirada antes de apuntar el dedo índice a mi barbilla. Elliot me pescó la mano y me ayudó a encontrar la posición correcta a la altura del pecho.

No se me había pasado por la cabeza lo que sería tocar su piel suave ni sentir su fuerza, pues mi primer instinto fue apartarle la mano. Su agarre era firme, y yo no inhalé su olor, que se mezclaba con el del café en ese cuartito sin ventilación.

Bueno, sí lo hice, pero no iba a admitírselo a nadie.

—Así. No la despegues mucho de ti. Apunta directo al pecho siempre con la palma hacia abajo.

Seguí sus indicaciones y ojeé mis anotaciones para comprobar que no me faltara considerar nada.

—¿Qué hay de mi expresión facial? ¿Y si sonrío? —Abrí la boca en una sonrisa forzada y Elliot puso los ojos en blanco, a modo de burla sin duda—. Burlarse de la gente no sirve para enseñar —le señalé.

—Perdón. —Entonces sonrió de verdad. Mierda—. No, la expresión facial no es necesaria con esa seña. Así que procura que la secuencia de tus ademanes sea la correcta; con eso me refiero a que debes saber con exactitud la forma de la mano, la ubicación, el movimiento, la orientación de la palma y los componentes no manuales de cada seña. —Repitió todo porque era claro que era información vital.

—De acuerdo, comprendo. Forma de la mano, ubicación, movimiento, palma y componentes. Y nada de sonrisas maniáticas. —Me peiné hacia atrás mi flequillo, que no dejaba de fastidiarme los ojos, y noté a Elliot seguir mis movimientos con la mirada, lo que causó que me sintiera cohibido, cuando por lo regular yo era más sereno, en particular frente a la cámara—. No es difícil. Puedo hacerlo.

—Aprender es un compromiso, y lo que tú estás intentando procesar son dos lenguas al mismo tiempo. No existe una lengua de señas universal. Sin ir más lejos, aquí en Estados Unidos hay muchas variantes. Uno siempre prioriza su primer idioma, de ahí que lo que a ti te suena evidente en inglés pueda malinterpretarse en la lengua de señas.

—Como la palabra plátano.

—Exacto. Sin escuchar las palabras, ese «plátano» no hacía referencia a algo que uno come.

Elliot se puso rojísimo. Me tomó unos instantes conectar el plátano con mi seña de felación y con el comentario de que se come. Quería reírme, pero esas lecciones eran demasiado importantes para mí. Necesitaba concentrarme de una santa vez.

—¿Qué hay con la lectura de labios? —le pregunté, para volver a encarrilar las cosas y fingir que no había hecho una conexión sexual propia de un adolescente estúpido.

—Leer los labios es una habilidad avanzada. Puede que solo una tercera parte de las personas sordas comprendan los sonidos que producen las formas de la boca.

—De acuerdo…

—Así que párale a las gesticulaciones exageradas con la boca porque pareces idiota.

Enarqué una ceja ante el comentario.

—Siempre soltándome las palabras más amables.

Masculló algo y luego carraspeó.

—No estoy aquí para ser amable.

—Pero lo eres —repliqué al instante—. Pese a que metí la pata contigo, aquí estás, ayudándome.

Alzó la barbilla.

—Donaste dinero al centro.

—Sí, pero…

—Y es mi responsabilidad asegurarme de que eres la persona adecuada para Teegan.

Permanecí en silencio unos momentos esperando a que Elliot se explicara, pero las palabras se quedaron suspendidas en el aire como aguijones de ira gélida apuntando en mi dirección.

—¿Por qué es tu responsabilidad? —le pregunté con curiosidad ante la insinuación de que yo no daría la talla—. Si estoy aquí es porque he pasado todas las evaluaciones.

—La adinerada estrella de televisión Nick Horner, hijo de un abogado de renombre en Los Ángeles, y que tiene un fondo fiduciario, pasó sus evaluaciones. Qué sorpresa.

Aunque las palabras me hirieron, no iba a permitir que se me clavaran. Él no sabía ni la mitad de lo que había tenido que pasar para llegar a ese punto, y yo no estaba listo para que encajara a la fuerza en un hueco que Elliot había creado para mí en su cerebro.

—Ese fue un comentario de mierda —atiné a decir en mi tono más sereno, en el que no permití que ni un ápice de actitud defensiva tiñera mis palabras—. Voy a ser un buen padre para Teegan, voy a aprender todo lo que tenga que aprender y le brindaré el hogar más feliz del mundo.

—Pero…

—No, ningún pero. Uno aprende a ser padre durante la crianza de sus hijos, así que sí, he metido la pata; pero no me juzgues por lo que tengo en el banco.

Me miró a los ojos unos momentos antes de inclinar la cabeza.

—Me disculpo, lo que dije estuvo fuera de lugar. Te conozco lo mismo que tú a mí, muy poco. ¿Volvemos al punto donde nos quedamos?

Qué ganas tenía de picarlo así como él lo había hecho conmigo. El agujero con forma de Elliot entre mis pensamientos estaba conectado a muchísimas emociones. La gratitud, el arrepentimiento y la lujuria eran solo tres de ellas. En su lugar, me centré —una vez más— en el motivo de mi presencia allí y en la lección.

Aprendí varias palabras y algunas frases cortas. Al cabo de una hora, ya sabía decir mi nombre y mi seña para referirme al plátano parecía menos fálica. Hubo momentos en los que me frustré, en los que me sentí orgulloso para luego exasperarme. Me horrorizó percatarme de que las emociones que mostré en diferentes etapas de la lección parecían intrigar a Elliot, que se me quedaba mirando con esa expresión pensativa tan linda que tenía.

—Yo creo que eso es todo por hoy —dijo cuando terminé de gesticular correctamente una frase completa. No sabría decir cuántas veces le preguntaría a un mesero dónde guardaban los plátanos, pero estaba orgulloso de lo que había aprendido—. Solo es cuestión de practicar.

—Sí, profe. —Lo saludé al estilo militar.

Fijó sus ojos en mí y, tras un breve titubeo, volteó los ojos.

—No me digas así.

—Perdón, *Elliot*. Muchísimas gracias, me siento más ligero. —Alcé y bajé los hombros antes de sonreír—. Me veré con la familia de acogida de Teegan dentro de unas semanas, pero creo que quizás es demasiado pronto.

—¿Demasiado pronto para qué?

—Van a ir a mi casa. Tú también puedes ir, si gustas. Ya habremos avanzado más y quiero que conozcas a Teegan. —Levanté una mano para evitar que me interrumpiera—. Sé que no te lo esperabas, pero sería estrictamente profesional.

Si bien no le di tiempo para aceptar o rechazar la invitación, Elliot había elegido esa ruta; conocer a Teegan era una de sus prioridades, así que no podía decir que no.

—De acuerdo —accedió tras una pausa.

Le envié mi dirección y la fecha de la visita, para la que faltaban cuatro semanas y que caía en sábado, esperando que no la fuera a compartir con desconocidos y consciente de que no tenía más remedio que confiar en que era un hombre íntegro.

—Recibido. —Se guardó el teléfono.

—Disponemos de un mes hasta que conozcas a Teegan. ¿Cuántas veces nos podemos ver, entonces?

—Ese no es el trato. Nos veremos en la visita.

—No, yo necesito… necesito aprender mucho más… ¿Por favor? Puedo donar más dinero para comprar tu tiempo.

—No me estoy resistiendo para que me des dinero, imbécil —espetó—. Tengo un trabajo de tiempo completo en el colegio.

—Te ofrezco comida. Digo, tienes que comer. Podemos ir a cenar o puedo pedir a domicilio y comemos en mi casa. —La oportunidad de tener a Elliot en mi casa me parecía una idea maravillosa.

Contempló mi súplica con la frente arrugada. Al final, algo en su expresión cambió. ¿Era resignación?

—Más te vale que no pretendas que nos veamos todos los días desde hoy hasta el día que Teegan tal vez se mude.

—El día que se mude —corregí—. Y no, ¿qué tal dos veces a la semana? ¿O el finde?

Elliot se mordió el labio y tuve que esforzarme por ignorar lo sexi que estaba.

—Termino de dar clases a las cinco —dijo a regañadientes—. Te veo en mi aula el miércoles a las siete.

Mi mente se fue a otros maestros, los clubs extraescolares, los alumnos…

—Creo que… Tendremos privacidad, ¿verdad?

—Sip. Soy el único maestro idiota que se queda hasta tarde —bromeó. O al menos eso pensaba.

—De acuerdo, estaré allí el miércoles a las siete. Llevaré comida.

—No la necesito.

—Pues botanas, entonces —proseguí ignorando el asunto de la comida—. Voy a autorizar tu entrada en la caseta de seguridad. Deberías llevar todas tus cosas para nadar.

Se le ensancharon los ojos a Elliot.

—No voy a nadar.

Nadie era capaz de resistirse a la piscina en un día caluroso.

Agité la mano.

—A Teegan le encanta la piscina, así que si quieres verla conmigo, puede que tengas que meterte al agua. ¿O es porque no sabes nadar?

—Sí sé nadar. ¡Por Dios! —Negó con la cabeza exasperado.

Qué bien le quedaba ese aspecto tras picarlo. Era lindo. Sexi.

—Estupendo. Tengo bañadores extras, en caso de que cambies de opinión.

—Yo tengo los míos, cielos. Voy a ir para conocer a Teegan, no para nadar. —Apareció el Elliot irritado, el que se negaba a escucharme.

Lo ignoré porque me sentía de maravilla. ¿Y cómo no? Había logrado decir una frase entera en lengua de señas. De forma natural. Fue increíble. Lo único que me quedaba por hacer era tirar de él para besarlo otra vez. Un beso me parecía la idea perfecta. Nos dimos la mano y, al primer apretón, tiró de su mano. La estúpida de mi libido reculó.

Tras dividirnos la cuenta —su idea, no la mía—, me volví a poner la gorra con la visera apuntando hacia abajo y abandoné la cafetería. Con o sin beso, sentía que era capaz de caminar sobre las nubes.

«Puedo hacerlo».

LOS PADRES DE ACOGIDA DE TEEGAN eran las personas más amables que había conocido. Tenían dos hijas, ambas adultas y ya no vivían con ellos, por lo que le abrieron las puertas de su casa a quien necesitara un hogar de manera temporal. Si bien la pequeña

era feliz con ellos e incluso se había adaptado, era algo provisional, pues la intención nunca fue que la casa Boyle fuera su hogar fijo.

Lewis Boyle era un oso de hombre con una risa estridente, y su esposa, Alison, era un sol de persona, una mujer maternal, a la que Teegan adoraba. Siempre que venía a ver a la peque, esta se ponía nerviosa al principio, así que esa vez traje a Caleb conmigo. Tenían una relación encantadora, que consistía en ofrecerle a Teegan llevarla a caballito. Se le sentaba a Caleb en la espalda, con una sonrisa de oreja a oreja, y ambos se paseaban por la sala de estar.

—¿Te emociona que ya casi se vaya a vivir contigo? —preguntó Alison cuando Lewis se entretuvo preparando café.

—Mucho. A los cuatro.

Me encantaba esa cocina, era mucho más pequeña que la mía, pero se sentía acogedora. Tenía una mesa de tamaño perfecto para las sillas altas de sus nietos, que nacerían dentro de unos meses. Sus dos hijas estaban embarazadas, cosa que sabía porque había visto las ecografías y escuchado todas las historias sobre los nombres y los planes de los nacimientos. Aquello me recordó a los aterradores momentos a los que Danny y yo nos enfrentamos cuando la gestante se embarazó de Hannah.

No nos hicimos muchas ilusiones cuando llevamos a cabo el primer intento, pero contra todo pronóstico, Sarah, exbailarina y madre de tres, no solo salió embarazada a la primera, sino que, de acuerdo con ella, el embarazo fue tranquilo, y Hannah nació el día programado para su llegada. Mientras la esperábamos, Danny y yo tapizamos las puertas de nuestro refri con ecografías, hojas de citas y sesiones de terapia. Fue la época más feliz y aterradora de mi vida.

Adoptar a Caleb y Mason fue una experiencia muchísimo más fácil, en gran parte porque dimos por sentado que sabíamos lo que hacíamos y, aunque eran pequeños, no eran bebés, así que sería más sencillo ocuparnos de ellos.

Qué equivocados estábamos. Pasamos noches en vela consolándolos. Solo Danny y yo. Pero lo superamos y nuestra familia se volvió un fuerte grupo de cinco.

—Aquí tienes. —Lewis me tendió una taza de café, interrumpiendo mis pensamientos.

Tenía la maña de sumirme en preocupaciones viejas, lo que me detenía de centrarme en el presente. Aprender esa nueva perspectiva me había costado miles de dólares y reiniciar toda mi vida, a fin de que girara en torno a mi familia otra vez.

Ejemplos: vender mi inversión en Grupo Grick, abandonar mi lugar frente a la cámara y concentrarme en ser el padre de una niña que necesitaba una familia.

Tras darle un sorbo a la bebida caliente, le di las gracias a Lewis, procurando sonreír. A lo largo de los años había aprendido que sonreír hacía que la gente pensara que todo estaba bien, y ocultaba cualquier pensamiento extraño o doloroso que pudiera tener.

Para cuando nos sentamos en los sofás de la sala de estar, que daba al hermoso patio, Teegan, montada en la espalda de Caleb, ya le había dado ocho vueltas completas a la estancia, y acababa de decidir que eran suficientes. Se me acercó y se sentó junto a mí, mirándome con esos grandes ojos café. Hice la seña de «hola» y esperé a que me devolviera el saludo. Entonces me besé los dedos y, girando la mano hacia ella, le tiré el beso; Teegan hizo lo mismo. Ese fue el alcance de nuestra conversación con señas, aunque ella sabía darse a entender de distintas maneras. Por ejemplo, cuando quería algo, lo señalaba, y no dudaba en elevar las cosas a otro nivel si alguien no le entendía. Sus berrinches eran una cosa bárbara, pero era raro que los tuviera. No como su sonrisa, que era tan grande que conseguía que sus ojos oscuros se iluminaran.

Agarraba las cosas segura de sí misma y después volteaba a ver a otros en busca de aprobación. La peque aplicaba de forma magistral el mantra: «Más vale pedir perdón que permiso». Era consciente de que tendría que pintar algunas rayas con ella por su seguridad.

Ya había tenido una crisis de pánico durante mi sesión de terapia debido a la idea de que me llevara unas tijeras para preguntarme si podía usarlas.

«Teegan corriendo con tijeras en mano. Saltando con ellas. Bajando las escaleras».

Sip, así era como funcionaba mi cerebro. Era un idiota sobreprotector, que odiaría ver herido a cualquiera de sus hijos.

La niña se bajó del sofá para ir por unos libros ilustrados. Al regresar al sofá, me los colocó en el regazo y volvió a sentarse a mi lado.

—Vamos a ir a servir las galletas —anunció Lewis, poniéndose de pie de manera exagerada.

Le tendió la mano a su esposa y ambos se marcharon de la habitación. Se habían retirado solo a la cocina, sí; pero es que ese era mi tiempo a solas con Teegan. Caleb se hallaba tumbado bocabajo en el suelo mirando el celular y, si bien pude haberle hablado para que viniera a sentarse con nosotros, por instinto, supe que se trataba de un momento de unión.

Abrí el primer libro, que era sobre el océano, y en la primera página se mostraba una concha en la arena. Teegan le pasó el dedo encima antes de voltear a verme. Ojalá a esas alturas hubiera sido capaz de formar la seña para «concha» o de explicarle qué era. Pero aunque me supiera la palabra, ella no la conocía, y esa apenas era la primera etapa de las complejidades de comunicación.

Pronuncié la palabra en voz alta mientras la peque me miraba. En un acto reflejo, se inclinó hacia mí cuando volví a hablar. Teegan emitió un ruido suave y devolvió su atención al libro, dándole vuelta a la página. Y así estuvimos unos buenos veinte minutos: pasando las ilustraciones. En un momento dado, se bajó del sofá para ponerse a rebuscar en una caja de disfraces, de la que sacó una tiara muy parecida a la que la sirena de la página siete llevaba puesta. La ayudé a ponérsela, peinándole hacia atrás el pelo alborotado, y continuamos examinando la ilustración de la concha y la de los peces, aunque la de la sirenita sentada en una piedra era su favorita.

Teegan le pasó un dedo por el pelo rubio, luego se agarró unos mechones del suyo, que era corto y oscuro, y trató de vérselo, sin éxito. Con el ceño fruncido, se dio por vencida. Entonces me sonrió.

—Ya solo faltan unos meses —dijo Alison desde la puerta.

Le dediqué la sonrisa más grande.

—Estoy listo —le contesté al tiempo que la peque me pescaba la cara para presionar la nariz contra la mía, y sentí su sonrisa.

En cuanto se me pegó al pecho y apoyó la cabeza bajo mi barbilla, una sensación de paz me recorrió entero.

«Estoy casi listo».

NUEVE

Elliot

Había despertado de malas; toda la confusión que me generaban los «y si» y «quizás» me mantuvieron despierto hasta muy tarde, por no hablar del montón de recuerdos que no me podía quitar de la cabeza.

¿Cómo era posible que me atrajera Nick, quien era todo lo que me repateaba en los padres de los niños del colegio? Daba igual si aquel incidente con respecto a Hannah había quedado solo en eso, seguía siendo algo importante, por lo que le informé al hombre mi estrategia para asegurarme de que Teegan estuviera bien. Tampoco era mi intención jugar a ser Dios y la verdad es que dudaba que fuera a lograr un cambio, pero al menos podría formar parte del proceso.

Me salté el desayuno y me enfilé hacia la casa de mi madre, con un humor de perros encima. Me topé a mi hermano y a mamá enfrascados en una conversación, gesticulando con las manos a toda velocidad.

Ambos voltearon a verme con cara de culpa.

<¿Qué?>, pregunté antes de sentarme en el taburete más cercano. Le agarré un trozo de tocino a Joel y lo mastiqué de la forma más exagerada que pude.

<¡No viniste a ver la película con nosotros, puto cascarrabias!>, me reprochó mi hermano, que hizo una mueca de dolor cuando mamá le dio un zape en la cabeza.

<Nos preocupamos por ti>. Mi madre me ofreció su punto de vista, de un modo amable y maternal.

Joel se frotaba la cabeza con una mano mientras protegía el tocino que le quedaba en el plato con la otra.

<Perdón por perderme la película, me dolía la cabeza>.

No era tanto un dolor de cabeza, más bien un manojo de sentimientos encontrados por tener que equilibrar mi lado protector con el lado que quería besar a Nick.

<Tú eres un dolor de cabeza>, se burló Joel. Eso le consiguió que mamá lo picara en el costado con un dedo, aunque le regaló una de sus sonrisas más cariñosas. <¿Es por lo de la niña?>. Mi hermano pasó de molestarme a ponerse serio con tanta rapidez que, por un instante, me descolocó.

<En parte. Es que no paro de pensar en qué pasaría si llega a necesitar alguien que la entienda>.

<Tendrá que apoyarse en su nueva familia u otra persona>, dijo Joel.

Por un breve momento, sentí el peso de todo sobre los hombros. Duró tan poco que ni tiempo a preocuparme me dio. Amaba a mi familia y era un honor comprender el mundo que los rodeaba al interpretar para ellos. No me causaba resentimiento.

Solo unas cuantas cosas que había tenido que hacer me habían marcado por dentro y, en ocasiones, los recuerdos quemaban. Mientras crecía, si alguien quería hacerme una pregunta, al ser el único oyente en la familia, le daba mi atención. Una cuestión que llegué a resentir muy rápido; a menudo no le contaba a la gente sobre mis padres y mi hermano porque, en el instante que lo hacía, era de lo único que querían hablar.

Con mi angustia adolescente a tope, tuve la sensación de que mi identidad se iba borrando. Y si le añadíamos el hecho de que me había dado cuenta de que era gay y los problemas que conllevaba explicárselo a los demás, terminé por renunciar a hablar de mis cosas por completo.

La pregunta típica que me hacían era cómo era ser yo. A pesar de que había tenido años para reflexionar al respecto, no tenía idea, la verdad. Solo sabía que mis padres eran mis padres y que Joel, por más increíblemente enfadoso que fuera, era mi hermano menor. A veces el tema de la sordera salía a colación, cuando a lo mejor necesitaba ayudar a mi familia; pero tras lo que me vi obligado a hacer mientras mi padre moría —los días más oscuros de mi vida—, ayudar a contestar llamadas de vez en cuando no significaba nada.

Me tocaba interpretar en restaurantes, pero como no estábamos forrados en dinero, esas ocasiones eran escasas y muy separadas en el tiempo. Éramos una familia más. Mamá nos llevaba a la escuela, preparaba la cena todas las noches, nos obsequiaba abrazos tras una lesión y nos daba consejos siempre que los necesitábamos. Papá no alcanzó a enseñarme a conducir, pero sí a pescar y a cómo restaurar muebles viejos para venderlos. Teníamos vacaciones familiares normales, aunque nunca muy lejos de San Diego. Nuestro viaje más largo fue a Seattle, para una conferencia, cuando tenía ocho años. E hice todas las cosas que un hermano mayor hace para atormentar a sus hermanos.

Nuestras vidas eran normales.

Perfectamente normales.

Daría la vida por mi familia, incluso por Joel, que no me quería compartir de su tocino. Infeliz.

<La niña va a estar bien>, agregó mi madre. <Te tiene de su lado>.

Joel resopló.

<Si es que le sirve de algo>.

Lo volví a empujar y él me regresó el empujón. Ya estábamos listos para empezar un combate de empujones, típico entre hermanos, cuando me esquivó, agarró el tocino y salió disparado, dejándome con un esbozo de despedida.

<¿Se lo tenía que comer todo?>.

Intenté actuar con ligereza y, por unos instantes, pareció funcionar, porque mamá sacó más tocino, lo echó al sartén caliente y lo estuvo volteando y moviendo, de espaldas a mí, antes de soltar un suspiro de cuerpo completo.

Conocía ese suspiro. Era el que usaba para momentos como ese, cuando algo no la tenía contenta y no sabía cómo explicarse. No me moví; ella odiaría que me pusiera en su campo visual. Justo como cualquier otra persona con discapacidad auditiva que había conocido, uno no necesitaba ponérsele en la cara para ver qué expresión tenía. A los niños se les enseñaba a no mirar fijamente a las personas porque era de mala educación, pero cuando se trataba del lenguaje y la comprensión, había gente que creía que se valía todo.

Era importante entender que quedársele mirando a alguien y esperar darle sentido al silencio era intrusivo e insultante; no todos tenían que hacer un sonido para indicar que se hallaban pensando. Al menos eso era lo que yo opinaba. Otro aspecto que necesitaba añadirse a la lista de Nick de las cosas que necesitaba comprender.

Mi madre emplató el tocino —una cantidad suficiente para alimentar a una familia—, lo acompañó de pan tostado y luego me sirvió café caliente. Tomó asiento en el taburete frente a mí mientras yo disfrutaba la comida. Mastiqué mi primer trozo de tocino y esperé a que mamá me ofreciera su sabiduría. Apenas había llegado a los treinta años cuando enviudó y, al tener que encargarse de mí y Joel y una vieja granja, desarrolló un carácter fuerte y reunió un mundo de conocimiento, del cual extraía los mejores consejos.

<¿Lo conociste, entonces?>. Me ofreció una leve sonrisa.

<Sí>.

<¿Y por eso es que estás tan de malas que ni siquiera viniste a ver la película?

<No>, mentí.

<¿O sea que lo de no pasar tiempo con tu familia se debe a un asunto completamente ajeno?>.

<Tengo muchas cosas en la cabeza>. Muchas de las que no podía hablar, ya que no era justo para mamá que trajera a colación lo que me plagaba los pensamientos.

<¿Cosas del colegio?>. Le dio un sorbo a su café.

<En parte>.

Suspiró y fijó la mirada en su taza unos momentos.

<¿Este tal Nick es un buen hombre?>, me preguntó.

Me encogí de hombros. Había algo en él que le llamaba la atención a una parte de mí. Si bien se estaba esforzando, había una tristeza en sus ojos que intentaba ocultar detrás de sonrisas, pese a la esperanza y el amor que albergaba por sus hijos, incluida Teegan. No obstante, metió la pata a la hora de ayudar a Hannah. Y después estaba lo del beso. Ya no sabía dónde era arriba y dónde era abajo.

<Voy a ir a su casa este finde para conocer a Teegan>.

<Pase lo que pase, harás lo que sea mejor para la niña>.

Como pude, me terminé el tocino, el pan tostado y el café. Mi mamá había dicho lo que quería escuchar. Tenía fe en que haría lo correcto, solo faltaba que yo me lo creyera.

Ayudaría a Nick, estaría pendiente de Teegan y haría lo que hiciera falta.

Eso no incluía besarlo o caer en las profundidades de sus ojos color avellana.

Me despedí de mi madre con un abrazo y de Joel con la mano cuando me lo topé atravesando el portón en su viejo todocamino. Iba acompañado de mi cuñada, Brooke, y de mi hermosa sobrina, Kenzie, que iba en el asiento trasero. La pequeña se despidió de vuelta antes de sacarme la lengua, un gesto que le devolví con cuernos incluidos. Ella había nacido con audición, por lo que era hija oyente de padres sordos igual que yo. Teníamos más en común que la mayoría y era una de mis mejores amigas.

Así de tristes estaban las cosas en mi vida cuando mi mejor amiga tenía ocho años.

Me dirigí a mi casa, donde me serví más café. Le eché un vistazo al reloj de mi pequeña cocina. ¿Cómo es que apenas eran las siete y media de la mañana y, sin embargo, ya había tenido un montón de epifanías?

ME ENCONTRABA MUY CERCA del colegio, atorado en un atasco de tráfico, cuando me vibró el celular. Presioné en «contestar» nada

más ver el nombre de Zach Seeley en la pantalla y lo puse en manos libres, ya que los coches empezaron a circular otra vez.

—Hola, Zach.

—Hola. Oye, tengo información preliminar, que confío en que te la vas a guardar para ti.

Zach no era de los que se andaban por las ramas, algo que esa mañana me caía de perlas porque necesitaba su evaluación absoluta de Nick, para aclararme las ideas.

—Claro que sí.

—Nick Horner, viudo, padre de tres hijos… —Presté suma atención mientras enlistaba todas las cosas que ya sabía, pues estaba pintándome un cuadro de lo que era el hombre—… pasó por todos los procedimientos correctos y vigentes de manera ejemplar. Cuenta con seguridad económica, está respaldado por las partes pertinentes y tiene acuerdos de defensa en vigor. Está limpio en todos los aspectos. Aunque todos mis contactos no soltaron prenda con respecto a la información real. Parece que nadie quiere agitar el avispero.

Eso era lo que me preocupaba.

—Gracias.

Visualicé la imagen en mi cabeza: por un lado había una niña necesitada, por el otro, un hombre con los recursos para ofrecerle a dicha niña un hogar.

De momento, no había nada más con lo que Zach pudiera ayudarme si Nick había aprobado todos los trámites. Dependía de mí evaluarlo y tomar una decisión. Pero ¿después qué? ¿Quería que Teegan regresara a un sistema imperfecto debido a mi opinión? No tenía el poder para hacer eso de todos modos. ¿Me estaba comportando como un idiota? Supuse que pronto obtendría un vistazo al mundo de Nick y Teegan y, una vez que eso ocurriera, haría lo que fuera mejor para ella.

—Bien —dijo Zach—. Me voy a llevar a tu mamá a la cabaña, pero tendré el teléfono a la mano si necesitas contactarme.

—Te lo agradezco.

No iba a interrumpir su romance en curso, no cuando lo único que deseaba era que mi madre fuera feliz. Hacía mucho tiempo de la

partida de mi padre, y lo que Joel y yo queríamos para ella era que siguiera sonriendo tanto como en esos momentos al lado de Zach.

Me enfilé rumbo al colegio, donde me recibió un día muy normal, y más tarde volví a casa igual de confundido que la noche anterior. Pasé de largo la casa principal dedicándole un pulgar arriba a mamá, quien se hallaba sentada en el porche con un vaso de limonada, y regaló una sonrisa. Ella no tenía que saber que ese gesto significaba que yo no sabía nada de nada.

No fue hasta que cerré la puerta detrás de mí que dejé salir un suspiro profundo. No podía negar que estaba atraído por Nick Horner. Me atraía desde aquella primera reunión. Sin embargo, estaba frustrado y preocupado por una niña sorda que iba en camino a una familia que quizás no sería capaz de darle la mejor vida.

¿Era Nick un buen padre? Hannah sonreía en el colegio, prosperaba y había recibido apoyo para su TDAH. Además, sabía que Nick estaba muy involucrado en la financiación de los programas del colegio para apoyar a sus hijos y a otros.

Era un buen tipo. Puede que yo necesitara bajarle dos putas rayitas a mi rollo y no suponer lo peor.

¿Mencioné que quería volver a besarlo?

«Confusión, vuestro nombre es Elliot Curtis».

DIEZ

Nick

Me había pasado tres horas practicando señas enfrente del espejo tras mi reunión con Elliot en la cafetería antes de caer en cuenta de que estaba aprendiendo las cosas al revés. Trabajaba frente a la cámara y ni siquiera había pensado en eso. Cielos.

Volví a YouTube, pero esa vez busqué videos que hablaran de la forma de la mano y las señales visuales, y todo tuvo mucho más sentido.

Debería haberle pedido que fuera a mi casa, donde sabía a ciencia cierta que habría seguridad, pero Elliot se me adelantó y sugirió su aula. Así que llamé a Cameron para que él y Adam fueran a la casa. Este podría usar el *jacuzzi*; y Finn, el hijo de Cam, pasar tiempo con Caleb y Mason. Me tranquilizaba saber que había adultos en la casa, algo que nunca le comenté a Hannah porque me habría reprochado con argumentos bien pensados sobre por qué ella era perfectamente capaz de quedarse sola y echarle un ojo a sus hermanos menores. No me cabía duda de que sus argumentos incluirían una presentación de PowerPoint con estadísticas, por lo que ni siquiera abrí esa caja de Pandora.

Los niños habían vuelto del colegio, Hannah se encontraba arriba haciendo su tarea y los chicos estaban en la piscina, con Adam

echándoles un ojo. A treinta minutos de irme, Cameron me arrinconó en la cocina.

—¿Qué ocurre? —me preguntó antes de agarrar una lata de refresco del refri.

Habíamos progresado mucho desde su regreso de Nueva York; encontramos el camino de vuelta a nuestra relación de mejores amigos. Me encantaba que se sintiera tan cómodo en mi casa como para agarrar cosas sin pedirlas.

—Nada, todo —respondí inexpresivo.

—¿Ejemplo?

—Lo de siempre.

—Vas a tener que darme más que eso. ¿Es lo de ya no salir en cámara? ¿Los niños? ¿Teegan? ¡Ah! ¿Es un hombre? —Me picó el brazo con un dedo y yo fingí una mueca de dolor y me alejé.

Cam estaba tan feliz en su nueva relación con Adam, un exbombero, que rozaba lo ridículo, pero era bueno verlo. Aunque eso también lo tenía metiendo su cuchara a más no poder en mi vida amorosa.

—No, no hay ningún hombre —mentí, porque contarle sobre todos los enredos que había en mi cabeza respecto a Elliot sería un cuento de nunca acabar.

Había un hombre, que me tenía la cabeza hecha un lío con sus preocupaciones acerca de si yo debería adoptar a Teegan. Era como si hubiera metido la mano en mi cerebro y sacado todas las inseguridades que me hacían coincidir con él.

«¿En qué estaba pensando?».

—Tierra llamando a Nick. —Cam ondeó una mano frente a mi cara.

—Lo siento, me puse a pensar en lo que necesito para mi reunión.

«Mentira».

—¿Es alguna inquietud? ¿Es el trabajo? ¿Hiciste enojar a quien no debías? —Cam pasó de cero a cien en un instante y me agarró de los brazos—. Pensé que habías reducido tu trabajo con los documentales y que te habías pasado al detrás de cámaras después del asunto con Propiedades Bryon.

Sabía que no debería haberle contado sobre los murmullos y comentarios de los que Grupo Grick había sido objeto luego de que el documental se emitiera el año anterior. Expusimos que Propiedades Bryon tenían viviendas en condiciones precarias, aumentaban los alquileres e ignoraban las señales de peligro. Su negligencia derivó en la muerte de seis personas dentro de un enorme apartamento unos años atrás. Los policías recolectaron cada trozo de información que habíamos encontrado, y lo último que supimos fue que la familia Byron estaba zafándose de muchísimos litigios civiles a base de sobornos.

—Voy a retroceder. Ya lo hice.

Cameron fue la primera persona que se preocupó por mí, y no solo porque alguien había querido hacerle daño a punta de pistola. Él no tenía que saber que habíamos alborotado el gallinero y, en consecuencia, recibimos amenazas. Sabía que la situación carcomía a Gray, pues fue él quien se negó a dar marcha atrás a la investigación cuando las cosas empezaron a ponerse peliagudas. No me cabía duda de que se culpaba a sí mismo por sacar adelante el documental, pero no todo recaía en él. Además, esa no era la razón por la que abandonaba el foco de la cámara. Era porque quería poner a mi familia primero, así de simple.

—Entonces, ¿ningún pendejo ricachón te está dando lata?

—No, y que te quede claro que yo soy más rico —dije, socarrón.

Me golpeó el brazo con el dorso de la mano.

—Mamón —murmuró—. Me preocupa lo que está haciendo tu cara.

—Mi cara está perfecta.

—La tienes toda contraída como aquella vez que expusiste el escándalo de contaminación hídrica y alguien te chocó para que te salieras de la carretera.

—Eso fue hace años.

—Fue una amenaza real, Nick.

—Te juro que mi cara no está rara por algo relacionado con el trabajo, todos estamos bien. —«Por Dios, ¿cuántas mentiras le voy a decir a Cam esta noche?»—. Es por una reunión personal con un experto en lengua de señas.

Masculló en tono grave y, acto seguido, suspiró.

—Si esa es la historia a la que te vas a ceñir…, de acuerdo.

—Es la verdad.

—¿Cuánto tiempo falta para que Teegan sea oficialmente tu hija?

Eso era algo fácil de recordar porque las posibles fechas las tenía tatuadas en el cerebro.

—Tres meses, máximo, de acuerdo con la cronología que me dieron.

Cameron se apoyó contra la isla.

—¿Estás emocionado?

Por supuesto que sí, eso era un hecho. Aunque también estaba nervioso, puesto que en la última visita la trabajadora social me dijo que necesitaba prepararme mucho más para la llegada de Teegan. No con respecto a su habitación. Eso ya lo tenía resuelto; iba a dormir en la misma planta que yo, en un cuarto iluminado y ventilado que contaba con un área de juegos, su propio baño y un armario lleno de todas las cosas que creía que Teegan podría necesitar. Tampoco se refería a mi situación financiera, pues yo había nacido en cuna de oro. No me hacía falta el dinero que generaba Grick ni trabajar otro día de mi privilegiada vida. Así que en ese aspecto no había falla.

El tema era que la trabajadora social no estaba convencida de que comprendiera lo que sería tener a Teegan en la casa. Me dijo que lo que yo ofrecía era un hogar seguro y a salvo, pero que debía entender las necesidades únicas de adoptar una niña sorda.

El comentario me produjo preocupación, lo que me llevó a contarle mi dilema a Venetia, razón por la que en ese momento tenía el estómago hecho nudos y por la que ya se me hacía tarde para verme con Elliot.

—Sí, lo estoy. Me tengo que ir. ¿Vas a estar bien?

Ladeó la cabeza hacia el patio. Adam se encontraba en el *jacuzzi* y nuestros hijos también estaban allí con él, de seguro hablando hasta por los codos de todo y nada.

—Estamos bien —respondió con una sonrisa—. Vete.

A duras penas llegué a tiempo al colegio. Me estacioné junto al coche de Elliot y troté directo al área de recepción. Las puertas del

colegio se hallaban abiertas y mostraban las indicaciones para llegar a una junta escolar. Elliot estaba parado a un lado del mostrador de recepción mirando su reloj.

—¡Aquí estoy! —anuncié de forma dramática. No me cabía duda de que me puse escarlata cuando arqueó esa linda ceja suya y se me quedó mirando—. Sí, llegué dos minutos tarde, ¿y qué?

—Por aquí —me indicó, girando sobre los talones y haciéndome señas para que lo siguiera.

Esperaba por todos los cielos que me estuviera llevando a su aula y no a la sala de juntas, donde *aquello* había sucedido, porque no me veía capaz de lidiar con los ecos de nuestra tensión sexual o lo que fuera que hubiera entre nosotros, en adición a todo lo demás.

El alivio se apoderó de mí cuando me llevó a su aula.

Su nombre se leía en la puerta, y me tomé unos instantes para echarle un vistazo al lugar. Las mesas de trabajo de los alumnos estaban organizadas en filas ordenadas. A las paredes las adornaban citas de libros y había un póster de una biblioteca con una frase que decía que los libros eran un tipo de magia único y portátil. Algo con lo que coincidí, a pesar de que en esos momentos no disponía de mucho tiempo para leer debido al trabajo, a mis preocupaciones y a la inminente llegada de Teegan.

Elliot se apoyó contra su escritorio, dejándome que tomara asiento en una de las mesas, donde, bendito Dios, cupe. Quería aprender, por lo que no importaba lo que tuviera que hacer para conseguirlo.

Después de un momento de silencio, el maestro suspiró, se movió para colocar la mesita de al lado de frente a la mía y allí se sentó.

—No estoy seguro de por dónde empezar —dijo, lo que era una mierda porque yo tampoco tenía la más mínima idea de cómo dar inicio a las lecciones.

Activé mi modo entrevistador, ya que era a lo que estaba acostumbrado.

—¿Qué te parece si te hago unas preguntas?

—¿Preguntas?

—Sí, ya sabes, cuando te preguntan algo y tú contestas.

Puso los ojos en blanco.

—¿Qué tal si yo te pregunto algo primero?

—Va, suéltamelo.

Elliot masculló algo parecido a «un sape me gustaría» y unió las manos encima de la mesita.

—Cuéntame la historia de Teegan.

—¿Qué tanto quieres saber?

—¿Tiene algún familiar que quisiera adoptarla? —Me miró de soslayo.

—No. —No expliqué más. Era consciente de que él sabía que me guardaba información, pero no me exigió detalles—. Lo que te puedo decir es que nació con SAF, que se manifestó en la pérdida de audición y convulsiones leves. —Solté todo con mucha naturalidad, a pesar de que nunca me reconciliaría con los horrores que Teegan había vivido a causa de su madre.

—¿Las convulsiones están médicamente atendidas?

—Sí, pero la sordera es prioritaria, y tras informarme sobre el SAF me di cuenta de que tuvo suerte. Dios, cómo detesto usar esa palabra, pero Teegan tuvo suerte de que no resultara peor.

—Lo sé.

—Eh… ¿Qué más? Todos los otros logros que debería haber alcanzado a los tres años tienen un retraso de al menos diez meses. Así como su comportamiento cognitivo y su motricidad, aproximadamente. —Recordaba todos los datos, palabra por palabra.

Pero nada de eso importaba porque cuando estuviera con nosotros, Teegan tendría acceso a todo lo que pudiera darle.

—¿Qué hay de su demás familia? Aparte de su mamá, ¿una tía con experiencia o algo?

—Sé que localizaron a un tío y unos primos, pero ninguno quiere a una niña con problemas. —Me dolió el corazón nada más decirlo—. Eso es lo que me dijeron.

—Carajo —maldijo Elliot por lo bajo, y me dio la impresión de que el corazón se le hizo añicos igual que a mí—. Voy a hacer de abogado del diablo un momento para decir que ni así eres la persona indicada para hacerte cargo de ella.

Ya me estaba hartando su insinuación de que no me veía con buenos ojos, por lo que le hablé con absoluta sinceridad.

—Nadie más quería a Teegan. Dos familias llegaron hasta la etapa de las visitas en casa para luego rechazarla. ¡Dos!

—Entiendo, pero…

—¿Quieres saber por qué soy la persona indicada? Porque desde la primera vez que la vi me enamoré hasta los huesos de ella y porque sé con seguridad que seré el mejor padre para ella. —Me llevé una mano al corazón—. Lo siento aquí.

ONCE

Elliot

Se me partió el corazón.

No porque Nick se hubiera encariñado con Teegan ni porque quisiera darle un hogar, sino por la afirmación de que nadie más la quería. Cualesquiera que fueran sus antecedentes y cualquier cuidado que hubiera recibido hasta esos momentos, lo más probable era que la pequeña fuera por detrás de sus pares en cuanto a la adquisición de lenguaje. Seguramente se hallaba sin bases y a la deriva, y cuanto más se atrasara, más se agravaría el problema. Lo había visto antes.

—Parece que no te movió mi aseveración —murmuró Nick—. ¿Ya la cagué tan rápido?

—No. —Tenía que ser sincero: la familia era vital para cualquier niño.

Debía mandar mis prejuicios muy lejos, en donde no les diera el sol. De lo contrario, corría el riesgo de dejar a Teegan sin un hogar si Nick de pronto cambiaba de opinión.

Carraspeó y se sentó derecho, como si fuera a soltar la quid de la cuestión.

—Me enamoré de Teegan cuando vi la primera foto de ella, en la que jugaba con unos cubos. Me dio igual que fuera sorda. No sé qué fue lo que me llamó de ella. Quizás fuera su pelo oscuro, corto y

esponjoso, sus enternecedores ojos o la atención absoluta que tenía puesta en los cubos. Quizás fuera la categoría «necesidades especiales» en la que basé mi búsqueda para adoptar y la compasión que se alojó dentro de mí al enterarme de que nadie la quería. —Nick hizo una pausa y contempló la mesa, trazando con un dedo uno de los bordes, pero no lo interrumpí—. Aunque sé que puedo ser un buen padre para ella, me aquejan todas las preocupaciones de cuando mis hijos eran pequeños… Creo que necesito retroceder y empezar por el principio.

—De acuerdo.

—No le explico esto a mucha gente.

—Sé guardar secretos. —No le contaría a nadie lo que saliera de su boca, pero esperaba que lo que me dijera me hiciera sentir mejor con la situación.

—Hannah es hija biológica de Danny, mi esposo, y nació gracias a una gestante, Sarah, y una donante de óvulo. Caleb y Mason son hermanos, que llegaron a nosotros mediante la adopción. Siempre tuvimos la intención de adoptar más niños. Tanto mi esposo como yo venimos de familias pequeñas, y resulta que yo cuento con el dinero para darles una nueva vida a otros niños. Además, mi sueño es tener una familia grande. A Danny se le daban muy bien los niños y siempre quiso tener más. Íbamos a empezar un proceso de adopción —se aclaró la garganta e hizo una pausa— cuando recibió la noticia de que se encontraba enfermo. El cáncer estaba tan avanzado que ni siquiera se nos cruzó por la cabeza tener otro niño.

—Lo siento. —La empatía se hizo un hueco junto a mis preocupaciones, pues independientemente de lo que estuviera ocurriendo entre nosotros o con Teegan, Nick era un hombre que había visto la tragedia a la cara y se merecía mi compasión.

Me dieron ganas de abrazarlo. De decirle que todo estaba bien. Porque él no me contaba lo que me contaba con el fin de ganarse mi lástima, sino para ofrecerme un vistazo a su familia.

—En fin, después de atravesar por lo que me gusta llamar «una crisis mental», de la cual fuiste testigo, decidí que iba a seguir adelante con lo que Danny y yo queríamos: agrandar nuestra familia, no, mi familia. Así de simple. Pero estoy solo y Teegan es

especial, y me asusta lo diferente que será ser un buen padre para ella. Me refiero a con respecto a mis otros hijos, no que ella será diferente —se apresuró a añadir, jugueteando con su pulsera de apoyo al cáncer—. ¿Cómo la consuelo cuando tenga pesadillas? ¿Cómo puede decirme qué vegetales quiere comer? ¿Cómo voy a saber que quiere una galleta?

—Hay formas de comunicar todo eso.

—Lo sé. Es solo que como toda mi vida ha estado basada en la comunicación, tesis, resúmenes y puntos de vista, que se han investigado de manera minuciosa, en ocasiones, cuando abro la boca, las palabras se me salen a un ritmo alarmante. Danny decía que era una explosión cerebral. ¿Y si soy demasiado intenso con Teegan? ¿Y si la asusto? ¿Debería tratarla diferente? ¿Por qué estoy entrando tanto en pánico?

—No lo sé, tal vez porque los cambios en una familia pueden ser frustrantes, esclarecedores, increíbles, o dar miedo. Lo que pasa es que aún no has decidido cómo quieres tomártelos, eso es todo.

No podía creer lo sincero que acababa de ser, pero Nick asintió mientras hablaba.

—Como si estuviera dentro de mi control. —Soltó un resoplido, seguido de una risa.

Lo observé con atención, fijándome en las líneas de expresión en las esquinas de sus ojos y las canas en sus sienes. Me perdí en su rostro hasta que se aclaró la garganta y volví a la conversación.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro.

—Leí sobre la lengua de señas, acerca de que Teegan va atrasada y que ya se le podría haber pasado la oportunidad de adquirir la base fundamental del lenguaje. Eso es algo que me preocupa. Mucho. —Frunció el ceño, se lo veía completamente desamparado.

Luché contra el impulso de abrazarlo para hacer desaparecer sus preocupaciones como si no fueran nada.

La cuestión allí era cómo contestarle sin connotaciones negativas. Si bien Teegan iba atrasada, los niños aprendían a diferentes ritmos, y Nick no debería basarse en estadísticas, ni en los grupos de edad,

ni en los pares de la pequeña. Más bien, debería considerarla de forma individual, al margen de todos esos aspectos. Él contaba con los recursos para proporcionarle todo lo que ella necesitara, eso era en lo que debería centrarse.

Quizás yo debería centrarme en eso.

—Todavía es pequeña, será fácil que aprenda lo que le hace falta. —Lo tranquilicé.

—¿Pero no debería estar aprendiendo lengua de señas así como cualquier otro niño empapándose del lenguaje?

—Hay niños que aprenden LS desde el día uno y hay otros que no.

Nick asintió, pero el ceño fruncido no se le borró.

—Supongo que al ser HOPS, ¿creciste con la lengua de señas desde que eras pequeño? —Me hizo la pregunta con cautela, como si creyera que podría ofenderme.

—No me veo como HOPS. No es la etiqueta que uso para mí; me la pone la sociedad.

—Perdón. No era mi intención ofenderte.

—Perdóname tú también, no pretendía que saliera de ese modo. La LS ha formado parte de mi vida desde que tengo memoria. No es algo secundario para mí. Pienso y hasta sueño en lengua de señas. A veces, cuando escucho a una persona hablar, en la mente estoy interpretando todo en signos. Es una lengua que desde el primer día tuvo sentido para mí y, a pesar de que soy oyente, la uso porque tanto mis padres como mi hermano son sordos de nacimiento. Por esa razón es mi primera lengua, que absorbí cual esponja.

—Y crees que será lo mismo con Teegan.

—No subestimes la rapidez con la que aprenden los niños.

Nick parecía abatido.

—Mierda, ¿ves? Ya estoy dudando de sus capacidades. A lo mejor tienes razón, a lo mejor no debería estar haciendo esto.

Esa era la primera vez que lo veía dudar de sí mismo y sentí la extraña necesidad de defenderlo, lo que era una sensación sombría. De pronto, me encontraba en una posición en la que quería apoyarlo en lugar de derribarlo.

—No te lo dije con el afán de hacerte dudar de ti mismo o de Teegan. Es solo que mientras mi proceso mental prioriza la lengua de señas por encima del inglés, tengo amigos en la comunidad sorda que adquirieron la LS tarde en su vida. Y aunque algunos tienen audición parcial, o son hermanos o hijos de sordos, puede que no piensen del mismo modo que yo. Eso no significa que la forma en que se comunican esté mal, ya que implica que existe una manera correcta de comunicarse.

Lo estaba perdiendo; veía las preocupaciones cernirse sobre Nick como una nube. Le mostré el dedo corazón y se sobresaltó.

—Eh… —Miró por encima de su hombro como si esperara que la seña se la hubiera hecho a otra persona—. ¿Qué diablos?

—¿Ves cómo reaccionaste? Supiste exactamente lo que intentaba decir. Podría pasarme media hora diciéndole a alguien por qué no me parecen sus comentarios sobre mi equipo deportivo favorito, o explicando por qué me enojó que me cortaran el paso en el tráfico, pero, como ya viste, con un dedo basta.

A Nick se le ensancharon los ojos y se me quedó mirando el dedo.

—¿Lo que estás diciendo es que comunicarse con señas es importante, pero que el mundo no se va a acabar porque Teegan no sepa muchas señas? —Su voz seguía desprendiendo incertidumbre.

—Sip. Puedo soltarte: «No te me atravieses, cabrón. Al carajo tu opinión sobre mi equipo. Vete a la verga por no entender a mi familia», pero mostrar el dedo corazón basta.

—Pero Teegan…

—¿Tiene qué, tres años?

—Sí.

—Entonces, dispones de mucho tiempo para brindarle todas las oportunidades posibles y así ella puede aprender a intercambiar información con otros, tanto de manera compleja como simple.

—O sea que puedo ayudarla. De acuerdo, muy bien. —Tras tranquilizarlo, sus dudas se evaporaron y, acto seguido, volvió a ser el tipo excepcional y superseguro de siempre.

—Me voy a reservar mi opinión acerca de tu lugar en su vida —le dije con mi propia dosis de confianza, respaldada por todo lo que

sabía de la comunidad sorda, más de lo que él probablemente sabría jamás.

—Lo respeto —admitió.

Que me concediera tener una opinión me constriñó el pecho.

—De acuerdo. Ahora me toca a mí retroceder. En esencia, ¿con qué necesitas mi ayuda? Además de enseñarte lo básico de la lengua de señas.

Nick tiró del collar de su camisa y fue imposible no notar el anillo de boda en su mano izquierda porque la tenía enfrente de mí. Parecía estar haciendo una lista mental y, con cada segundo que transcurría, la respiración se le aceleraba.

Lo que fuera que le rondara la cabeza, lo tenía alterado e intranquilo.

—¿Podemos salir a caminar? —soltó, desabrochándose otro botón, lo que me permitió ver por primera vez el vello oscuro que se arremolinaba en su pecho. Lo que daría por…

«Épale. Quieto, caballo».

—Pensé que querías intimidad.

Nick intentó levantarse, pero se le atoró la rodilla en la mesita, y cuando sacudió la pierna para zafarse, se tropezó hacia atrás, llevándose la mano al pecho.

Pánico repentino, lo había visto antes.

—De acuerdo, vayamos a los jardines —le indiqué, y antes de que me diera tiempo a formar otro pensamiento, Nick ya había llegado a la puerta.

Salimos del aula y advertí el instante en que volvió a respirar con facilidad, que fue nada más poner un pie fuera. La rigidez de su espalda desapareció, así como la tensión alrededor de su boca, y la respiración se le estabilizó.

—Perdón —murmuró Nick—. Es que con todo lo que estoy lidiando y encima está la escuela…

Aunque no terminó la frase, llené el espacio en blanco y até los cabos. Más o menos.

—¿Tienes malos recuerdos de cuando ibas a la escuela?

—Sí —respondió y pateó una piedra—. Bastantes.

—Ay, mierda. Lo siento. ¿Tus padres te enviaron a uno de esos colegios horribles en el extranjero en los que te hacen *bullying*?

Me llegó a la mente la imagen de un Nick chiquito que mandaban a estudiar lejos y que se sentía abandonado. Diablos, ya andaba de comprensivo.

Nick volteó a verme y enarcó una ceja.

—No soy un personaje de Dickens. —Esbozó una sonrisa de medio lado—. No tengo malos recuerdos de cuando iba a la escuela. En gran parte me venía bien porque en esos tiempos suponía pasar meses alejado de mi familia. De hecho, estar lejos de ellos fue lo mejor. —Dejó salir un bufido medio burlón—. Pero mi familia es una historia para otro día.

—Entonces, ¿cuál es el problema con la escuela? —No estaba entendiendo.

—Bueno, es que hubo una vez que yo no andaba muy bien que digamos y descargué mi agresividad sobre un maestro, que ni la debía ni la temía, antes de atraerlo a un baño y besarlo, echando a perder todo.

Las palabras se quedaron suspendidas entre nosotros mientras rememoraba con ferviente deseo cada segundo de aquel beso en una oleada de lujuria, que se me filtró de la cabeza para pasarse a la parte baja de mi cuerpo.

No esperaba que Nick dijera eso. Había supuesto que me contaría más de sus experiencias en los colegios privados a los que asistió. O sobre que lo habían mandado lejos o acerca de algún tipo de maltrato que vivió por ser hijo de padres adinerados. No que volviera a sacar lo de nosotros a colación, que fue un momento incómodo.

—Ah. —Fue lo único que mi mente atolondrada pudo conjurar.

—De verdad que lo siento —expresó. Acto seguido, se alejó del colegio para ir a sentarse a una banca amplia bajo la sombra.

Esa parte del área que rodeaba a St. Joseph se la habían cedido al departamento de arte para que los alumnos se expresaran libremente, por lo que la pared que recorre la longitud del espacio se hallaba tapizada de murales. Era uno de mis lugares preferidos. Esperaba que la adaptación de *Romeo y Julieta* del colegio se llevara

a cabo al aire libre, con los vibrantes grafitis como telón de fondo. La directora Hargreaves todavía no firmaba la autorización, pero al parecer estaba en su lista de cosas por hacer.

Tras unos momentos, seguí a Nick y me senté en el otro extremo de la banca.

—Empecemos con esto —le dije y esperé a que me mirara—. Hablemos de cómo ayudarías a Teegan si… tiene una pesadilla, por ejemplo.

Se le levantó el ánimo.

—Qué fácil. Haría lo mismo que hago con mis demás hijos: acariciarlos, abrazarlos y mostrarles afecto.

—¿Cómo la vas a consolar si está medio dormida y no quiere que la abraces?

Nick arrugó la nariz.

—No lo sé.

—Puedes hacer ruido, hablarle bajito, animarla a que lleve una mano a tu pecho para que sienta las vibraciones. Siempre con la mirada firme y tierna, y deja que sea ella la que se acerque.

Asintió con la cabeza.

—De acuerdo. La mano en el pecho. Ya lo hice alguna vez. Puedo ser delicado.

—Pero no siempre. No debes tratarla como si estuviera hecha de cristal. Es una niña feliz, que ha crecido con una forma de comunicación distinta a la de la mayoría. Que es no mala, solo diferente. Eso es algo que tú tienes que entender.

—Y así es —aseveró Nick—. Bueno, creo que lo entiendo.

Y allí estaban: la indecisión y la preocupación que no lo soltaban. Cerró los ojos un momento antes de abrirlos y fijar la mirada en mí, mordiéndose el labio. Me encantaba y odiaba a partes iguales que hiciera eso, pues lo último que quería era mirarle la boca.

—Desembucha —le dije irritado porque tenía unos labios tan preciosos que lo único en lo que podía pensar era en aquel estúpido beso. Carajo.

Bajó la mirada y se sonrojó un poquito.

—¿Te puedo hacer una pregunta muy tonta?

—Como les digo a mis alumnos: no hay preguntas tontas.

—Es que no la has escuchado todavía —murmuró. Luego, echó un vistazo alrededor como si esperara encontrar a alguien que fuera a oír la peor pregunta de todos los tiempos, según Nick.

Qué intriga.

—He investigado un montón sobre las personas sordas y leí que hay una distinción en el significado de la palabra «sordo» dependiendo de si esta inicia con mayúscula o con minúscula. ¿Me puedes explicar un poco al respecto? A ver, entiendo hasta cierto punto gracias a lo que he leído, pero es que me topé con un artículo que decía que algunas personas sordas se consideran parte de la comunidad sorda; y otras, no. Tú, que oyes y tienes papás sordos… Digo, ¿eres parte de la comunidad?, ¿Teegan lo será?, ¿debería integrarla?, ¿yo formaré parte?, ¿debería?, ¿qué tan activo debo ser? Por Dios, ¿por dónde empiezo?

Guao, había mucho que desglosar.

—A pesar de que soy oyente, siempre he sentido que soy parte de la comunidad sorda. Pero también soy HOPS…

Esperé a que Nick llenara el espacio en blanco.

—Hijo oyente de padres sordos, sí.

—Sip. En ocasiones puede solaparse con la comunidad sorda y otras no. Mi madre es parte importante de la comunidad, mi padre igual lo fue antes de morir.

—Mi más sentido pésame —murmuró.

Le respondí el gesto con una sonrisa breve antes de proseguir:

—Mi hermano es sordo, ese minúscula, aunque también forma parte de la comunidad, ese mayúscula. Hay gente sorda que no se ve como parte de esta por decisión propia.

Le di tiempo a Nick para que sacara su libro de apuntes e hiciera sus anotaciones, con el ceño fruncido en concentración; pero, en su lugar, asintió y enseguida se animó.

—Lo que dices es que Teegan es la que decidirá cómo se identifica.

—Justo.

—Tu hermano se llama Joel, ¿verdad? —Le hice un gesto de asentimiento—. ¿De qué modo influyó la participación de tu madre

dentro de la comunidad sorda para que Joel creciera entendiendo su identidad mejor que Teegan?

Vaya, era una gran pregunta. Una que avivaba mis preocupaciones respecto a si Nick era la persona indicada para Teegan.

Me recliné un poco en la banca y alcé la cara al sol de invierno, que estaba por terminar, y reflexioné sobre su perspicaz consulta. Aunque mi intención era concentrarme en formular la respuesta correcta, Nick se me había arrimado y su olor, que no sabía si venía de su gel de baño o su perfume o qué, tenía mis sentidos hechos polvo.

«Te preguntó por Joel. Se acordó de su nombre. Se acuerda de todos los pequeños detalles, por Dios».

«¡Concéntrate, carajo!».

—Para Joel fue fácil acceder a la comunidad. Al fin y al cabo, crecimos presenciando reuniones en la casa. Y después mis padres fundaron el Centro Florecer, pensado en los jóvenes. Lo construyeron dentro de nuestra propiedad en un granero que adaptaron. Mi hermano y su esposa, quien también es sorda, se conocieron allí a los diecisiete, y tienen una hija, Kenzie, que es oyente. Joel está involucrado en la educación y ha expandido el centro para ofrecer más cosas. Vive feliz y está completamente enamorado. A veces lo envidio.

¿Por qué diablos añadí lo último? No pretendía decirlo, pero es que Nick me había dedicado una mirada llena de comprensión.

—Sé lo que es estar solo —empezó a decir Nick, que me agarró la mano, le dio un apretón y luego la soltó. Ese gesto breve y compresivo bastó para que otro de mis muros se derrumbara. Maldito él y su empatía—. Quiero que Teegan sea feliz. Más que eso, que sea feliz y logre todo lo que se proponga.

—¿Todo lo que el dinero pueda comprar? —dije a modo de broma.

Solo que Nick se tensó y, un instante después, me lanzó una mirada que desprendía tanta emoción que de inmediato quise disculparme por ser un imbécil.

—El dinero no compra la familia ni el amor —espetó Nick—. Puta, ni siquiera pudo mantener a mi marido con vida. El dinero no lo es todo, así que ahórrate esa estupidez de una buena vez.

Al parecer, mi corazón acababa de alcanzar el máximo de su capacidad de empatía, el dolor que noté en el pecho era prueba de ello. No pretendía que mi comentario lo hiciera responder de manera tan personal, pero ¿qué esperaba que pasara?

—Discúlpame.

Nos quedamos en silencio de nuevo y esa vez fue incómodo. Me entró el impulso de llenarlo con palabras.

—Acepto tus disculpas —me ofreció Nick al fin y se aclaró la garganta—. ¿Te puedo hacer otra pregunta?

Suponía que se la debía.

—Claro.

—¿Qué pensaron tus padres cuando naciste con audición?

Me lo habían preguntado mucho a lo largo de mi vida, y nunca faltaba la ubicua pregunta: «¿Cómo es tener un hermano sordo?». Y tampoco: «¿Cómo es oír lo que tu familia no puede?». Ya no me desconcertaba que me lo preguntaran.

—Mi mamá dijo que nunca le cruzó por la cabeza que nacería con audición. Lo único que en verdad le importaba era que su bebé llegara sano.

—¿Y cómo es integrar ambos mundos? El sordo y el oyente.

Ah, la pregunta del millón.

—Es una lucha constante combinarlos. Tuve mi etapa rebelde en la adolescencia tras la muerte de mi padre y me negaba a que un mundo entrara en contacto con el otro. Y, por supuesto, hubo muchísimos problemas de accesibilidad entre ambos. Aunque me mudé y ahora vivo solo, aún sigo viendo la televisión en silencio y con subtítulos descriptivos. Mis padres siempre me ayudaron a compaginar mis dos mundos.

Nick se quedó callado, como si se le hubieran acabado las preguntas. Lo vi fijar la mirada en los jardines con aire pensativo, jugueteando con la pulsera, que llevaba en una muñeca, y mordiéndose el labio otra vez.

—Sé que puedo hacerlo bien. —No me habló a mí, sino al cielo, al césped. Le hacía una promesa al mundo. Entonces levantó la vista y me miró—. ¿Verdad?

El hombre estaba decidido, no había duda, y se notaba que era dedicado, pero me dio la impresión de que se cuestionaba demasiado las cosas. ¿Sería que la preocupación y la tristeza le provocarían más estrés a Nick, lo que terminaría afectándolo más? ¿Era justo para Teegan?

Si bien quería decirle todo eso, me contuve porque me miraba con ojos llenos de sinceridad. Me invadió el afecto. El afecto, la necesidad y la lujuria. Puta madre, tenía la cabeza hecha un lío.

En su lugar, ignoré la pregunta en un claro ejemplo de instinto de supervivencia, pues me negaba a perderme en sus ojos, y encarrilé la reunión.

—Bueno, a ver, muéstrame cómo se dice tu nombre.

DOCE

Nick

—Tierra llamando a Nick. —Gray chasqueó los dedos frente a mi nariz, lo que bastó para devolverme al momento.

Mi socio ya había tenido que sacarme de mi ensoñación dos veces, lo que me llevó a preguntarme si Gray o nuestro abogado —al que se le pagaba muy bien, por cierto— estallarían y me lanzarían por la ventana si ocurriera una tercera vez.

—Lo siento, ya estoy presente. ¿Qué me perdí? —Alterné la mirada entre Gray y el abogado, que tenía una ceja arqueada a modo de recriminación.

—Muchísimas cosas —respondió mi amigo—. A todo esto, traes puesta tu cara de preocupado.

—¿Yo?

Pues preocupación por haber tomado la decisión de dejar de ser una figura pública no era; si ni siquiera me había costado decidirme. Después del documental sobre el incendio de los Apartamentos Luz de Sol, decidí que ya no quería ser la imagen de Grick ni exponer a mi familia a tonterías. No, mi distracción no era por haberle puesto fin a mi carrera pública, era porque estaba en la luna pensando en Teegan y en Elliot.

No podía creer que ya llevábamos un poco más del mes viéndonos. No en *ese* sentido, vaya. Nos veíamos para que yo

aprendiera lengua de señas; además, discutíamos sobre miles de cosas que me hacían pensar que sí tenía las aptitudes que eran importantes en la vida de Teegan. El tiempo se había pasado volando en compañía de Elliot.

En mi ensimismamiento, oscilaba entre sentirme seguro de mis nuevas habilidades y angustiarme porque los días para aprender todo lo que Elliot pudiera enseñarme se reducían. Y la peor parte de mi ensoñación era que, por más que me esforzara, era incapaz de quitarme la sensación de que con cada lección, cada charla, cada café, cada risa ante una seña mal hecha y cada conversación sobre la familia, nos acercábamos más.

Algo cambió luego de que le contestara feo por segunda vez debido al asunto de lo que podía o no podía comprar con mi dinero. De verdad creía que habíamos superado sus preocupaciones, pues el maestro estaba mucho más tranquilo. Hasta yo andaba tranquilo. Con eso lo decía todo.

Elliot me hacía reír y yo lo hacía reír a él. Se tomaba en serio lo de enseñarme; y yo, lo de aprender. Y en medio de todo aquello, el hombre invadía mis pensamientos con un montón de posibilidades. Me encantaba que sus ojos azules cambiaran tanto; se volvían tormentosos cuando se enojaba, o adquirían un brillo de humor cada vez que yo hacía mal una seña. Me emocionaba muchísimo que me hiciera sentir que podría ser el mejor padre para Teegan. Era muy fácil sentirse atraído por él. Juraría que la fuerza entre nosotros se hacía cada vez más fuerte. A menos que estuviera equivocado, claro, y el hombre solo me estuviera siguiendo la corriente.

Llevaba intentando negar que Elliot me gustaba desde que lo besé en el baño, y como pasaba mucho tiempo mirando la foto de Danny que tenía en mi habitación, pensé que se me había aclarado la mente. Sin embargo, cada vez que nos veíamos, lo único que era capaz de sentir era absoluta confusión porque muy a menudo sonreía al conjurar la cara de Elliot en mis pensamientos, en lugar de la de mi marido.

Le había prometido a Danny en sus últimos días que sería feliz, algo que solo hice para apaciguar sus preocupaciones. Nunca tuve la intención de establecer ningún tipo de conexión con nadie. Y, aun

así, durante una conversación sobre la piña en la pizza, con un maestro que me hacía sonreír, encontré el inicio de una atracción y una conexión. Luego ocurrió el beso, al que le siguieron todas las reuniones. Estaba cagado de miedo.

Total, que tenía en la cabeza a Elliot. A Teegan. A mis hijos. La visita de la familia de acogida, la temperatura del horno para hornear los aperitivos que había prometido preparar. Ninguna parte de mi cerebro era partícipe de una de las juntas más cruciales de mi vida.

—Tierra llamando a Nick —repitió Gray, y esa vez me zangoloteó. Con fuerza.

—Perdón, ¿qué me perdí?

En esa ocasión fue él quien alzó una ceja, aunque la diversión se reflejaba en sus ojos verdes.

Fijé la mirada en el papeleo que tenía delante. Nuestro abogado había repasado cada detalle con sumo cuidado, trabajando a marchas forzadas en un domingo por la mañana para mantener todo fuera de nómina y del ojo público hasta que lanzáramos el comunicado de prensa. Iba a renunciar a Grick y a pasarle casi todo a Gray, que buscaría a la nueva figura que saldría a cámara.

El abogado, Edward Dumont, del bufete Dumon, Hythe y Blair, carraspeó y juntó los documentos enfrente de él.

Le dediqué una mirada de disculpa.

—Lo siento, ¿me puedes repetir lo que no escuché, por favor?

Con ademanes exagerados, le dio vuelta a cuatro hojas, lo que causó que me encogiera en mi asiento. ¿De veras había estado tanto tiempo en la luna?

Edward empezó a resumir punto por punto una vez más, y pese a que sí hice el intento de concentrarme, dejé que Gray contestara todas las preguntas e hiciera los comentarios pertinentes mientras yo escuchaba sentadito. Nunca pensé que cedería lo primero que había construido de forma autónoma, pero debido a las sutiles amenazas que recibimos a raíz del documental del incendio y a la loca cantidad de horas que le dedicaba al trabajo, supe que ya no podía seguir trabajando allí. Me encantaba lo que hacía. Se me daba bien.

Y, aquí entre nos, Gray y yo habíamos consolidado a Grupo Grick como uno de los equipos de periodismo investigativo más destacados. Nuestros logros eran importantes. Sin embargo, estaba listo para pasar página. Quería dedicarme a mi familia y a las fundaciones; hacer cualquier otra cosa que continuar por el camino de la adrenalina y del peligro, incluso, que conllevaba producir documentales divulgativos.

—Ese es el meollo del asunto —anunció Edward.

Hice como que había estado escuchando.

—Excelente.

Tanto él como Gray se me quedaron mirando.

—¿Cómo?

Mi socio suspiró.

—Edward, ¿nos permites un momento, por favor? Nick y yo tenemos que hablar. —Gray fue educado y firme, y guio al superpaciente abogado a la puerta, negando con la cabeza.

Cerró la puerta, se apoyó en ella y se cruzó de brazos.

—Despepita.

—Perdón, es que en la tarde van a llevar a Teegan a la casa, y por fin logré convencer a Elliot de estar ahí. No puedo dejar de pensar en ella. Y tampoco en él. Sobre todo en él. O sea, me la paso pensando cualquier cosa: que lo beso, que me enamoro de él. Y también me pregunto si estoy obrando bien y qué pensaría Danny.

En el momento en que Gray abrió mucho los ojos, me di cuenta de que le acababa de soltar un montón de cosas que él no se esperaba. Hizo una pausa, luego caminó hacia el refri —uno de los primeros artículos que compramos para el despacho— y sacó dos botellas de agua. La primera me la lanzó y se rio de mí al ver que me costó atraparla.

—Habla.

—¿De qué?

—Pues para empezar, de por qué es importante que el tal Elliot vaya a tu casa. Por cierto, ¿es el mismo Elliot al que besaste en un baño? ¿El que evitas en los eventos escolares? ¿Por qué irá a tu casa el mismo día que Teegan? ¿Qué sientes por él y cuándo sucedió esto? ¿Y por qué es la primera vez que escucho esto de tu boca?

—A ver, primero, desearía nunca haberte contado lo del baño; segundo, me ha estado ayudando a aprender lengua de señas y a prepararme bien para recibir a Teegan; y tercero, no sé qué es lo que siento.

—¿Es reciente?

—¿Qué cosa?

—Elliot y tú… —Hizo un gesto con un dedo.

—No sé qué fue eso, pero no, solo me está ayudando.

Gray parecía confundido.

—Entonces, no se trata de nada sexual. De acuerdo, aunque sigo sin entender por qué no me contaste.

—Estabas en Canadá filmando y, además… —Me quedé sin pretextos.

—Verás, tenemos a la mano algo que se llama Internet —dijo socarrón.

Puse los ojos en blanco.

—Es complicado. Ni siquiera le he contado a Cameron, y eso que él es mi mejor amigo. —Añadí lo último solo para picarlo.

—Y yo aquí pensando que era yo. —Gray soltó un bufido, pero jugando. Ambos eran mis mejores amigos y punto—. ¿O sea que te gusta Elliot del baño del colegio?

Gemí. A veces me arrepentía de contarles mis cosas a Gray y Cameron.

—Pues claro que me gusta, ha estado ayudándome.

—¿Te gusta como amigo o te gusta de gustar? —El mamón me estaba vacilando.

—¿Cuántos años tienes, doce?

—No respondiste a mi pregunta.

—Me gusta bastante, nos veo siendo amigos.

—¿Y tal vez algo más? Suéltalo ya, hombre.

Necesitaba decírselo a alguien porque, tras un mes de hablar con Elliot, observarlo y olerlo —por la cercanía, desde luego, yo no era ningún rarito—, tenía mucho que sacarme del pecho.

—Hay algo de él… Llevo dos años sintiendo una atracción por Elliot que se niega a desaparecer. Me genera muchos sentimientos encontrados. —Me sobé el pecho, como si allí habitaran.

Gray se relajó en su asiento.

—Me dijiste que no saldrías con nadie hasta que estuvieras listo para quitarte tu anillo de bodas —me señaló la mano— y aún lo llevas puesto, Nick.

Enseguida apreté la mano en un puño y la metí en mi bolsillo.

—Ya lo sé.

—Siempre aseveraste que si un día conocías a esa persona especial, te lo quitarías.

—Eso dije, sí. —Fue muy claro el tono abatido en mi voz.

—¿No es especial, entonces? ¿Es puramente sexual?

—Por el amor de Dios, Gray, que no nos estamos acostando.

—¿No quieres acostarte con él?

—Caray, ¡no lo sé! Sí. A lo mejor. —Se me quedó mirando y noté una oleada de calor, que sabía que me pondría la cara como tomate —. Está bien, sí. Pienso en eso… con él.

—De acuerdo, siendo así, ¿no crees que sería bueno que ya te lo quitaras?

—No estoy saliendo con Elliot.

—¿O sea que se quedaría en algo sexual?

—No. Sí. Deja de hacerme preguntas tontas.

Gray me lanzó una mirada confundida.

—Entonces, no es puramente sexual y reconoces que tienes sentimientos por él.

—Un montón: exasperación, miedo, lujuria… Sí, lo siento todo. Aunque no sería nada serio. —Metí la otra mano en mi otro bolsillo —. Apenas han pasado seis años desde la muerte de Danny.

Agaché la cabeza cuando la emoción se apoderó de mí. Decir esas palabras en voz alta todavía me laceraba.

—Así es, Nick. Han pasado seis años, y tú bien sabes que Danny no es un aro de oro alrededor de tu dedo. Él es los momentos felices, los pícnics, la boda, los niños, los días nadando en la piscina. Danny está en un sinfín de recuerdos que nunca vas a olvidar por más que te quites el anillo.

Me limité a asentir porque había perdido la capacidad del habla. De algún modo, Gray había atravesado el barullo que envolvía mi

cabeza y, al más puro estilo pragmático que lo caracterizaba, me encaminó en la dirección correcta.

Mi mejor amigo suspiró y continuó:

—Elliot te gusta, ya está. Y te ha estado ayudando con algo que tiene que ver con Teegan porque…

—Es HOPS, hijo oyente de padres sordos. Me ayuda a resolver mis inquietudes y me enseña lengua de señas, ese tipo de cosas.

—De acuerdo, lo traes metido en la cabeza. Ten por seguro que, tarde o temprano, querré saberlo todo. Y eso incluye a Teegan. Pero vamos a tener que dejarlo para otro día porque lo que hoy estamos a punto de hacer con la empresa es un cambio importante.

—Lo sé —coincidí de inmediato al tiempo que me inundaba la culpa.

Gray aguardó, y por unos instantes, pareció que el peso del mundo se le instalaba en los hombros.

—Nick, quiero que entiendas que me estoy arriesgando bastante, así que te necesito concentrado si vamos a dar este paso. —Arrastró la silla hacia atrás, poniendo algo de distancia entre su escritorio y él.

¿Cuánto tiempo llevábamos sentándonos en ese despacho, uno frente al otro para crear documentales que hicieran la diferencia? ¿Diez, once años?

—Lo siento.

Me dio la impresión de que era la quinta vez que me disculpaba desde que llegué a las seis de la mañana. La falta de sueño me tenía cansado y lo que había soñado, algo que se sintió muy real, me produjo pensamientos confusos. En el sueño, Danny me decía que siguiera con mi vida, que no pasaba nada, pero ¿por qué me permitiría a mí mismo soñar algo así? ¿Y luego venía Gray a decirme que el anillo no era Danny? Yo no quería escuchar eso.

No podía.

Tenía ganas de más con Elliot, pero no quería perder a Danny.

—Necesito que seas sincero conmigo, Nick. ¿Todavía quieres firmar?

—Sí, claro que sí. —«Quiero alejarme un poco, pasar más tiempo con mi familia. No quiero amenazas ni estar lejos de mis hijos»—.

¿Tú?

Gray asintió.

—Nada ha cambiado para mí, no ahora que Ben está con Suzie. —Oí la resignación en su voz.

Él y Suzie, su ex, se habían puesto en contacto otra vez, aunque no en plan de «volvamos», sino «quiero la custodia total, Gray». No me sabía la historia completa y él no mostraba intención de contármela. Y desde que su hijo abandonó la ciudad, la empresa se volvió su foco de atención. Puede que algún día me contara el porqué permitió que Suzie se llevara a Ben sin dar batalla. Quizás fueran las mismas amenazas que me hicieron querer renunciar a mi puesto o quizás fuera otra cosa. Sabía de sobra que no debía presionar a Gray para que me contara algo. Nunca. Todo el mundo tenía derecho a tomar sus propias decisiones.

—Tampoco para mí —lo tranquilicé.

—¿Y sigues satisfecho con la parte económica?

—Desde luego. Tú eres el que está trabajando a tiempo completo.

Mi intención era expandir mi vida más allá de mi profesión y asistir a más reuniones de Papás Solteros Unidos. Al fin y al cabo, el foro fue algo que creé tras el fallecimiento de Danny y lo que me mantuvo cuerdo. Deseaba conectar mi familia con otros padres solteros y sus hijos, tal vez escribir aquel libro que me prometí a mí mismo y financiar proyectos comunitarios. Ser un buen padre. La lista era interminable.

—La cosa es que no estás prestando atención en las reuniones y eso me preocupa. Aún hay tiempo de dejar las cosas como están. Grick es tu bebé. ¿Estás cien por ciento seguro de que estás listo para romper lazos? Si tienes aunque sea una duda, ahora es el momento de hablar.

Hice una mueca al advertir zozobra en la expresión de Gray. Tenía razón, necesitaba dedicarle toda mi atención a lo que se venía para nuestras vidas. Para mí, representaba renunciar a ser una figura mediática que salía a cámara, acabar con mi vida pública, dejar de ponerme a mí y a mi familia en peligro. Para Gray, que siempre estuvo detrás de la cámara, suponía más presión, más

miedos. Aunque él hubiera dicho que quería proceder, ¿y si era yo quien lo estaba orillando a aceptar?

—Esto es lo que quieres, ¿verdad? —le pregunté, y asintió—. ¿Estás listo para asumir todas las preocupaciones e inquietudes, así como…?

—Es lo que quiero. Nunca estuve frente a la cámara como tú, pero tengo planes y buscaré a la nueva imagen. —Resopló de la risa y la tensión en la estancia empezó a reducirse—. Encontrar una cara bonita para que te reemplace va a ser la cosa más fácil del mundo.

Fingí sentirme agraviado.

—En tus sueños.

—Entonces, ¿estamos listos para firmar ahora sí?

Le respondí con un asentimiento y, un instante después, me le acerqué para darle un abrazo con palmadas en la espalda incluidas.

—Hagámoslo.

Firmar fue la parte fácil, era poner mi nombre en papel y ya; discutir los detalles del contrato era lo que me inquietaba. Pero todo acabó muy pronto.

—¿Qué tal un café? ¿O algo más fuerte? —me preguntó Gray cuando salíamos al aire fresco de San Diego después de dar por terminada la reunión. Puede que no estuviera haciendo un friazo como en otras ciudades durante el mes de marzo, pero aun así el tiempo era más fresco que los calurosos veranos—. Tenemos un Elliot pendiente.

—No puedo. Debo volver para recibir a la familia de acogida.

—Llámame, te lo pido. Habla conmigo, no te cierres. Cameron y yo estamos aquí para ti en caso de que nos necesites, y no me refiero a los detalles de tu vida sexual, sino a las partes de peso. Las cosas importantes.

—Que no hay nada sexual. —Desde hacía seis años.

—Todavía. —Me palmeó el pecho—. Llámame, pues.

—Te lo prometo.

—Danny quería que fueras feliz, ¿me oyes? Hazme caso.

—Lo sé. Lo soy. Te oigo.

Nos abrazamos antes de tomar caminos separados. Gray siempre sería uno de mis amigos más íntimos, por lo que estaba a gusto con

todas mis decisiones de ese día. Me guardé su consejo en el corazón, donde permanecería mientras lo seguía considerando.

Ceder mi parte de Grupo Grick supuso un alivio para mí. A pesar de que era el final de algo, me sentía bien.

Quizás ese era el comienzo del resto de mi vida.

Quizás era momento de que me quitara el anillo de bodas.

Quizás llevar un mes rememorando el sabor de Elliot significaba que necesitaba besarlo otra vez.

Quizás quería tener relaciones sexuales.

Tuve todos esos pensamientos mientras ignoraba la culpa que me carcomía.

TRECE

Nick

Saludé con la mano a los guardias de seguridad de la pequeña zona residencial frente al mar donde vivía, mi hogar. Connor y Louise, mis guardias favoritos, tenían turno ese día.

Detuve el coche para charlar.

—Buenas días —me saludó Connor con un asentimiento.

—Hola. Voy a recibir un visitante más esta tarde, se llama Elliot Curtis y conduce un Toyota. Déjenlo pasar, por favor.

—Claro que sí.

—¿Le dieron el trabajo a Debs?

Connor esbozó una sonrisa resplandeciente, siempre orgulloso de su hija.

—Sí, empieza a trabajar el lunes. Em está superorgullosa.

El hombre era un expolicía y tenía una esposa, llamada Em, con la que tenía dos hijas, Debs y Anna. Conocía esa información porque apreciaba cada minuto que los guardias pasaban en el portón vigilando quién entraba. Su presencia conseguía que me sintiera un poquito más seguro. Desde el día que Danny y yo nos mudamos, nos propusimos darnos el tiempo de conocerlos a todos. Después de enviudar, continué haciéndolo. Todavía les enviaba regalos por Navidad, les llevaba comida y tenía sus horarios guardados en mi teléfono. A cambio, hacía nuevos amigos, a los que conocía mejor

que a mis propios parientes. Había perdido la cuenta de las veces que salía de mi casa solo para chismear con ellos. Me sentaba en un bordillo de la entrada a hablar de deportes, del clima o de sus hijos. Yo no revelaba mucho de mí, pero era bueno escuchando.

Louise se nos acercó.

—Señor Horner.

—Nick —le insistí—. ¿Cómo está Will?

Will era su nuevo gato que, según se dice, le encantaba arañar muebles. Cuando la escuchaba hablar de sus mascotas, me ponía a pensar que a lo mejor a la familia Horner le hacía mucha falta un chucho u otro animal. Yo siempre quise un perro, pero como había pasado demasiado tiempo haciendo malabares con el cuidado de los niños, con el trabajo, más trabajo y más trabajo, me quedaba muy poca disponibilidad para entrenar a un cachorro.

Aunque a partir de esos momentos estaría más en casa, por lo que podríamos adoptar un perro. Lo sacaría a pasear a la playa y a las colinas, y se acostaría en el sofá de mi despacho mientras yo trabajaba. De pronto, me entró la duda. ¿Estaría bien traer un perro cuando tenía que centrarme en Teegan? ¿Era bueno para ella convivir con uno? ¿Los niños querrían un perro? Tal vez un cachorro fuera demasiado impredecible. Tal vez debiera buscar un perro señal para Teegan.

—… es un malcriado que se ha adueñado de la casa —terminó Louise con una sonrisa antes de tener que indicarme que siguiera mi camino cuando un coche apareció detrás de mí. Un vecino que no era de ponerse a platicar con los guardias.

Tras estacionarme en mi lugar designado, le di unas palmaditas al capó de mi bebé y entré a la casa. Me llegó el olor a tocino quemado y oí a los niños peleando.

¿Qué sería lo que me iba a encontrar?

Caos.

Hannah se paseaba delante de la isla, con el celular en la oreja; Caleb tenía harina de panqueques encima; y Mason raspaba de una bandeja un bulto chamuscado e identificable frente al bote de la basura. Todo mientras el teléfono de Caleb reproducía música de

metal estridente —su gusto de esos momentos— y la televisión sonaba a todo volumen en la sala de estar.

Apagué la música y luego la tele, y fui a ayudar a Mason a despegar el último pedazo de tocino. Le limpié los brazos a Caleb y conseguí que Hannah lentificara sus pasos con un toque en el hombro. Después del caos, se hizo el silencio, y esperé a que alguien me explicara lo que ocurría. Apenas eran las nueve de la mañana; jamás imaginé que mis hijos se levantarían tan temprano en un domingo.

—¿No estabas? —me preguntó Hannah, que pestañeó un par de veces perpleja.

Señalé el pizarrón blanco, colgado en la pared junto al refrigerador, en el que claramente se leía que regresaría a las nueve.

—Ah —expresó Mason arrugando la nariz—. Te íbamos a llevar el desayuno a la cama.

—Ellos —intervino mi hija—. Yo estaba tratando de resolver un problema de mate con Luka.

—¿Luka?

—Es un chico de clase de matemáticas.

No me hacía falta ser un periodista de investigación para notar el rubor delator en sus mejillas. Si bien sabía que a Hannah ya le habían gustado otros chicos, el nombre de Luka era nuevo para mí, cosa que extrañó porque que lo llamara en domingo por un problema de mate indicaba que se llevaban muy bien. No era una defensa muy sólida, pero tenía mis mañas para manejar las cosas cuando le gustaba un chico, algo que Danny y yo llegamos a discutir muchísimo antes de que él… Antes.

—Invítalo a cenar a la casa un día de estos.

Hannah hizo un puchero.

—Paaaaaa…

—El miércoles estaría bien.

—Esa noche tengo futbol y te toca llevarnos —me recordó Mason.

—Entonces, el jueves.

—Es día de natación —injirió Caleb— y también te toca llevarnos.

Solo Dios sabía cómo fue que había terminado siendo su chofer dos veces en la misma semana, aunque me daba igual; llevaría a mis hijos a donde fuera que quisieran. Para cuando acabara el mes, no tendría trabajo; pero sí todo el tiempo del mundo en las manos.

—Y yo tengo teatro hasta las seis —señaló Hannah.

—Y viernes es la pijamada aquí —dijo Mason, que chocó el brazo con su hermano.

Se me había olvidado por completo. ¿Esa semana también era lo de llevarlos a sus actividades? Vaya planificación de mierda.

Tener metidos en el cuarto de juegos a diez preadolescentes varones en sus sacos de dormir significaba no pegar el ojo en toda la noche para mí. No obstante, les había prometido que podían hacer la pijamada por el cumpleaños de Mason, antes de que Teegan llegara.

—El martes —sugerí, y esperé a que alguien saliera con otra razón por la que no se daría.

Hannah suspiró con teatralidad.

—Le voy a preguntar, pero Luka es solo un amigo y tú harás que las cosas se pongan incómodas.

Enarqué una ceja.

Mi hija soltó un bufido.

Ladeé la cabeza.

Era la típica conversación silenciosa que lo decía todo.

—De acuerdo, está bien —murmuró, pero me abrazó antes de agarrar una manzana y abandonar la cocina. Su gesto me calentó el pecho.

Danny siempre dijo que debíamos estar atentos a las futuras parejas de nuestros hijos, algo que mencionó el mismo día que trajimos a Hannah del hospital. Desde luego, la lista que había redactado con él no solo abarcaba relaciones sentimentales, también contenía advertencias respecto a programas infantiles inapropiados, a consumir aditivos y al cambio climático. Danny había comprendido todas sus preocupaciones en esa lista, que escribí con mi mejor letra como el diligente marido que era. A pesar de que en aquel momento éramos padres primerizos, nos esforzamos al máximo.

Hasta que todo se rompió dentro de mí.

Pero ya me encontraba bien, me había arreglado…, hasta donde se podía.

—¿Papá? —me habló Mason.

—Dime. —Me apoyé sobre la encimera y el brazo se me resbaló; había un rastro de grasa.

—¿Nos enseñas a preparar panqueques otra vez, por favor?

—El tocino también —pidió Caleb.

Danny era el experto cocinando panqueques. Era el mejor en un montón de cosas. Tantos años después y la pena todavía tenía el poder de azotarme como un tornado a un árbol, dejándome en carne viva.

Llevé los dedos a mi anillo y empecé a girarlo.

—¿Papá? —Caleb me dio un abrazo de lado y fue allí que caí en cuenta de que me había abstraído de nuevo—. Tranquilo. Nosotros limpiamos.

Salí de mi ensimismamiento y le devolví el abrazo. Luego Mason se unió. Tenerlos en mis brazos me hizo sentir el rey del mundo.

Me pasé la mañana limpiando la cocina —asombrado por lo lejos que podía volar la mezcla de panqueques— porque quería que todo quedara perfecto. Si bien no era la primera vez que Teegan venía a la casa, el hecho de que Elliot estuviera presente lo volvía todo más importante. Quería que el hombre viera a mi familia y de inmediato pensara que Teegan estaría más que bien conmigo, pues valoraba su opinión. Tampoco es que fuera a evitar que continuara con el proceso de adopción, pero me gustaría contar con su apoyo.

Estaba bastante preocupado por las visitas de ese día y todavía me hacía falta pensar qué comida iba a ofrecerles. No obstante, preocuparse no servía de nada, así que opté por sonreír.

Alison y Lewis llegarían con Teegan a la una de la tarde para el *brunch* que había propuesto. Elliot, en cambio, arribaría antes porque quería mostrarle la casa: la habitación de Teegan, la luz que se encendía cuando alguien tocaba el timbre, la puerta eléctrica, que impedía el paso a la piscina; y la lista de cosas que Teegan podría necesitar. Había supuesto que una hora sería más que suficiente.

Tal como habíamos acordado, Elliot llegó a las doce, y me quedé parado junto a la puerta unos instantes armándome de valor para

invitarlo a pasar.

—Todo va a salir bien. Todo va a salir bien —me susurré a mí mismo.

Acto seguido, me forcé a sonreír y abrí la puerta con un recibimiento alegre.

Al instante me mordí la lengua.

Elliot vestido con el traje del colegio era una cosa —en las últimas cuatro semanas me había acostumbrado a lo sexi que estaba con él—, pero ¿verlo con pantalones chinos y una camisa blanca con el cuello abierto? Uf, era otra totalmente distinta. Se lo veía relajado. Llevaba sus ondas rubias sueltas y no fijas a la cabeza con gel, y en las manos traía un tazón con tapa. No podía quitarle la mirada de encima.

Elliot carraspeó.

—¿Va a ser aquí afuera?

—¿Eh?

—¿Que si la visita con Teegan será en la puerta o me vas a dejar entrar?

«Mierda. Concéntrate».

—Perdón, sí, adelante.

—Ten, lo traje para ustedes. —Me tendió el tazón—. Mi madre cocinó un platillo de verduras asadas y me hizo prometer que lo traería. No sé si sea apropiado para la ocasión, pero igual lo puedes meter en el congelador.

Tomé el tazón y levanté un lado de la tapa; el delicioso olor de un manjar cargado de ajo flotó en el aire. Puede que haya dejado salir un vergonzoso gemido apreciativo, porque Elliot esbozó una sonrisa cuando cerraba la puerta.

—Huele riquísimo y queda perfecto. Dale las gracias a tu mamá de mi parte.

—Así lo haré.

Con eso fuera del camino, no había otra cosa que hacer más que pasarlo a la cocina, que en esos momentos se hallaba tan impoluta que podríamos comernos las verduras asadas en el suelo.

Al entrar, Elliot silbó por lo bajo, dándose una vuelta completa para apreciar toda la estancia.

—Las fotos en línea no le hacen justicia —comentó y, un instante después, se quedó de piedra de espaldas a mí.

Acababa de revelar que había buscado la casa en internet, pero eso no significaba nada. Estaba seguro de que miles de personas habían visto el artículo sobre el arquitecto que contratamos, en el cual figuraban fotografías del interior.

—Las fotos no muestran la forma en que el sol entra por la ventana ni cómo la luz riela en el agua del mar —dije e hice una mueca.

«Suficiente lírica por hoy».

—Sí. —Elliot cruzó la estancia para ir a la ventana y contempló el patio y el mar detrás—. ¿Esa es la piscina, entonces? —preguntó, de seguro para decir algo.

—Sí, te mostraré todo dentro de un rato. ¿Quieres beber algo primero? ¿Cerveza, agua, jugo de frutas, refresco sin azúcar? Creo que tengo refresco, aunque con Mason en la casa no se sabe si todavía queda.

Abrí el lado del refri donde se encontraban las bebidas y esperé a que me diera su respuesta.

—Agua está bien, gracias.

Saqué dos botellas y, al girarme para entregarle la suya, me llevé la sorpresa de que estaba parado justo detrás de mí.

—Ven, sígueme.

Nos movimos hacia el mismo lado, bloqueándonos el paso varias veces, hasta que Elliot se quedó quieto y me indicó con una mano que pasara a su lado. Aturullado, me dirigí hacia las puertas que llevaban al patio trasero. Y para nada iba pensando en lo hermosos que eran sus ojos azules, ni en la oleada de deseo que surgió en mi interior cuando su aroma a cítricos me invadió los sentidos y tampoco en la media sonrisa que esbozó al momento de tomar la botella.

«Peligro. Elliot es terreno prohibido. Piensa en Teegan».

—Este… Aquí está la piscina. —Bajé los escalones que daban al patio y al quiosco y me detuve junto a la puerta que conducía a la piscina—. Siempre está cerrada a menos que yo esté aquí. No hay forma de que Teegan acceda y se haga daño. Agregué más cámaras,

más toldos para dar sombra, y por allá… —Lo llevé hasta el otro extremo del patio, bajo un amplio toldo de lona—. Mandé a instalar esto. Antes había un área de juegos para los niños, pero la dejaron de usar, así que reemplacé algunas partes para que se viera como nueva. —Me llenaba de orgullo ver el tobogán, el columpio y la pequeña área de escalada, que venía junto con una mesa y unas sillas chiquitas. Cameron y yo pasamos un fin de semana entero armando el complicado set, aunque hubo un ligero retraso debido a nuestras charlas sobre los viejos tiempos. Aun así, la estructura había quedado maciza. Era segura y estaba protegida del sol. Quería que Teegan tuviera a su disposición todo lo que la beneficiara. Hasta había colocado un pequeño arenero—. ¿Te gusta?

No podía dimensionar lo mucho que deseaba que dijera que era perfecto para Teegan.

Siguiendo mi ejemplo, Elliot se agachó para pasar por la puertecita, cuyo tamaño estaba pensado para la altura de un niño pequeño, y cuando se irguió en el medio, echó un vistazo alrededor y asintió. Interpreté el gesto como una señal de aprobación.

Me lancé a defender el área de juegos.

—Está tranquilo aquí afuera, pero a lo mejor debería haberme esforzado más. Quién sabe. ¿Cómo lo ves? —Me mordí el labio por la frustración de seguir dudando de mí. ¿Qué le mostraba a continuación?—. Añadimos algunas cosas a su cuarto, aunque puede que no hayan sido las más idóneas.

Me moví para salir y Elliot me agarró del brazo. Allí, en medio de la quietud y bajo la sombrita, sin el sol encandilándome los ojos, me centré en su expresión.

—No estoy aquí para criticar tu casa —murmuró.

—Pero necesito que te des cuenta de que sé lo importante que es que Teegan no corra peligros. —Agité la mano en dirección al columpio—. Y, con suerte, aquí será feliz. Estaré al pendiente de ella y la ayudaré. Sí, ya sé que me viste cagarla con Hannah, pero es que en ese entonces la estaba pasando mal, yo y mis hijos. No volveré a meter la pata.

Elliot suspiró.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Que meta la pata? —En el fondo siempre supe que me juzgaría por ello—. Lo entiendo.

Aun sabiendo que Elliot no sentía lo mismo que yo por él —no tenía claro si era conexión, atracción o deseo—, había esperado poder probarle que al menos era un buen padre. Sin embargo, su expresión denotaba recelo.

Allí iban las ideas fantasiosas que me había hecho en la cabeza de los dos acostándonos en algún momento de la vida.

—No, eso no. A ver, durante este mes te he escuchado y observado. Sé que crees que estás haciendo las cosas bien, y te juro que me doy cuenta de que Teegan tendrá un hogar contigo, de que harás todo lo que esté en tus manos para procurar que esté bien cuidada.

—¿Pero? Detecto un pero.

—Tienes que ser sincero conmigo, te juro que te voy a escuchar.

Dios, qué siniestro sonó eso.

—De acuerdo.

¿Qué diablos me iba a decir?

Elliot inspiró y soltó el aire en un suspiro exagerado.

—Si no te dijera la verdad absoluta sobre lo que me viene preocupando desde el principio, entonces, no estaría abogando por Teegan.

—Bien.

—Tengo esta horrible sensación en la boca del estómago de que, en algún punto, los motivos de la adopción se han difuminado.

—¿Lo dices por Danny? ¿Te preocupa que lo esté haciendo porque él siempre quiso tener más hijos? No tienes de que preocuparte porque no fue solo por eso, yo también quería…

—No. No tiene nada que ver con Danny. Lo que me pregunto es si vas a adoptar a Teegan para mostrarle al mundo que estás bien y si cuando obtengas todos los elogios por tu increíble acto de bondad perderás el interés.

Aunque no dijo más, mi corazón ya se había partido en dos. ¿En serio era eso lo que pensaba? ¿Tanto me odiaba?

Zafé mi brazo de su agarre y retrocedí un paso para sopesar mi respuesta. Suponía que debería enojarme por la acusación, pero

¿era una crítica? ¿No era que Elliot estaba siendo sincero conmigo como había prometido desde el principio que lo sería? Era evidente que no había logrado convencerlo de que estaba haciendo las cosas bien. Y yo que pensé que con la convivencia se había dado cuenta de que no era una mala persona.

Entonces el diablito en mi hombro izquierdo empezó a burlarse de mí.

«¿Con qué derecho te juzga? ¿Quién lo puso a cargo de la situación?».

Expulsé esos pensamientos y en cuanto me deshice de la ira y el resentimiento, que empezaban a crecer en mi interior, me quedó solo tristeza.

—No es lo que estoy haciendo, lamento que hayas sentido que debías decir eso.

Alzó la barbilla y fijó la mirada en mí, como si esperara que perdiera los estribos.

—Ahora me toca a mí oír un pero, ¿no?

—No sé qué más decir, salvo que hay espacio en mi corazón —dije, reduciendo el aplastante amor que le tenía a Teegan a la explicación más simple—. Un hueco en forma de Teegan que, creo, siempre estuvo esperándola.

Permanecimos muchísimo tiempo en una especie de cara a cara, y durante gran parte de este, pensé que Elliot diría algo. Me sentía expuesto, en carne viva por haberle tendido todo lo que rondaba la mente en esos momentos. Quería tocarlo, abrazarlo, sacudirlo hasta que entendiera que Teegan ya era una parte fundamental de mi familia.

Al final asintió, rompiendo el encanto.

—¿Qué te parece si me muestras su cuarto?

O sea, ¿abandonar el espacio oscuro y oculto, donde estábamos demasiado cerca el uno del otro?

Desde luego que sí.

CATORCE

Elliot

No sabía qué era lo que me había imaginado que sería la habitación de Teegan, pero no era lo que Nick me mostró. Sabía que el hombre estaba forrado en billetes, y dado que la casa parecía sacada de una revista, supuse que las recámaras de los niños serían una copia del pasillo y las escaleras: inmaculados y resplandecientes como un prendedor. Y un poco estériles.

Ese cuarto se dividía en dos mitades y era más grande que mi sala de estar y cocina juntas. El suelo era de madera y lo adornaban varios tapetes. La ropa de cama y cortinas eran de color amarillo pastel. En la pared de cara a la puerta había un espejo, que iba del techo al suelo, y a sus costados había ganchos a distintas alturas de los que colgaban bolsas y ositos de peluches en redes. Todas las bolsas llevaban el nombre de Teegan grabado en amarillo patito. Una estaba repleta de bloques de construcción con letras en ellos. La cama, que parecía la de una princesa, era enorme; fácilmente cabían cinco niños pequeños en ella. Tenía un aspecto seguro y estaba rodeada de varios parachoques. En una esquina de la cama había una pila de cojines, que la niña podría acomodar para darle una apariencia más pequeña a su espacio. En un rincón de la habitación se hallaba una carpa, que se parecía a la que uno veía en un torneo de justas, solo que en versión chiquita.

—Cuenta con un baño completo: excusado, lavabo y regadera. No tiene bañera, esa está en el baño principal, que está pasando un par de habitaciones. —Nick abrió la única puerta dentro del cuarto, revelando un espacio pulcro con más letras, esas eran de espuma y estaban pegadas a los azulejos. Había toallas amarillas esponjosas en un estante y patitos dibujados en la pared—. Ese de allí es su lugar de paz. ¿Quieres verlo?

Nick cerró la puerta del baño y caminó hacia la carpa. Se acuclilló frente a esta y tiró de una de sus cortinas para luego engancharla en un gancho. Lo seguí y me puse de cuclillas igual que él antes de asomarme dentro del pequeño espacio sensorial.

—Espera —dijo Nick, que estiró el brazo a un costado de la carpa para pulsar un interruptor. El brillo tenue de varias lucecitas iluminó el interior, donde había una pared de bolitas de colores, que sobresalían de forma delicada; cojines de arcoíris y una pila de libros —. Le encantan los libros —comentó con una sonrisa.

Entonces se apoyó sobre las rodillas y se estiró dentro de la carpa. Me negué a reaccionar de manera inapropiada al ver que el pantalón se le estiraba alrededor del culo. Solo me habría gustado que mi cuerpo traicionero escuchara a mi astuto cerebro.

No me había equivocado al expresarle mis miedos respecto a la adopción de Teegan, y pese a que me sentí de la mierda mientras lo hacía, no me quedaba otra. Me tomé sus palabras al pie de la letra porque, en algún punto, había atestiguado la integridad de Nick y el amor por sus hijos, así que le creí cuando aseveró que tenía espacio en el corazón.

—Hay libros de todo tipo; de tela con texturas, de letras… Creo que las historias son una vía de escape para cualquiera que se pierda en ellas. —Salió de la carpa con varios libros en mano y una carpetita con imágenes gruesas—. Este es un libro PECS, eh… —Nick me miró—. Significa Sistema de Comunicación por Intercambio de Imágenes. Sé que está diseñado para que las personas que presentan trastornos de lenguaje puedan comunicarse sin recurrir al habla. Se me ocurrió que si Teegan puede decirme lo que quiere mediante los pictogramas, tendríamos otra forma de entendimiento mutuo, una que me permitiría ser el mejor padre para ella.

—Junto con la lengua de señas —le recordé, y ojalá no hubiera dicho nada porque la sonrisa llena de esperanza se le difuminó un poco.

Me tendió el pequeño libro.

—Desde luego. Era solo una idea, pero supongo que es una tonte…

—No, no es una tontería —tranquilicé a Nick enseguida.

Me conocía muy bien a mí mismo para saber que andaba de un humor raro. Es que me había imaginado que me toparía con un desastre y no resultó ser así. Ni de cerca. ¿Qué la habitación estaba pulcra y era la viva imagen de la inspiración y el privilegio? Sí, pero también estaba repleta de ositos de peluches, muñecas, bloques de construcción, y la mitad de la pared junto a la puerta era un enorme pizarrón de gis, lleno de dibujos. Suponía que eran de los otros hijos de Nick, que venían a dejar mensajes y dibujos de corazoncitos y ositos. Había un dibujo de cuatro muñecos de palitos formados en hilera, tres eran del mismo tamaño, mientras que el del medio era chiquito, y una nube de corazones los rodeaba. Una punzada de dolor me atravesó el pecho.

Cualquier forma de comunicación a tan temprana edad era algo positivo. Aunque todavía no conocía a Teegan, apostaría a que la casa podría resultarle abrumadora y que esa habitación sería su espacio seguro, junto con los pictogramas, que le servirían para decirle a la gente lo que quería.

—Es una idea muy buena.

Nick sonrió entonces y asintió como si mi aprobación fuera importante para él.

Señalé los libros.

—*Adivina cuánto te quiero* es uno de mis favoritos.

—También le compré *El gato ensombrerado*, la colección de *Hairy Maclary* y chorrocientos de libros ilustrados. Si se los leo a Teegan, puede poner la mano en el pecho y sentirme. O leerme los labios. ¿Verdad?

Me estiré dentro de la carpa para volver a colocar los libros en su sitio y luego me tumbé bocarriba, con la intención de mirar el techo. Nick me dejaba hecho un lío cada vez que se portaba todo perfecto

y comprensivo, y acababa de mostrarme el rinconcito bien pensado que había creado para Teegan. Solo esperaba que él entendiera que no siempre sería tumbarse en la carpa y formar momentos de fotografía en los que ambos fueran a conectar a un nivel profundo.

—Habrá ocasiones en que las cosas se pongan exasperantes y caóticas y Teegan se asuste —dije, con la atención fija en las lucecitas sensoriales, que titilaban encima de mí.

Nick se metió en la carpa y se acostó a mi lado, contoneándose para acomodarse en el escaso espacio entre nosotros y con la vista en las mismas lucecitas.

—No me imagino cómo será —admitió en voz baja—, pero lo resolveremos en familia. No voy a meter la pata, eso te lo juro. La estaba pasando muy mal cuando…

Como no siguió hablando, lo miré de reojo y lo encontré con los ojos cerrados, la mandíbula apretada y una expresión compungida, llena de emoción en carne viva.

Por unos instantes, me perdí; el espacio tan reducido ocasionó que su olor saturara cada una de mis inhalaciones y que la intensa emoción que emanaba de él me empapara.

—¿Nick?

No abrió los ojos.

—Cuando Danny murió, quise… No sabía qué hacer. Hannah apenas tenía nueve años, los niños seis y cuatro. Estaba perdido. Aunque mantuve la compostura mucho tiempo, en ocasiones la oscuridad del duelo me nublaba, impidiéndome ver todo lo que era importante. Estaba harto de sentir que nada me salía bien. Puta, la mayoría de las veces apenas era capaz de mantenerme fuerte. Mis hijos nunca dejaron de ser mi prioridad, pero tenía tanto miedo de lo que la gente llegaría a pensar. ¿Estaba superando el duelo demasiado pronto? ¿Mis hijos estaban bien? —Se le entrecortó la voz, así que, a ciegas, estiré el brazo y tomé su mano para darle un apretón.

—No tienes que darme explicaciones.

—Pero yo quiero dártelas. A mi familia se le exigían estándares imposibles y… —Volví a mirar a Nick y lo descubrí con los ojos fijos en mí—. Por un loco e inviable momento, deseé que Hannah no

tuviera ningún problema porque, de tenerlo, cualquiera escudriñaría nuestro mundo y la vería como algo menos que la niña hermosa y perfecta que era.

Algo dentro de mí cambió ante la pena y el dolor en sus ojos, que reflejaban la luz del techo.

—Ah —dije, porque necesitaba romper el silencio.

—Sí. Y después fui a una junta de padre-maestro y eché todo a perder.

«No menciones el beso, Elliot. Todo menos eso».

—¿Te refieres al beso? —solté.

Puta madre. Ya me daría de cabezazos más tarde. No estaba allí para hablar de besos.

—Sí. No te imaginas cuánto lo siento.

—No pasa nada.

—Claro que pasa. Y mucho. Porque por primera vez desde la muerte de Danny, no sentí dolor, sino otra cosa, y me consumió la culpa. No debería ir por allí besando a otro hombre. Debería centrarme en rememorar lo feliz que fui con mi marido, honrar su memoria de manera reflexiva y serena, y besarte no fue nada de eso.

—Nick…

—Me olvidé de Danny porque tenía ganas de ti. Se me borró de la mente unos momentos y eso me dolió muchísimo. Y a pesar de que mi psicóloga me dijo que era natural, normal, que no lo estaba olvidando, me tomó bastante tiempo hacer las paces con ese hecho. —Nick levantó la mano y estudió su anillo—. Tan es así que todavía llevo puesto su anillo. Gray dice que debería quitármelo, que la alianza no es Danny.

Era un montón de información que procesar, y Nick la había soltado toda como si su intención jamás hubiera sido revelar ni una sola palabra.

—A lo mejor no tienes que quitártelo. Es un recuerdo, una conexión, significa algo para ti. Que no te asusten las críticas de terceras personas.

¿Quién era yo para hablar de la pérdida de un esposo? La pena de haber perdido a mi padre se había vuelto más leve y, en su

mayoría, solo permanecían los recuerdos bonitos. Lo veía en Kenzie y recordaba todo de él, pero estaba muerto, algo que había aceptado. A lo mejor Nick aún no llegaba a ese punto. Es más, podría ser que eso nunca ocurriera.

Maldijo por lo bajo.

—¿Ni mis propias críticas? ¿Y si el hecho de que ame a otro hombre de algún modo disminuye lo que tuve con mi esposo? Para mí, el anillo es un símbolo de mi matrimonio. *Es* Danny. Me lo sigo poniendo y todavía amo a Danny, pero… —Nick cerró los ojos con fuerza un instante—. ¡Mierda!

Me apretó la mano y luego se colocó de lado.

—¿Elliot?

—Dime.

—¿Está mal que no pueda dejar de pensar en las ganas que tengo de besarte?

—Eh…

Fijé la mirada en sus labios, viendo las palabras que formaban. Esos labios rosas se acercaban. Tenía a Nick tan cerca que, al levantar la vista hacia su cara, noté las motitas ambarinas en sus ojos color avellana.

—¿Te desagradó que nos besáramos? ¿Que probara la canela en tu boca y te sujetara la cara? —me preguntó cuando se encontraba a solo un suspiro de mí.

—No —grazné; me aclaré la garganta—. No —repetí con mucha más confianza.

Entonces los labios de Nick se posaron sobre los míos, suaves pero insistentes, y la punta de su lengua trazó las comisuras de mi boca. Fue inevitable dejarlo entrar, incluso llevé una mano a su cabeza, enterrándole los dedos en el pelo. Nos besamos con delicadeza, como si lleváramos una eternidad siendo pareja y esa fuera una simple conexión de dos personas que se conocían muy bien. No había presión ni vacilación, simplemente encajamos, como si fuera natural estar así de cerca.

Fue él quien rompió el beso.

—No te pedí que vinieras para besarte —murmuró contra mi boca.

No pude contener la sonrisa que se me dibujó en la cara, pero Nick tenía razón.

—No, fue por Teegan.

Su expresión pasó de la cautela a la seriedad y, un instante después, salió a trompicones de la carpa. Enseguida supe que el hechizo se había roto.

—Tienes razón, Teegan va primero —declaró mientras me tendía una mano para ayudarme a pararme—. Perdón.

Fue evidente el momento en que Nick se cerró. Debería acercarme y decirle que era capaz de separar el bienestar de la niña de ese fuego entre nosotros, pero estaría mintiendo.

—Estoy de acuerdo —mascullé.

Carraspeó y señaló la habitación.

—Este… ¿Debería añadir algo más?

—¿Dónde está tu recámara?

—¿Mi recámara?

Nick titubeó unos instantes. Luego se dirigió hacia el rellano que daba a un balcón y giró a la izquierda, indicándome que lo siguiera, cosa que por supuesto hice. Cuanto más rápido saliera de esa hermosa habitación, donde acababa de experimentar el beso más perfecto, mejor.

Se detuvo frente a una puerta cerrada y descansó la mano en la manija antes de mirarme por encima del hombro, buscando algo en mi expresión.

—No es necesario que entre, solo quería saber qué tan cerca estabas del cuarto de Teegan.

Nick soltó la manija y retrocedió al tiempo que el alivio se le reflejaba en la cara.

—¡Gracias a Dios! Es que está hecha un desastre; tengo libros desperdigados por todas partes y no tendí la cama… —Soltó una risilla—. No hacía falta que supieras eso. Pero sí, estoy justo al lado. El cuarto de Hannah está ahí. —Señaló la puerta junto a su habitación—. Los niños duermen arriba, donde tienen su propio baño, una necesidad para ellos teniendo a Hannah de hermana.

Como invocada, la adolescente asomó la cabeza por la puerta de su recámara, sus ojos clavados en mí y con una sonrisa en la cara.

—Hola, señor Curtis.

—Creo que está bien que me llames Elliot si no estamos en el colegio.

Frunció el ceño.

—Sería raro. —Que no se dijera que Hannah se guardaba sus opiniones.

El comentario bastó para hacer sonreír a Nick.

—Muero de ganas por empezar a ensayar la obra contigo.

Creía que el papel sería perfecto para ella, no solo porque actuaba bien, sino porque le supondría un reto y me encantaría ver cómo lo superaba.

Hannah volteó los ojos y se cruzó de brazos.

—Se me van a olvidar mis diálogos, pero lo haré para que no diga que no lo intenté —declaró y alzó la barbilla con aire terco.

—Todos te ayudaremos y te irá increíble. Buena suerte.

Ya sabía que la seguiría alentando. Ella era, con los ojos cerrados, la mejor para el papel; efusiva, dramática y muy en sintonía con sus emociones para ser tan joven.

Nick estuvo atento a la conversación, pero no se metió ni ofreció su apoyo a ninguno de los dos, cosa que agradecí, pues él era consciente de que era algo que Hannah tenía que resolver sola.

Se oyó un estruendo en la planta de arriba y después las fuertes pisadas de una manada de elefantes bajando las escaleras. Vi primero a Caleb y luego a un niño menor que él, que supuse que sería Mason por la descripción que Nick me había dado, pisándole los talones.

Nick estiró los brazos y los atrapó antes de que se estrellaran conmigo.

Caleb me miró con sorpresa.

—¿Señor Curtis?

—Llámalo Elliot, tarado —le dijo Hannah con un bufido.

—¡Yo no soy tarado!

Caleb bufó también, se zafó del agarre de su padre y se le plantó en la cara a su hermana. Se miraron a los ojos unos segundos, hasta que Hannah le revolvió el pelo y ambos se echaron a reír. Entonces los tres niños marcharon escaleras abajo, dejándonos a Nick y a mí

en el rellano. Y yo que había pensado que se pelearían, pero lo único que pasó fue que la hermana mayor vaciló a su hermano menor y este no se enojó.

—Siempre hacen eso —me ofreció Nick como si me hubiera leído los pensamientos—. Me alegra que mi hija vaya a participar en la obra y que cuente con tu apoyo.

Tenía que corregir esa afirmación de inmediato.

—Apoyo a todos los alumnos por igual.

—Lo que te hace el tipo más increíble que he conocido desde que murió Danny —murmuró antes de bajar a la primera planta, yo detrás de él—. Terminemos el recorrido de la cocina. Todo es a prueba de niños y con seguros instalados…

Aunque Nick siguió divagando sobre cuestiones de seguridad, yo me detuve en seco justo pasando la puerta. La cocina era deslumbrante, sí —con mármol, acero inoxidable, alacenas hechas a mano, sin duda, y fregaderos resplandecientes—, pero otras cosas me saltaron a la vista al verla por segunda vez.

Era la prueba de una familia que vivía envuelta en un manto de calidez y felicidad.

El enorme refri de doble puerta, que no era visible desde la entrada principal, de pronto se volvió muy obvio y tenía el frente cubierto de dibujos y fotos, sostenidos por imanes de mariquita. Vi un cajón entreabierto, que parecía contener una colección de libros de notas y cables, y en una de las paredes había un pizarrón con un horario escrito en varios colores. Sobre la larga mesa descansaban libros de texto, y un sofá de tela era el alféizar de una ventana con vistas a la piscina y el mar detrás.

El enorme galletero de Winnie Pooh, que Caleb volvía a colocar sobre la encimera junto al horno, fue lo que me sacó una sonrisa. Me pregunté si era la típica familia que llenaba el tarro o si cuidaban las porciones. En casa de mamá las galletas tenían que esconderse porque Joel y yo éramos el Monstruo Comegalletas. Ver el llamativo galletero en medio de la elegante cocina provocó que me detuviera a pensar.

Aparte del hecho de que esa estancia era una obra arquitectónica deslumbrante, había calidez en el granito rosa de las encimeras y en

las sillas disparejas del comedor de madera, desgastada por el tiempo. Si bien los cojines sobre el sofá estaban limpiecitos y bien colocados, como si alguien los hubiera organizado, los colores no combinaban para nada. Reconocí dos de una clase de artes.

Me fue imposible centrarme en el beso que Nick y yo habíamos compartido hacía unos minutos porque lo único que podía ver era ese lugar de calidez y no de desgracia y pena ni de las demás cosas que me había imaginado. Era una muestra de opulencia, sí; pero las verdaderas piezas de la casa —la habitación de Teegan, la cocina, los libros sobre el comedor, los espacios llenos de indicios de Hannah, Caleb y Mason— significaron solo una cosa para mí.

Que en esa casa se sentía el calor de un hogar.

QUINCE

Nick

«Estúpido».

Era la palabra que resumía a la perfección lo que había hecho. No dejaba de jugar con mi pulsera y deseé poder desaparecer y reaparecer en el balcón para sentarme en paz a observar el mar. Debería estar reconectado con la memoria de Danny y concentrado en la llegada de Teegan, en lugar de sucumbir a la atracción que podría hacerme meter la pata.

«Muero de ganas por otro beso. Quiero saborear otra de sus sonrisas».

Faltaban diez minutos para que el resto de las visitas llegaran —los Boyle eran muy puntuales— y Hannah estaba sentada en el sofá con un libro en la mano fingiendo que no tenía la mirada clavada en la puerta principal; Caleb y Mason habían ocupado el asiento de la ventana, donde hablaban de Lego, lo que nos dejó a mí y a Elliot esperando en la cocina.

Debería usar esos diez minutos para preguntar más cosas.

—Si quiero decir: «Hola, Teegan»… —Mi dizque pregunta captó la atención de Elliot y entonces gesticulé la frase y esperé.

No fue hasta que asintió que me relajé.

—Perfecto.

—Vas a adorar a Teegan, es una fierita, todo le llama la atención y siempre está sonriendo. Me muero por tenerla aquí con nosotros.

—¿Qué dices tú, Caleb? —preguntó Elliot.

Mis hijos, que habían estado charlando, voltearon a ver al maestro.

—¿De qué o qué? —dijo Caleb—. Perdón, ¿qué digo de qué? —añadió cuando su hermano le dio un codazo.

—¿Estás contento de tener otra hermana?

No creía estar a gusto con la idea de que Elliot interrogara a mis hijos. Ni que hubiera hecho todo a escondidas y decidido añadir una integrante más a la familia de la noche a la mañana. Los cuatro habíamos pasado horas conversando acerca de inconvenientes y problemas e hicimos una lista de los pros y contras, en la que todo eran pros, a excepción de una cosa, un comentario perspicaz por parte de Hannah: todos debíamos estar en la misma sintonía. Como tal no era un contra, más bien una inquietud.

—Ah, sí. Pinté una de las paredes de su habitación, igual que los osos de peluche de su estantería, usé una plantilla para esos. Teegan es superlinda, será la hermana que nunca tuve.

Caleb soltó una carcajada y Hannah le lanzó su marcapáginas, pero la puntería le falló por mucho.

—A ver quién te da un buen regalo en tu cumpleaños —rezongó Hannah en broma.

Puso los ojos en blanco cuando Caleb se arrodilló para suplicarle que cambiara de opinión. Esos eran mis hijos, que a pesar de la tragedia, eran niños felices.

Elliot se quedó callado después de ese intercambio y se limitó a beberse su refresco frío, con la mirada fija en la piscina. Como en ese momento el hombre parecía estar absorto en sus pensamientos, no lo quise interrumpir. Por suerte, el sonido del timbre rompió el silencio. Louise me acababa de avisar que mis invitados habían llegado, así que fui a abrir la puerta principal y esperé a que los Boyle estacionaran su coche junto al mío.

Una oleada de emoción y amor me inundó nada más ver a Teegan en el asiento trasero.

Alison la sacó de su silla y la pequeña le rodeó el cuello con los brazos, esa timidez familiar evidente en el modo en que se aferraba. En cuanto asomó los ojos por encima del hombro de Alison, le dije: <Hola, Teegan>, y de inmediato escondió la cara. Aunque volvió a mirarme, con una sonrisa cautelosa.

Cuando le estreché la mano a Lewis, me percaté de que arrugaba la frente con aire preocupado, una actitud inusual en él. Quizás fuera porque tenía dudas sobre mí o quizás estuviera pensando en otras cosas. Su expresión provocó que se me formara una bola de nervios en la boca del estómago. Saludé a Alison con un beso en la mejilla y enseguida los invité a pasar a la casa. Me los llevé directo a la cocina, donde aguardaban Elliot y los niños.

Siempre que venían, había unos momentos de incomodidad cuando nos caía la ficha de que esa era mi casa, que Teegan pronto viviría con nosotros y que Lewis y Alison eran sus tutores temporales; entrábamos en un extraño estado de limbo.

Necesitaba presentar a Elliot para no dejarlo como un tipo que estaba en mi casa y ya.

—Ellos son Lewis y Alison Boyle. Él es Elliot, mi, eh… —¿Consejero, perito, alguien a quien quiero besar?—. Mi amigo.

Se estrecharon la mano y Elliot se comunicó en lengua de señas, consiguiendo que el ceño fruncido de Lewis se despejara por un instante. A pesar de mis ganas por saber lo que había dicho, no quería preguntar y quedar como un idiota. A no ser que estuvieran bromeando acerca de plátanos. Era incapaz de seguir el hilo de la conversación debido a la velocidad con la que gesticulaban.

«Quizás Teegan estaría mejor si se quedara con su familia de acogida. O con Elliot. O con alguien que él conociera. ¿Qué estoy haciendo? No estoy capacitado para esto. ¿Por qué Lewis está ceñudo? ¿Por qué Alison no me mira a los ojos?».

Un tirón en mi pantalón causó que bajara la vista y me encontré a Teegan con los brazos extendidos para que la cargara. Todas mis dudas y preocupaciones se disiparon al instante.

Ella era mi corazón y la amaba igual que a Hannah, Caleb y Mason.

—¿Podemos hablar? —me preguntó Lewis unos momentos más tarde.

Los latidos de mi corazón trastabillaron y el estómago se me revolvió.

«Por favor, no me digas que no estoy haciendo las cosas bien».

—Hola, Teegan —saludó Caleb a la pequeña a la vez que le alborotaba el pelo—. ¡Juguemos al caballito! —Rebotó sobre sus talones y alzó las manos como si fuera un caballo encabritado.

Teegan se me retorció en los brazos para bajarse e ir con su futuro hermano.

—¿Qué es? ¿Ocurrió algo?

—¿Podemos hablar en privado? —me pidió Lewis.

Di un respingo cuando alguien me tocó el brazo. Al voltear, me topé con Hannah.

—Ve tranquilo, pa.

—Yo voy a estar aquí también —agregó Elliot.

Les dediqué una sonrisa de agradecimiento, esperando no verme demasiado tambaleante.

Conduje a Lewis y a Alison por el pasillo que llevaba a mi despacho, el único lugar de la casa que era enteramente mío. Las paredes estaban tapizadas de fotos de los niños; y mi escritorio, de periódicos y libros de notas.

En cuanto Alison cerró la puerta, supe que algo muy malo había pasado.

—¿Qué ocurre? —pregunté una vez más.

—Se trata de la madre biológica de Teegan —empezó Lewis, que miró a su esposa en busca de apoyo. Parecía incapaz de hablar.

—¿Zoe? ¿Qué pasa con ella?

Alison asintió.

—Contrató a un abogado y quiere que el tribunal considere desestimar la entrega voluntaria de Teegan a Servicios Familiares.

—¿Cómo? —Me fallaron las piernas y me dejé caer en la silla como si me hubieran cortado los hilos—. No pueden hacer eso. Ella no puede pedir eso; Zoe abandonó a Teegan, nunca le importó. Se ahogaba en alcohol durante el embarazo. Ya no hablemos de las drogas. ¿Qué…

Me restregué la cara y Alison se sentó en la silla de la esquina.

—Es probable que no logre lo que pretende.

—¿Probable? —No lo podía creer—. ¿O sea que hay alguna posibilidad?

—No mientras nosotros podamos evitarlo —respondió Lewis, mordaz.

—¿Necesito contratar a otro abogado? ¿Es en serio esto?

Lewis y Alison intercambiaron una mirada, propia de una pareja, y enseguida supe que había más historia detrás. Esperé a que me explicaran lo que sucedía. Podía contratar a otro abogado si quería, un escuadrón de abogados, incluso. No escatimaría en gastos con tal de quedarme con Teegan porque su madre biológica nunca la quiso y yo sí. Zoe la abandonó. La dejó afuera de una estación de bomberos y huyó, probablemente a chutarse más droga o perderse en el alcohol. La única razón por la que las autoridades habían hecho una conexión entre madre e hija fue porque Zoe terminó en el mismo hospital que su bebé por intoxicación etílica.

—Las cosas están así —murmuró Lewis, la mano apoyada en el hombro de su esposa—. Ella sabe de ti. Sabe que eres tú el que va a adoptar a Teegan.

Me quedé mirando al hombre y entonces la verdad me golpeó con tanta fuerza que, por unos instantes, me costó respirar.

—Dinero —musité. No sentía nada por Zoe, ni compasión ni empatía—. Lo que quiere es dinero y está usando a la niña para extorsionarme —resumí con voz apagada y un dolor en el corazón.

Ya había visto cosas parecidas. Había una razón por la que mis padres tenían un equipo de expertos disponibles para situaciones como esa.

Alison me tomó de la mano. Los ojos le brillaban por la emoción.

—Creemos que ese es su móvil: el dinero —murmuró.

—¿Cuánto quiere?

—No se sabe. No ha salido a decir que se irá por donde vino si le das un millón de dólares. Es otra cosa. Tiene un nuevo novio y al parecer es él quien maneja los hilos.

—¿Quién es ese nuevo novio?

—No lo sabemos, pero los abogados nos dirán todo lo que haya que saber. Tú estate tranquilo, ¿va?

—De acuerdo. —Me serené—. Entonces puedo irme a juicio o acudir a la agencia, contratar abogados y pelear. O le puedo pagar para que se desaparezca.

¿Qué tipo de marca me dejaría en el alma hacer eso?

—Solo queríamos avisarte cómo estaban las cosas. Puede que se queden en nada. Nick… —Alison me apretó la mano, la mirada fija en mí—. Tenemos que salir allí y hacer como que todo está bien, ¿de acuerdo? ¿Nos apoyas con eso?

Asentí en silencio, consciente de que todo mi mundo se acababa de poner patas arriba. De pronto, un fogonazo de inspiración me recorrió. Me llevaría a mis cuatro hijos a una isla, donde nadie nos encontraría jamás, justo después de transferirle una gran cantidad de dinero a Zoe.

Alison se movió para poder mirarme de frente.

—¿Puedes hacerlo, Nick? ¿Salir y mostrarte feliz?

Me quedé allí sentado unos segundos sintiéndome decaído, hasta que cuadré los hombros y les dirigí una sonrisa a los dos. Si había ocultado mi dolor antes, podía hacerlo de nuevo.

—Por supuesto.

A pesar del dolor en mi corazón, conseguí enviarle un mensaje furtivo a mis abogados mientras emplataba la comida.

Lewis y Alison charlaron con Elliot y el *brunch* fue caótico y divertido. Hannah le enseñó a Teegan a hacer burbujas en la bebida con el popote; Mason nos mostró un truco de magia para desaparecer una moneda, nunca le salió del todo bien, pero de todos modos dejó a Teegan con el ojo cuadrado; y Caleb se la pasó haciendo como que le robaba la comida a Teegan. Los cuatro estaban felices.

Me dieron ganas de llorar porque todo iba perfecto.

Elliot, por su parte, me observaba con mucho detenimiento, y me crucé con su mirada en varias ocasiones, lo que no fue bueno para mi ansiedad porque el hombre no sonreía. De hecho, estaba superserio. Puta, de seguro no se había dejado engañar por mi comportamiento y pensaba que fingía, o peor, que la estaba

cagando. ¿Cuánto le habrían contado Lewis y Alison sobre el proceso de adopción?

«Estoy haciendo las cosas bien. Voy a solucionar este desastre».

Juntos, recogimos y limpiamos todo, pese a que les dije que lo dejáramos como estaba. Sin embargo, lo que empezó como un trabajo en equipo controlado, pronto se convirtió en una pelea de burbujas y los niños acabaron tumbados junto al sofá soltando risitas. Los adultos nos quedamos bebiendo café, cosa que nos dio tiempo de conversar acerca de cualquier cosa que no fuera Zoe y su sed de dinero.

Alison y Lewis parecían estar encantados con Elliot y con el hecho de que me acompañara en mi viaje. Sus palabras, no las mías. Un viaje implicaba un destino, y yo no tenía claro hacia dónde íbamos. ¿Se daría cuenta de que Teegan estaría bien con nosotros? ¿Presentaría una queja? Para empezar, ¿por qué estaba pensando en él, en sus besos y en la calidez que reflejaban sus ojos al reír cuando Elliot podría desatar una tormenta para mi familia? ¿Acaso todavía tenía esa intención? Había dicho que se aseguraría de que yo fuera un buen padre. ¿Habría logrado convencerlo?

—… será bueno para Teegan que alguien fuera de la familia sepa lengua de señas —señaló Lewis al tiempo que volvía a centrarme en la conversación.

Descubrí a Elliot mirándome otra vez y bajé la vista.

—Es importante contar con apoyo —agregó Alison y me dio palmaditas en el brazo.

—Me alegra poder ayudar —murmuró Elliot, que no me quitaba los ojos de encima.

¿Qué quiso decir con eso? ¿Le alegraba estar allí conmigo? ¿Con mi familia?

Si bien se había pasado el *brunch* riendo con todos, lo de que no dejara de observarme me producía picazón en la piel.

—Me imagino que tu conocimiento viene de muy atrás, ¿no? —Lewis se refería a la lengua de señas. En serio tenía que concentrarme.

Mientras comíamos, no llegamos a tocar la historia de vida de Elliot, pero me alegraba que fuera a escucharla en ese momento, así

podría aferrarme a cualquier migaja de información sobre él. Cualquier cosa con tal de sacarme a Zoe de la cabeza.

Elliot asintió.

—Mis padres son sordos y mi hermano también. No solo era hijo de padres sordos, sino que era la única persona oyente de mi familia.

—Creció aprendiendo lengua de señas —dije.

—He visto de primera mano lo difícil que es para un niño sordo vivir en este mundo. Mi hermano tuvo complicaciones que ni ustedes ni yo podemos llegar a concebir, cosas imposibles por las que tuvo que esforzarse un millón de veces más que nosotros.

—Supongo que como su hermano, te hartaste del reduccionismo de «a es igual a b» —comentó Alison, y me centré en Elliot porque me dio la impresión de que era algo que tenía que saber.

—Ah, te refieres a lo de «claro que es observador, sus padres son sordos» y a lo de «no hables de cosas íntimas cerca de él porque a lo mejor sabe leer los labios». —Soltó una risa triste—. Estaba acostumbrado a oírlo todo y fingía que no sabía leer los labios cuando, en realidad, se me daba muy bien. Les sorprenderían las cosas que presencié.

—¿Como cuáles? —pregunté, intrigado.

Había esperado una historia graciosa sobre algo que me haría sonreír; en cambio, Elliot se encogió de hombros.

—Nunca dejaré de sentir coraje por las pendejadas que la gente susurraba de mi hermano pensando que yo no los oía. Joel es más fuerte que yo; para mí es un héroe. Es el mejor de nosotros porque tuvo que esforzarse muchísimo.

Entonces me miró y juraría que me puse rojo escarlata por dentro ante la pasión en su voz.

—No es un mundo fácil —coincidió Alison.

—Veo que estás mejorando con las señas, Nick —intervino Lewis con la intención de disminuir la intensidad en el ambiente, algo que le agradecí en silencio.

—Estoy aprendiendo —solté lo más rápido que pude y luego gesticulé cosas que había aprendido.

—Es un comienzo —murmuró Alison, sin elogiarme.

¿Por qué lo haría? Era un novato atrapado en los inicios de un mundo nuevo de comunicación.

—Nick aprende rápido, de hecho —me defendió Elliot.

El corazón me brincó de la felicidad. ¿Cuán tonto era que un comentario de pasada pudiera significar tanto para mí? Nunca me di cuenta de que necesitaba aprobación desde que lo conocí; pero, por lo visto, me hacía falta ese pequeño chute de elogio.

—Lo intento.

Alison sonrió.

—Por fortuna, Teegan conoce varias señas. Déjame te hago una lista de las más importantes. —Sacó su celular y abrió la aplicación de notas.

—¿Me das una copia, por favor? —le pidió Elliot. Y justo cuando iba a preguntar por qué, él respondió—: Así sabré qué enseñarte.

En ese momento, Teegan y Hannah se acercaron agarradas de la mano, lo que detuvo nuestra conversación. La peque llevaba en la mano una bolsa transparente, que dejaba ver tanto su traje de baño como una toalla y unas gafas para nadar chiquititas.

—¿Ya podemos ir a nadar? —preguntó Hannah. Teegan, por su parte, se limitó a alzar la bolsa.

—Claro que sí. —Les di dos pulgares arriba antes de salir al patio con los niños.

Dejé a los tres adultos para que hablaran. Esperaba que Lewis y Alison consiguieran que Elliot viera que era el padre ideal para Teegan, que mi poco conocimiento de lengua de señas no era una barrera y que no era mala persona.

Una vez que Hannah se embadurnó de bloqueador solar, hizo lo mismo con Teegan, y ambas esperaron frente a la puerta de seguridad junto con sus hermanos, quienes se habían cambiado en tiempo récord y también estaban cubiertos de loción blanca.

Me quité la camisa mientras me sacaba los zapatos con los pies para luego bajarme los pantalones, —ya llevaba puesto mi bañador — y me puse bloqueador en cada espacio de piel que pude alcanzar. Acto seguido, les indiqué a los niños que se alejaran de la puerta y la desbloqueé de forma teatral metiendo el largo código, que solo yo sabía. Cuando por fin entramos al área de la piscina, los chicos se

lanzaron directos a ella; el agua salpicó por los aires ante los tremendos clavados de cañón. Ambos sabían que debían mantener a raya sus luchitas siempre que Teegan estuviera en el agua. Por su parte, Hannah no tenía que contenerse de nada porque era más tranquila.

Me metí en la piscina al mismo tiempo que ella bajaba los escalones de la parte menos honda con Teegan. Ya en el fondo, le puse a la peque sus flotadores en los brazos y se aferró a mí en un instante, sus deditos clavándoseme en el brazo. El mero hecho de tenerla allí expulsó de mi mente todo pensamiento de Zoe, de dinero y de la posibilidad de perder a Teegan.

—No pasa nada, no pasa nada —le repetí y relajé mi postura a fin de irradiar toda la tranquilidad y todo el apoyo del mundo.

Si ella veía que no estaba asustado, seguiría mi ejemplo. Una lección aprendida en *Fundamentos de la Paternidad* luego de que Mason se cayera de seis escalones de concreto en el supermercado. Danny fue el que se hizo cargo, como el buen hombre paciente que era, mientras que lo único que yo hacía era contener mi impulso de tomar a mi hijo en brazos y exigirle a la multitud que se quitara del camino.

Tampoco es que hubiera una multitud, pero aun así me había invadido la necesidad de hacer algo dramático y rotundo. En el momento en que Danny me lanzó una mirada con la que me pidió que no cayera en el drama, entendí que tenía que emanar calma. Esa era una de las cosas más difíciles de ser padre porque, si fuera por mí, envolvería a Hannah, Caleb, Mason y Teegan en algodón y no los dejaría ir a ninguna parte nunca. En especial a los supermercados con escalones.

Caleb apareció de debajo del agua junto a nosotros, provocando que Teegan soltara un gritito antes de reírse, el aterciopelado sonido era precioso. Dejó de agarrarse a mí y, en su lugar, apoyó los pies en el suelo y le tendió la mano a Caleb, que se movía a su alrededor de forma cautelosa. Si bien no me iba a alejar de ella, me relajé un poquito más, así que fui a sentarme en un escalón, el agua cubriéndome hasta el abdomen, mientras consideraba que tal vez debería llamarle al técnico de la piscina para que instalara una

barrera entre la parte honda y la poco profunda. Aunque, por otro lado, ninguno de mis hijos salía solo, por lo que descarté la idea, de momento.

—¿Me puedo meter?

Levanté la vista y me encontré a Elliot parado en el primer escalón, todo inseguro, supersexi y lindo, el sol justo detrás de él.

—Pensé que no querías nadar.

—Eso fue antes.

Se encogió de hombros y bajó los escalones para luego sentarse junto a mí. Alzó la cara al sol de la tarde y cerró los ojos.

Su piel cremosa le brillaba por la loción, y discerní un patrón apenas visible de pecas, que no había notado antes. Se me desviaron los ojos a su pecho, a sus pezones color canela, endurecidos por el aire; a su garganta cuando tragó, su manzana de Adán moviéndose. Nunca había deseado tanto a alguien, no desde que puse los ojos en Danny y decidí que estábamos destinados a estar juntos.

Quizás Elliot y yo no éramos cosa del destino, pero lo quería para mí.

Subí la vista a su cara, vacilando en sus labios entreabiertos, unos labios que conocía muy bien, y me topé con más pecas en sus mejillas. Luego llegué a sus ojos.

Abiertos.

La sonrisa que le curvó los labios no solo se le reflejó en sus hermosos iris azules, sino que consiguió que le brillaran de placer. Puede que mi escrutinio hubiera durado solo unos segundos, pero Elliot se había percatado desde el principio.

Estupendo.

DIECISÉIS

Elliot

Me encantó haber atrapado a Nick dándome un repaso con la mirada.

—¿Tengo algo en la cara? —le pregunté socarrón.

Se puso colorado y luego se dio la media vuelta para ponerse a jugar con Teegan.

Ojalá no hubiera dicho nada en absoluto porque algo no andaba bien. No sabía si era por algo que Lewis y Alison le dijeron tras abandonar la cocina, pero Nick desprendía intensidad, una oscuridad en su expresión que me dejaba en desventaja.

Ese día lo había empezado con una visión más suave, que implicaba más arcoíris y rayos de sol que preocupaciones respecto a la adopción de Teegan. Y toda esa positividad la habían respaldado Lewis y Alison en los últimos diez minutos al alabar hasta el cansancio las virtudes de Nick como padre adoptivo. Escucharon mis inquietudes, reconocieron que le faltaba mucho por aprender y señalaron que ningún padre llegaba a serlo sin pasar por una curva de aprendizaje, además de que ningún niño es igual a otro.

—Nick ya ha pasado por este proceso tres veces —había dicho Alison.

No podía discutirle eso. A la pareja parecía encantarle que hubiera pasado las últimas cuatro semanas abriéndole la puerta a un

nuevo mundo. Sus palabras, no las mías. Lo único que yo hacía era ver por Teegan.

Si bien aún tenía una que otra reserva, a Lewis y a Alison les agradaba Nick y creían que era un buen hombre. Él se había sincerado con ellos respecto a los problemas que tuvo en el pasado con su salud mental, «pero cómo no, si el hombre estaba desconsolado y ni siquiera la persona más fuerte del mundo podría salir ileso después de perder a un ser amado», observaron. El matrimonio llevaba doce años dando acogimiento familiar y les había tocado ver un montón de cosas horribles, que los hacían actuar con cautela, incluidas las dos familias que habían devuelto a Teegan. No obstante, Nick les agradaba para la pequeña y, lo que era más importante, les agradaba Teegan para él y los niños.

La cuestión era que lo que fuera que los llevó a hablar a solas con Nick, no lo mencionaron y me daba la sensación de que necesitaba saberlo, para poder enfrentarlo, lo que sea que fuera. Si tenía que ver con Teegan, entonces, quería entender todo el panorama, pero me aguantaría hasta que encontrara un momento para hablar directamente con Nick.

Dentro de seis cortas semanas, la niña se mudaría a esa casa, con él y los niños, para siempre. Sin embargo, la pareja me aseguró que no cortarían su relación con Teegan, ya que la visitarían de ser necesario y estarían siempre disponibles para ella.

Quizás yo podría hacer lo mismo. Teegan era una niña tierna, inocente y feliz. Podría hacer mucho más que intentar ser parte de su vida desde la distancia.

Era capaz de separar la atracción de ser un buen defensor. ¿Verdad?

Nick se concentró en la peque, que flotaba como a medio metro de él y tenía una enorme sonrisa en la cara mientras Caleb la agarraba de las manos. Me levanté del escalón para sumergirme bajo el agua y acercarme a Teegan. Le hice cosquillas en un costado a la vez que salía a la superficie. Golpeó el agua con una mano, salpicándome, y le devolví el gesto con un movimiento suave. Teegan tiró de su otra mano y empezó a arrojarnos agua, luego pateó sus piernitas hasta llegar a mí, lo que hizo que el agua se

agitara y me mojara el pecho. Todo el tiempo con una sonrisa de oreja a oreja.

En ese momento, vi un universo de posibilidades para ella con Nick, una vida llena de oportunidades, las que ella quisiera; un hogar seguro y feliz, dos hermanos, que la adoraban; y una hermana, que sería su mejor amiga. En algún rincón de mi corazón, brasas de entendimiento empezaron a arder.

Tener eso lo era todo para Teegan, por lo que estaba decidido a formar parte de su vida, aunque fuera de lejos y sin importar con qué familia acabara.

De seguro con Nick. Entonces caí en cuenta de que la idea empezaba a parecerme. O al menos, estaba saliendo del abyecto horror que me había llevado a acusarlo de comprar un niño y avanzaba por el camino de la aceptación de que era un buen hombre, con un desvío a la ciudad de la atracción.

Estuvimos un rato salpicándonos agua y durante ese lapso vi a Teegan perder la sonrisa dos veces. La primera, porque Caleb duró demasiado tiempo bajo el agua; y la segunda, tras sumergir la cabeza y salir escupiendo agua. Fue evidente que la experiencia no le gustó. La mitad de nuestro tiempo allí lo pasamos frescos gracias al toldo de rayas que cubría la parte menos profunda de la piscina.

Mason salió de la casa con helados y los seis nos sentamos bajo la sombrita para disfrutar el cremoso manjar mientras charlábamos de todo y de nada.

—¡Ser o no ser! —exclamó Mason con dramatismo—. ¡Hannah la actriz!

La burla le ganó un codazo en el costado por parte de su hermana, quien lo mandó a callar con un empujón, tirándolo al agua.

—¡Esa es otra obra, estúpido! —gritó Hannah e hizo una mueca cuando Nick le dedicó una mirada asesina, muy de papá—. Perdón, pa.

Menos mal, Mason ya se había terminado su helado. Y lo que inició como una riña de hermanos, terminó convirtiéndose en una batalla épica de salpicones, a la que Caleb se unió con un grito de entusiasmo.

Le eché un vistazo a Teegan, pegada al brazo de Nick. Sus flotadores en el borde de la piscina. La pequeña parecía hipnotizada por las payasadas de sus hermanos, su sonrisa aún intacta. Entonces se despegó de Nick y, en un dramático clavado de cabeza, se lanzó al agua. No alcancé a pescarla, pero ni falta hizo porque Nick salió al rescate, como si hubiera previsto que la niña haría algo así. Se metió en la piscina antes de que Teegan tuviera tiempo de sentir que el agua moja y, tras atraparla, se la pegó al pecho haciendo una especie de baile raro y cantando algo sobre las ruedas de un autobús. Llegué a su lado en un instante, pero ya no necesitaba hacer nada.

Teegan me sonrió, sus manitas apoyadas en el pecho de Nick, como si acabara de tener la más grande de las aventuras. Otro fragmento del muro en torno a mi corazón se derrumbó.

Pronto, se acabó el tiempo en la piscina y volvimos a la casa. Vi a Lewis y Alison en la sala de estar, miraban una película de superhéroes con limonadas en mano. No se apresuraron a levantarse. Se los veía atentos y serenos. Allí me di cuenta de que los leía del mismo modo que a Nick, a Teegan y a los demás niños.

—Ya tiene sueño.

Nick le entregó la peque a Alison, que le pasó una mano por su pelito corto.

—Entonces, nos la llevamos —susurró la mujer—. Llámanos si —me miró— oyes algo.

—Igual —coincidió Nick, y ambos intercambiaron un asentimiento.

Al llegar las despedidas, a Teegan se le borró la sonrisa y se estiró por la mano de Caleb para darle un abrazo antes de hacer lo mismo con Nick.

Me derretí de pies a cabeza.

Tras cerrar la puerta, Nick se quedó allí parado durante muchísimo tiempo, por lo que me quedé en la cocina con Hannah y la ayudé a ordenar cosas que no requerían que se ordenaran.

—Es importante que se vaya despierta de la casa —comentó Hannah con suavidad mientras reorganizaba los refrescos en el

refrigerador—, así no se asusta al ver que está en otro lugar. —Cerró la puerta del refri con más fuerza de la necesaria

—Me acuerdo de eso —dijo Caleb agarrando un refresco dietético —. De no quedarme dormido para saber que volvería.

—Claro que no, cómo te vas a acordar —le espetó su hermana—, eras muy pequeño. —Hannah hizo una mueca al caer en cuenta de que lo que acababa de decir era muy feo.

—¡Pues sí me acuerdo, fíjate! Papá Nick y papá Danny se despedían de nosotros con la mano y yo lloraba en el coche.

—¡No me grites! —gritó Hannah, lo que no tenía el más mínimo sentido.

—¡Tú no me puedes decir lo que recuerdo o no! —chilló Caleb y, un instante después, empujó a su hermana.

Aunque la cosa pudo haber escalado, resultó que el empujón fue suficiente para que Hannah le echara el freno a la pelea.

—Caleb, no fue mi intención hacerte enojar —empezó a tranquilizarlo, pero su hermano estaba cansado y tenso, igual que ella.

Estampó su refresco contra la isla e ignoró la disculpa de Hannah.

—Siempre haces lo mismo, siempre me dices lo que puedo y no puedo recordar.

¿Debería intervenir? ¿Qué haría Nick en esa situación? ¿Qué haría el maestro Elliot? ¿Qué haría el Elliot que sentía cosas por el padre de los niños? ¿Me correspondía meterme?

—Eso no es verdad —se defendió Hannah antes de empezar a llorar—. Perdón.

—¡Lo que tú digas! —espetó Caleb.

Hizo ademán de irse, pero le bloqueé el paso. No de forma obvia, sino que me moví para abarcar más espacio entre el refri y la isla.

—Sé que van a extrañar a Teegan, pero no será por mucho tiempo, pronto vivirá con ustedes.

Las palabras me sonaron raras y tuve la horrible sensación de que me había pasado de la raya. Sin embargo, Hannah, mientras sorbía por la nariz, tomó la oportunidad para tirar de su hermano y abrazarlo. Acto seguido, se les unió Mason, quien había estado

observando cual espectador en la primera fila de un *ring*. Aunque retrocedí un paso, para dejarlos tener su momento, Hannah tiró de mí también. Y cuando Nick se incorporó, el abrazo se convirtió en un manojo de cinco bultos en la cocina. Cada uno de nosotros lamentando la partida de Teegan a su manera.

Estar pegado a Nick y que mi cabeza se amoldara a su hombro, le añadió otra capa de intimidad al abrazo, pero como que me gustó ser parte de ese momento.

Quizás demasiado.

Alrededor de las nueve, los tres adolescentes se subieron a sus habitaciones. Hannah y Caleb a leer y Mason a construir con LEGO el mejor castillo de princesa para Teegan. Ya llevaban un buen rato bostezando, pues estuvimos viendo el resto de la película de superhéroes —la que Lewis y Alison habían puesto— mientras disfrutábamos de unos aperitivos. Cuando Nick los hizo, le ofrecí mi ayuda, pero se negó con un gesto de la mano. Así que me dediqué a observar cómo preparaba, habilidoso, un plato de sándwiches de mermelada con mantequilla de maní. También había llevado a la sala papitas, verduras y frutas, entre ellas, plátano.

¿Estaba mal que, en el momento en que Nick se puso a pelar su plátano y cruzamos miradas, enseguida hubiera pensado en sus labios en mi…?

«Sí. Es probable que sí esté mal».

Todavía no hacía amago de irme y Nick no me había preguntado por qué seguía allí. Quizás no me iba porque quería hablar de Teegan con él, o algo, porque en cuanto nos quedamos solos, intenté despejarme y desprenderme del calorcito y el amor que me habían envuelto todo el día.

Solo que Nick no me dejó.

—¿Café, chocolate caliente o vino?

—Voy a manejar, así que un café, por favor. Si no, me voy a quedar dormido en tu sofá.

Mientras preparaba dos tazas de café, charlamos de la cafeína y de los ciclos del sueño. Ni una sola vez mencionamos a Teegan o al indefinible y brillante hilo de atracción que nos conectaba en la silenciosa casa.

Nos llevamos las bebidas afuera, al frescor de la noche, y tomamos asiento en una terraza elevada junto al *jacuzzi*. Estaban diseñadas para la comodidad y se reclinaban, lo que nos permitía mirar el cielo o la vastedad del mar. Eso fue lo que hicimos. En silencio. Nuestros cafés enfriándose.

—¿De qué querían hablar contigo Lewis y Alison? —Al fin abordé la cuestión que me inquietaba. De vuelta en mi papel de defensor de Teegan.

Nick colgó la cabeza, los codos apoyados en sus muslos.

—De Zoe —susurró—. La madre biológica de Teegan.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté, refrenándome de ser irrespetuoso, por eso de que la niña había nacido con SAF.

—La quiere de regreso.

—¿Es en serio?

—Sí. Conoció a un hombre, o un tipo está involucrado, no lo sé. La cosa es que pidió una audiencia.

Me di cuenta entonces de que quizás mi papel era hacer de abogado del diablo.

—¿Has considerado que estar con su madre es lo mejor para ella?

—No. Por supuesto que no, carajo. La mujer se alcoholizaba y drogaba, no quería a Teegan. Los policías dijeron que pretendía venderla. ¡Venderla! —Nick cerró la boca al instante, como si no hubiera sido su intención soltar las palabras. Pero lo había hecho, y el significado malévolo de estas provocó que me incorporara en el asiento.

—¿Vender a su bebé?

—¡Puta madre! —Se restregó los ojos—. Se supone que no debo saberlo… ¿Cómo una persona…? ¿Cómo fue capaz de hacer eso? Cuando el comprador se echó para atrás, Zoe, la puta madre del año, se llevó el enganche y dejó a Teegan en una estación de bomberos. Lo único que quiere es dinero.

—¿Y ella sabe que lo tienes?

—Sí.

—¿O sea que lo que quiere es extorsionarte?

Era lo mismo que con el maestro de lengua de señas que lo había amenazado con ventilar sus secretos. No me imaginaba cómo se habría de sentir encontrarse en una posición tan vulnerable todo el tiempo. Jamás envidié a la gente con dinero, pero en ese momento sentí lástima. Y también una indignación inmensa y justificada.

—Mi abogado ya está tomando cartas en el asunto. No permitiré que la mujer me quite a Teegan. —Con esa decidida declaración, Nick se reclinó en el asiento—. ¿Te puedo preguntar algo? —dijo al cabo de un rato.

Me alegró que hablara, ya que no paraba de removerse en la silla y cada chirrido me hacía pensar que iba a decir algo, y yo solo deseaba que lo soltara de una vez para poder respirar en paz.

—Claro.

Giró la silla para que quedáramos cara a cara y acunó su taza con ambas manos; una postura un tanto indefensa bajo el delicado resplandor de los cientos de lucecitas solares en los árboles y arbustos que nos rodeaban.

—¿Estuve bien?

Guau. No me esperaba eso. O tal vez sí, pero no quería dar una respuesta. Me había hecho un montón de ideas preconcebidas sobre lo que sucedería ese día. Como que vería el desastre que era todo. Como que Nick no era la persona adecuada para Teegan. Cosas así.

Y, sin embargo, lo único que vi fue amor; un amor incondicional por la familia.

—Estuviste bien —le ofrecí al fin.

Se relajó un poco.

—Cuando Teegan se lanzó de cabeza al agua…

—Actuaste de inmediato.

—Una habilidad que se desbloquea al tener hijos —empezó diciendo y luego hizo una pausa—. Bueno, mucho después de tenerlos. Al menos en mi caso. Danny era el que solía detectar las cosas antes de que ocurrieran. Como una vez que estábamos en la playa. Hannah tenía como unos siete u ocho años, tal vez, y decidió que quería acariciar una bonita medusa, así que empezó a adentrarse en el mar.

—Mierda.

—Para eso, en las noticias habían reportado la presencia de medusas negras, y como que Danny debió de haber tenido un presentimiento o algo, porque actuó a tiempo. Se interpuso entre Hannah y la medusa. Ella berreó y berreó hasta que vio que la aguamala había picado a papá. Danny pasó a ser su héroe en cuanto se dio cuenta de lo que había hecho por ella. Para mí, él era mi héroe desde hacía mucho tiempo.

—Perderlo debió de haber sido duro.

—Insoportable —repuso Nick—. Tener la suerte de encontrar a tu alma gemela solo para perderla después de la manera más cruel…

Alma gemela. Me gustaría encontrar la mía algún día, alguien que lograra alegrarme el corazón y hacerme sentir como algo precioso en su vida. Cursi, lo sabía.

Entonces me sentí raro. El cielo era negrura, las estrellas destellaban y la atmósfera estaba cargada. A lo mejor se trataba de una tormenta eléctrica inminente o del oleaje del mar. O a lo mejor solo era que sentía algo por Nick y eso me asustaba.

—¿Crees que solo existe una persona allá fuera para cada uno de nosotros? —me preguntó, cauteloso.

—No lo sé. Tras la muerte de mi padre, pensé que mamá también se nos iría, por un corazón roto, pero no sucedió. Vivió por su familia. Ahora sale con un hombre que la hace feliz.

Nick puso su taza en la mesita de centro y se pasó las manos por el pelo oscuro, despeinado tras haber estado en la piscina. Luego, en un movimiento fluido, se paró y me tendió la mano.

—Necesito hacer algo, ¿me acompañas? Quiero decir, ¿te puedo mostrar algo?

Tomé su mano y dejé que me levantara. Quedamos demasiado cerca para mi comodidad, pero no tanto como para que la lujuria y el ansia me empaparan. Podríamos besarnos allí, en su patio, en la oscuridad. Podríamos bailar al sonido del mar y perdernos en el beso, pero Nick no me atrajo hacia él y yo no me acerqué.

En su lugar, le permití que me guiara de vuelta al interior de la casa. Atravesamos la cocina y llegamos a una puerta, que supuse que era de un cuarto de lavado. Sin embargo, daba a un espacio

abierto y amplio con tragaluces colocados a lo largo de la estancia. Las paredes estaban tapizadas de pinturas y dibujos; eran un derroche de color.

—Bienvenido a la galería —dijo Nick, con un gesto de la mano—. Es un espacio para los niños y para mí que no le hemos mostrado a Teegan aún, en caso de que apenas lo vea, salga corriendo espantada. No es la habitación más tranquila de la casa.

Vi bastantes pinturas de los niños, una mesa grande para manualidades y una estantería repleta de todo tipo de materiales para pintar, además de pegamento, papel y todo lo que uno pudiera imaginarse.

—Era algo de Danny. Él hizo este espacio lo que es: un lugar para que los niños salpiquen pintura, ensucien y no se limiten en sus creaciones. Danny era pintor en su tiempo libre, cuando no estaba ocupado siendo un papá increíble. Déjame que te muestre.

Nick tiró de mí en dirección a la pared más alejada, donde se hallaba una pintura de gran tamaño. Era un día de verano en la playa. Había cometas, gente y unas siluetas pequeñas, que sabía que eran él y los niños. De hecho, todas las pinturas se centraban en la familia. Me dio la impresión de que Danny se desvivía por su hogar y los niños… y Nick.

—Esa es mía. —Apuntó al bosquejo de la casa y la piscina vistas desde la playa—. Él me invitó a pintar, dijo que me calmaría cuando tuviera un mal día. Y tenía razón. Danny me conocía bien. A veces veníamos aquí en familia, solo para pintar y dibujar, crear nuevos colores, hacer decoraciones de Navidad y tarjetas. Lo que se te ocurra. Si conlleva ensuciar, entonces, lo hicimos.

Contemplé el dibujo al que había señalado y, como la pintura de Danny, también incluía a la familia, solo que en esa ilustración el que estaba parado junto a los niños era su esposo.

—Se te da bien.

No era mentira, el dibujo era muchísimo mejor que mis figuritas de palitos.

—Este sitio es especial para todos nosotros. —Nos detuvimos en el centro de la habitación y Nick me acunó la cara—. Lo último que me dijo fue que quería que encontrara a alguien, que fuera feliz. En

ese entonces, ni siquiera concebía la idea, no creía que existiera dentro de mí la capacidad de querer compartir este espacio con otra persona. Pero tú… —Apoyé las manos en sus caderas, consciente de que ese momento era importante para él. Y tal vez también para mí —. Me hiciste creer que podía necesitar a alguien de nuevo, que podía querer besar de nuevo. Llevo desde el beso… No, llevo desde lo de la pizza y la piña haciéndome a la idea y esperando que al final puedas ser tú.

Deslicé las manos de sus caderas a su espalda y, allí, entrelacé los dedos. Justo por encima de sus pantalones cortos, pero debajo de su camiseta, sobre piel suave y caliente. Acto seguido, me presioné contra él y lo sentí igual de erecto que yo.

—No quiero apresurar las cosas —murmuró Nick.

—Estoy de acuerdo —mentí. Porque, aunque el cerebro y el corazón me decían que deberíamos ir lento, la libido me gritaba que no me despegara de él.

—Pero te puedo dar un beso de buenas noches, ¿sí?

No me dio tiempo de responder; me besó antes de que pudiera formar las palabras. Primero con suavidad y luego con pasión, y justo cuando estábamos a puntito de lanzarnos al precipicio, Nick retrocedió y volvió a tomarme de la mano.

—Buenas noches —susurró.

Por un instante, no tuve claro si me habló a mí. Y eso me produjo una inmensa tristeza. No quería competir con un fantasma, pero tampoco planeaba pasar por encima de lo que Nick y Danny una vez compartieron. ¿Dónde me dejaba eso?

—¿Me avisarás qué pasa con la ma… con Zoe?

—Sí.

Atravesamos la casa hasta llegar a la puerta. Nick me acompañó a mi coche. Allí, me robó otro beso y después me abrazó.

—Buenas noches —volvió a decir.

Esa vez, supe que me hablaba a mí.

DIECISIETE

Nick

Cerré la puerta intentando refrenarme de observar a Elliot marcharse porque no era ningún adolescente, y estaba confundido a más no poder. Tenía la sensación de que había experimentado un sinfín de emociones ese día bajo el sol: felicidad y miedo, tristeza cuando se llevaron a Teegan, necesidad, otra vez tristeza y después ira ante la amenaza que Zoe suponía para la felicidad de su hija.

Estaba hasta el gorro.

—Hola, pa.

Cerré los ojos un instante antes de darme la vuelta para encarar a Hannah, que se encontraba sentada en el tercer escalón de las escaleras, ya en pijama y con su largo pelo atado en un moño despeinado.

—¿Todo bien? —le pregunté. Me fui a sentar junto a ella y la rodeé un brazo, apretujándola—. Imagino que me viste besar a Elliot.

—Sí. Lo llevaste a nuestro estudio.

No me lo dijo de forma acusatoria ni tampoco cuestionó mis motivos. Parecía ser una simple afirmación.

—Sí.

No tenía ni idea de cómo me iba a defender si resultaba que la había cagado. Porque, a pesar de que para mí fue natural dejar

pasar a Elliot, no sabría decir por qué. ¿Fue solo para probarle lo unida que era mi familia o para mostrarle esa parte secreta de Danny a la que seguía aferrado?

Hannah metió la cara en la curva de mi cuello.

—No me molesta que lo hayas llevado al estudio. Es solo que creo que ando triste porque Teegan se tuvo que ir. A eso súmale que luego hice enojar a Caleb y me puse a pensar en papá. Como que a partir de ahí me fui para abajo. No veo la hora de que Teegan ya viva en la casa y no se vaya.

—Yo igual.

Permanecimos en silencio unos momentos hasta que mi hija dejó salir un suspiro profundo.

—Solo espero ser una buena hermana.

—No me cabe la menor duda de que serás la mejor de todas. La misma hermana mayor que evita que Caleb y Mason terminen estirando la pata.

Ambos nos reímos, probablemente recordando distintos casos en los que, en efecto, solo la interrupción de Hannah evitó que ocurriera una catástrofe.

—¿Te acuerdas de esa vez que Caleb hizo un cohete? —me preguntó y, acto seguido, se rio—. Era una botella de refresco de cola con mentas, y lo activó cerca de la piscina. Algo de lo que ninguno de los dos se percató.

Dejé salir un quejido.

—Me acuerdo del dinero que gasté en la limpieza de la piscina y que tuvimos que ir a la casa del vecino a disculparnos por romper un cristal de su solárium. Y con eso de que a mí casi no me repatea tener que ofrecerles disculpas a los Mortimer. En especial por un daño estructural grande.

—Sabía que Caleb lo estaba haciendo, pero jamás pensé que animaría a seguir con la idea hasta el final.

—Ni tú ni yo.

Se hizo el silencio entre nosotros unos instantes.

—¿Y si no me percato de algo con Teegan? —me preguntó Hannah con voz frágil.

—¿Eso te tiene intranquila?

—Tal vez. Sí, un poquito. Es que es tan pequeñita y el mundo es… —Movió una mano de un extremo a otro para indicar que era «extenso». O al menos supuse que a eso se refería.

—Me acuerdo de que el día que nos llamaron para avisarnos que ya venías en camino, andaba de aquí para allá, desempacando la pañalera, que ya habíamos empacado, para volverla a empacar y con el temor de que no llegáramos a tiempo. Es más, me daba miedo llegar a tiempo porque, ¿y si te pasaba algo? ¿Y si Sarah no quería entregarte? Yo soy de los que siempre se imagina lo peor, ya me conoces, pero tu papá estaba justo allí; con cubitos de hielo a la mano, colocándole paños húmedos en la frente a Sarah, sosteniéndole la mano, calmándome a mí. Él era una isla de paz en medio de todo el caos.

—Lo extraño.

—También yo.

Permanecimos en silencio unos minutos, perdidos en nuestros pensamientos.

—Eres el mejor papá —me dijo Hannah.

—Y tú eres la mejor hermana que Caleb y Mason podrían tener.

—Sip, eres la mejor. —La voz de Caleb flotó a lo largo de las escaleras.

—Sipi —agregó Mason.

—Vengan aquí —les indiqué, sin regaño de por medio, y los chicos bajaron como si no llevaran rato en el rellano escuchando.

Ambos se sentaron un escalón arriba de nosotros y apoyaron una mano en los hombros de Hannah, mostrando un nivel de empatía y afecto, que superaba su edad, mientras nos dábamos un abrazo. Lo más probable era que no durara mucho, pero al menos fue evidente por un momento.

—Eres la mejor hermana —repitió Caleb—. Y yo el mejor hermano, obvio.

Mason resopló.

—En tus sueños.

—Ni quien quiera estar en *tus* sueños —replicó Caleb, cosa que no tenía ningún sentido.

Con su mera presencia, la tensión se disipó. Continuamos abrazándonos hasta que me puse firme, y mandé a los chicos a la cama con la advertencia de que, si no se levantaban para ir al colegio, les iba a echar agua en la cara. Hannah, por su parte, no se movió; permaneció acurrucada contra mi costado. Y la verdad era que no iba a exigirle que se fuera a dormir porque, puede que fuera egoísta de mi parte, pero necesitaba ese abrazo.

—Me gusta —me ofreció tras unos instantes de silencio.

La estrujé.

—¿Elliot?

—Sí.

—A mí también.

—¿Están saliendo?

Ay, Dios. Qué pregunta tan difícil.

—Yo no diría que saliendo, más bien estamos viendo si… —¿Qué palabras buscaba?

—¿Son compatibles?

—Sí, eso. No estoy muy seguro de que le agrade la idea de que vaya a adoptar a Teegan. Vayamos —me corregí al final.

—Creo que eso cambió hoy.

—¿De veras?

—Me doy cuenta de cosas —anunció, como si fuera un supermago en una película—. La forma en que te mira, la sonrisa que puso cuando te vio cargar a Teegan. Todo está bien. A lo mejor tú puedes hacer la diferencia.

—¿A qué te refieres?

—Es un apasionado de lo que cree. Por ejemplo, una vez nos dijo que los niños como yo tenemos acceso a clases formales de lengua desde hace un millón de años o por lo menos doce, pero que los niños sordos del país nunca reciben clases de lengua de señas. Eso está mal. ¿Verdad?

—Desde luego. Debería preguntarle a Elliot si St. Joseph tiene un programa en marcha al respecto.

Hannah me dio un codazo.

—Ya está trabajando con algunos niños de mi clase, es algo pequeño. —Me miró a la cara—. Imagina que financias un programa.

¡Podrías expandirlo a más escuelas! ¡A todo el país!

—Lo tomaré en consideración —coincidí al tiempo que la tentación de proporcionar apoyo local en las escuelas me burbujeaba en el cerebro.

Hannah andaba inspirada.

—¿Y qué es eso de Florecer? Oí a Elliot mencionarlo. ¿Es algo que se pueda implementar en todo el país?

Mi directora general en ciernes. A mis tres hijos les había creado un fideicomiso al que podrían acceder cuando cumplieran veinticinco, y de algún modo sabía que Hannah sería de esas personas que iluminan el mundo con sus ideas.

—El Centro Florecer lo creó su mamá. No, lo crearon sus padres, y se encuentra a las afueras de San Diego. Es un lugar donde… ¿Te digo algo? No tengo idea de qué es, la verdad.

—¿Sabes qué, papá? —Hannah volteó a mirarme, con una sonrisa que me recordó bastante a la de Danny—. Los cuatro deberíamos visitar el centro antes de que Teegan viva con nosotros, así podemos darnos una idea de lo que sucede en la comunidad sorda y saber qué hacer para ayudarla. Puede que también sea bueno para ella llevarla allí.

Le deposité un beso en la punta de la nariz.

—Eres la mejor hija que cualquiera desearía tener.

—Y pronto tendrás dos.

—No veo la hora.

Con mis tres hijos en la cama, le mandé un mensaje a Cameron para pedirle que me llamara antes de mandarle uno a Gray, en el que le explicaba cómo había ido la visita de Teegan. Tal vez debería contarle sobre Zoe y ponerlo a escarbar algunas cositas. Escribí el mensaje, pero me detuve. ¿Qué caso tenía involucrarlo si al final no pasaba nada con la mujer?

Cameron no tardó nada en llamarme.

—¿Qué tal te fue?

—Muy bien —le respondí—, pero no es por eso que te pedí que me llamaras.

—Me dejas intrigado —murmuró. Entonces oí un mua, seguido de un repiqueteo; probablemente era Adam, que acababa de pasar y

le había dado un beso porque sí, porque podían.

Así era el amor. Estaba en los gestos tiernos que había visto entre ellos y era la razón de que Cameron supiera reconocer cuando Adam tenía dolor del mismo modo que Adam sabía identificar cuando Cameron necesitaba un beso.

Por primera vez desde la muerte de Danny, me dieron ganas de tener algo parecido a su amor, y esa sensación oscilaba entre la esperanza y el miedo.

—Estoy viendo a alguien.

—Es Elliot —murmuró mi amigo, y me alejé el teléfono un segundo.

—¿Cómo supiste?

—Sí sabes que Gray y yo hablamos a tus espaldas, ¿no?

—¿Es en serio? ¿Ahora son adolescentes?

Cameron soltó un resoplido de la gracia.

—Me alegra —dijo—. Me alegra bastante.

—¿No crees que está mal? ¿Que todo está cambiando muy rápido? Con Teegan y ahora con Elliot también. Después de lo que ocurrió con Danny.

—No tienes por qué estar solo para siempre. Él nunca lo quiso.

Nos quedamos callados un momento. Entonces lo oí suspirar.

—Háblame, Nick. ¿Quieres que vaya a verte?

—No, estoy bien; todo está bien. Solo quería que lo supieras… —Las lágrimas causaron que me atragantara—. Todavía entro al correo que Danny abrió, al de Hotmail.

—Lo sé.

—Ahí están todos nuestros viejos correos. Nos mandábamos tonterías, bromas, nos preguntábamos qué íbamos a comer, o él me escribía solo dos palabras para decirme que me amaba. Todo está allí.

—Pues léelos otra vez y quédate con los sentimientos bonitos que te traen. Que los guardes en un huequito de tu corazón no significa que no puedas seguir adelante.

—Elliot es importante para mí —admití—. Más importante de lo que pensé. Han transcurrido dos años desde la primera vez que lo vi y tengo tantos sentimientos encontrados.

—El amor… fácil no es —dijo Cameron haciendo la peor imitación de Yoda que había escuchado jamás.

—Eres un imbécil —le dije, pero la intensidad en el ambiente se esfumó, cosa que agradecí—. Ya me voy a la cama.

—Buenas noches, amigo.

—Buenas noches, Cam.

Al colgar el teléfono, mi cerebro se encontraba procesando que Elliot era una presencia que necesitaba en mi vida. No le conté a ninguno de mis amigos sobre Zoe y su extorsión, ni tampoco mencioné lo mucho que mi mundo había cambiado desde que Elliot me besó.

Porque todo había cambiado por completo.

DIECIOCHO

Nick

Mi siguiente reunión con Elliot ocurrió cuatro días después, pero en lugar de ir al colegio como de costumbre, él aceptó venir a mi casa. Llegó a las seis y pico vestido con su uniforme, aunque sin la americana, y llevaba las mangas de su camisa arremangadas. Me dedicó una sonrisa cautelosa. Lo dejé entrar y, cuando me pasó a un costado, pensé que tal vez me besaría a modo de saludo, o que yo lo haría.

Quizás dependía de mí mostrarle que no se trataba de un juego, o que no tenía dudas. El detalle estaba en que no nos habíamos escrito ni llamado ni visto desde el día que nos besamos en la carpa y en el estudio.

Me pregunté si ese sería el momento en el que Elliot pondría pretextos, o me diría que no estaba interesado o que…

—¿Has practicado? —Apenas había atravesado el umbral cuando Elliot me hizo la pregunta, que salió como si llevara contemplándola todo el camino hasta mi casa.

Era evidente que no había pensado en el beso y tampoco en el acuerdo mutuo de que algo sucedía entre nosotros. Así que supuse que lo de saludarme de beso no formaba parte de sus pensamientos.

Esa era una reunión seria. Podía adaptarme sin problema.

—Sí.

Gesticulé algunas cosas y Elliot asintió.

Para cuando alcanzamos el pasillo, ya me había quedado sin señas.

—¿Supiste algo más de Zoe? —susurró.

—No, quiere que nos veamos, pero de momento estoy dejando que mis abogados se hagan cargo de todo —le respondí también en un susurro.

¿Por qué susurrábamos si estábamos solos en la casa? No lo sabía.

—¿Dónde están los niños? —me preguntó a la vez que echaba un vistazo a las escaleras.

Probablemente creía que los tres se encontraban allí cuando, en realidad, había pactado con Cameron que pasaran la tarde en su casa.

—Salieron a comer pizza con un amigo, para darnos un poco de paz. ¿Quieres café?

Elliot se me quedó mirando y yo retrocedí un paso con la intención de ir a la cocina, cuando tiró de mí, deteniéndome. Entonces se inclinó y depositó un beso en mis labios.

—No puedo dejar de pensar en ti. —No parecía muy contento con esa confesión.

—Yo tampoco.

No me moví, y me pregunté qué vendría a continuación, desesperado por fundirnos en un beso más profundo. Tenía ganas de más y lo quería en ese preciso momento.

Elliot me besó de nuevo, aún con ternura, y me pareció haber suspirado. O gemido. Quién sabe. Tiré de él y lo llevé hasta mi despacho. Abrí la puerta de un empujón y, una vez dentro, la volví a cerrar. Empotré a Elliot contra la madera y sus manos quedaron atrapadas entre nosotros. Tras liberarlas, tiró de mi camiseta para luego enterrar los dedos en mi pelo y me sujetó, inmovilizándome. Me fundí en su tacto. Retrocedí y me traje a Elliot conmigo; me urgía sentir su erección contra la mía para que pudiéramos venirnos.

Nos cambió de posición y yo me quedé pegado a la pared, aferrado a él mientras me mostraba con exactitud lo mucho que

deseaba que ese momento entre nosotros se diera. Si no teníamos cuidado, me vendría en los pantalones por la mera fricción. Deberíamos haber parado, pero Elliot se inclinó hacia mí, agarrándome de las caderas y me besó. Y juraría que nunca había sentido tanto en un beso —solo con Danny—, era como si necesitara más, como si necesitara que no se acabara jamás. Su boca sabía a canela. Quería tenerlo todo para mí.

Llevé las manos a su cinturón y empecé a desabrochárselo para tocarlo.

—No.

Respirando con dificultad, Elliot se separó de mí, dejándome con una sensación de despojo. Quería más. Lo quería todo.

Nos miramos a los ojos unos instantes.

—¿No?

Que se hubiera alejado me produjo una sensación de confusión, de desesperación y de desolación. Entonces, en un movimiento grácil, se arrodilló delante de mí. Se me escaparon unos gemidos bajitos a modo de súplica durante todo el tiempo que le llevó a Elliot desabotonarme los pantalones cortos y bajármelos junto con el bóxer hasta la altura de los muslos.

Fijó la vista en mi verga antes de mirarme a la cara y, por un segundo, pensé que había cambiado de opinión. Y, de ser así, no tendría que aceptarlo. ¿Verdad?

—Hermoso —susurró Elliot a la vez que envolvía mi miembro con una mano y me masajeaba los huevos con la otra.

Me chupó la punta, me lamió y mordisqueó con suavidad desde la cabeza hasta la base. Sus labios se encontraron con su mano mientras me estrujaba los huevos y los hacía rodar en su palma. Apoyé las manos en la pared, tratando de mantenerme erguido, cuando Elliot paró de lamerme. Inspiró hondo, exhaló y, acto seguido, cerró sus labios, brillantes e hinchados, alrededor de la punta de mi deseosa verga. Quedé fascinado. Y en el momento en que Elliot presionó un dedo contra mi agujero, me arqueé. Jugueteó con la piel de la zona y me rodeó el ano al mismo tiempo que me succionaba el pene tan pero tan despacio que quise maldecir.

Cerré las manos en puños mientras la cabeza de Elliot subía y bajaba por mi verga y me daba golpecitos en el ano para luego soltarme y volver a empezar. El ritmo de su dedo y sus labios era enloquecedor, así como el peso de mis huevos.

Me empujé dentro de su boca con movimientos muy leves y él tarareó contra mi pene.

¡Tarareó!

Descansé una mano en su cabeza evitando mirar sus labios alrededor de mi verga. No podía hacerlo porque, de lo contrario, todo acabaría demasiado pronto. Estaba hecho un desastre, y no paraba de jadear contra el puño. Sentí su dedo deslizarse un poco en mi interior y me aferré a su pelo.

—Elliot, me voy…

No me soltó. Me tenía fijado a la pared con su dedo en mi culo. Que se tragara mi pene por completo, que me chupara con fuerza, que me masajeara los huevos y que tarareara contra mi piel, sumado a oír los sonidos húmedos de la mamada y a los que Elliot emitía al atragantarse, me superó; fue inevitable venirme en su garganta. Grité contra mi puño.

Era el primer orgasmo que no me provocaba yo solo en muchos a…

Elliot detuvo mi hilo de pensamientos al liberar mi miembro. Permaneció arrodillado, sin quitar el dedo de mi ano. Un instante después, se desabrochó el cinturón y los pantalones, metió la mano en su ropa interior para rodearse la verga y empezó a masturbarse. Cuando alcanzó el orgasmo, se le arqueó la espalda y su semen caliente me aterrizó en la pierna. El momento fue deslumbrador y me quedé sin habla unos segundos. Jamás había experimentado que una mamada me hiciera papilla el cerebro por completo. Elliot había depositado todo de sí en ella, como si ese fuera el único motivo de su existencia en la Tierra.

Me quité la camiseta para limpiarme la verga antes de tendérsela a Elliot sin mediar palabra. Este se limpió y, tras cerrarse los pantalones y abrocharse el cinturón, caí en cuenta de que, de algún modo, el hombre había logrado abrirse todo con una sola mano al mismo tiempo que me chupaba hasta el alma.

Elliot dejó de moverse, y nos quedamos en silencio, mirándonos.

—Mierda —susurró y llevó un pulgar a mi labio inferior, sobre el que ejerció un poco de presión—. Tu sabor… El grito que soltaste y… —Se calló, y me lo pegué al cuerpo. Me aprisionó entre sus brazos y, acto seguido, me besó. Primero con pasión y luego con ternura. Nos separamos de nuevo y esa vez, Elliot esbozaba una sonrisa—. No sabes las ganas que tengo de cogerte —admitió.

—Dios —gemí.

—Me llamo Elliot —dijo socarrón—. Soy versátil —agregó, inclinando la cabeza como si me examinara.

Tras varios instantes sin emitir palabra, bajó la barbilla a modo de pregunta.

—Este… —Siempre fui de tomar la iniciativa en la cama con Danny, y no era una decisión consciente. Era lo que encajaba con nosotros, lo que nos funcionaba. A pesar de que llevaba años sin tener relaciones sexuales, de algún modo, sabía que si Elliot me cogía, sería lo más erótico que habría vivido en muchísimo tiempo—. Yo también —le respondí—, aunque han pasado…

No me pareció correcto estar hablando de mi vida sexual con Danny, en nuestra casa y con el primer hombre con el que me involucraba en años. Danny solía decirme que era muy delicado respecto al sexo, que necesitaba aceptar mi lado desenfrenado. Sin embargo, ya era padre; un padre prudente, que estaba a punto de adoptar una vez más.

Pero, puta madre…, tener a Elliot de rodillas chupándomela y metiéndome un dedo, y oír los ruidos obscenos, la forma en que tarareaba… Por Dios… Quería más.

—Lo entiendo —murmuró en un tono afable, acunándome el rostro, y me besó—. Iremos despacio.

Bufé de la gracia contra sus labios.

—¿A esto le llamas ir despacio?

Elliot arrugó la nariz y adoptó una expresión superseria.

—Creo que no.

Me vi en la necesidad de aligerar el ambiente.

—Oye, mira estas señas. —Me aparté un poco de él para mostrarle.

<Hola, me llamo Nick y Elliot acaba de…>, terminé la frase con la seña incorrecta que solía usar para decir «plátano», haciéndola ver lo más fálica posible.

Elliot resopló de la risa y gesticuló algo que ni de chiste entendía. Todavía…

—Y cómo me fascinó, carajo —murmuró. Supuse que eso era lo que había gesticulado—. Ahora, ¿qué tal un café y una lección?

Practicamos señas durante dos horas. En ese lapso, Elliot también me educó sobre la sordera, y hablamos de las emociones, de la adopción y de la docencia.

También hubo besos, pero fueron espontáneos. Como cuando hacía reír a Elliot o cuando algo me salía bien y necesitaba celebrarlo con un beso de alegría.

Tantísima alegría.

Tantísimos besos.

DIECINUEVE

Elliot

Conocer a Cameron, el mejor amigo de Nick, cuando pasó a dejar a los niños, casi consiguió que se me olvidara la mamada. Casi.

Nunca me había arrodillado tan rápido ni había sido tan desordenado y ruidoso como esa vez. Jamás. Y la forma en que Nick se retorcía en mis brazos, inmovilizado por mi dedo y lengua… Fue la mamada más erótica que había hecho nunca. Y quería más.

Como a Nick de rodillas frente a mí.

En cuanto Cameron entró por la puerta principal, lo reconocí. Al principio no estaba seguro de dónde lo conocía. Hasta que me cayó la ficha de que lo había visto en una de las notas de Nick. Algo sobre que el esposo de Cameron había terminado en la cárcel y un allanamiento de morada.

—Cameron —se presentó el hombre, que era alto, corpulento, y cuyos ojos oscuros me escrutaban, antes de estrecharme la mano con un poco más de fuerza de la necesaria.

Supuse que Nick le había explicado mis reservas sobre la adopción, o tal vez le había contado todo sobre el desmadre en el baño de la sala de juntas del colegio. Al fin y al cabo, Nick acababa de anunciar que era su mejor amigo. De ahí que imaginara que le había tocado escuchar la versión de Nick en más de una ocasión.

—Elliot —respondí mientras nos estrechábamos la mano, y a la espera de que me soltara.

Tras soltarnos las manos, eché un vistazo al caos general desde la distancia: Hannah había desaparecido escaleras arriba; Mason caminaba directo a la puerta de la cocina que daba al estudio, refunfuñando sobre la escuela; y Caleb estaba sentado en el último escalón con el hijo de Cameron, Finn, que tenía una sonrisa de oreja a oreja. Parecían conversar de algo muy importante, dados los susurros.

Y no estaba escuchándolos, la verdad. Lo que quería era ver cómo interactuaban Nick y Cameron. Era obvio que se conocían desde hacía mucho tiempo, porque alcancé a oír varias historias que empezaban con «¿te acuerdas de cuando…». Y la cereza del pastel era que portaban una cicatriz similar en una palma de la mano, fruto de un pacto de sangre que habían hecho de niños. De ahí que supiera que Cameron era una fuente inagotable de información útil sobre Nick.

Tampoco es que estuviera buscando trapos sucios. No solo me había arrodillado ante él porque estaba hecho un cuero, sino porque todo empezó a caer en su lugar en el momento en que abrazó a Teegan para leerle un cuento y ella apoyó la oreja en su pecho y sintió su voz grave. O tal vez fuera a partir del momento en que Teegan se lanzó al agua y Nick reaccionó rápido. O quizás ocurriera en el momento en que la peque le sonrió con tanto cariño.

En el momento que hubiera sido, la cosa era que Nick era un buen padre y tenía las mejores de las intenciones. Era cierto que su falta de conocimiento de la lengua de señas suponía un problema, y yo sabía que había subestimado la enormidad de la adaptación de Teegan, sin mencionar que quizás no podría acceder a la comunidad sorda de la mejor manera. Pero Nick lo intentaría, y Teegan necesitaba un padre así.

Algo cambió dentro de mí en el despacho, en el instante en que nos besamos y después de terminar, cuando la preocupación y el miedo se transformaron en un feroz instinto protector. Me había convertido en una persona diferente, no por el sexo, ni porque Nick

supiera cuidar a Teegan, sino porque él era un hombre comprometido y amaba a sus hijos. A los cuatro.

—Así que tú eres el maestro —observó Cameron, y juraría que sonrió con suficiencia.

—Soy maestro, pero no estoy seguro de ser *el* maestro —dije con total calma.

El tipo se inclinó hacia mí, mirando por encima del hombro para asegurarse de que ningún oído joven lo oía, y susurró:

—¿No eres el maestro con el que Nick se portó como un idiota, al que besó en un baño y por el que luego pasó dos años sumido en el arrepentimiento?

¿Era esa la historia que Nick le había contado a su amigo? Supuse que era algo de lo que él se había echado la culpa.

—No pasé dos años sumido en el arrepentimiento —dijo Nick en voz baja, pero a la defensiva, mientras colocaba nuestras tazas en la isla frente a nosotros.

—Si tú lo dices —añadió Cameron—. Entonces, un año y once meses.

Nick pasó al lado de su mejor amigo para guardar la leche en el refri y, al hacerlo, le dio un golpecito en la cabeza. Cameron fingió una mueca de dolor.

—Ah, sí, sí soy ese maestro —respondí de forma exagerada, y Cameron alzó una ceja.

Me pregunté si también estaba al tanto de que, en un principio, mi presencia venía acompañada de un montón de preocupaciones sobre Nick y la adopción.

—¿Papá? —llamó Mason, agitando un cuaderno, que reconocí como el de ciencias debido al forro azul cielo—. Me atoré con esto.

—¿No te puede ayudar tu tío Cameron? —le preguntó Nick, pero el aludido levantó una mano para impedir que lo involucrara.

—Yo ya me encargué de la pizza y de las matemáticas —dijo con una sonrisa.

Nick alternó la mirada entre su amigo y yo. ¿Le preocupaba dejarme con Cameron? El tipo parecía ser amable e inofensivo, y probablemente no conocía el lado malo del porqué yo estaba en la vida de Nick.

—Papá al rescate —murmuró Nick, y con eso se fue a ayudar a Caleb.

—¿Ya viste las vistas desde la terraza? —soltó Cameron.

El rápido cambio de conversación me dejó desconcertado.

—Sí, ya…

—Deberíamos ir a verlas —insistió.

Acto seguido, agarró mi taza de café y caminó con determinación hacia las grandes puertas abiertas que daban al patio lateral. Lo seguí con la creciente sensación de que sabía de qué iba todo el asunto, y mis sospechas se confirmaron en cuanto nos alejamos lo suficiente de la casa y de sus oídos.

—¿Y bien? —preguntó Cameron, sin rastro alguno de sonrisa.

—¿Y bien qué? —Intenté parecer indiferente, pero se me escapó un quejido cuando me dio un codazo en el estómago antes de entregarme mi café.

—Nick es un padre maravilloso —empezó diciendo Cameron, y yo podría haber intervenido y explicado el porqué de mis reservas iniciales, es más, el porqué de las preocupaciones molestas que todavía tenía, pero no lo hice. Dejarlo hablar podría darme otra perspectiva sobre Nick que no obtendría de ninguna otra manera—. Y es un padrino maravilloso. Nos rescató a Finn y a mí; una historia para otro día. La cuestión aquí es que sepas que Nick es de buen corazón. Sé que ha tenido sus momentos bajos, pero es que no estuve allí para ayudarlo, algo que lamento muchísimo. Y cuando se trata de sus hijos, ellos están por encima de todo. Lo he visto con Teegan; a la niña le espera la mejor vida aquí, con acceso a lo que sea que quiera y necesite. Sin embargo, lo más importante es que tendrá tres hermanos que la adorarán y un padre que la amará hasta el fin de los tiempos.

—Mis inquietudes iban…

—¿De qué? —me interrumpió—. ¿De si Nick era la mejor persona para amar a Teegan?

Me di cuenta de que, al igual que Nick, el hombre no utilizaba las palabras «dificultades», «especial» o «problemas». ¿Sería porque eran susceptibles a mi presencia o porque eran sinceros?

No podía mentirle.

—Sí.

—¿Y tú podrías detener la adopción?

—Sí. No.

Cameron me dedicó una mirada penetrante.

—Decídete.

—Siempre defenderé a los niños y haré sugerencias a las personas que conozco; pero no, no puedo detener la adopción, y tampoco lo haría. Teegan está en el lugar adecuado.

Guao, ¿de verdad acababa de decir eso? ¿Había admitido en voz alta que esa casa y esa familia me parecían perfectas para ella?

La epifanía no me duró mucho porque Cameron volvió a hablar.

—El mundo sería un lugar mejor si todos cuidáramos de los niños. —Soltó un suspiro e inclinó la cara hacia el cielo antes de volver a suspirar—. Nick me dijo que todavía tenía días muy oscuros, pero a pesar del peso de todo ese dolor y esa pena, tiene tres hijos increíbles y bien adaptados y un hogar cálido y acogedor. —Hizo una breve pausa y me miró—. También me contó que ustedes tienen algo.

—¿Te lo contó?

—Como si no fuera evidente. Los acabo de ver mirándose el uno al otro con ojos soñadores.

—Yo no lo… Nosotros no… ¿Y eso qué tiene que ver?

—Ya viste a Nick cómo es con Teegan, ¿no?

—Sí.

Volví a recordar el incidente de la piscina, una imagen que no podía sacarme de la cabeza, y la forma en que Teegan quería que Nick la abrazara. La niña lo buscaba por ayuda y consuelo, para divertirse y tener un sitio donde dormir la siesta. Eran adorables juntos, y Teegan lo quería tanto como él a ella.

—Entonces, si estás con él, sabes que tiene un corazón enorme, por lo que hay mucho espacio para amar a otro niño.

Ah, esa era la conexión que Cameron intentaba establecer.

—Sí, lo tiene —admití. No era de los que compartían sus sentimientos con desconocidos, pero había algo en Cameron que me incitaba a querer hablar. Me sentí vulnerable allí, en el aire de la noche, mientras me preguntaba qué decir. Sobre todo después de lo

sucedido en el despacho hacía apenas un par de horas—. Pero hay un par de razones muy buenas por las que es importante que los niños sordos sean acogidos por familias con experiencia. Como, por ejemplo, para aprender a hablar en lengua de señas, pues recuperar el tiempo perdido para aprender LS es extremadamente difícil.

—Ahí es donde entras tú, ¿no?

—Estoy ayudando a Nick…

—Pero es mucho más que eso, ¿verdad? Te preocupas por Teegan. Eres empático con todos los niños porque así eres, y quieres lo mejor para ella.

Ah. O sea que la cosa no iba de Nick y yo, sino de que un completo desconocido me explicara quién era yo.

—No me conoces —me defendí, preguntándome por qué lo hacía, si lo que había dicho era cierto.

Cameron esbozó una sonrisa y levantó su taza en señal de saludo.

—Nick es el que te conoce. Y si se está enamorando hasta los huesos de ti, que no te quede la menor duda de que sé que eres un buen hombre.

¿Enamorando de mí? Solo me quedaba esperar que fuera verdad. Pero ¿quería que lo fuera? ¿No sería mejor ceñirnos al sexo —sexo ardiente, sudoroso y envolvente— y no dejar que los sentimientos se interpusieran entre nosotros?

«Demasiado tarde. Estoy enamorado de Nick hasta las trancas. Carajo».

Alcé mi taza también, entrechocamos la porcelana, y me fue inevitable devolverle la sonrisa contagiosa.

—Gracias —fue lo único que atiné a decir.

—¿Qué te está contando? —Nick apareció a mi lado y miró a Cameron con recelo—. Si es la historia de lo que pasó en la tienda de mascotas…

—Esa no se la he contado —lo interrumpió su amigo—. Todavía.

—¿Qué pasó en la tienda de mascotas? —pregunté, ya que quería saber qué era lo que tenía a Cameron sonriendo y a Nick tan a la defensiva.

—Tenía solo seis años —dijo Nick.

Me apoyé contra la barandilla y esperé a que continuara. Estaba disfrutando verlo todo apenado.

—Había unos gatitos, siete, ¿o eran ocho?

—Siete. —Nick me rehuía la mirada—. Eran unas cositas.

—Y, de acuerdo con él, estaban atrapados. Así que decidió que tenían que ser libres. Abrió la jaula y los gatitos se dispersaron por toda la tienda.

—La propietaria llamó a la policía y los dos terminamos sentados en la entrada de la tienda, con los gatitos en brazos, escuchando el regaño de un oficial que, según recuerdo, no podía dejar de sonreír.

Cameron le dio un codazo en el costado.

—Qué buenos tiempos, ¿verdad?

—Ya no más historias de nuestra infancia, muchas gracias. Deja en paz al pobre Elliot.

—Me gusta escuchar las historias —dije con socarronería. Nick enseguida captó que era vacile.

Los tres pasamos un rato hablando de todo y de nada: de deportes, de política, de temas ajenos a Teegan o a mi presencia allí. Y muy pronto llegó la hora de que Cameron y Finn se marcharan.

Se me ocurrió que yo también debería irme. No me fui.

Me senté en un taburete de la cocina y esperé a que Nick volviera. Cuando apareció, ni siquiera pensó en sacarme plática o iniciar una discusión sobre lo que había pasado. En su lugar, me besó allí mismo, en su cocina.

—Ujuuum. —El sonido de Hannah aclarándose la garganta nos separó. Y nos apartamos tan rápido que tuve que sujetar a Nick para evitar que cayera al suelo. Hannah pasó junto a nosotros con un «permiso», que enfatizó con una media sonrisa. No podía creer que Nick acabara de hacer eso, donde cualquiera de sus hijos podía vernos—. Conque tú y Carita Curtis se andan besando otra vez, ¿eh? —le dijo a su padre en un susurro fingido.

Juraría que tenía la cara en llamas.

—¿Carita Curtis? —repetí, pero Nick se siguió de largo con sus propias preguntas.

—¿Te parece bien? Me refiero a hacerlo en la casa. Delante de ti. —Se le trabaron las palabras, y agarró a su hija de los codos mientras buscaba algo en su expresión.

Un millón de escenarios se me pasaron por la cabeza. En los que la adolescente decía que era muy incómodo o inapropiado, o que en el colegio probablemente se volverían locos por lo de que un padre y un maestro salieran juntos. Hannah tenía todo el equilibrio entre Nick y yo en sus manos. Además, había perdido a uno de sus padres. ¿A lo mejor creía que yo estaba tratando de meterme en su vida, o de arruinar la dinámica familiar?

—Está bien, papá. —Hannah lo abrazó.

Nick le devolvió el gesto.

—Pero no puedes llamarlo Carita Curtis —le advirtió con cariño.

—Trataré de recordarlo.

—¿Puedo decir que es un muy buen apodo? —murmuré, haciendo contacto visual con Hannah por encima del hombro de su padre. Le sonreí con cautela y asentí.

Ella sonrió y eso fue todo: una aceptación sencilla y tranquila del hecho de que su papá se había besado con un maestro de su colegio.

Entonces, justo cuando me pareció que todo mi mundo se encontraba en equilibrio, Hannah se alejó de Nick y gritó:

—¡Caleb! ¡Mason! ¡Vengan aquí! ¡Papá tiene novio! —Para ser una joven menudita, tenía una voz muy fuerte.

Se hizo el silencio unos segundos, hasta que Caleb y Mason aparecieron de la nada.

—¿Qué? —preguntó uno.

—¿Quién? —preguntó el otro.

—Papá está saliendo con Elliot —anunció Hannah, que se cruzó de brazos con aire importante por haberse enterado antes que sus hermanos.

—¿En serio? —preguntó Caleb, mirándome de reojo.

—En serio —le respondió Nick—. Nada va a cambiar todavía porque es algo nuevo. Nos lo estamos tomando con calma. ¿Te parece bien?

Todos esperamos con la respiración contenida y el corazón latiendo a mil por hora. ¿O era solo yo?

—Genial. ¿Puedo agarrar una galleta?

Caleb giró sobre sus talones y se dirigió hacia el galletero.

—No, ya es tarde —le advirtió Nick.

El niño se volteó con un puchero en la cara.

—Pero, papá, nos acabas de dar una noticia muy importante. Todos necesitamos galletas.

—No es algo demoledor —añadió Mason—. No pasa nada, pero puede que las galletas nos sirvan para superar el miedo de tener un padrastro malvado en nuestras vidas.

Me quedé boquiabierto. No sabía qué decir. Entonces Mason resopló de la risa. Nos contagió a todos y soltamos una risilla.

Y así fue como los cinco terminamos sentados en la isla comiendo galletas a las diez de la noche de un viernes mientras debatíamos con cuántas tareas podría ayudarles los fines de semana si me quedaba.

Su conclusión, no la mía.

Al cabo de un rato, los chicos se fueron a la cama, pero Hannah se quedó. Y por su expresión me di cuenta de que quería añadir algo a su fácil aceptación. Me preparé para una charla profunda, preguntándome si tal vez debería irme, cuando se paró delante de mi taburete. La miré con aprensión.

—¿Te vas a quedar a dormir?

Quería pasar la noche con Nick, pero no lo hacía porque era incómodo y complicado, los niños estaban allí y Teegan todavía ni se mudaba.

—Esta noche no, corazón. —Nick se encargó de que no tuviera que responder—. Vamos a llevar las cosas con calma.

—No pasa nada, pa —dijo Hannah, abrazándolo fuerte—. Los tres queremos que seas feliz, y papá Danny me dijo que debería echarte un ojo para asegurarme de que así es.

—¿De verdad? —A Nick se le llenaron los ojos de lágrimas; los cerró y abrazó a su hija con fuerza—. No debió hacerlo.

—Yo le pregunté. Lo obligué a que me lo dijera. Quería saber qué podía hacer para ayudarlo. Primero no quería decirme nada, pero

me dio el gusto porque deseaba que fuéramos felices. —Hannah empezó a llorar.

El momento entre ellos se sentía tan en carne viva que no era correcto seguir escuchando. Salí de la cocina y me dirigí hacia la terraza elevada, donde me senté a contemplar el mar.

Tuve la sensación de que era parte de algo trascendental, algo tan grande que cambiaría mi mundo, y ya no digamos el de Nick y sus hijos. Uno en el que no debería meterme sin pensarlo largo y tendido.

Ya no me arrodillaría, ni nos besaríamos y tampoco daríamos pasos importantes.

De momento.

—Han pasado seis años, pronto serán siete —murmuró Nick detrás de mí.

Volteé a mirarlo mientras se acercaba para sentarse en la silla junto a la mía.

—No hay un tiempo definido para el duelo —le recordé, utilizando las palabras que él me había dicho—. Que mi papá haya fallecido hace muchos años, no significa que no piense en él cada paso que doy.

—Ojalá Danny no le hubiera dicho a Hannah que debía verme feliz —dijo Nick en voz baja y se me apretó el pecho.

—Me imagino que no lo dijo con esa intención, quizás pensó que nunca volverías a intentar tener otra relación.

—Y así iba a ser, pero entonces te conocí.

Me miró fijamente y tuve que cambiar de tema antes de que me fundiera en el asiento.

—En fin, eso es lo que hace la gente cuando ve de frente el final, si es que tiene tiempo. Quieren asegurarse de que todos están listos para cuidarse unos a otros. Con mi papá fue así; me pidió que cuidara de mamá y Joel. No me lo tomé mal, pues no era diferente a lo que ya hacía. Y ya me sentía un cuidador, por lo que no me preocupé en absoluto. Sin embargo, no estaba reconociendo a mi madre como debería.

Nick frunció el ceño y acercó su silla.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, como yo era el único oyente, me resultaba fácil imaginar que era la única persona capaz de ayudar a mis padres y a mi hermano a acceder al mundo. Por eso, ni siquiera me desconcertó cuando…

—¿Cuándo qué?

Podría detenerme en ese momento. Quizás fuera lo mejor, porque siempre que explicaba la peor noche de mi vida, me daba la impresión de que quedaba como alguien dañado, y la terapia solo me había ayudado hasta cierto punto. Todavía cargaba con el peso de lo que me vi obligado a hacer, de la forma insensible en la que me habían dejado en una habitación con mi desconsolada madre y mi hermano menor, que lloraba tan fuerte que no podía respirar.

Me reí, pero el sonido salió hueco, lo que ocasionó que el ceño fruncido de Nick se profundizara.

—A ver, imagínate esto. Yo a mis doce años, hablando con médicos y especialistas del hospital, muy sensato y maduro, traduciéndole a mi madre todo lo que me dicen, hablando por ellos. Entonces, cuando mi papá fallece, por la noche, la enfermera me lo notifica a mí. A mí. Me dicen que lo mejor es que yo les explique a mi mamá y a mi hermano que la última operación no había funcionado y que mi padre murió en la mesa de operaciones porque se le detuvo el corazón.

Nick inhaló con brusquedad.

—¿Cómo?

—Me trataron como si fuera un adulto capaz de soportar todo ese peso. No había ningún intermediario en el hospital, a pesar de que papá llevaba enfermo mucho tiempo. No había otra persona que pudiera informarle a mi madre. Me tocó a mí comunicar la peor noticia que jamás he tenido que dar.

—Por Dios. —A Nick se le quebró la voz por la emoción—. No puedo ni imaginármelo.

—No había nada organizado para brindarme ayuda esa noche, ningún tipo de apoyo. Y mi papá me había dicho que debía cuidar de mi familia, así que cuadré los hombros y se los dije. Mamá se puso furiosa y demandó al hospital, aunque no sirvió de mucho. Se llegó a un acuerdo y cada centavo se destinó a Florecer para que pudiera

crecer. Sabes, incluso ahora, algunos lugares prefieren arriesgarse a llegar a un acuerdo antes que proporcionar apoyo básico en lengua de señas.

Nick me agarró la mano.

—Lo siento mucho.

—Es lo que es. Y no culpo a mi papá por su petición, al final vio más en mí de lo que quizás yo veía. Me pidió que fuera fuerte, así que lo fui. Es solo que tuve que lidiar con muchas cosas desde el primer día. Hannah solo está viendo por ti, algo que probablemente habría hecho sin que tu… sin que Danny se lo pidiera.

Nos quedamos en silencio un buen rato, escuchando el sonido de las olas. Mientras la noche nos envolvía en un manto de intimidad y la cálida brisa nos recordaba que estábamos disfrutando de la primavera y que el verano muy pronto haría su aparición.

—Quiero que te quedes esta noche —murmuró Nick justo después de que una ola rompiera en la orilla—, pero…

—Teegan —murmuré—. Cuando todo esté hecho. Cuando ella esté aquí y feliz. No necesitas la carga de un *nosotros* encima de preparar un hogar para su llegada.

—¿Y si lo necesito? ¿Y si tenerte aquí es otra parte perfecta de la complicada vida familiar que anhelo? ¿Y si me enamoré de ti, algo que lleva cociéndose dos años, y es lo más inesperado de toda mi vida?

El corazón se me expandió ante sus palabras. Aunque quería lanzarme al vacío, me tocaba ser razonable. ¿Verdad?

—¿Qué tal si vamos paso a paso? —le sugerí.

Nick suspiró y me apretó la mano un instante.

—Los niños y yo estuvimos hablando y nos gustaría visitar tu centro antes de que Teegan se mude. Teníamos pensado ir este finde…

Lo miré en la oscuridad, mis ojos ya acostumbrados a la penumbra, y lo vi con la vista fija en mí otra vez.

—Estaré allí los dos días.

—Entonces, iremos el sábado a las diez, si te parece bien.

—Estupendo.

Volvimos a hacer silencio, haciendo contraste con el mar de fondo y el murmullo lejano de la gente que caminaba por el sendero entre las casas y la playa.

Me pregunté si al mirar las casas en la orilla se imaginaban qué tipo de personas vivían allí. Me pregunté si se les cruzaría por la cabeza que, sentado en un patio, había un maestro idiota que día a día se enamoraba lenta pero irremediablemente.

Las palabras en mi cerebro empezaron a alborotarse, buscaban cómo escapar. Nick había tenido el valor de decirlas y había llegado mi turno.

Él no era el hombre que imaginé que sería. En su lugar, era amable, centrado, atento, divertido, sexi. Puta, era un buen padre.

—¿Sabes algo?

—¿Qué?

—Yo también me estoy enamorando de ti.

VEINTE

Nick

Nunca me imaginé sentirme así de nuevo por otro hombre. De hecho, tras la muerte de Danny, me pasé un sinfín de noches en vela prometiéndome a mí mismo que lo amaría toda la vida. Hasta que el agotamiento me superaba y me quedaba dormido. A lo mejor fue en mis sueños inquietos que llegué a entender que algún día seguiría adelante porque, en esos momentos, no podía sacarme a Elliot de la cabeza. Ni a Danny, aunque por razones distintas.

—¡Devuélveme eso, Caleb!

—¡Es mío!

Los chicos se peleaban mientras Hannah cantaba una canción que jamás había oído; era el ruido de fondo más maravilloso.

El correo electrónico que acababa de recibir casi logra que me replanteara esa mañana. Zoe insistía en que quería a Teegan con la aseveración de que «le había dado a su vida un giro de ciento ochenta grados» y que «si pudiera encontrar a alguien que le financiara su nueva vida», entonces, ella y Teegan serían felices.

Mi abogado lo descartó. Dijo que su petición no procedería y me preguntó si no quería darle dinero para que se desapareciera.

Ni que fuera tan fácil. Ni que el dinero lo arreglara todo.

Escribí una respuesta rápida, en la que me negaba a pagarle, y luego le reenvié los correos a Gray junto con una breve explicación,

para pedirle que si por favor podía indagar un poco. Él era el mejor cuando se trataba de sacar a la luz lo peor de la humanidad.

A pesar de que quería que Teegan conviviera con un familiar directo —si viviéramos en un cuento de hadas—, estaba igual de decidido a descubrir todo acerca de Zoe.

Tenía que endurecer el corazón. Debía tener determinación.

Una vez que terminé con mis correos, me senté en silencio en un lado de mi cama. Era lo típico de un sábado por la mañana. Sin embargo, ese día no iríamos a visitar a nuestros amigos, no saldríamos al parque ni haríamos ninguna de las cosas que, por lo general, hacíamos como familia. Ese día iríamos al Centro Florecer.

Después de encargarme del correo de mi abogado, me permití sentir el resto de las tumultuosas emociones que me embargaban. Estaba nervioso, emocionado, dudoso. Y no podía dejar de mirar el anillo de bodas, que equilibraba en la palma de mi mano.

Me puse de pie y caminé hacia la puerta para cerrarla, a fin de darme unos minutos. A su edad, mis hijos ya entendían que si veían la puerta cerrada, debían dejarme estar solo. Aunque cuando Teegan se mudara, volvería a entrar en vigor la política de puertas abiertas. Moví la vista a las fotos colgadas encima de la cómoda. De nuestra boda, del día que trajimos a Hannah a casa, del día que llegaron Caleb y Mason y de Danny y yo sentados en un costado de la piscina. La última foto que Hannah nos tomó a los dos juntos.

Danny estaba delgado; la quimio le había cobrado factura y los esteroides ya no lo ayudaban en nada. Llevaba una gorra puesta con la visera hacia atrás, lo que fuera con tal de ocultar su cabeza porque nunca se le pasó el coraje de haber perdido su cabellera rubia.

En ningún momento paré de repetirle que era mi todo y que lo amaba, cosa que lo hacía sonreír. Pero nunca fue suficiente para mí. Yo quería que Danny respirara gracias a mi amor. Quería que este lo hiciera quedarse conmigo.

—Pero tienes que irte —murmuré a las fotos—. Lo entiendo. —Cerré la mano alrededor del anillo y me besé los dedos—. Conocí a alguien, se llama Elliot. No pretendía conocerlo, pero pasó. Es un buen hombre. También es sexi, tierno, considerado y, lo mejor de

todo, se enoja conmigo y me llama la atención cuando la cago. Te caería bien. —Me tragué con dificultad la emoción alojada en mi garganta—. De hecho, se llevarían superbién. A ambos les encanta metérseme en la cara, ambos son cariñosos, ambos son perfectamente imperfectos e imposibles, ambos son…

Agaché la cabeza y cerré los ojos.

«No voy a llorar. No. Voy. A. Llorar».

La primera lágrima me rodó por la cara, seguida de una segunda.

—¡Papá! ¡¿Vas a venir o no?! —gritó Caleb afuera de la puerta.

Disfracé la voz.

—Dame diez minutos. ¡Espérenme en la cocina!

Oí a Caleb correr escaleras abajo.

—¡Papá se va a tardar diez! —le gritó a Mason, que a su vez le gritó a Hannah, quien le respondió que se fuera.

Eso fue suficiente para detener las lágrimas. Aunque la emoción en mi corazón seguía siendo pesada.

—Ya es hora, Danny. Ya es hora.

Descolgué las fotos y las guardé. Las pondría en la sala familiar o en el pasillo. Jamás escondería a Danny, pero su tiempo en la recámara había llegado a su fin.

A continuación, abrí el cajón de mis calcetines, de donde saqué una cajita en la que guardaba las mancuernillas que usé en mi boda —no las había vuelto a usar, salvo aquel día porque me preocupaba muchísimo llegar a perderlas—, y metí el anillo en el aterciopelado espacio. Mientras cerraba la tapa, vi el oro del aro desgastado destellar una última vez. Devolví la cajita a su lugar y la cubrí con calcetines.

Una vez leí en un artículo que el oro podía usarse para añadírselo a anillos nuevos. Como a tres, por ejemplo. De ese modo, Hannah, Caleb y Mason podrían tener esa última parte de su padre. O cuatro. Porque Teegan sabría de Danny y su papel en mi vida. Me aseguraría de que así fuera.

Me eché agua en la cara y fui en busca de mi teléfono. Al ver que había recibido un mensaje de Elliot, me entró el miedo de que hubiera cambiado de opinión y no quisiera vernos ese día. Verme.

BUENOS DÍAS! *Te aviso que hoy vienen perros rescatados a visitarnos. Te lo digo por si acaso alguno de ustedes es alérgico. No veo la hora de verlos. No veo la hora de verte. Besos.*

¿CACHORROS? ¿Perros? ¿Elliot? ¿No veía la hora de verme?

Me detuve en la puerta de mi habitación, los dedos en el pomo, y volteé a ver las fotos un segundo.

«Adiós, Danny. Te amaré siempre».

VEINTIUNO

Nick

El Centro Florecer estaba al final de un camino de tierra, a la orilla de una granja recreativa, en medio de la nada y a media hora de los límites de la ciudad. Recordaba el sitio por un incendio en las colinas que había arrasado esa zona; un incendio que Adam, la pareja de Cameron, combatió unas semanas antes del accidente que le puso fin a su carrera. Él describía el fuego como un ser vivo y podía hablarte durante horas sobre la arboricultura sostenible y la convivencia del fuego con el medioambiente. Adam no solo había encontrado a Cam, sino que estaban enamorados y pronto se iban a casar.

En algún punto, envidié su amor, lo cual era una estupidez, lo sabía. Pero también me alegraba por Cameron, y Adam era un buen hombre.

¿A lo mejor podría llevar a Elliot a la boda? Como mi cita, mi novio, mi amante… mi pareja. Él, yo, cuatro niños; una familia llena de amor.

—… a Joel, ¿te parece bien?

Al volverme a centrar en Elliot, me di cuenta de que me miraba fijamente, de que me había quedado parado en medio de un patio amplio y polvoriento, de que no había ni rastro de los niños y de que se oía un montón de ladridos.

—¿Eh?

—Aprovechando que los niños se fueron a ver los perros, puedo enseñarte el centro y presentarte a Joel, si te parece bien.

Le sonreí para tranquilizarlo.

—Llévame.

Joel sería la primera persona relacionada con Elliot que conocería y que no era maestro. Oscilaba entre el nerviosismo y la emoción. Ya llevaba preparada mi seña para decir «hola».

Con los hombros cuadrados, seguí a Elliot al enorme granero y cruzamos una puerta que tenía el logo del centro. El interior era fresco y cavernoso. Aunque era de una sola planta, las vigas del techo eran visibles, y desde abajo se veían ciertas partes separadas con pantallas.

Un hombre se nos acercó y supe que era Joel porque era una versión más joven de Elliot. Tenía el mismo pelo rubio ceniza, los ojos azules y la amplia sonrisa. Tras estrecharnos la mano, gesticulé un saludo. Joel asintió con aire pensativo y también me saludó. Entonces todo se fue al carajo. Empezó a hacer señas a gran velocidad, cosa que me mareó, y no fue hasta que su hermano le dio un codazo que se detuvo.

—¿Qué? —pregunté antes de decir lo mismo con señas.

—Te está vacilando. —Elliot empujó a su hermano, justo como Caleb y Mason se empujaban entre sí—. Estaba recitando la letra de todas las canciones de Lady Gaga que se sabe —me explicó al mismo tiempo que gesticulaba lo que decía. O al menos eso creí.

Joel se dobló de la risa hasta que su hermano le hizo una llave y se pusieron a luchar un momento. Elliot ya se hacía con la victoria cuando Joel lo tiró al suelo. Disfruté cada minuto, sobre todo cuando le tendí la mano a Elliot para ayudarlo a levantarse y él la tomó antes de robarme un beso rápido.

Un beso.

Delante de su hermano.

Y no me soltó la mano. De hecho, entrelazó nuestros dedos mientras se detenía a ver lo que Joel le decía.

—Dice que estás más alto en la televisión —dijo Elliot con un suspiro—. También dice que eres bienvenido y que, si me lastimas,

te partirá en dos. Puede que haya parafraseado la última parte.

Me soltó la mano para responder.

—¿Puedes decirle que estoy muy feliz de estar aquí y que no tengo intención de lastimarte si puedo evitarlo? —le pedí.

Puso los ojos en blanco y gesticuló lo que le acababa de decir.

Los hermanos se rieron y, gracias a Dios, Elliot volvió a tomarme de la mano y entrelazó nuestros dedos.

—Bien, por aquí…

El recorrido terminó demasiado pronto. Empezamos en el aula y acabamos en dos despachos pequeños, con persianas en las ventanas. Al parecer, los utilizaban para recibir a los terapeutas y voluntarios que se ocupaban desde la financiación hasta la asistencia médica. El centro tenía un espacio dedicado al arte, cuyas paredes estaban cubiertas de ilustraciones, y en ese momento había una docena de niños pequeños. También contaba con una zona de descanso, donde se encontraban algunos adultos sentados en mesas, bebiendo café y charlando, o comunicándose con señas. Cuando llegamos al final del recorrido y salimos por la puerta trasera a un jardincito, donde se cultivaban frutas y verduras, me encontraba saturado de información.

—Este lugar es increíble.

Elliot me atrajo hacia él, hasta que pudo agarrarme la mano izquierda, y quedamos tan cerca que podríamos besarnos.

—No puedo dejar de pensar en ti —murmuró.

Justo cuando estaba a punto de besarme —juraría que iba a hacerlo—, se quedó quieto. Me levantó la mano y pasó el pulgar por mi dedo anular.

—¿Nick?

Le acaricié la mejilla con la mano.

—No podía permitirme enamorarme de otra persona sin soltar —le expliqué, esperando haberme dado a entender y que él hubiera comprendido.

Elliot cerró los ojos un instante y luego apoyó la frente contra la mía.

—No tengo palabras —admitió en voz baja—. Es demasiado pronto para decirte que te amo, ¿verdad?

Quizás lo fuera, quizás no. Sin embargo, al besarnos, me dio la sensación de que el amor nos había estado acechando.

Solo nos separamos porque Hannah nos encontró y exigió que dejáramos de besuquearnos y fuéramos a ver los perros. Palomita a mi hija por su enfoque directo de la vida; tache por interrumpirnos. Aunque Elliot no parecía molesto. Todavía me tenía agarrado de la mano.

Así nos metimos en el corral, donde se hallaban seis perros, mis hijos y otros niños, que parecían ser de la edad de Mason.

—Los traen una vez al mes para tenerlos al aire libre y que reciban un poco de cariño —me explicó Elliot mientras un *spaniel*, que debía de ser un cruce con un caniche, a juzgar por sus pelos largos y muy rizados, se zangoloteaba frente a él e intentaba lamerlo, cosa que Elliot rechazó por completo.

Agarré la masa de pelo, que no dejaba de retorcerse, y fue mi turno de recibir su ataque. Disfruté cada instante que pasé sentado en el suelo con mi familia y Elliot.

—¡Tío Elliot, te busca mi papá! —Una niña de unos siete años, se paró junto al corral—. Hola, usted debe de ser el señor Adonis —añadió, mirándome fijamente.

Elliot carraspeó y la corrigió:

—Horner, Kenzie. —Me lanzó una mirada—. Kenzie, te presento al señor Horner.

—Hola, Kenzie, llámame Nick. Ella es mi hija Hannah.

—Hola —saludó la niña. Luego apoyó la barbilla en la cerca—. Mi papá dice que eres el señor Adonis del tío Elliot.

—Voy a matar a mi hermano —masculló Elliot.

—Muy amable de su parte —dije.

—Dice que eres el novio de mi tío y que se besan y así.

—¡Kenzie! —exclamó Elliot, horrorizado. Aunque no de mala manera, sino más bien porque se moría de la vergüenza.

—Son supernovios —anunció Hannah. Ambas conectaron al instante.

Si pasar tiempo juntos riendo, besándonos y haciendo cosas normales como nadar con los niños, o preparar la cena nos convertía en novios, entonces, lo éramos. No tenía sentido tergiversar lo

obvio, pero si a Elliot le daba vergüenza, tal vez no estuviéramos en la misma sintonía. Me negué a sentirme decepcionado porque, a pesar de que no tenía ni idea de dónde encajaba él en mi vida, sí sabía que, fuéramos lo que fuéramos el uno para el otro, de momento nos funcionaba. Por otro lado, Elliot había mencionado la palabra que empieza con A.

—Oye, Kenzie, ¿le puedes decir a tu papá que lo busco más tarde? —Era claro que Elliot quería dar por finalizada la interacción.

—De acuerdo.

La niña salió disparada. En su camino hizo una rueda de carro y se dirigió a la casa que había visto al llegar. Me dieron ganas de preguntarle qué había dicho Joel sobre Elliot y yo, pero a lo mejor no era el mejor momento.

—Niños, ¿eh? —dijo Elliot en voz baja para que solo yo lo oyera, e intercambiamos una mirada—. Digo, para ser novios, tendríamos que besarnos y pasar todo el tiempo juntos.

Capté que me tomaba el pelo y que me había dejado a mí la parte de confirmarlo o negarlo. O al menos de comentar algo al respecto.

—También tendríamos que tocarnos —señalé y choqué el hombro con el suyo—. Me gusta cómo suena, por cierto —añadí.

No fue posible seguir hablando porque el labrador negro al que había estado acariciando decidió volver a sentarse en mi regazo. Y, para ser sincero, el día se trataba de los perros.

Me aclaré la garganta.

—Encontré un programa llamado Patitas con Causa, que otorga perros señal a personas sordas, ¿sabías que existen? —Allí iba una pregunta tonta—. Lo siento, claro que lo sabes.

—Tengo amigos con perros de ese programa —me respondió, cruzando las piernas para inclinarse y acariciar a un terrier que saltaba delante de nosotros.

—Estaba pensando que quizás debería esperar para adoptar una mascota, ya que a los perros señal los entrenan según las necesidades del adoptante. Uno de esos sería capaz de alertar a Teegan de sonidos, como un detector de humo o el timbre de la puerta. Aunque el timbre de la casa cuenta con alertas visuales. Y de

todos modos, no quiero que ella abra la puerta cuando apenas tiene tres años. ¿Sabías que los perros pueden responder a la lengua de señas? Sí, de seguro eso también lo sabes. —Toda la información se me salió a borbotones, tal vez porque me sentía en carne viva por la emoción y megaconfundido por todo.

—No pasa nada —dijo después de un momento—. Todo saldrá bien.

Ojalá pudiera creerle, porque todas las dudas sobre Zoe y sobre si yo era la persona adecuada para Teegan volvieron a apilarse, como cada maldita vez que bajaba la guardia. Aunque eso no cambiara nada —ya consideraba a Tegan mi hija—, parecía que no podía dejar de preocuparme por todo, algo que ahuyentaría a Elliot si no tenía cuidado.

En su lugar, me concentré en rascarle las orejas al labrador.

—¿Cómo se llama? —le pregunté al fin a la señora encargada de los perros, solo para romper el silencio.

Elliot esbozó una sonrisa pequeñita mientras yo intentaba no volver a ponerme de nervios.

La dueña del refugio, una mujer maravillosa llamada Shelley, gesticuló algo, que no logré descifrar, por lo que me giré hacia Elliot en busca de ayuda. Sin embargo, Hannah se me adelantó, moviendo las manos con rapidez. De algún modo, ambas mantuvieron una conversación.

Entonces Hannah se volteó hacia mí.

—Shelley dice que el perrito se llama Humphrey, que tiene cinco años y que en el refugio está su hermano, Jellybean. Vienen juntos.

No sabía qué analizar primero: los nombres, el hermano que habría que llevarnos si decidíamos adoptar, por supuesto, o el hecho de que mi hija hubiera entendido las señas.

—¿Todo eso entendiste? —le pregunté a Hannah al tiempo que Humphrey se tumbaba bocarriba pidiendo que le acariciara la barriga, como si supiera que podría conseguir un hogar.

—Algunas cosas —reconoció, con un rubor en las mejillas.

—Hemos estado practicando en el colegio a la hora del almuerzo —explicó Elliot—. Hannah y algunas de sus amigas.

—¿Por qué nadie me lo dijo?

¿Debería sentirme dolido? Pues ya que estábamos, sí. Era la única emoción que no había sentido durante la montaña rusa que había sido ese día.

—Iba a ser una sorpresa. —Hannah sonrió de oreja a oreja—. Pero quería intentarlo hoy, en especial si había alguna posibilidad de que adoptáramos un perro. Cuando le pedí su ayuda, aceptó sin más. Llevamos semanas reuniéndonos todos los días, y también ha estado enseñando algunas cosas en clase.

Me giré para mirar a Elliot, que acariciaba a otro perro y miraba hacia otro lado. A propósito, pensé.

Diablos, el hombre se había vuelto aún más perfecto.

Mi corazón no sobreviviría.

La puertecita del corral se abrió y se cerró. Cuando alcé la vista, vi que una mujer entraba, y tuve que voltear una segunda vez al advertir que era la versión femenina mayor de Elliot. Compartían los mismos ojos azules penetrantes y el mismo pelo rubio ceniza.

La señora se agachó para acariciar al perro y le dijo algo rápido en lengua de señas a Elliot mientras yo me apresuraba a levantarme y parecer presentable.

—Ella es mi mamá, Marianne Curtis.

Me limpié la mano en el pantalón y se la tendí, antes de retirarla para gesticular un saludo y mi nombre y ofrecerle la mano de nuevo.

<Hola>, me dijo con una sonrisa. Acto seguido, continuó con las señas, de las que solo entendí la mitad. Me pareció que mencionaba algo sobre el placer y los perros, y reconocí el nombre de Teegan.

Aturullado, llené los huecos como me había enseñado Elliot y asentí con la cabeza para mostrar que coincidía con ella. Que era un gusto conocerla, que los perros eran geniales; y que, sí, que era yo quien iba a adoptar a Teegan. Suponiendo que todo eso era lo que había dicho, claro. La señora me dedicó una sonrisa, acompañada de una palmadita en el brazo, y luego le dijo un montón de cosas a Elliot.

No podía quitarle los ojos de encima, hipnotizado por la facilidad con la que se comunicaba con su hijo. Lo que fuera que le dijo, causó que Elliot se pusiera escarlata y agachara la cabeza.

—Mamáááá —se quejó en voz baja, por lo que supuse que le había dicho algo para avergonzarlo.

La mujer soltó una risa y acarició a los perros.

Esperé a que mirara en mi dirección para presentarle a mis hijos, cosa que me resultó muy fácil. Los tres la saludaron con la mano y Hannah agregó la seña de «hola».

Cuando Marianne se marchó, me hizo prometer que volvería un día a cenar.

O eso creí que me había dicho.

—Ojalá le hubiera podido hacer preguntas —comenté y Elliot me lanzó una rápida mirada.

No solo con el fin de saber cómo fue Elliot de niño, quería que me aconsejara sobre cómo ser un buen padre para Teegan. Era absolutamente imposible poder hacerle todas las preguntas que tenía en esos momentos, pero tal vez algún día se me diera la oportunidad.

—¿Para sacarle todos los trapos sucios de mi infancia? —me preguntó Elliot.

Quedé fascinado con el rubor que le teñía las mejillas.

—Quiero saber qué fue lo que te dijo que hizo que te sonrojaras.

Puso los ojos en blanco.

—Blablablá qué guapo, blablablá niños, blablablá —explicó sin mirarme.

Bajé la voz y le dije:

—Lo eres.

Elliot ensanchó los ojos.

—¿Soy qué?

—Guapo —respondí.

Le dediqué una sonrisa y se puso todavía más rojo.

—Hablaba de ti —murmuró. Al cabo de unos momentos, nos sentamos de nuevo y esa vez Elliot se colocó más cerca de mí; nuestras rodillas tocándose mientras continuábamos acariciando a los perros—. Quiere que un día de estos vengas a cenar —añadió.

—Algo había entendido. —Estaba muy orgulloso de mí mismo.

Y cuando Elliot descansó una mano en mi rodilla, por un instante me sentí todo un genio.

VEINTIDÓS

Elliot

UN MENSAJE DE NICK BASTÓ PARA QUE MI DÍA DIERA UN GIRO RADICAL. UN mensaje muy directo.

LOS NIÑOS *se van a quedar a dormir en casa de Cameron, ¿quieres venir?*

HABÍAN TRANSCURRIDO siete semanas y tres días desde aquella noche que nos reencontramos en el despacho de la directora. De ahí que me urgiera llegar a su casa lo antes posible.

Me subí al coche y me dirigí hacia la costa antes de que pudiera reconsiderarlo, consciente de que probablemente ocurrirían besos, a lo mejor algunos empujones, chupadas e incluso más.

Cuando llegué a la reja de la pequeña zona residencial, esta se abrió. Saludé a los guardias de la caseta y avancé hasta que me estacioné afuera de la casa de Nick. El motor de mi coche todavía ni empezaba a enfriarse y yo ya me encontraba llamando a la puerta con fuerza.

En cuanto Nick abrió, me le lancé directo a los brazos y, tras cerrar la puerta, nos besamos.

E hicimos combustión.

Nos quitamos la ropa a toda prisa —tropezando y cayéndonos el uno sobre el otro en nuestro camino por las escaleras— y recogimos las prendas del suelo para llevárnoslas. Las risas se convirtieron en gemidos ahogados a medida que los besos se volvían más profundos. Nos detuvimos en el rellano y Nick me empujó contra la pared, con una mano en mi erección. Me pasó el pulgar por la abertura y luego me acarició el miembro de arriba abajo.

—Tengo ganas de dar este paso; tengo ganas de ti. —Añadió un giro de muñeca.

Se me escapó un grito ahogado ante la sensación. A ciegas, estiré el brazo en busca de su pene, sin ningún pensamiento en la cabeza más que el de tocarlo, pero Nick me apartó la mano.

Entonces tiró de mí y me llevó a su recámara. Una vez dentro, cerró la puerta —siempre el padre meticuloso— y, acto seguido, me empujó hacia atrás hasta que la parte posterior de mis rodillas entró en contacto con la cama. Al caer, Nick se arrodilló y empezó a besar cada centímetro de mi cuerpo, desde el abdomen hasta los muslos, antes de centrarse en hacerme una mamada lenta, que calmó el ritmo de las cosas; pero que, al mismo tiempo, casi me lleva al límite. Los sonidos que Nick emitía provocaron que un fuego me ardiera en las venas. Y cuando me dijo lo mucho que deseaba dilatarme y cogerme, el fuego se intensificó. Sus promesas y sus caricias se volvieron insoportables, por lo que tiré de su pelo. Luego de hacer que se subiera a la cama, nos arrastramos hasta la cabecera.

Nick se colocó entre mis piernas, extendido sobre mi cuerpo, y me besó. Quería más besos, más caricias, pero sobre todo lo quería dentro de mí. Le envolví la verga con los dedos, deslizándome un poco más arriba para estar pegado a él, y durante un buen rato, permanecimos inmóviles, con la respiración agitada.

Dios, Nick era guapísimo. Nunca había deseado a nadie tanto como lo deseaba a él. Levanté la rodilla con la intención de que se deslizara un poco hacia la izquierda. Justo donde lo quería. Era supersexi estar así de cerca.

—Soy adicto a tus besos —murmuró, mordisqueándome el labio.

Se adentró en mi boca para paladearme, y nuestras lenguas se deslizaron la una contra la otra en el más perezoso de los bailes mientras yo sonreía.

—Hablar —atiné a decir entre besos. No habíamos discutido las cosas importantes por habernos dejado arrastrar por la pasión furiosa. Así mismo habíamos comenzado, y en esos momentos nos encontrábamos tremendamente enamorados. ¿En qué situación nos dejaba eso?—. Negativo. PrEP —resumí al tiempo que Nick se inclinaba y rebuscaba en los cajones de su mesita de noche.

—Igual —me dijo. Soltó un suspiro de alivio cuando consiguió agarrar los condones y el lubricante—. Hace muchísimo que no tengo intimidad con nadie, pero fui de compras —añadió con un movimiento de cejas sugerente.

Nunca había sonreído tanto estando con un hombre, algo que era especial para mí y que era tan diferente a todas mis demás relaciones.

Se vertió un poco de lubricante en los dedos, embadurnándoselos bien a la altura de mis huevos, y me dio unos golpecitos en el ano antes de empujar con gentileza la punta de un dedo en mi interior.

—¿Todo bien? —me preguntó con una sonrisa, y me dio otro beso apasionado cuando me empujé contra su dedo.

—Más —le pedí.

Me metió otro dedo y el ardor que le siguió se alivió de inmediato. Chupó el interior de mi muslo con tanta fuerza que de seguro me había dejado un chupetón; la prueba de que ese momento de intimidad estaba sucediendo. Lamió toda la longitud de mi verga, succionó la punta a la vez que hundía los dedos en mi interior y luego me tragó entero.

Vi estrellas. Estaba a nada de venirme. Mientras me empujaba contra su boca y me ensartaba en su dedo, solo pensaba en tener a Nick dentro de mí.

—Métemela. Ya —le exigí y, un instante después, solté un gemido, pues Nick acababa de rozar ese punto que me elevaba al cielo. Continuó acariciándome la próstata hasta que se me arqueó la espalda y estuve muy cerca de acabar—. No… no más… —Debió de

oírme, porque me apretó la base del pene para impedir que me viniera, disminuyendo la intensidad de las sensaciones.

Tuve que ayudarlo con el condón, ya que el lubricante le había dejado las manos resbalosas. Nos reímos cuando no funcionó como esperábamos.

—Había visualizado que la cosa se me daría mejor —murmuró Nick cuando se le resbalaba la mano. Terminé de colocarle el preservativo—. Perdón, hace muchísimo tiempo de mi última vez.

¿Por qué se disculpaba? Esa era la experiencia sexual más perfecta de toda mi perra vida.

Una vez que tuvo el condón puesto, me moví para ponerme en cuatro, pero me detuvo.

—Quiero verte la cara, ¿por favor?

No iba a rechazar semejante súplica, una con voz ahogada.

Me agarré las rodillas y me llevé las piernas al pecho, quedándome quieto. Nick usó más lubricante antes de abrirse camino en mi interior. Se inclinó hacia delante y me besó mientras yo soltaba un suspiro por el ardor. Quería ese dolor, lo necesitaba más que a mi próximo aliento. Nick empujó de nuevo e hizo una pausa para permitirle a mi cuerpo acostumbrarse a él.

—Ya —le ordené.

Con suavidad, muchísima suavidad, se adentró hasta el fondo, llenándome, su cuello tenso por el esfuerzo y la mirada clavada en la mía. Necesitaba que Nick encontrara ese punto. Pronto, estableció un ritmo implacable, con ambas manos cerradas en puños a cada lado de mi cabeza. Por cada estocada, me daba un beso. Juraría que noté el sabor de lágrimas, de risa y del tipo de locura que me inundaba solo cuando estaba a nada de llegar al orgasmo.

—Te amo —me dijo justo en el momento en que daba con ese punto mágico. Eché la cabeza hacia atrás y se me escapó un gemido bajo—. Eres mío —gruñó—. Mi hermoso novio. Te deseo. Qué apretado estás. La próxima vez quiero que me cojas. Te necesito. Mío.

Sus palabras, junto con el húmedo calor, me llevaron al límite, y volé hacia mi liberación. El éxtasis que me inundó me tuvo jadeando y soltando gritos.

—¡Mierda! —exclamó Nick. Tras dar dos embestidas rápidas, se tensó sobre mí. Intentó besarme, pero lo único que conseguimos fue intercambiar gemidos sofocados y suspiros entrecortados—. Mierda —repitió y se movió un poco dentro de mí, lo que me hizo gemir contra su boca, desencadenando un beso distinto. Demasiado sensible. Demasiado… todo.

Nick me la sacó y se quitó el condón antes de dirigirse al baño, de donde emergió con una toalla para limpiarme.

El cansancio se apoderó de él cuando se subió de nuevo a la cama y me atraía hacia sus brazos. Entonces nos cubrió con las mantas. Extasiado y extenuado, me acurruqué junto a él y enseguida me quedé dormido. Envuelto en sus brazos. Justo donde quería estar.

Enamorándome hasta las trancas de Nick sin siquiera intentarlo.

NOS DESPERTAMOS PASADAS las seis de la mañana. Bueno, más bien Nick me despertó con una mamada, que ni siquiera me di cuenta de que ocurría hasta que abrí los ojos y comprendí que no era un sueño. Preparó café y me llevó al balconcito adjunto a su habitación, con vistas al mar.

Me senté en la primera silla que vi, dejando mi taza en la mesa de centro, y Nick se quedó mirando la playa durante muchísimo tiempo con aire pensativo. Me dio la impresión de que luchaba contra cientos de demonios. Imaginé que la mayoría estaban mezclados con recuerdos de Danny. Contemplé la posibilidad de escabullirme de allí y bajar. Al fin y al cabo, esa era la habitación que una vez compartió con el hombre con el que había estado casado, por lo que era lógico que ese hubiera sido su balcón. Su lugar especial.

Eran demasiados recuerdos. Y a pesar de que el corazón se me partiría en cualquier momento bajo el peso de la confirmación de que amaba a Nick, no estaba listo para entrometerme en su pasado.

Aunque podía quedarme. Hablar con él, conocerlo mejor y comprender cuál era mi lugar en su mundo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Hizo contacto visual conmigo y me miró como si me estuviera viendo por primera vez.

—Sí, perdón. —Tomó asiento y se acomodó para poder mirarme de frente—. Parece que no dejo de repetir «perdón».

—No te disculpes. De todos modos, quería hablar contigo sobre tu aparición en la televisión y todo eso.

Nick enderezó los hombros. Todo sexi y serio al mismo tiempo.

Me calenté y no ayudó que le viera el chupetón que le había dejado en la piel, que el hombre estuviera sentado allí solo con unos pantalones cortos y que pudiera recordar cada centímetro de su cuerpo por haberlo tenido tan cerquita de mí. Si bien Nick me tentaba demasiado, la verdad es que quería ahuyentar los fantasmas de sus ojos. De ahí que siguiera adelante con la idea tonta de preguntarle algo.

—Dime.

—¿Ves que se supone que los subtítulos de las películas muestran lo que se dice en la pantalla?

—Ajá…

—A mí me encanta *Breaking Bad*. Cuando dicen groserías, estas no se censuran en la serie. Sin embargo, nunca las incluyen en los subtítulos. Es como si yo, que soy oyente, pudiera oír las maldiciones; pero, uy, cuidadito con que mis ojos vírgenes las lean. Si las groserías son intrínsecas a la trama, los subtítulos deberían dar prioridad a la accesibilidad sobre la censura, ¿no?

Nick se me quedó mirando, perdido en sus pensamientos, lo que hizo que me preguntara qué le estaría pasando por la cabeza. ¿Pensaría que lo que acababa de decir era una estupidez? De ser el caso, no había expuesto bien mis argumentos. ¿O estaría planeando una forma de juntar una turba para que atacara la estación de televisión de la ciudad? De repente, me cayó la ficha de que era capaz de deducir mucho de su quietud. Por eso fue que supe que estaba maquinando una forma de intentar arreglar las cosas.

Era posible que lo amara aún más por eso.

—Voy a hablar con Gray. Tal vez podría hacer un documental centrado en la falta de accesibilidad o en el gasto público frente a la inversión privada. O yo podría hablar con la gente. Déjalo en mis manos.

La luz que reflejaban sus ojos había disipado la tristeza.

—¿Pelearías contra eso por mí? —le pregunté.

—Por ti. —Nick me tomó de la mano. Parecía ansiar el contacto constante, y yo no me iba a poner a discutir esa cuestión con él—. Y por Teegan. Por la gente del Centro Florecer, y por todas las demás personas que no encajan en los rígidos límites de lo que la sociedad considera normal. No todos los problemas son visibles y el acceso es vital. Si puedo hacer que el mundo sea un lugar mejor para Hannah, para Teegan, para ti, para la gente que conoces, para la mujer que vive al final de la calle cuyo hijo es autista, o para el hombre que acaba de volver de la guerra y lucha contra el trastorno de estrés postraumático, o para…

Lo tomé de la cara y le di un beso apasionado. No para callarlo, sino porque no aguantaría ni un momento más que siguiera siendo tan perfecto. Se merecía un beso. Necesitaba que lo besara. Nick tenía que entender que era especial y valioso y que lo amaba.

Al principio se sorprendió. Incluso se ofendió un poco, pero, un instante después, se derritió en el beso tal y como yo quería.

Sin decir una sola palabra, Nick se levantó y me llevó de vuelta a la habitación. Esa vez libre de fantasmas.

—Te amo —le dije en un susurro.

—¿De verdad? —respondió, acunándome la cara y mirándome a los ojos.

—¿Es muy pronto?

—Han pasado dos años.

—Eso es verdad.

—Pues sí, ya solté las palabras, *novio*.

Nick se rio entre dientes antes de depositar un beso en la punta de mi nariz.

—Supongo que será mejor que sea sincero y te vuelva a decir que yo también te amo, *novio*.

—La sinceridad siempre es buena —atiné a decir al tiempo que me besaba la frente y de nuevo la nariz.

—¿Y si aprovecho esa sinceridad para decirte que quiero que me cojas ahora mismo? —me preguntó. Percibí en su voz una cautela que iba más allá de nosotros dos.

—No quiero cogerte —respondí, y Nick frunció el ceño.

—Ah. Bueno, pero…

—Te voy a hacer el amor.

—Ah. —El ceño fruncido se esfumó—. De acuerdo.

Nick me comió la boca con tantas ganas que los dedos de los pies se me enroscaron.

Cuando le hice el amor, al inicio fue erótico, rápido y carnal; y al final fue suave, tierno y perfecto.

Sip.

Estaba enamorado.

VEINTITRÉS

Nick

Gray no se anduvo con ceremonias al entrar en mi cocina. Se sirvió un refresco, abrió el galletero, de donde agarró dos galletas, y luego se sentó en un taburete de la isla.

—Pues esto es lo que tenemos hasta ahora con respecto a Zoe Vickers.

Deslizó la pila de papeles hacia mí. Trabajaba a la antigüita cuando se trataba de recopilar información. Con un movimiento de la cabeza me indicó que los tomara.

—¿Qué averiguaste? —Nunca dudé de que Gray encontraría algo sobre Zoe.

Una parte de mí quería que la información bastara para sacarla de nuestras vidas, y otra parte quería que sirviera para redimirla, de ese modo, Teegan podría conocerla algún día.

—Le encontré un montón de mierda al hombre que está detrás de esto.

Abrí el archivo. Eché un vistazo al resumen de la primera hora y me detuve en seco al ver un nombre que reconocí. Era el tipo que había intentado extorsionarme después de que rechazara sus servicios.

—¿El maestro de lengua de señas? ¿Ian Stokes? ¡Esto tiene que ser una broma!

—¿Lo conoces?

Miré a Gray a la cara y, por un momento, no supe qué decir en absoluto. Entonces todo salió a borbotones.

—Es un experto en lengua de señas, que supuestamente anuncia discreción y apoyo en casos de adopción, pero acabó exigiéndome dinero para no contar mi historia. —Me detuve para respirar y proseguí—: Si él quería, podría venderla para crear titulares sensacionalistas, metiendo a mis hijos en algo que quería evitar. Mierda, Gray. Debería haberle pagado.

No pude continuar leyendo, así que cerré el archivo enseguida.

Gray asintió, comprendiendo mi renuencia a seguir leyendo; me conocía mejor que yo.

—Bueno, para no hacerte el cuento largo, Ian Stokes fue el que incitó a Zoe Vickers a exigir la custodia de Teegan y está pidiendo que se la entreguen de inmediato.

—¡Ni madres! Lo que quiere es dinero, solo está usando a Zoe. Nunca ha dejado de verme como su mina de oro.

Necesitaba pensar, pero en ese preciso momento llamaron a la puerta, lo que me distrajo de la discusión. Me apresuré a abrirle la puerta a Elliot y lo atraje hacia mí para darle un beso apasionado e interminable justo allí. No fue hasta que Gray me dio un golpecito en el hombro que nos separamos.

—Eh… ¿Nick?

Aunque me aparté, no solté la mano de Elliot, que con cara de atarantado, se aferró a mi agarre. Necesitaba ese beso más que al aire del mismo modo que lo necesitaba a mi lado para hacer lo que tenía que hacer a continuación.

—Gracias, Gray.

Saqué mi teléfono y les envié un mensaje, con una sola mano, a mis abogados. En menos de un minuto, concertamos una reunión con Zoe para más tarde ese mismo día.

Lo que me restaba era pedirle un favor a Elliot, quien seguía atarantado y no entendía nada.

—¿Vendrías conmigo?

—¿A dónde? —me preguntó, ceñudo.

—¿A la que posiblemente sea la reunión más importante de mi vida?

—Bueno… —respondió Elliot, dubitativo.

Sin embargo, una vez que Gray terminó de explicarle lo que había descubierto, ya no estaba atarantado, sino encabronado.

Esperó a que terminara mis cosas con Gray y no me interrumpió cuando grabé un video corto ni tampoco cuando llamé a varios contactos para cobrarme favores.

Entonces llegó la hora de irnos.

Esperaba haber interpretado bien la situación y estar haciendo lo correcto.

Por mi familia. Por Teegan.

Y tal vez hasta por Zoe.

LAS OFICINAS ESTABAN EN SILENCIO, las gruesas alfombras absorbían el sonido. Me dio la impresión de que cada palabra que decía mientras caminábamos hacia el despacho del abogado tenía que susurrarla. Elliot debió de sentir lo mismo, porque todos sus comentarios sobre la oficina, las sillas y las ventanas los había dicho en voz baja. Sabía que hablaba para llenar el silencio, probablemente para distraerme y tal vez para tener algo en qué pensar. Y lo amé por eso.

La secretaria delante de nosotros abrió las puertas de par en par y nos invitó a pasar, ofreciéndonos bebidas. Un ofrecimiento que decliné, educado, ya que lo único que yo quería era acabar con esa situación.

La amplia estancia se me figuró pequeña al advertir que Zoe, Ian y dos abogados se encontraban agrupados en un lado. Mi abogado estaba sentado detrás de su escritorio, y se acercó de inmediato para estrecharme la mano. Tras intercambiar un breve gesto con la cabeza, le presenté a Elliot.

Tomamos asiento y esperamos a que Zoe y su equipo nos acompañaran. Lo que fuera que estuvieran haciendo era una especie

de demostración pedorra de poder. O tal vez era un intento de intimidación, dada la forma en que Ian exudaba una confianza engreída. Él de verdad creía que me tenía en sus manos.

Puede que mis padres y yo no fuéramos cercanos, que tuviéramos una relación disfuncional rara, pero una cosa sí me habían enseñado: nuestra familia no se rendía sin dar pelea.

Cuando al fin se sentaron, pude mirar bien a Zoe. Había visto una foto suya de más joven, y el tiempo no había sido amable con ella. A sus veintitrés años, estaba esquelética, agotada y llena de cicatrices. A pesar de que la desesperanza se reflejaba en sus ojos atormentados, vi que era igual de bonita que su hija. Compartían los mismos ojos oscuros y tenían el pelo corto. Zoe llevaba un vestido verde limón, manchado de la parte baja. Y por lo visto era consciente de ello, porque tapó la mancha con la mano. Se la veía nerviosa. Asustada, incluso. Tuve que luchar contra el loco impulso de abrazarla.

A su lado, Ian Stokes estaba sereno, aunque seguía habiendo una sonrisa de satisfacción en sus finos labios. Estuve a punto de llamar al 911, pues la extorsión bastaba para conseguir que se lo llevaran en el asiento trasero de una patrulla.

«A lo mejor así habría sucedido si lo hubiera reportado la primera vez que intentó extorsionarme». ¿Me arrepentía? Mucho.

—Les gustaría plantearnos su propuesta. —Mi abogado se dirigió a los otros abogados, pero levanté la mano al tiempo que estos empezaban a hablar.

—Quizás Zoe debería explicar lo que quiere. Me gustaría escucharlo de su boca.

La cara de la aludida era de puro terror, y no dejaba de juguetear con la mancha, de tirar de la falda del vestido. Me vi obligado a blindarme y visualizar en Teegan.

Ian le dio una palmadita en la pierna y Zoe hizo una mueca, apartándose de él. Tanto que el hombre frunció el ceño. Suponía que no la quería demasiado lejos, no fuera a ser que tuviera criterio propio. Eso era lo que yo esperaba.

—Sí, dile que quieres a tu hija, Zoe.

La joven abrió mucho los ojos. Tosió, agarró el vaso de agua con manos temblorosas y bebió un sorbo para darse unos momentos.

—Quiero que me devuelvan a Teegan —dijo.

Todos esperamos a que continuara, pero se mordió el labio y volteó a ver a Ian, cuyo ceño fruncido se había profundizado aún más. Este le susurró al oído, algo que quizás hubieran ensayado. No obstante, Zoe negó con la cabeza y el agua le salpicó la mano.

Agarré un pañuelo y se lo ofrecí, y ella lo tomó sin mirarme a los ojos. Le toqué el brazo en señal de simpatía e Ian puso los ojos en blanco. Esperé a que me dijera que no podía tocar a Zoe, porque estaba dispuesto a llamar a la policía en cuanto lo hiciera. Cruzamos miradas y me mantuve firme. Me llevé la victoria cuando rompió el contacto primero.

Yo no pensaba echarme para atrás, y él necesitaba saberlo.

Ian tomó la palabra.

—Lo que Zoe intenta decir es que, como madre biológica de Teegan y única persona que puede amar de verdad a esa linda niña, cree que lo correcto es que se la devuelvan. Solo el amor de una madre es puro, y ella lamenta haber renunciado a su hija cuando, claramente, estaba sumida en una depresión posparto.

El tipo se reclinó en la silla como si su trabajo allí hubiera terminado, pero pude ver el brillo en sus ojos.

Iba yo.

—Te equivocas —le dije a Zoe, ignorando a Ian—. No eres la única que puede amar a Teegan. Yo la amo y mis hijos la aman.

Se le pusieron los ojos vidriosos por las lágrimas.

—¿De veras? —preguntó y se alejó un poco más de Ian.

Los dos abogados junto a él apenas abrieron la boca. Sus trajes baratos y el pelo fijado hacia atrás hicieron que me preguntara qué tan buenos eran en realidad.

—Supongo que firmaron los documentos correspondientes para seguir adelante con esto —murmuró mi abogado, que les tendió la mano, pero nadie se movió.

Ian alternó la mirada entre mi abogado y yo, y me pareció detectar miedo en su expresión. Tenía que saber que se encontraba

en terreno peligroso. Hice una pausa bastante larga para darle la oportunidad de que se echara la soga al cuello. No me decepcionó.

—Por supuesto, Zoe también entiende que quizás Teegan esté mejor bajo tu cuidado, por lo que, si se llega a un acuerdo económico, ella firmará cualquier documento necesario para que la niña sea tuya.

—Muy bien. —Moví mi silla para quedar de cara a Zoe—. ¿Por cuánto dinero me vas a vender a Teegan? —le pregunté, y la joven abrió los ojos como platos, negando con la cabeza—. Ya habías buscado hacer eso antes, ¿verdad? Me dijeron que se la ibas a vender a alguien.

—Ella necesitaba un hogar de verdad.

—Pero querías dinero a cambio, ¿no? Tú dime cuánto hay que pagar. ¿Es lo que te hace falta para comprarte tu próxima dosis? ¿Una casa? ¿Un coche?

—No… No puedo… —Volteó a ver a Ian y dejó de mascullar.

—Zoe quiere cinco millones —anunció el tipejo sin titubear.

Lo ignoré y me centré en la única persona con la que necesitaba conectar.

—¿Es correcto eso, Zoe? ¿Quieres venderme a Teegan por cinco millones? Sabes que tengo el dinero. Podría dártelo ahora mismo.

—¿Nick? —murmuró Elliot detrás de mí a la vez que me colocaba una mano en la espalda. Quizás fuera para tranquilizarme o quizás fuera una advertencia. En cualquier caso, me hizo saber que estaba allí, y se sintió natural.

—No. —Zoe ensanchó los ojos—. No quiero venderla. Nunca lo hice con esa intención… Es que estaba… desesperada… No puedo ser su madre. No quiero serlo.

Conservé la calma y mantuve un tono de voz sereno y comprensivo.

—Lo entiendo. Debe de ser difícil cuando el alcohol y las drogas te llevan a querer vender a tu propio bebé. —Odié lastimarla. Herir a la gente no era propio de mí, pero necesitaba seguir adelante si quería tener alguna posibilidad de alejarla de Ian y darle la oportunidad de algo diferente.

La mujer volvió a fruncir el gesto cuando mis palabras dieron en el blanco. Aunque sabía que estaba siendo un hijo de puta, no me quedaba otra.

«Es por Teegan. Y esto es por Zoe».

—Tengo una contrapropuesta —empecé a decir.

—No —espetó Ian, pero no despegué la mirada de Zoe, que parecía confundida y recelosa, sus ojos brillosos por las lágrimas—. Ella no aceptará menos de cinco millones —agregó

Le dediqué al tipo una mirada breve, que habría helado a un hombre mediocre; uno que no estuviera empeñado en sacarme dinero, y luego volví a encontrarme con la mirada vidriosa de Zoe. Ian siguió hablando sobre el coste de criar a un hijo y la depresión. Dejé que cavara su propia tumba, sin apartar los ojos de Zoe ni un solo instante.

—Medio millón —le dije cuando Ian se detuvo para respirar.

—Por Dios, Nick, ¿qué estás haciendo? —me preguntó Elliot en voz baja otra vez.

A lo mejor debería haberle explicado el plan en el coche, pero es que hasta hacía unos minutos no había comprendido del todo cómo iba a conseguir lo que Zoe y Teegan necesitaban. No odiaba a Zoe. Si bien entendía su adicción en términos estrictos y comprendía la depresión y la desconexión del mundo, no era capaz de reconciliarme con la forma en que había tratado a su hija. Yo amaba a Teegan. Eran afirmaciones muy simples de hacer.

Seguí con mi argumento. Esperaba estar haciendo lo correcto.

—Esa cantidad de dinero cubrirá tu ingreso al mejor centro de rehabilitación que podamos encontrar para ti. Además, pagaré tu educación. Te ayudaré a cubrir los gastos de la universidad si quieres sacar una carrera y te daré la oportunidad de ser la mejor persona que puedas ser. El dinero lo pondré en un fideicomiso, que no podrás tocar; mis abogados serán quienes lo administren. Como parte del acuerdo, aceptarás tener un intermediario designado para que te apoye en todo. Y, algún día, tal vez seas capaz de mirar a Teegan a los ojos y decirle la verdad, y puede que ella te perdone.

—¡Esto no es una negociación, Horner! —bramó Ian—. Son cinco millones en efectivo, o acudiremos a la prensa.

Mantuve la mirada fija en Zoe. Detecté en ella el miedo mezclado con la esperanza y ese aire de alguien tirado en el suelo que no es capaz de levantarse.

—¿Quieres que Ian siga aquí? —le pregunté en mi tono más suave y le tendí la mano. Le estaba ofreciendo algo real, algo sincero.

Era momento de que tomara su decisión.

—No —respondió y colocó su delicada mano en la mía. Férrea, se incorporó un poco, y vi una chispa de fuego en sus ojos—. No, no lo quiero aquí.

Incliné la cabeza, mirando a mi abogado, y este acompañó a los demás a la puerta. Tuvo que llamar a seguridad para que vinieran a sacar a un Ian furioso.

—¡Voy a ir a contarle toda esta mierda a la prensa! —anunció el tipo, lo que pareció ser el catalizador para mi hermoso novio, que se levantó de su asiento y fue a ayudar a los de seguridad a sacar a Ian.

El hombre podía hacer circo, maroma y teatro, pero yo ya le había dado a Gray una breve entrevista, la cual a esas alturas ya estaría en todos los medios de comunicación. Así que Ian podía irse a la putísima mierda. Todo el mundo se enteraría de lo que estaba haciendo por mi familia. Todo el mundo sabría acerca de Teegan y nadie podría usar ningún secreto mío para lastimar a mi familia.

En ningún momento me detuve a ver cómo se llevaban a Ian. Permanecí con la mirada fija en Zoe hasta que el despacho quedó en silencio. Solo Elliot regresó a sentarse con nosotros.

—Zoe, ¿quieres que te ayude con todo lo que te propuse? —le pregunté.

—¿Y lo único que tengo que hacer es dejar que te quedes con Teegan?

Le apreté la mano.

—No, el acuerdo no se trata de ayudarte a cambio de tu hija. Tú ya cediste tus derechos, Zoe. Sí lo entiendes, ¿verdad? Ya tomaste una decisión, que en su momento creíste que era la mejor.

Ella asintió.

—Teegan ya es tu hija.

—Y ahora solo quiero lo mejor para su mamá.

—Yo no soy su mamá. La llevé en el vientre, pero le hice daño mientras estuvo dentro de mí. —Entonces se echó a llorar. Un torrente de lágrimas le rodaron por el pálido rostro, y Zoe se hizo chiquita—. Soy una cobarde y una inútil, y…

Le puse un dedo debajo de la barbilla y le alcé la cara para que me mirara a los ojos.

—No, tú eres valiente. Que echaras a Ian sin esperar dinero a cambio ni pedir de vuelta a Teegan y que en el pasado hicieras lo que creíste que era lo mejor para tu hija son cosas que hace una madre. Así que dime, ¿quieres que te ayude? Sin condiciones y sin deudas de por medio, solo ayuda.

—¿Por qué harías eso?

Lágrimas negras le caían por las mejillas debido a que el rímel se le había corrido.

Elliot se acuclilló a su lado y murmuró:

—Porque Nick es de los que ya no hay.

Le sonreí a Zoe cuando él habló.

—¿Y me prometes que le darás a Teegan la mejor vida posible?

—Por supuesto.

—Y un día, ¿crees que quizás querrá verme?

—Te juro por la vida de mis hijos que no le hablaré mal de ti. Tú tienes tus propias verdades, que algún día podrás contárselas. Sin embargo, mi… Es indispensable que entiendas esto. Mi familia lo es todo para mí y siempre la protegeré con uñas y dientes. —Mi voz cobró un tono acerado cuando terminé de hablar porque quería dejar en claro que la última parte no estaba a discusión.

Zoe sonrió con cautela, aunque las lágrimas le seguían cayendo, y luego asintió.

—De acuerdo.

Me puse de pie y, entre Elliot y yo, la ayudamos a salir del despacho. La llevamos hasta la mujer del centro de rehabilitación a la que había llamado.

—Ella es Emma, te ayudará a partir de ahora.

Las vi alejarse, mi mano en la de Elliot, y en el último momento, Zoe se giró hacia nosotros.

—¿Qué pasa si nunca soy capaz de amarla como la amas tú? —preguntó, abatida.

Podría haberle mentido y prometido un futuro color de rosa, pero no se merecía que le mintiera.

—Tal vez algún día —murmuré.

Y entonces se fue.

Elliot me abrazó y me quedé un buen rato envuelto en sus brazos. El corazón tardó mucho más tiempo en dejar de latirme con fuerza.

—Te amo —dijo con sentimiento, dándome un beso en la cabeza.

—Y yo a ti. Nos amo, a nosotros y a mis hijos.

VEINTICUATRO

Nick

Era oficial.

Al fin, un mes después de que me sentara en el despacho de mi abogado para hablar con Zoe, era el papá de Teegan.

Hubo formularios que firmar y gente a la que estrecharle la mano hasta que dejamos que el equipo de abogados se encargara de lo demás, y por fin solo quedamos los niños y yo. Teegan se me aferró al cuello mientras nos íbamos, y yo me sentí perdido. No tenía nada planeado más allá de ese momento del día, ya que había supuesto que todo se resolvería por sí solo.

Me quedé paralizado cuando fui incapaz de decidir algo tan simple como dónde almorzar.

—¿Y si comemos pizza? —Hannah me picó el costado con un dedo.

¡Pizza! Me pareció una idea estupenda. Además, conocía un lugar a dos cuadras de allí.

—Por supuesto, vamos.

—Siempre y cuando la pidamos con piña y jamón —dijo Caleb, lo que le consiguió un empujón de Mason y algunos murmullos sobre que solo a los raritos les gustaba la piña en la pizza.

Dejé que se pelearan y me centré en sobarle la espalda a Teegan, que iba con la cara enterrada en mi cuello y bien aferrada a

mí. Todo el rollo de los formularios había sido más engorroso de la cuenta, e incluso ella se había cansado de mirar los mismos libros una y otra vez. Ya no hablemos de Hannah, que no dejaba de desaparecer de la sala de espera para irse al baño con su teléfono. Todavía no conocía al muchachito con el que se mensajeaba. Si bien la invitación de que fuera a cenar a la casa se había perdido entre los preparativos de la llegada de Teegan, eso cambiaría esa semana. Quizás invitara a Elliot, solo para tenerlo de apoyo.

«Ay, admítelo, lo único que buscas es que Elliot vaya a la casa».

Sonreí, emocionado por la idea de que todo empezaría a volver a la normalidad. Y, mientras caminábamos hacia el local, no creí que la vida pudiera ser más hermosa. Los cinco nos detuvimos frente a la puerta y yo le señalé a Teegan el enorme letrero de la pizzería, esperando a que indicara que, en efecto, comer pizza era una buena idea.

Cuando asintió, entramos en bola. Éramos los únicos clientes dentro, tal vez incluso los primeros del día. Me fui directo al fondo para tener intimidad. Estaba en el quinto cielo, libre de todas las preocupaciones que había tenido. En silencio, le mandé un mensaje a Danny.

«Ojalá pudieras ver que estoy haciendo exactamente lo que dijimos que haríamos: agrandar nuestra familia y ofrecerle un hogar a otro niño».

Danny se habría alegrado por mí. Y se habría alegrado aún más si hubiera sabido que también estaba pensando en lo increíble que sería que Elliot se encontrara allí compartiendo ese momento con nosotros. A pesar de mis intentos por no pensar en Elliot mientras observaba a Teegan y Caleb colorear un payaso, ese día todo me recordaba a él. A lo mucho que se había esforzado las últimas semanas para tranquilizarme, para revisar conmigo las cosas relacionadas con Teegan, para asegurarse de que sabíamos dónde estábamos parados como familia. Allí me di cuenta de que se había convertido en parte de mi vida.

Al llegar la comida, Caleb se abalanzó sobre el jamón y la piña, de la que me pasó unos trocitos a modo de broma.

Era muy fácil recordar a Elliot y a su sonrisa. Eso, junto con su confianza en mí y su apoyo, consiguió que me mirara en el espejo y me creyera que era la persona adecuada para ser el padre de Teegan.

Saqué mi teléfono.

—Selfi —anuncié.

Los niños soltaron quejidos y rezongaron por tener que despegarse de la comida. Nos juntamos para tomarnos la primera selfi con el miembro más nuevo de la familia. Luego mis hijos volvieron a sus pizzas como si nunca en la vida hubieran comido. Mientras Hannah le ayudaba a comer a Teegan, que estaba sentada entre ella y yo, Caleb y Mason se daban codazos. Mason le hacía burla a su hermano por la piña.

En un momento de calma, aproveché para enviarle la foto a Elliot. Su respuesta fue instantánea:

FELICIDADES. *Te mando un beso.*

«DEBERÍAS ESTAR AQUÍ CON NOSOTROS», escribí, pero enseguida lo borré.

Si bien se había ganado un lugar en esa celebración familiar, había dicho que lo correcto era que fuéramos solo los niños y yo. Él y yo nos amábamos, algo que para mí era permanente. Sin embargo, Elliot estaba terco con que nos vería más tarde. Le había entregado mi corazón recién sanado, y tenía la fuerte sensación de que debía formar parte de ese momento, lo que chocaba con la idea de que Elliot no era una parte permanente de nuestras vidas. Todavía.

¿Quería dejarlo entrar? ¿Quería que se convirtiera en parte de mi familia y que los cinco nos convirtiéramos en seis? ¿Los niños querían eso? ¿Me estaba precipitando? Al fin de cuentas, debía centrarme en Teegan.

Pensé en qué responderle, pero no fue hasta veinte minutos después que pude volver a usar el teléfono. El mensaje que envié fue sencillo.

Ojalá estuvieras aquí. Besos.

ERA la mejor afirmación que podía hacer porque era verdad, lo quería allí y porque mis hijos estaban felices. Acababa de convertirme en padre otra vez y quería compartirlo con él.

Una vez que terminamos de comer, volvimos a la casa. Antes de atravesar la reja, me detuve a charlar con los guardias y finalmente me estacioné junto a mi Porsche. Apagué el motor del todocamino, que por lo general dejaba estacionado en el garaje debajo de la casa. Caleb y Mason salieron del coche todavía discutiendo sobre sabores e ingredientes, mientras que Hannah ya esperaba fuera, pegada al teléfono. Yo me encontraba desabrochándole el cinturón de seguridad a Teegan, que se me trepó encima. Sentir su peso en mis brazos, que se me aferrara y que presionara la carita contra mi camisa lo fue todo para mí.

Cerré la puerta y, por un maravilloso momento, los cinco nos quedamos de pie mirándonos unos a otros. Hasta Caleb y Mason estaban serios, con eso lo decía todo.

Esa mañana Hannah había colgado una pancarta de bienvenida y los chicos habían pegado globos en el barandal de las escaleras. El pasillo estaba festivo, luminoso y supercolorido. Los ojos de Teegan se ensancharon de alegría y la boca se le abrió por la sorpresa. Señaló su nombre y luego a sí misma. A pesar de que sabía que sus padres de acogida le habían enseñado a que entendiera el significado de esas letras, igual me dio orgullo que, con apenas tres años, fuera claramente una prodigio.

Le di un abrazo y la bajé cuando tiró del listón de un globo rojo brillante. Caleb lo desató para luego atárselo, no muy apretado, al cinturón de su vestidito. Entonces mis hermosos hijos se pusieron a correr por toda la casa como locos. Persiguieron el globo, a Teegan, y se hicieron bolita entre todos. Hannah se la pasó cuidando a su hermana porque Caleb y Mason eran muy toscos a la hora de jugar. Terminaron tirados en el suelo riendo como tontos.

Me senté en el sofá a observar a los cuatro mientras sus risas me llenaban la cabeza y una paz repentina me invadía el corazón.

«Gracias, Danny. Gracias por convertirme en un hombre capaz de abrirle su casa y su familia a otros niños».

Cuando todos estuvieron listos para irse a la cama fue porque nos encontrábamos más que cansados. Teegan se había quedado dormida un par de veces, apoyada contra Caleb, que se había convertido en su hermano favorito. Con una Teegan adormilada en los brazos, arreé a los demás escaleras arriba. Caleb y Mason iban molestando a Hannah por el chico con el que se mensajeaba y ella los ignoraba tras años de práctica. Yo llevaba en la cara una sonrisota que tenía mis mejillas adoloridas.

Teegan ya conocía su recámara. Había visto la cama y las paredes pintadas. Sin embargo, llevábamos desde entonces manteniendo en secreto la decoración final porque queríamos que fuera una sorpresa. Al detenernos frente a la habitación, señalé el nombre en la puerta. Teegan extendió la mano para trazar las letras y, un instante después, se acurrucó contra mí. Imaginé que estaba supernerviosa y que necesitaba que la tranquilizaran. Es más, puede que yo también.

Los cinco entramos en el cuarto y Teegan se resbaló de los brazos para ir derechito a las bolsas con su nombre, que colgaban de la pared. Desenganchó una y la dejó caer, lo que causó que el contenido se desparramara por el suelo. Eran veinte peluches de colores, un revoltijo de suavidad, y Teegan se los quedó mirando un rato antes de recoger el más pequeño: un unicornio morado de melena naranja y ojos azules. Era el peluche más llamativo y esponjoso de todos.

Teegan volteó a verme, como si me pidiera permiso para agarrarlo. Le sonreí para alentarla y asentí con la cabeza. Por una fracción de segundo, deseé poder explicarle que todo en esa habitación era suyo.

Caleb le revolvió el pelo antes de agarrar un peluche y, bailando, se le acercó, lo que hizo que Teegan soltara una risita. Mason buscó entre el montón y recogió una mariquita. La apuntó hacia la peque y se la lanzó haciendo como que volaba hacia ella. El peluche le rozó el hombro y aterrizó en la cama. Por su parte, Hannah tomó los

peluches restantes y los colocó contra la pared en una hilera de colores.

—Hay que irnos a dormir ya —murmuré cuando Teegan bostezó y miró su cama.

Tras darme un abrazo, Hannah, Caleb y Mason se dirigieron a sus respectivas habitaciones. Y por fin nos quedamos Teegan y yo solos.

—Todo esto es tuyo.

Me observó los labios y, un instante después, fijó la mirada en la mía. Le tomé de una mano y la llevé al baño. En su otra mano tenía agarrado al unicornio tan fuerte que me hizo pensar que a lo mejor no lo soltaría jamás.

Había comprado una gran variedad de cepillos de dientes: de príncipes, de deportes, de magos y demás. No quería encasillarla nunca. Danny y yo siempre fuimos de la idea de dejar que nuestros hijos tomaran sus propias decisiones, algo que no había cambiado, aunque Danny ya no estuviera allí.

Teegan titubeó al momento de elegir, pero se terminó decidiendo por un cepillo verde neón, al que luego le puso un poco de pasta dental. La dejé que hiciera lo suyo porque ella sabía lo que hacía, yo solo estaba allí por si me necesitaba. Una vez que se cepilló los dientes, regresó a la habitación, escogió una pijama esponjosita de color amarillo y se la puso con un poco de ayuda de mi parte. Su armario estaba lleno de ropa de todas las tallas que le había pedido por internet junto con Hannah y Mason, y aun así el vestidito que Lewis y Alison le habían elegido para ese día, lo colgué y alisé con sumo cuidado bajo la supervisión de Teegan.

Se metió en la cama, y tras encenderle la luz nocturna —de acuerdo con Alison, se había acostumbrado a dormir con ella—, formé un corazón con las manos para luego decirle con estas:

<Te amo, Teegan>.

Algún día ella lo entendería todo, y yo me convertiría en el mejor papá del mundo para mi hija con la ayuda de Elliot.

Teegan me dedicó una sonrisa pequeñita y, acto seguido, se giró sobre su costado abrazando al unicornio y cerrando sus ojitos. Le di un beso en la frente y salí de la habitación sin cerrar del todo la puerta. Dudaba mucho que fuera a dormir esa noche porque me la

iba a pasar pensando que podría necesitarme, o a lo mejor me entraba el ansia de verla y de comprobar que estaba bien.

«Debería quedarme cerca un ratito».

Me deslicé por la pared, crucé las piernas y saqué mi teléfono. No tenía nada de malo que me sentara allí una hora al lado de su puerta por si me necesitaba. ¿Verdad?

Me vibró el celular y al desbloquear la pantalla me encontré un mensaje de Elliot.

¿CÓMO TE FUE?

TENÍA TANTO QUE CONTARLE, tanto que decirle, que un mensaje no me bastaría para incluir todos los momentos que había vivido ese día.

Increíble.

Como los tres puntitos que indicaban que estaba escribiendo duraron un buen rato moviéndose, me imaginé que recibiría una respuesta larga. Sin embargo, lo que llegó fue un mensaje corto.

QUÉ BUENO. *Un beso.*

ME SOBREVINO la imperiosa necesidad de hablar con Elliot, pues tenía un enorme caos de emociones en el pecho que intentaban salir a la superficie, y me hacía falta en ese momento. Qué tonto, ¿no? Mejor me centraba en leer los demás mensajes.

Tenía de algunos miembros del foro Papás Solteros Unidos, de Cameron y Gray. Este último me había mensajeado para decirme que tras revisar portafolios, para encontrar mi reemplazo, había quedado desanimado porque, hasta el momento, todos eran —en sus palabras— basura. Su segundo mensaje era una disculpa por

hablar de trabajo cuando ese día era importante y el tercero era la misma pregunta de Elliot.

Les envié el mismo mensaje a Gray y a Cameron, uno en el que les decía que fue un día maravilloso y que hablaríamos al día siguiente. A continuación, hice una publicación en el foro PSU para hablar del milagro del que había sido parte.

Entonces clavé la mirada en el teléfono, mi pulgar flotando encima del nombre de Elliot, y antes de que me arrepintiera, pulsé el ícono de llamar y me llevé el celular a la oreja.

Respondió al primer tono.

—Hola.

—Hola —susurré en la oscuridad del pasillo, con las nalgas entumecidas y las rodillas adoloridas. Todavía no cumplía los cuarenta y ya me estaba deshaciendo.

—¿Cómo salió todo?

—Fue lo más… —¿Cómo se lo explicaba?

Puta, para empezar, ¿por qué creía que Elliot querría escuchar las emociones por las que había pasado ese día? ¿Acaso él buscaba que tranquilizara su lado HOPS, que le dijera que había sido amable, pero que a la vez había exagerado mis palabras y movimientos? ¿O le decía que aunque Teegan parecía una princesita en su enorme cama, su bienestar me tenía cagado de miedo?

No se me ocurrió qué decir.

—Debe de ser increíble tenerla en casa por fin —comentó Elliot tras una pausa.

No había ni una pizca de su reprobación o crítica de antes, más bien parecía estar orgulloso de mí. O a lo mejor me estaba haciendo ideas yo solito porque quería que se sintiera orgulloso.

—Es apabullante, increíble, maravilloso. Los niños la adoran. Me los llevé conmigo a la entrega legal. Ah, ¿y adivina qué?

—¿Qué?

—Fuimos a una pizzería para celebrar y resulta que a Caleb le gusta pizza con piña. Me acordé de ti.

—Ah —dijo, e hice una mueca. Quizás aún no llegábamos a ese punto de la relación en el que podía decirle que había pensado en él. Entonces Elliot rio—. Siempre supe que Caleb era mi favorito —

bromeó; mis preocupaciones se evaporaron—. Parece que podríamos ser amigos. Nosotros sí valoramos la buena pizza.

—La pizza no lleva piña, guácala.

Se rio de nuevo.

—Para gustos, los colores —me recordó—. Ya solo falta que me digas que prefieres el vino a la cerveza.

—Pues… no soy muy fan de la cerveza, la verdad.

Elliot soltó un grito ahogado exagerado.

—¡Cómo es posible que seamos amigos!

Me di cuenta de que sonreía. Él había sido el causante.

—Ojalá pudiera hablar contigo en persona —murmuré y, una vez más, me dio la sensación de que había cruzado una línea.

«Hombre necesitado ansía compañía porque está abrumado y otras mierdas».

—Eh… ¿quieres que vaya a verte?

—¿Ahora?

—Sí, si quieres que vaya… para hablar.

¿Quería a Elliot allí cuando yo no era más que un torbellino de emociones? ¿No debería estar pensando en cómo encajaba Teegan en el rompecabezas que era mi vida?

«Te mereces compartir esto con alguien. Pídele que venga», susurró la voz de Danny en mis pensamientos. «Compártelo todo».

—Sí —dije al fin—, me encantaría. Para hablar.

—Sip, para hablar. Te veo dentro de treinta.

Tras terminar la llamada, permanecí sentado en el pasillo unos momentos antes de rodar hacia un lado para levantarme. Hice una mueca ante el crujido de mi rodilla y el dolor en la espalda baja.

—Qué feo estar viejo —le dije a nadie—. Qué feo hablar solo.

Me enfilé hacia mi recámara. Me quité mi ropa formal, que estaba arrugada y sucia, y me di una ducha. Al terminar, me puse unos pantalones cortos deshilachados y una camiseta desgastada de Muse.

Elliot llegaría pronto.

Y tenía muchísimo que decirle.

VEINTICINCO

Elliot

Apenas puse un pie dentro de su casa, Nick me besó; un intercambio de caricias suaves, que me dejaron hecho un charco.

—¿Quieres algo de beber? —me susurró mientras cerraba la puerta para luego encaminarnos hacia la cocina, sin dejar de besarnos.

No me constaba que los niños pudieran oírnos si estaban en sus habitaciones, pero había algo en el silencio de la planta baja, apenas iluminada, que me hacía querer susurrar también.

—Agua —musité.

Me llevó con él al refri y, con una mano, sacó dos botellas de agua al mismo tiempo que me daba piquitos, que acepté de buena gana. Nick tenía una sonrisa tan grande en el rostro que la sentí en los labios, lo que consiguió que quisiera devolvérsela.

—Teegan está aquí, contenta. Los niños estuvieron jugando. —Dejó de hablar y, tras mirar a su alrededor, decidió que nos quería en el sofá.

Abrió las persianas y nos acurrucamos en un rincón del enorme espacio. Alcé la cara hacia la fresca brisa que entraba por la ventana abierta. De momento no oía el mar, pero a lo mejor cuando dejáramos de hablar y de besarnos, el sonido de las olas haría acto de presencia.

—Cuéntamelo todo.

Y Nick así lo hizo. Me platicó de la irritabilidad que le ocasionaron los retrasos durante la firma de documentos, de que no supo qué hacer después de que los cinco salieron del despacho del abogado, de la pizza, de las bromas, de las sonrisas y de las risas hasta que llegó a la parte en la que Teegan dormía en su propia habitación.

—Y dejé un monitor ahí, en caso de que no la oiga si llama. —Señaló el auricular con una lucecita roja en la mesa de centro—. Está bien eso, ¿no? O sea, tiene tres años apenas y esta es una casa nueva para ella, pero ¿será que estoy exagerando e invadiendo su privacidad?

Presioné un dedo contra sus labios.

—Le estás dando demasiadas vueltas al asunto.

—No sería la primera vez —bromeó Nick—. En fin, ya pasaron dos horas y sigue durmiendo. —Hizo una pausa y entrelazó nuestros dedos—. Deberías haber venido con nosotros hoy.

—El día de hoy era para la familia —le recordé.

Suspiró y luego depositó un beso en mi cabeza.

—¿Y si te dijera que para mí ya eres parte de la familia?

La esperanza me brotó en el pecho. Jamás se me pasó por la mente formar parte de ese día, a pesar de que quería estar allí. No porque pretendiera supervisar a Nick o las cosas que, según yo, eran importantes cuando me contrató, sino porque tenía ganas de ver a la familia con su nueva forma y presenciar cómo encajaba Teegan en la dinámica como la nueva hermanita. Quería compartir el amor.

Había pasado todo el día luchando contra esas ganas.

—Te contestaría que me parece increíble —admití.

Nick se relajó a mi lado. Permanecimos en silencio mientras le acariciaba la mano con el dedo y me deleitaba en el simple hecho de estar sentados en paz. Tenía tantas cosas en la cabeza que quería decir, desde mis sentimientos al principio, mi sentir en esos momentos y hasta el fulgor de amor que me iluminaba el corazón por él y por los niños.

—Entonces, ¿qué puedo hacer para ayudar? —preguntó de repente antes de maldecir por lo bajo—. Perdón, soy muy dado a hacer eso. Dan… Perdón… Suelo tener conversaciones en la cabeza

y cuando hablo en voz alta, lo hago como si esperara que la gente supiera qué rollo.

—Jamás te disculpes por mencionar a Danny —tranquilicé a Nick —. Estaría mal no hablar de él. Estaría mal para ti, para los niños y para mí no saber el lugar que ocupaba en tu vida.

Guao. Vaya declaración me acababa de echar, aunque era en serio.

—De acuerdo. Gracias.

—No me agradezcas, así es como debería ser la vida. —Señalé la estancia—. Un tapiz de experiencias —concluí con grandiosidad. Al levantar la vista, encontré a Nick mirándome con una ceja arqueada. El gesto se convirtió en una sonrisa, que dio paso a un beso. Intercambiamos una sonrisota tonta—. ¿Pero a qué te refieres con ayudar?

—Quiero ayudar de alguna manera. A ver, no sé cuánto sabes sobre mí y mi familia, mis padres, el dinero, ese tipo de cosas.

—No mucho. Sé que nunca mencionas a tus padres y que los niños nunca hablan de sus abuelos.

Nick soltó un suspiro largo.

—Sí, Danny fue hijo único y sus padres ya eran mayores cuando lo tuvieron, ambos fallecieron antes que él. En mi caso, mis padres no forman parte de mi vida. Más que nada porque el dinero es más importante para ellos que la familia, y a eso añadámosle el hecho de que soy gay y que me casé con un hombre… —Resopló—. Ellos se lo pierden, pero en realidad no es la gran tragedia.

Que los padres les dieran la espalda a sus hijos era la peor tragedia y no había nada que lo defendiera. Sin embargo, Nick no necesitaba que le soltara eso, por lo que me centré de nuevo en su confusa pregunta.

—¿Y qué tienen que ver ellos con lo que preguntaste?

—Como dije, quiero ayudar y tengo los fondos para hacerlo. He apoyado todo tipo de programas y quiero hablar con Joel sobre la posibilidad de apoyar al Centro Florecer. Quiero hacer algo significativo, con amor, y vi un gran potencial en Florecer, en lo que le mostraste a Hannah en la escuela, ese tipo de cosas. Quiero ayudar.

—Joel estará encantado de que te pongas en contacto con él.

—Eso haré, entonces. Solo quería preguntarte si te parecía bien. No quiero crear una situación incómoda.

—Claro, no hay problema.

—No quiero que pienses que estoy tratando de comprar… algo.

—No lo pienso.

—Dime, ¿cómo te agradezco que me ayudaras a superar los últimos tres meses? ¿Con un detallito solo para ti?

Lo pensé con detenimiento hasta que me di cuenta de que lo que Nick quería era ofrecerme sus ideas y que era muy en serio su pregunta.

—No necesito nada. —«Te tengo a ti».

—Supongo que tenerme a mí es suficiente. —Esbozó una sonrisa torcida.

Le piqué las costillas con un dedo.

—Si te refieres a en plan premio de consolación, sí.

—Es en serio. Quiero que todo vaya bien para mis cuatro hijos, pero hay que empezar poco a poco, ¿no? Así que dime algo chiquito que podría hacer, no creo que no se te ocurra nada.

—De acuerdo, tengo una cosa en mente, señor de la tele.

—Uy, qué siniestro sonó eso. Sí sabes que ya no saldré frente a las cámaras, ¿verdad?

—¿En serio? —pregunté, socarrón—. Creí que me estaba acostando con una celebridad en su lujosa casa de cristal.

Nick miró a nuestro alrededor como si hubiera alguien esperando a que revelara secretos de Estado y volvió a bajar la voz.

—Siento decepcionarte… —bromeó.

Me invadió una sensación de calidez y no me quedó más remedio que besarlo. Tras el beso, fingí un grito ahogado, siguiéndole el juego, y volvimos a hacer eso de sonreírnos como tontos. Podría acostumbrarme a las sonrisas tontas.

—Que trabajes con Joel en el centro me basta. Pero si vas a estar insiste e insiste, ¿qué tal si aceptas que tenga acceso libre a tu piscina a cualquier hora del día?

Se le escapó una risa y volvió a bajar la voz.

—Hecho, siempre y cuando sepas que la piscina es parte de un trato que incluye cuatro niños, al menos dos perros y un Nick para toda la vida.

—Sabes negociar.

—Es una piscina estupenda —añadió. Le echó un vistazo a las escaleras y al monitor y bajó las luces antes de tirar de mí para que me sentara a horcajadas en su regazo—. ¿Qué te parece mi oferta?

—¿Toda la piscina, incluido el *jacuzzi*, a la hora que sea? —le pregunté, apoyando la frente contra la suya.

—Sip.

—Cuatro hijos…

Lo besé justo en la punta de la nariz y Nick la arrugó, con la mirada fija en mí.

—No te olvides de los dos perros.

Esa vez le besé la comisura de la boca primero y luego los labios. El beso pareció durar una eternidad. Nunca había besado a alguien por el mero gusto de besar; podría perderme en él para siempre.

Nick suspiró entre mis brazos y me sujetó la cara. El movimiento causó que nuestras vergas se frotaran.

Inspiré con brusquedad.

—Ojalá pudiéramos llevar esto a tu habitación —le susurré al oído—, pero debemos quedarnos aquí, para estar al pendiente de Teegan.

—Ajá —dijo en el beso.

Por un instante, pensé que todas las decisiones sensatas saldrían volando por la ventana en el momento en que lo besé en la mejilla y le mordisqueé el lóbulo de la oreja, lo que dio paso a un beso ardiente en la piel detrás.

Le bajamos a la fogosidad de los besos y Nick me abrazó con fuerza.

—Te amo —murmuró.

—Yo también —le contesté y enterré la cara en su cuello.

—Nunca pensé que volvería a amar a alguien.

—Soy así de especial —bromeé, porque su voz destilaba emoción y quería hacerlo sonreír de nuevo.

—Pórtate serio. —Me besó otra vez y ya no sonaba tan intenso, al menos—. No creí que tuviera el corazón tan grande.

Siempre fui de la idea de que el corazón no tiene un espacio finito. El suyo dejó entrar a Danny, luego a Hannah, a los niños y a Teegan. Quizás con que se le expandiera un poquito más, podría caber yo también.

—Me alegro de que seas tú quien me haya dejado entrar en tu vida —admití.

Nick me estrechó en sus brazos.

—Y ni creas que te voy a dejar escapar.

Nos quedamos sentados y abrazados durante un buen rato. Mi reloj marcaba más de la medianoche y yo tenía que levantarme, pero no me quería ir. Siendo egoísta, quería quedarme a ayudarlo en caso de que Teegan se despertara. Además, quería estar allí por la mañana para el desayuno. A pesar de que quería que lo de ser novios fuera real, sabía que de momento lo único sensato era ir paso a pasito.

—Debería irme —murmuré.

Nick aflojó su agarre, pero no me soltó.

—No te vayas. ¿Es demasiado pronto para pedirte que te quedes aquí conmigo? ¿Que te mudes?

—Puedo ayudarte con Teegan, claro.

Él se echó hacia atrás al oír eso.

—No. Dios, no. Por mí. Por todos nosotros. Eres parte de la familia, te amo y quiero construir una vida contigo. —Dejó de hablar, y aunque vi que necesitaba que dijera algo, me había quedado sin palabras.

Nick se levantó, revisó las puertas, ordenó un poco la cocina, jugueteó con las luces, y mientras él hacía todo eso, yo permanecí sentado en el borde del sofá, fijándome en que no paraba de voltear a verme. Podía irme, mi coche estaba fuera, y tal vez fuera mejor así; sería menos complicado. Es que si me quedaba, que era lo que quería, entonces, lo nuestro sería más que pasar la noche juntos.

Lo que teníamos era importante.

Era real.

Cuando terminó de hacer sus cosas, se acercó y me tendió la mano.

—¿Vienes a la cama?

Había llegado el momento de tomar una decisión y Nick me estaba ofreciendo todo lo que quería: un posible futuro con el hombre que amaba.

No tenía que seguir pensando nada.

Me iba a quedar.

Acepté su mano y me besó los nudillos antes de llevarme escaleras arriba. Tenía un cepillo de dientes para mí, unos pantalones cortos y una camiseta con el logo PSU descolorido.

Nos preparamos para acostarnos en silencio y luego nos metimos juntos en la cama. Al instante me pegué a Nick, que me envolvió y me abrazó. Y así sin más, no solo me había mudado a su corazón, sino que, al parecer, me acababa de mudar a su cama.

—Te amo —murmuró—. Adoro lo que eres para mí y para los niños. Yo… te amo y punto.

Besé a Nick con todo el corazón y con todo el amor que le tenía.

VEINTISÉIS

Epílogo - Nick

SEIS MESES DESPUÉS

Establecimos una rutina, más o menos. Elliot no se mudó de inmediato, aunque yo quería que lo hiciera. Sin embargo, durante el verano fue trayendo más cosas a mi casa, y ese día, casi nueve meses después de que le hubiera pedido ayuda, por fin iba a mudarse. Y le tenía una sorpresota. Solo esperaba no haberme pasado de la raya. Pero tenía que poner en orden las cosas por mí, por él y por el tiempo que había vivido con Danny.

A pesar de que Elliot sabía que habíamos tenido albañiles en casa, y eso porque fue Cameron el que nos había hecho todo el trabajo, jamás hizo ninguna pregunta luego de que le dijera que era una sorpresa para Hannah.

—¿Cómo la ves? —me preguntó Cam, apoyado contra el marco de la puerta y contemplando la habitación que él había creado con buen ojo y con mucho amor, a partir de un espacio arquitectónico que no solía usarse.

La forma del cuarto era un poco extraña, tenía un extremo puntiagudo que daba al mar, pero, tras hablar con el arquitecto

original, esa parte se había convertido en un balcón tan amplio que los seis podríamos sentarnos allí si quisiéramos.

Adam fue el encargado de la decoración; y Cameron, de la construcción y del diseño. Se había pasado horas trabajando en un vestidor, en un baño completo y en una cama de madera maciza que, según él, jamás seríamos capaces de mover. La cama ya estaba hecha. Las persianas eran de color marfil y las paredes eran de un azul cielo, y la ventana panorámica enmarcaba el mar al fondo. Era todo lo que había deseado y más.

—Genial. —Le di una palmada en el hombro y Cam hizo una mueca de dolor.

—¿Solo genial? —se quejó—. Me llevó horas de sudor, esfuerzo y maldiciones construir este nido de amor para ti y Elliot.

Le eché una mirada.

—No volvamos a llamarlo nido de amor nunca más.

Parte del diseño había invadido la vieja habitación de Hannah, pero ella ya dormía en la que solía ser mi recámara, que guardaba recuerdos de Danny. Ese espacio sería para que Elliot y yo empezáramos desde cero.

Cameron pestañeó con cara de no romper ni un plato antes de soltar una risa justo cuando Teegan aparecía a mi lado y levantaba los bracitos para que la cargara. No me cansaba de abrazarla, y puede que me hubiera generado un tirón en la espalda, pero es que era supercariñosa, y me parecía que ambos necesitábamos estar seguros de en qué punto nos encontrábamos y de cuánto significábamos el uno para el otro.

Gesticulé un saludo y luego le regalé una sonrisa. Teegan me respondió con varias señas, que entendí. Estaba aprendiendo lengua de señas más rápido que yo y Hannah, que era la que iba más adelantada de todos nosotros. Por detrás de Elliot, por supuesto.

<Una galleta. ¿Por favor?>.

Le respondí lo de siempre:

<Después de la comida>.

Teegan hizo un puchero, el mismo que me derretía por dentro cada vez que Hannah, Caleb o Mason lo hacían.

<Dentro de un rato>.

Arrugó la nariz al oír eso, pero tras unos instantes de consideración, me rodeó el cuello con los brazos y me estampó un beso lleno de baba en la mejilla.

Adoraba esos momentos. Me daban vida.

—Mi trabajo aquí ha terminado. —Adam salió cojeando del baño, sus pantalones cortos manchados de pintura blanca—. Hola. ¿Qué te parece? —Señaló la habitación a la vez que se apoyaba en Cameron.

—Es estupenda.

Cameron puso los ojos en blanco.

—A mí me das un «genial»; y a Adam, un «estupenda».

—Pues es que Adam sí me cae bien —repliqué, socarrón.

Me gané un puñetazo en el brazo por haberlo picado.

—¿Ya, papá?

Miré por encima del hombro y vi a Caleb con una caja y a Hannah con los brazos llenos de banderines. La inauguración de la habitación iba a ser un gran evento familiar. Mason seguramente seguía en el estudio haciendo la pancarta que había prometido.

—Es hora de que nos vayamos —anunció Cam—. Disfruten de su nido de amor.

—Te odio —murmuré.

Se limitó a sonreírme mientras él y Adam se marchaban.

—¡Listo! —exclamó Mason al tiempo que subía las escaleras a toda prisa arrastrando la pancarta y dejando un rastro de brillantina a su paso—. ¡Manos a la obra!

Teegan ayudó a Hannah. Mason y Caleb discutieron sobre dónde colocar la pancarta y yo me aseguré de que el caos estuviera tan controlado como fuera posible, además de verificar que Elliot y yo sí pudiéramos dormir en la cama esa noche después de que los niños envolvieran las almohadas en moños hechos de pasta ensartada en un cordel.

Cuando por fin terminamos, los cinco nos apartamos para admirar nuestro trabajo.

Era brillante, llamativo y muy familiar, y lo habíamos acabado con solo segundos de sobra, pues la puerta principal se abrió y Elliot gritó que estaba en casa.

«Acaba de decir que está en casa». El corazón se me expandió aún más de lo que creía posible.

<Escondámonos>, dijo Hannah, tanto con señas como con voz, y los cuatro niños terminaron metidos en el baño riéndose.

—¡Aquí arriba! —grité. Elliot subió los escalones de dos en dos y me atrajo a sus brazos para darme un beso que decía «te extrañé», el cual le devolví con la misma necesidad acumulada. Sin embargo, en ese momento no podía perder el tiempo besándolo, tenía que mostrarle nuestra nueva habitación—. Ven a ver esto.

Lo llevé a la puerta de la recámara y se detuvo en seco en el umbral al mirar el interior, con la boca abierta y los ojos muy abiertos.

—¡Sorpresa! —gritó Caleb, que saltó primero, seguido de Mason, Hannah y Teegan, quien agitaban las manos en círculos.

Elliot se llevó una mano al pecho y alternó la mirada entre los niños y la habitación.

—Bienvenido a vuestro nido de amor —dijo Mason con teatralidad antes de añadir una reverencia.

Iba a matar a Cameron la próxima vez que lo viera, se fuera a casar o no.

—¡Es increíble! —exclamó Elliot igual de teatrero y le devolvió la reverencia—. Me encanta.

<Baño>, dijo Teegan, que tiró de los pantalones de vestir de Elliot para que la siguiera.

Recorrimos la habitación y Elliot sonrió ante cada novedad: el baño reluciente, la tina empotrada, los grifos brillantes, la cama, las persianas, el tragaluz, el balcón, todo.

Aunque la cosa que más lo emocionó fue la decoración. Se aseguró de abrazar a los cuatro niños y darles las gracias. Entonces se subió a nuestra espaciosa cama. Teegan y yo lo seguimos, después lo hizo Caleb, que saltó sobre mí a propósito; Mason se tumbó en un extremo y Hannah se abrió paso entre todos nosotros y se acurrucó junto a Teegan.

Acostados sobre listones de pasta, nos quedamos mirando el tragaluz y el cielo azul más allá. Al echar un vistazo a la derecha, encontré a Elliot con los ojos clavados en mí.

—Te amo —gesticuló con la boca.

—Te amo —murmuré, lo bastante alto como para que todos me oyeran. Quería que los niños lo supieran, quería que el mundo lo supiera.

Porque mi nombre era Nick Horner. Había amado. Había sufrido pérdidas. Y tenía una familia; una familia que al fin estaba completa.

Hasta la semana siguiente que Elliot y yo asistimos a la primera junta que dio inicio al proceso de adopción de un bebé llamado Harry. Los dos teníamos amor de sobra para compartir con nuestros hijos, y una familia siempre se podía agrandar más.

Lo que Danny y yo habíamos empezado se convirtió en algo más. Y, en esos momentos, al lado de Elliot, tenía la oportunidad de vivir un nuevo «felices para siempre».

Y era maravilloso.

VEINTISIETE

¿Qué sigue en Papás solteros?

Orgullo (Papás solteros, n.° 6)

Dos padres solteros. Una conexión innegable. Un montón de mentiras y secretos que podrían costarles todo, a menos que le dieran una oportunidad al amor.

Logan, papá soltero y dueño de Automotriz Redcars, ha construido un refugio para los necesitados. Con la custodia de su hija bajo el escrutinio, lo último que necesita es que aparezca un periodista escarbando en su pasado.

Cuando Gray se niega a esfumarse, Logan le ofrece un trato que podría cambiarlo todo.

Gray, asediado por la culpa de no haber notado que su hijo estaba enfermo y de dejarle a su exesposa las riendas de la crianza de Ben, comienza la búsqueda de un propósito. Sigue una serie de incendios provocados que lo lleva hasta Los Ángeles, donde conoce a Logan, un hombre con cicatrices y secretos que es imposible de ignorar.

Su frágil conexión podría no sobrevivir verdades ocultas.

Orgullo *es una historia de amor entre dos polos opuestos, llena de tensión, secretos y del poder de la familia elegida.*

VEINTIOCHO

Boletín de noticias

Si quieres mantenerte al tanto de nuevas traducciones en español, suscríbete a mi boletín de noticias:

Sin título

rjscott.co.uk/rjnews

VEINTINUEVE

Títulos de RJ Scott en español

Serie Papás solteros
Soltero
Hoy
Promesa
Siempre
Escucha
Orgullo (2026)

Serie Equipo Fantasma
¿Cuánto por toda la noche?

Serie Whishing Tree Vermont
El Árbol de los Deseos

Libros independientes
Ángel en una librería
El chico indigente en Navidad
Un amor navideño

TREINTA

Conoce a RJ Scott

RJ ES AUTORA DE MÁS DE CIENTO CINCUENTA NOVELAS PUBLICADAS. Descubrió el romance en los libros a una edad temprana y se dio cuenta de que, si no había romance en las páginas, podía crearlo en su cabeza.

Es escritora de toda la vida. Vive y trabaja en su casa, en la hermosa campiña inglesa, y pasa su tiempo libre leyendo, viendo películas y en compañía de su familia.

La última vez que se tomó una semana de descanso de la escritura no le gustó nadita, y hasta la fecha, no ha encontrado una botella de vino que pueda con ella.

WWW.RJSCOTT.CO.UK | RJ@RJSCOTT.CO.UK

¿Qué sigue en Papás solteros?

Escucha (Papás solteros n°5)

Lo único que él quería era darle a su nueva hija un hogar, jamás imaginó que se enamoraría del hombre que podría quitársela.

Seis años después de la pérdida de su marido, Nick piensa que nunca volverá a abrir su corazón. Hasta que conoce a Teegan, una niña sorda de nacimiento que tras dos procesos de adopción fallidos, necesita un hogar fijo y amoroso. Y aunque Nick está decidido a ser el padre que ella se merece, comprender sus necesidades no es cosa fácil, así que le pide ayuda a Elliot, un atractivo y apasionado maestro que lo saca de quicio.

Elliot es muy protector de Teegan y duda que Nick esté listo para asumir la responsabilidad de su cuidado. Está determinado a pelear por lo que es mejor para la niña, pero en el intento, ocurre algo inesperado: se enamora del padre devoto que hay detrás de la riqueza y el privilegio. A medida que el amor crece entre ellos, Elliot debe decidir si se interpondrá en el camino de Nick o si apostará por la familia que jamás vio venir.

Escucha *es un romance sincero entre un padre soltero viudo que está aprendiendo a amar otra vez y un feroz defensor. Una historia que incluye a una niña adorable y la promesa de un «para siempre».*

Títulos de RJ Scott en español

Serie Papás solteros

1. Soltero
2. Hoy
3. Promesa
4. Siempre
5. Escucha
6. Orgullo
7. Milagro

Serie Wishing Tree Vermont

1. El Árbol de los Deseos

Serie Shadow Team

1. ¿Cuánto por toda la noche?

Libros independientes

- Ángel en una librería
- El chico indigente en Navidad
- Un amor navideño

Leer gratis

- El Sr. Brillitos

Boletín de noticias

Para mantenerte al tanto de noticias y lanzamientos de nuevos libros (en inglés) por favor únete a mi boletín de noticias:

https://gayromance.co.uk/pages/espanol

Conoce a RJ Scott

RJ es la autora de las más de 150 novelas publicadas y descubrió el romance en los libros a una edad muy joven. Se dio cuenta de que si no había romance en la página, podía crearlo en su cabeza.

Es escritora de toda la vida. Vive y trabaja en su casa en la hermosa campiña inglesa, pasa su tiempo libre leyendo, viendo películas y disfrutando del tiempo con su familia.

La última vez que se tomó una semana de descanso de la escritura no le gustó nada y todavía no ha encontrado una caja de chocolates que no pueda vencer.

www.rjscott.co.uk | rj@rjscott.co.uk